



BIBLIOTECA POPULAR

Estante . . . . .

Tabla . . . . .

Número . . . . .

2  
1

105





HISTORIA DE ROMA.



HISTORIA DE ROMA.

+ 597583

C. 71779352

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

# HISTORIA DE ROMA

TEODORO MOMMSEN

TRADUCCION DE LA PRIMERA EDICION

A. GARCIA MORENO

SON D. FERNANDEZ Y GONZALEZ

PRIMERA EDICION

FRANCISCO GONZALEZ EDITOR

MADRID 1870

Compañía de los Señores de los Reinos de España

R. 1758

NUEVA BIBLIOTECA UNIVERSAL (SECCION HISTORICA.)

---

# HISTORIA DE ROMA,

POR

TEODORO MOMMSEN,

PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE BERLIN,

traduccion de

A. GARCÍA MORENO.

CON UN PRÓLOGO Y COMENTARIOS EN LA PARTE RELATIVA  
Á ESPAÑA,

**POR D. F. FERNANDEZ Y GONZALEZ.**

Académico de la Historia, electo de la de Nobles Artes de San Fernando, Abogado del Ilustre Colegio de Madrid y Catedrático de la Universidad Central.

BIBLIOTECA POPULAR  
VALLADOLID

---

TOMO VIII.

---

FRANCISCO GÓNGORA, EDITOR.

MADRID: 1876.

Corredera Baja de San Pablo, número 7.

HISTORIA DE ROMA

TEODORO MOHRNER

PROFESOR DE LA CATEDRA DE HISTORIA

A. GARCIA MORENO

CON UNO DE LOS FOTODUPLICADOS DE LA BIBLIOTECA

FORN L. BENTLEY & COMPANY

Los Angeles, California, U.S.A.

TOMO VII

FRANCISCO GARCIA EDITOR

Imprénta de Jose García, Costanilla de los Angeles, 3.

**LIBRO QUINTO.**

---

**FUNDACION DE LA MONARQUÍA MILITAR.**

(Continuacion).

# LIBRO QUINTO

En este libro se trata de la vida y de la obra de los grandes hombres que han marcado la historia de la humanidad. Se comienza con el estudio de la vida de los grandes filósofos, como Sócrates, Platón y Aristóteles, y se continúa con el estudio de la vida de los grandes escritores, como Virgilio, Dante, Shakespeare y Cervantes. El libro termina con el estudio de la vida de los grandes científicos, como Galileo, Newton y Darwin.

## LIBRO QUINTO

Este libro trata de la vida y de la obra de los grandes hombres que han marcado la historia de la humanidad. Se comienza con el estudio de la vida de los grandes filósofos, como Sócrates, Platón y Aristóteles, y se continúa con el estudio de la vida de los grandes escritores, como Virgilio, Dante, Shakespeare y Cervantes. El libro termina con el estudio de la vida de los grandes científicos, como Galileo, Newton y Darwin.

## CAPÍTULO IX.

**MUERTE DE CRASO. RUPTURA ENTRE LOS DOS REGENTES.**—Craso en Siria.—Resuélvese la expedición contra los Partos.—Plan de campaña.—Los Romanos pasan el Eufrates.—Marcha á través del desierto.—Sistema de guerra de los Romanos y de los Partos.—Batalla de Carras.—Los Romanos salen de Carras.—Derrota de Sinnaca.—Consecuencia de la derrota.—Son rechazados los Partos.—Impresión producida en Roma por la derrota de Carras.—Entíbiase la concordia entre los dos triumviros.—Dictadura de Pompeyo.—Guerra insidiosa que éste hace á César.—Las antiguas enseñanzas y los pretendientes.—César y la democracia.—La aristocracia y Pompeyo.—Los Republicanos.—Su alianza con Pompeyo.—Resistencia pasiva de César.—Preparativos de ataque contra César.—Trátase de impedir su candidatura consular.—Preténdese limitar el tiempo de su proconsulado.—Debates sobre el llamamiento de César.—Toma éste sus medidas.—Curion.—Debates sobre el llamamiento de César y de Pompeyo.—Verifícase este llamamiento.—Es declarada la guerra.—*Ultimatum* de César.—Últimos debates en el Senado.—César entra en Italia.

*Craso en Siria.*—Aunque sin mérito personal para ello, hacia mucho tiempo que se contaba á Marco Craso como uno de los miembros del *Cerberos de las tres cabezas*, y servía de contrapeso á los dos soberanos reales, á César y á Pompeyo, ó mejor dicho, estaba en la balanza al lado del primero contra el segundo. Nada era seguramente ménos honroso que el papel del colega supernumerario; pero Craso se cuidaba poco del honor, y jamás le sacrificó los intereses materiales. Era, ante todo, comerciante, y dejaba

que comerciasen con él. No pudiendo obtener más, tomó lo poco que se le ofrecía. Corroído por la ambición, descontento de su fortuna, colocado tan cerca, y estando en realidad tan lejos del poder, olvidaba sus rencores, sumergiéndose en los mares de oro acumulados en derredor suyo. La conferencia de Luca, no dejó de cambiar también su posición. Haciendo tan enormes concesiones á Pompeyo, no descuidó César cuanto se relacionaba con su engrandecimiento personal, y dando á Craso en la provincia de Siria la ocasión que se reservaba para sí mismo en las Galias, lo precipitó en una guerra contra los Partos. ¿No hicieron estas nuevas perspectivas nada más que sobrecargar la avaricia, que había llegado á formar en el sexagenario Triumviro como una segunda naturaleza, tanto más insaciable cuanto atesoraba más millones, ó despertaron además en su envejecido corazón el fuego insano de sus ambiciones, por tanto tiempo y con tanto trabajo reprimidas? No es fácil adivinarlo. Sea como quiera, Craso desembarcó en Siria á principios del año 700 (54 antes de J. C.), y no esperó para partir á que terminase su consulado. En su febril impaciencia, se escatima los momentos y quiere ganar el tiempo perdido: desea unir los tesoros del Oriente á los del Occidente; rápido como César, é infatigable como Pompeyo, deseaba ir á conquistar el poder y la gloria militar.

*Resuélvese la expedición contra los Partos.*—Ya se había inaugurado la campaña contra los Partos. Hemos manifestado en otro lugar la desleal conducta de Pompeyo, que, violando la frontera del Eufrates y la letra de los tratados, había separado del reino parto varias provincias, que fueron agregadas á la Armenia, á la sazón aliada de Roma. Reinaba en

aquel Estado *Phraates*, á quien un dia dieron muerte sus dos hijos, Mitridates y Orodes; y habiendo subido al trono el primero de ellos, declaró al punto (hácia el año 698) la guerra al monarca de Armenia, Artavasdes, hijo de Tigranes, muerto poco tiempo antes (1), lo cual equivalia á declararla á la República; así es que, cuando el activo y esforzado proconsul de Siria, Gabinio, hubo sofocado la sublevacion de los Judíos, acometió la empresa de atravesar el Eufrates al frente de sus legiones. Pero habiendo estallado una revolucion en la Partia, los principales del reino, dirigidos por el Gran Visir, génio jóven y enérgico, habian ya destronado á Mitridates, y elevado al trono á su hermano Orodes, lo cual fué causa de que el monarca derribado se declarase á favor de los Romanos, pasándose al partido de Gabinio. Todo hacia augurar un feliz resultado á la empresa del proconsul, cuando de improviso recibió órden de ir con su ejército á reponer al rey de Egipto en su trono de Alejandría. Erale forzoso obedecer, pero con la esperanza de un pronto regreso, dió encargo de comenzar las hostilidades al príncipe desposeido que solicitaba su auxilio. Así lo hizo Mitridates: Babilonia y Seleucia se declararon á su favor. El Visir recobró esta última ciudad, tomándola en persona por asalto, y siendo él el primero que escaló las murallas; y en Babilonia, sitiado Mitridates por hambre, se rindió á discrecion y fué condenado á muerte por órden de su hermano. Este descalabro era para los Romanos una sensible pérdida; sin embar-

---

(1) Tigranes vivia aún en Febrero del 698 (Cic., *pro Sest.*, 27, 59), y Artavasdes reinaba desde antes del año 700 (Justiniano, 42, 2, 4.—Plut., *Crass.* 49).

go, la agitacion continuaba en la Partia, y la guerra con la Armenia no habia terminado aún. Gabinio, despues de llevar á feliz término la expedicion al Egipto, se disponia á aprovechar aquella favorable ocasion para reanudar sobre el Eufrates sus interrumpidas operaciones, cuando llegó á Siria Craso, que, al propio tiempo que le reemplazaba en el mando, se apoderó de sus planes y quiso ejecutarlos. En sus ambiciosos proyectos, no tenia en cuenta las dificultades de la marcha y ménos aún la fuerza defensiva del enemigo; y, llevado de su loca confianza, no hablaba de otra cosa que de someter la Partia á sus armas, viendo ya en perspectiva la conquista de la Bactriana y de la India.

*Los Romanos pasan el Eufrates.*—El nuevo Alejandro no se apresuraba tampoco. Antes de lanzarse á aquella grande empresa, se consagró á otros asuntos igualmente importantes y por extremo provechosos. Por su órden, fueron despojados de sus tesoros el templo de *Derceto*, en *Hierápolis Bambica*; el de Jehovah, en Jerusalem, y otros muchos santuarios de Siria: todos los pueblos tributarios tenian que facilitar su contingente, ó en cambio de este servicio, gruesas sumas de oro. En la primera campaña, se limitó á hacer un gran reconocimiento del país de la Mesopotamia; atravesó el Eufrates, derrotó al sátrapa pártico en *Ychnae* (cerca de *Belik*, al Norte de *Rakkah*); ocupó las plazas inmediatas, entre otras, la importante Niceforion, y dejando en ellas suficiente guarnicion, penetró en la Siria. Craso vacilaba sobre el camino que habia de seguir: ¿deberia dar la vuelta por la Armenia, ó seria preferible marchar sobre la Partia por el camino recto, atravesando el desierto de Mesopotamia? El rodeo por Armenia era, al

parecer, lo más seguro, puesto que era un país montañoso y sus poblaciones aliadas de Roma. Presentóse en el campamento el mismo rey Artavasdes á recomendar este plan de operaciones; pero despues de hecho el reconocimiento, durante la buena estacion, se decidió á emprender la marcha por la Mesopotamia. Las numerosas y florecientes ciudades griegas ó semi-griegas, situadas á lo largo del Eufrates y del Tigris, Seleucia, sobre todo, odiaban la dominacion de los Partos, y lo mismo que lo habian verificado en 689 los ciudadanos de Carras, todos los Hebreos domiciliados en las localidades en donde se presentaban los Romanos, estaban dispuestos á auxiliarles, no deseando otra cosa que sacudir el yugo extranjero, y se manifestaban prontos á recibirlos como á sus libertadores y casi como á compatriotas. Además, el jeque árabe Abgar, señor del desierto de Edesa y Carras y del camino que de ordinario se seguia desde el Eufrates al Tigris, se habia presentado tambien en el campamento, ofreciendo á Craso su decidida cooperacion. En cuanto á los Partos, no habian hecho hasta entonces preparativo alguno. Las legiones pasaron nuevamente el Eufrates (no lejos de Biradjik), Ofreciánseles aquí tambien dos caminos que conducian al Tigris; ó bien podian seguir el curso del Eufrates hasta la altura de Seleucia, en cuyo punto sólo una distancia de pocas millas separa á los dos rios, ó atravesar el gran desierto, caminando en línea recta en direccion al Tigris. Siguiendo el primer itinerario, llegaban directamente á Ctsifón, capital de los Partos, situada en frente de Seleucia, sobre la ribera izquierda de este rio. Muchos y muy importantes oficiales opinaron en los consejos de guerra de Craso, que se siguiera esta ruta: el cuestor

Cayo Casio, sobre todos, insistió en las dificultades de intentar una marcha por el desierto, aduciendo los detallados informes que habian dado las guarniciones romanas de la ribera izquierda del rio, sobre los preparativos que el enemigo hacia á la sazón. Por otra parte, Abgar desmentia todas aquellas noticias: segun él, el Parto sólo se ocupaba en evacuar sus provincias occidentales; habia ya recogido sus tesoros y puésto-se en camino para refugiarse entre los Hircanios y los Escitas, y si no se forzaba la marcha por el camino más corto, no se le podria dar caza. En esta direccion, se alcanzaria, al menos, la retaguardia del gran ejército, mandado por Silaces y por el Visir, se la destruiria y se recogeria un inmenso botin. Se decidió, al fin, seguir las indicaciones de estos beduinos amigos, y el ejército romano, compuesto de siete legiones, de 4.000 ginetes y de otros 4.000 entre honderos y arqueros, dejó las orillas del Eufrates y se internó en las inhospitalarias llanuras de la Mesopotamia del Norte.

*Marcha á través del desierto.*— Mas el ejército contrario no se divisaba por ningunía parte, y solo el hambre y la sed eran los terribles enemigos contra quienes tenian que luchar en aquel inmenso desierto. Al fin, despues de muchos dias de una penosa marcha, vieron los primeros ginetes Partos en las orillas del Balissos (*el Belik*), primer rio que los Romanos tenian que pasar. Habiéndose dirigido contra ellos, con la velocidad del rayo, Abgar al frente de sus árabes, desaparecieron los escuadrones Partos al otro lado del rio y se internaron mucho, perseguidos por el caudillo árabe y por los suyos, cuyo regreso era esperado con impaciencia, pensando que traeria noticias. El Triunviro creia apoderarse ya de aquel enemigo que

rehusaba un encuentro, y su hijo Publio ardia en deseos de venir con él á las manos. El valor y las heroicas hazañas del jóven capitan le habian dado un nombre distinguido en las Gálias, á las órdenes de César, el cual le habia enviado con un cuerpo de caballería gala á alistarse en la expedición á la Partia. De parte del enemigo no se envió embajada alguna, y Craso decidió seguir adelante á todo evento: dada la señal de marcha, fué atravesado el Balissos, y el ejército, despues de un ligero é insuficiente descanso hácia el Mediodía, se precipitó en su marcha sin dar lugar al reposo. De repente, resuenan en derredor de los Romanos los timbales de los Partos; por doquiera se veian ondear sus estandartes de seda bordados de oro, y brillar al reflejo de los rayos del sol del Mediodía las armaduras y cascos de hierro. Abgar con sus Beduinos estaba al lado del Visir.

*Sistema de guerra de los Romanos y de los Partos.*—Demasiado tarde comprendieron los Romanos la emboscada en que habian caido. El Visir habia visto con ojo perspicaz el peligro y los medios de conjurarlo. Siendo la infantería de los orientales impotente contra la de línea de los Romanos, se habia desembarazado de ella, y, confiando al rey Orodes el mando de aquellas fuerzas, que eran inútiles en un verdadero campo de batalla, le habia enviado con ellas á la Armenia, cortando de este modo la marcha á los diez mil ginetes auxiliares, prometidos por Artavasdes á Craso. La falta de estos auxilios fué para el general romano un mal irreparable; además, teniendo que habérselas el Visir con la táctica romana, sin igual en el mundo, le opuso otra enteramente distinta. Su ejército era todo caballería, y por vanguardia tenia pesados escuadrones armados de

largas lanzas, protegidos hombres y caballos por corazas y mallas de acero, golas de cuero y otros resguardos análogos, y formando el grueso del ejército flecheros montados. Los Romanos, por el contrario, carecían casi por completo de estas armas especiales, y, siendo inferiores en tropas de este género, por el número y por la destreza en manejar dichas armas, nada podían hacer con sus infantes. Por excelentes que los legionarios fuesen en las luchas cuerpo á cuerpo ó en los combates á corta distancia, ora arrojando el pesado *pilum*, ora esgrimiendo la espada en la pelea, ¿cómo habían de poder romper estas inmensas líneas de caballería y venir con ellas á las manos? Y aunque pudieran acercarse al enemigo, ¿no se estrellarían contra la muralla de hierro de aquellos lanceros á caballo, que eran tan buenos ó mejores soldados que ellos? En frente de los Partos, armados de esta suerte, toda la desventaja estaba de parte de las legiones. En los medios estratégicos, no teniendo caballería, no disponían de sus comunicaciones; y en los medios de combate, no viniéndose á la lucha cuerpo á cuerpo, el arma de largo tiro triunfaba necesariamente de la de corto alcance; y el orden de formación de los Romanos, basado en su sistema táctico, aumentaba aún más el peligro y hacia mayor la desventaja. Mientras más compactas eran las columnas, más irresistible era también su choque en los combates ordinarios; pero en esta ocasión, cuando el Parto las acometía, sus innumerables flechas caían en sus filas, haciendo seguro blanco. En circunstancias normales, tratándose de defender una plaza ó de operar sobre un terreno quebrado, los numerosos escuadrones de los Partos habrían sido impotentes contra la pesada infantería romana; pero en

medio del desierto de Mesopotamia, la táctica del Parto era irresistible á su vez contra un ejército que flotaba como un barco perdido en alta mar, despues de largas y numerosas marchas, sin encontrar ni un obstáculo ni una posicion sólida. A favor de las circunstancias, podia emplearse esta táctica en la sencillez de su concepcion primera y en toda su potencia efectiva. Todo, en fin, contribuia á asegurar la ventaja del ginete Asiático sobre el legionario Romano. En tanto que la pesada infantería de Roma avanzaba trabajosamente en aquellos arenales y estepas, sufriendo el hambre y la sed, por un camino que no estaba trazado y en el que apenas habia á largos trechos algunas fuentes, que era difícil encontrar, el ginete Parto, acostumbrado desde niño á estar montado sobre la silla de su rápido corcel ó de su camello, y pasando su vida, por decirlo así, familiarizado con el país y con sus dificultades, á las que por necesidad sabia vencer, volaba por aquellas inmensas llanuras. No caia la benéfica lluvia que viniera á atenuar el calor de las abrasadas arenas, ó á aflojar las cuerdas y las correas de los arcos y de las hondas del enemigo, y era, con frecuencia, imposible construir campamentos en aquellas profundas y movibles arenas, abrir fosos y levantar trincheras. No concibo situacion militar más apurada que aquella, en que, de una parte estaban todas las ventajas, y de la otra todos los inconvenientes.

Pero si se pretende descubrir el origen de esta nueva táctica de los Partos, la primera que, empleándose en su verdadero terreno, venció á las armas romanas, no se obtendrán sino simples conjeturas. En todo tiempo tuvo el Oriente sus ginetes armados de lanzas y de arcos, los cuales formaron el núcleo

de los ejércitos de Ciro y de Darío; y sin embargo, tenían una importancia secundaria, sirviendo principalmente para cubrir aquella inútil infantería de que hemos hablado. Los mismos Partos no habían abandonado la antigua organización, y podría citar alguno de sus ejércitos, en que la caballería componía tan solo una sexta parte del total de los soldados. En la campaña contra Craso, por el contrario, hallamos por vez primera sola la caballería, y la nueva aplicación hecha de este arma infunde en ella un gran valor. La experiencia de la fuerza irresistible de la infantería legionaria parece haber enseñado á cada uno de los adversarios de Roma, á un mismo tiempo y en las más diversas regiones, una innovación que fué eficaz en todas partes: desde esta época, se opuso la caballería y las armas de largo tiro á aquellos infantes preparados para el combate cuerpo á cuerpo. En la Britania fué por extremo útil esta estrategia á Cassivellaum; en las Galias, empleada por Vercingetorix, tuvo en parte buen éxito, y el mismo Mitrídates Eupator pretendió también emplearla; pero al visir de Orodes estaba reservado hacer una más completa aplicación, formando su tropa de línea con la caballería pesada, y utilizando el arco como segura y efectiva arma de tiro, arma nacional del Oriente, admirablemente manejada, con especialidad por los contingentes de los países pérsicos, hallando en las condiciones de su suelo y de su pueblo todo lo que necesitaba para la completa realización de esta idea nueva. Allí serán vencidas por la vez primera, el arma de corto alcance y la compacta formación de los Romanos por el arma de largo tiro y el sistema de desplegar las fuerzas, ensayado por *Surena*; allí, por último, se prepara la revolución militar que aca-

bará despues por el empleo de las armas de fuego.

*Batalla de Carras.*—El encuentro tuvo lugar en mitad del desierto, un poco al Norte de Ichnae, á seis millas próximamente al Sur de Carras (*Harran*). Los arqueros de Craso que iban á vanguardia fueron inmediatamente rechazados por los innumerables de los Partos, cuyas armas, de mucha más tension que las de los Romanos, arrojaban las flechas infinitamente más lejos. Algunos inteligentes oficiales habian propuesto que se marchase hácia el enemigo desplegando las filas cuanto fuera posible; pero en vez de esto, formado el ejército en un completo cuadro que presentaba doce cohortes por cada lado, fué al punto deshecho. Cubiertos por una nube de dardos, que hacian seguro blanco aunque fueran arrojados sin puntería, sucumbian los legionarios sin poder defenderse. Se creyó en un principio que las municiones de los enemigos se consumirían en breve: ¡vana esperanza! detrás del ejército iba un inmenso número de camellos cargados. Mientras tanto, los escuadrones Partos iban desplegándose cada vez más, y las legiones romanas iban á ser muy pronto sitiadas, cuando Publio Craso con una division escogida de caballería, de arqueros y de infantería, se precipitó contra el enemigo, el cual, suspendiendo su movimiento concéntrico, retrocedió vivamente perseguido por el brioso capitan; pero de pronto, cuando el grueso del ejército romano se hubo perdido de vista, hizo frente la caballería pesada de los Partos, y de todos lados se dirigen á rienda suelta innumerables escuadrones de arqueros contra Publio, que vé caer á los suyos, unos despues de otros, sin que puedan ni atacar ni defenderse: desesperado, se precipita con su caballería ligera, no acorazada, contra el enemigo, pero fué á estréllarse contra los lance-

ros montados y cubiertos de hierro: en vano sus Galos hicieron prodigios de valor; en vano, despreciando la muerte, cogen y doblan las lanzas enemigas, ó intentan herir tirándose del caballo: todo fué inútil; todo aquel valor fué malogrado. Sus restos, y entre ellos su caudillo, herido en el brazo en que sostenia la espada, se apoderaron, en su retirada, de una pequeña eminencia, en donde todavía sirvieron de blanco á las terribles flechas. Los Griegos mesopotamios, que conocian el país, suplicaron á Publio Craso que montase con ellos á caballo, intentando salvar su vida por un supremo esfuerzo; pero aquel se negó á desligar su suerte de la de tantos bravos á quienes su temeridad habia conducido á morir, y ordenó á su escudero que le diese muerte. La mayor parte de sus oficiales imitaron su ejemplo, y de 6.000 hombres próximamente que componian la division, apenas 500 cayeron con vida en poder de los Partos: ninguno se salvó de aquel combate. Mientras tanto, el enemigo habia dejado algun respiro al grueso del ejército romano, que no dejó de aprovecharlo. Pero no se habian rebibido aún noticias del cuerpo de Publio, y la inquietud siguió á aquella aparente calma. Queriendo saber á qué atenerse, se dirigió el ejército hácia el campo de batalla, y Craso vió acercarse al enemigo que traia clavada en una pica la cabeza de su hijo: los legionarios comienzan entonces un combate parecido á la reciente lucha, combate furioso y sangriento como ella, y como ella tambien sin esperanza. Imposible romper la línea de los lanceros acorazados; imposible llegar á los flecheros: solo la noche puso fin á la matanza. Si los Partos hubieran vivaqueado sobre el terreno, habria perecido hasta el último soldado romano; pero el enemigo no sabia combatir sino á

caballo, y por temor de una sorpresa, no acampaba jamás frente á su adversario. Los Partos dijeron en tono de burla que «dejaban á Craso una noche para llorar la muerte de su hijo,» y se retiraron luego con la intencion de volver al siguiente dia para acabar la matanza y recoger del suelo los sangrientos trofeos. Los Romanos se guardaron de esperarlos. Habiendo perdido Craso la razon, sus lugartenientes Casio y Octavio levantaron el campo con presteza y sigilo, dejando sobre el terreno los heridos y dispersos, y con las restantes tropas que podian emprender la marcha, se dirigieron hácia Carras, en donde contaban con ponerse al abrigo detrás de las murallas de la plaza. Los Partos, volviendo al dia siguiente, se entretuvieron en perseguir á los soldados dispersos del combate de la víspera, matándolos ó capturánolos á todos. Por otra parte, habiendo la guarnicion y los habitantes de Carras tenido á tiempo conocimiento de la catástrofe por los fugitivos, salieron al encuentro de Craso, sin cuyo recurso y sin el tiempo perdido por los Partos, los restos del ejército habrian sido quizá completamente destruidos.

*Los Romanos salen de Carras. Destrozo de Sinnaca.*—Las tropas enemigas no podian pensar en dar el asalto á la plaza; pero muy pronto salieron de ella los Romanos, ya fuera por hambre, ya por vituperable precipitacion del Triumviro, á quien sus soldados habian querido, aunque en vano, separar del mando, y confiarlo á Casio, y emprendieron el camino de las montañas de Armenia: marchando de noche y acampando de dia, logró, al fin, Octavio ocupar con 5.000 hombres la fuerte posicion de *Sinnaca*, puerto de salvacion para el ejército, á una jornada de las primeras alturas. Allí, con peligro de su vida, libró á

su general, que habia sido extraviado por los guias y que estaba á punto de caer en poder del enemigo. Entre tanto, se acercó el Visir al campamento ofreciendo, en nombre del rey, paz y amistad á los Romanos, y proponiendo una entrevista con Craso: desmoralizado el ejército, pidió á su general que aceptase el ofrecimiento de *Surrena*, y hasta le obligó á ello. El Visir recibió al consular y á su estado-mayor con todos los honores de costumbre, haciendo de nuevo la proposicion de un pacto de alianza; pero les recordó al propio tiempo, como amarga reconvencion, la mala suerte de los tratados que celebraron otras veces con Lúculo y con Pompeyo sobre la frontera del Eufrates, y les exigió que firmasen al punto un documento: entonces arreglaron los Partos una tienda de campaña ricamente adornada, presente que su rey queria hacer al general romano, y los criados del Visir rodearon todos á Craso, ayudándole á colocarse en la silla. Viendo con entera evidencia los lugartenientes del general romano que el designio de *Surrena* no era otro que apoderarse de la persona de aquel, Octavio, que estaba desarmado, desenvainó la espada de uno de los Partos y mató á un esclavo del Visir. Originóse entonces el natural tumulto y confusion: todos los oficiales romanos fueron sacrificados, y el viejo Craso, á ejemplo de uno de sus antepasados, no queriendo caer vivo en poder del enemigo ni servirle de trofeo, buscó y encontró la muerte en aquel tumulto, y los legionarios que quedaron en el campo fueron capturados ó dispersos. De esta suerte terminó, en 9 de Julio del año 701, en *Sinnaca*, el desastre comenzado en la jornada de Carras: fecha terrible que recuerda los combates del Alia, de Cannas y de Arausio. Ya no existia el ejército del Eufrates: solo

pudo escapar Cayo Casio, separado del grueso del ejército durante la retirada de Carras, y varios pelotones dispersos; algunos fugitivos aislados pudieron también sustraerse á la persecucion de los Partos y de los Beduinos, retirándose á la Siria. De los 40.000 ó más legionarios que habian atravesado el Eufrates, no se salvaron más que la cuarta parte, habiendo perecido la mitad, y cerca de 10.000 prisioneros fueron conducidos por los vencedores á las extremidades del Oriente, al oasis de *Merw*, viviendo allí como esclavos, sujetos á servir en el ejército segun la ley de los Partos. Por la vez primera, desde que las legiones seguian las águilas romanas, habian caido estas, casi al mismo tiempo y en el mismo año, en poder del extranjero vencedor: en Occidente se habian apoderado de ellas los Germanos, y los Partos en la region del Oriente. Ningun historiador nos ha dicho cuál fué la impresion que en Asia produjo la derrota de Craso; pero debió ser profunda y duradera. En esta época celebraba el rey Orodes las bodas de su hijo *Pacoro* con la hermana del monarca armenio, su nuevo aliado, y en medio de aquellas fiestas, recibió la noticia de la victoria y la cabeza de Craso que el Visir le enviaba, segun la tradicion oriental. Se habian dejado ya las mesas del festin; y una de aquellas compañías de cómicos ambulantes, de las que tantas habia á la sazón, que se dirigian hasta las últimas regiones del Asia, llevando consigo la poesía y la música griegas, estaba representando ante la corte reunida, las *Bacantes* de Eurípides. En el pasaje del drama en que *Agave* entra en la escena, trayendo del Citeron la cabeza de su hijo Penteo, á quien habia destrozado en un arranque de furor *dionisiaco*, el actor que representaba el papel presentó á los espectadores el despojo san-

griente del Triumviro, y en medio de los frenéticos aplausos de aquel público de bárbaros semi-helenizados, recitó la famosa estrofa del poeta:

«Traemos de la montaña la fresca rama cortada; la caza ha sido buena.» Por la primera vez, desde la era de los Aqueménides; era el Occidente vencido por el Oriente; mas ¡qué profundo sentido en estas fiestas, en que el Asia toma del mundo Occidental una de sus más espléndidas creaciones; en que la tragedia griega se convierte en una parodia ridícula y sangrienta en manos de aquellos degenerados hijos! En este punto, la sociedad romana y el génio de la Grecia corren parejas y se acomodan al régimen tiránico de los sultanes.

*Consecuencias de la derrota.*—La derrota de Craso, terrible en sí, parecía que debía tener todavía más terribles consecuencias. Los fundamentos del poder romano en el Asia debían sufrir hondo quebranto. No era ya bastante ver á los Partos dominando en lo sucesivo sobre toda la márgen izquierda del Eufrates, y á la Armenia, separada de la alianza romana antes de la derrota del Triumviro, unirse estrechamente al vencedor; ni ver á los fieles ciudadanos de Carras sometidos por los Partos al yugo de un nuevo señor (*Andromacos*, uno de aquellos pérfidos guías que habían engañado á los Romanos), expiando duramente sus afecciones occidentales; sino que los Partos se prepararon sin demora á atravesar la frontera del río, y, uniéndose á los Arabes y Armenios, pretendían nada menos que arrojar de la Siria á los Romanos. Así como los Helenos del lado allá del Eufrates habían esperado su libertad de los Romanos, de la misma manera los Judíos y otros pueblos orientales esperaban con impaciencia á los

Partos. Próxima á estallar en Roma la guerra civil, era un gran peligro el ataque que la amenazaba en aquella parte del Asia y en aquel momento solemne; pero afortunadamente para la República no eran los mismos los generales de ambos ejércitos. Mucho debía el sultan Orodes al heróico Visir que le habia colocado la corona en la cabeza, y arrojado del suelo de la patria al extranjero invasor, pero el pago que le dió fué entregarle al verdugo, nombrando en su lugar, para el mando del ejército de invasion en Siria, á su hijo Pacoro, jóven inesperto, á quien otro jefe, Osaces, asistia con sus consejos y sus conocimientos militares.

*Son rechazados los Partos.*—Entre los Romanos, se encargó del mando interior de la provincia el cuestor de Craso, Cayo Casio, hombre valeroso y prudente al mismo tiempo. Los Partos, como ántes habia hecho Craso, retardaron el ataque, y durante los años 701 y 702, no enviaron al otro lado del Eufrates sino cuerpos de merodeadores que eran rechazados sin esfuerzo, y de cuya lentitud se aprovechó Casio para reorganizar como pudo el ejército, y con el auxilio de Herodes Antipater, amigo fiel de los Romanos, sometió á la obediencia á los Judíos, á quienes habia movido á recurrir á las armas el saqueo de su templo por Craso. En Roma habian tenido sobrado tiempo para enviar nuevas tropas á la defensa de la frontera; pero se descuidó el hacerlo por las convulsiones de la revolucion que comenzaba, y cuando, en 703, el grande ejército pártico se presentó en la frontera del Eufrates, no podia Casio oponerle más que las dos débiles legiones formadas con los restos del ejército de Craso. Naturalmente, no pudo impedir el paso del rio ni proteger la provincia, y los

Partos se estendieron por toda la Siria, haciendo temblar á toda Asia Occidental; pero no conociendo el arte de sitiar las plazas, vinieron á estrellarse contra los muros de Antioquía, en donde se habia refugiado Casio con los suyos, de cuya plaza se retiraron sin haber conseguido nada, y en su retirada cayeron en una emboscada que el Romano les habia preparado sobre el Oronte, quedando muy mal parados por la infantería legionaria, y dejando entre los muertos al general Osaces. Era evidente para todos, amigos y enemigos, que en las circunstancias ordinarias del terreno y del mando, el soldado Parto no valia más que los otros soldados orientales. Sin embargo, no abandonó la ofensiva, y en el invierno de 703 á 704, vino Pacoro á acampar en la *Cirrística*, sobre la orilla izquierda, y el nuevo proconsul de Siria, Marco Bibulo, tan mal general como incapaz hombre de Estado, no supo hacer otra cosa que encerrarse en sus fortalezas. Por todas partes se esperaba que se abriera la campaña del año 704 con más actividad que nunca; pero de improviso, Pacoro, en vez de atacar á los Romanos, se volvió contra su propio padre, para lo cual entró en negociaciones con los Romanos mismos. Y si bien es cierto que no se habia borrado la mancha que cayera sobre las armas romanas, y que estaba lejos de reaparecer su autoridad en Oriente, las invasiones párticas cesaron, sin embargo, y se mantuvo la frontera del Eufrates.

*Impresion producida en Roma por la derrota de Carras.*—Mientras tanto, el volcan revolucionario producía en Roma terribles convulsiones, y, ¡síntoma deplorable de aquellos tiempos de decadencia! la inmensa catástrofe de Carras y de Sinnaca preocupaba y daba que hablar mucho ménos á los políticos

del dia, que aquella miserable empresa de la via Appiana, [en donde unos dos meses despues de la muerte de Craso habia perecido Clodio, el jefe de las facciones. Lo comprendo, sin embargo, y lo disculpo. Presentada desde hacia mucho tiempo como inevitable, y con frecuencia anunciada como próxima, era inminente á todas horas la ruptura entre los otros dos Triumviros. Como el barco de la leyenda griega, el bajel de la República se hallaba entre dos escollos, alternativamente á flor de agua, esperándose de un momento á otro verle estrellarse; y en cuanto á sus tripulantes, sobrecogidos de un terrible pánico, tenian toda su atencion puesta en los más leves movimientos que á su lado se sentian, sin atreverse á dirigir sus miradas á lo lejos, á derecha ni á izquierda.

*Entibiase la concordia entre los dos Triumviros.*

*Dictadura de Pompeyo. Guerra insidiosa que éste hace á César.*—Se recordará que, en las conferencias celebradas en Luca, en Abril del 698, habia hecho César grandes concesiones á Pompeyo con objeto de restablecer entre ambos el equilibrio. No se olvidaron tampoco, para venir á un acuerdo, las condiciones exteriores de la duracion del mando, si es que puede llegarse á una division del poder real, que es, por su esencia, indivisible. Por el momento, se planteaba otra cuestion. ¿Estaban decididos los dos árbitros de Roma á marchar de acuerdo, por el presente al ménos, y á reconocerse mútuamente y sin reserva sus derechos á un poder igual? Respecto á César, ya lo hemos dicho: poniendo á Pompeyo sobre el mismo pedestal que él, ganaba el tiempo necesario para la conquista de las Galias; pero respecto de Pompeyo, dudó que jamás pensara sériamente, ni por un mo-

mento siquiera, en aceptar un colega. Era de esos hombres de baja y liviana condicion, entre quienes es peligroso dar pruebas de generosidad; buscando la ocasion de suplantar á un rival que su mezquina ambicion habia aceptado con disgusto, creia obedecer á la voz de la prudencia; y en su alma vulgar, sólo aspiraba á devolver en represalias á César las humillaciones que le habia hecho sufrir la misma condescendencia de su colega. Sin embargo, conservando las inclinaciones de su natural torpe y perezoso, no habia podido acostumbrarse á la idea de tener á César por enemigo, y es evidente que tardó mucho en decidirse por completo á una ruptura. La opinion pública no se equivocó en esto. Acostumbrada á leer en los pensamientos y en las intenciones de Pompeyo, mejor que éste mismo, hacia remontar el rompimiento de la alianza entre el suegro y el yerno á la fecha de la muerte de la hermosa Julia, arrebatada á la vida en la flor de la edad, durante el otoño del año 700, cuya muerte fué muy luego seguida por la de su único hijo. En vano quiso César reanudar el parentesco de afinidad á que habia pueso fin la muerte; en vano pidió para esposa á la única hija de Pompeyo, proponiendo á su vez para mujer de éste á su más cercana parienta, Octavia, nieta de su hermana; pues Pompeyo dió su hija Pompeya á su prometido, Fausto Silas, hijo del dictador, y él se casó con la hija de Quinto Metelo Escipion. Bien claramente indicaba esta conducta que queria romper las relaciones de familia, y él fué quien esquivó la alianza. Todos esperaban una ruptura política inmediata, y, sin embargo, se engañaron. Exteriormente, y en los asuntos públicos, conservaban los Triumviros su buena inteligencia, para lo cual tenian sus razones.

César no quería el rompimiento antes de terminar la conquista de las Gálias, y Pompeyo, que iba á ser investido de la dignidad dictatorial, deseaba primero tener en sus manos todos los poderes y toda la Italia. En esta ocasion (cosa singular, y, sin embargo, fácil de comprender), los dos Triumviros se prestaron todavía mútuo apoyo. En el invierno del año 700, despues del desastre de *Aduatuca*, prestó Pompeyo á César una de sus legiones, mandadas licenciar, y César, á su vez, prestó su consentimiento y su apoyo moral á Pompeyo en todas las medidas represivas que éste tomó contra la oposicion republicana recalcitrante. A principios del año 702, logrando Pompeyo su objeto, fué cónsul único; su influencia en la ciudad oscurecia á la del proconsul de las Gálias, y todas las milicias italianas habian prestado juramento en sus manos y en nombre suyo. Entonces creyó llegado el momento de romper sin dilacion, y se decidió á ello sin más vacilaciones. Al verle castigar duramente y sin compasion á los antiguos adictos del partido democrático, comprometido en la intentona de la via *Appia*, habria podido decirse, en rigor, que aquella conducta era inspirada por un sentimiento de torpe saña; cuando la nueva ley contra la *intriga*, retrotrayéndose hasta el año 684, habia comprendido en sus previsiones áun aquellos actos impertinentes que se imputaron á César con ocasion de su candidatura consular, muchos cesarianos habian visto ya en ello el signo de un pensamiento hostil; quizá en el fondo no hubiera nada todavía; pero llegó el momento en que, lejos de hacer lo que la situacion exigia y muchos reclamaban, no quiso ya Pompeyo asociarse en el consulado á este mismo César, en otro tiempo su suegro, y prefirió colocar á su lado, en la silla curul,

á su nuevo suegro Escipion, simple figura decorativa, á quien manejaba á su talante. Entonces habria sido menester cerrar los ojos á la evidencia para no ver el giro que tomaban los asuntos. Y despues, al propio tiempo que hacia que se prorogase por cinco años (hasta el 709), su proconsulado de las Españas, en donde, por una autorizacion especial, disponia plenamente del Tesoro público para pagar á sus tropas, lejos de pedir para César otra próroga igual y las mismas atribuciones financieras, se promulgaron á la sazón leyes reorganizandó la investidura de los altos cargos, cuyas leyes, bajo la apariencia de una medida general, no tendian á otra cosa que á separarle del mando de las Gálias antes de espirar el plazo convenido; medidas todas manifiestamente concebidas para humdir á César, minándole su posicion. Ninguna ocasion era más propicia que ésta. César, al conceder en Luca á Pompeyo tan ámplios poderes, se habia dicho que, llegado que fuera el caso de la ruptura, tendria á su lado, echando todo el peso de su poder en la misma balanza, á Craso y al ejército de Siria. Desde el tiempo de Sila, Craso abrigaba contra Pompeyo un sentimiento de odio profundo, y casi en la misma época se habia hecho amigo personal y político de César, el cual sabia que, no pudiendo aquel aspirar á ser el rey de Roma, se contentaria con ser el vencedor del nuevo monarca. César, pues, podia contar decididamente con Craso, en la seguridad de que no se pasaria al campo enemigo. La catástrofe del mes de Junio del año 701, en que quedaron sepultados el ejército de Siria y su jefe, habia sido, por consiguiente, para César un terrible golpe. Algunos meses más tarde, cuando el levantamiento nacional de las Gálias parecia por completo sofocado,

estallaba con más fuerza en toda la region, y el Triumviro se encontró por vez primera enfrente de él á un adversario de genio, á Vercingetorix, rey de la Auvernia. La fortuna se habia declarado de nuevo á favor de Pompeyo: sublevada toda la Gália, muerto Craso, quedaba sólo él siendo dictador en Roma y dueño absoluto del Senado. ¿Qué habria sucedido, si, en vez de maquinar de lejos una tenebrosa intriga, hubiera hecho pura y simplemente que el pueblo y el Senado llamasen á César? Pero Pompeyo no supo nunca aprovecharse de las circunstancias: queria la ruptura y hacia ver sus mal encubiertos propósitos; desde el año 702, sus actos eran decisivos; desde la primavera del 703, su lenguaje era explícito; y, sin embargo, no llevó á cabo la ruptura, dejando el tiempo correr sin provecharlo.

*Las antiguas enseñas y los pretendientes. César y la Democracia.*—Mas á pesar de estas vacilaciones, se acercaba la crisis, empujada incesantemente por la corriente de los sucesos. La guerra próxima á estallar no era la lucha entre la República y la Monarquía, pues ésta habia sido resuelta ya hacia algunos años, sino simplemente el combate entre César y Pompeyo; pero á ninguno de los dos contendientes convenia declararlo así, porque esto habria sido arrojar á las filas enemigas á todos aquellos ciudadanos que deseaban la continuacion de la República, creyendo posible su existencia. Los antiguos gritos de combate de los *Gracos*, de *Druso*, de *Cina* y de *Sila*, por vulgares y vacíos que fuesen, eran buenos áun para los dos generales que iban á disputarse el imperio supremo. Y si, á la sazón, así Pompeyo como César, se proclamaban oficialmente campeones de partido popular, era evidente que el segundo llevaba

en su bandera la divisa del pueblo y del progreso democrático, al paso que la de Pompeyo era: Aristocracia y Constitución legítima. César no podía elegir: originaria y tradicionalmente demócrata, entendía que la Monarquía sólo se diferenciaba en su forma exterior, pero no en su esencia, del régimen popular imaginado por los Gracos. Era político demasiado profundo y de muy alto sentido para ocultar sus opiniones, y á ningun precio habria combatido bajo otra bandera que la suya. A decir verdad, poco provecho habia de darle aquel grito de guerra, y solo llevaba la ventaja de no llamar á la Monarquía por su nombre, aquel nombre aborrecido y maldito que habia consternado á la muchedumbre de las gentes tibias y áun á sus mismos partidarios. Despues de los ridículos y vergonzosos excesos de la campaña de Clodio, la bandera democrática y la idea de los Gracos no atraian ya considerables fuerzas: era, en efecto, muy difícil encontrar, en esta época, fuera de los Transpadanos, un solo círculo, una sola fraccion de alguna importancia, al que hubiera podido mover á la pelea el antiguo grito de combate.

*La Aristocracia y Pompeyo.*—En cuanto á Pompeyo, no era dudoso el lugar que le correspondia en la contienda, áun en el supuesto de que todas las circunstancias no le señalaran como el verdadero general de la República legítima. Miembro de la antigua aristocracia, solo una casualidad ó los más egoistas motivos podrian haberle hecho abandonar su campo para pasarse al de los demócratas; y volver entonces á la tradicion de Sila era indudablemente para él, no solo mostrarse consecuente, sino obedecer á su interés real. Mientras que el grito de combate de los demócratas no encontraba eco en ninguna parte, el de

los conservadores era en extremo poderoso, lanzado por el hombre de la situación, perteneciendo al partido constitucional la mayoría de los ciudadanos, ó por lo ménos, su núcleo más escogido. Fuertes por el número y por la autoridad moral, quizá fuesen llamados á intervenir poderosa y decisivamente en la lucha de los pretendientes. Solo les faltaba un jefe; Marco Caton, su mejor caudillo, cumplía sus deberes de capitán á la manera que él los entendía, exponiendo diariamente su vida, tal vez sin esperanza de éxito: necesario es estimar su escrupulosa rigidez, pero al quedarse el último en los puestos de peligro, alabaremos al soldado, mas no al general. El partido del gobierno destronado, que disponía de una poderosa reserva, salida, por decirlo así, del suelo en el interior de Italia, no supo ni organizarla ni conducirla al campo de batalla; y, cuando todo dependía de la dirección de los asuntos militares, había siempre sobra de razones para permanecer en aquella situación. Mas cuando en lugar de Caton, que no era general ni hombre de partido, apareció en la política y en la guerra un personaje tan importante como Pompeyo, que levantó la bandera constitucional, se vieron al punto acudir en masa los municipios itálicos, los cuales, sin querer batirse por la soberanía de Pompeyo, estaban dispuestos á ayudarle para combatir las pretensiones de César. Agréguese á esto otra consideración de no menor importancia. Aun cuando Pompeyo había tomado su resolución, no sabía cómo conducirse para ejecutarla, y, aunque hábil para provocar la guerra, vacilaba en el momento de declararla. A los catonianos, por el contrario, por incapaces que fueran, militarmente hablando, cuando se trataba de pronunciar la sentencia contra la Monarquía, en

vísperas de crearse, se les encontraba animados y dispuestos para la prosecucion de la empresa. Pompeyo habria querido permanecer extraño á los sucesos y, fiel á su costumbre, hablaba, ya de su próxima partida para la provincia de España, ya de un viaje al Asia y de una expedicion al Eufrates: deseaba que el gobierno legítimo, el Senado, anunciase el rompimiento con César, le declarase la guerra y le nombrara á él su general. Entonces, cediendo al público deseo, se convertiría en defensor legal de la Constitucion contra los designios revolucionarios de una demagogia monárquica, se dirigiria como hombre honrado y mantenedor del órden contra los desenfrenados anarquistas, y como general nombrado por la Curia contra el *Imperator* de los revolucionarios, salvando de esa suerte la patria por segunda vez. Por este medio, la alianza con los conservadores proporcionaria á sus partidarios personales el auxilio de un segundo ejército, y á él el recurso de un fundado manifiesto de guerra: ventajas considerables, sin duda, pero que habia de pagar caras, teniendo que unirse á sus adversarios que, despues de todo, habian de oponerse á sus designios. Entre las innumerables dificultades de una tal coalicion, habia una, la más seria de todas, que se habia presentado desde el principio: el cónsul se resignaba á no tener ya la eleccion, ni del tiempo ni del plan de la empresa, y cuando quisiera dar á César la batalla, se ponía, en el momento decisivo, á merced de los azares de la suerte, sometién-dose á los caprichos de una corporacion aristocrática.

*Los republicanos.*—Así se presentaba en la escena política la oposicion republicana: despues de haber estado, durante largo tiempo, desempeñando el papel de simple espectador, apenas con bastante li-

bertad para silbar la pieza, la contienda inminente de los Triumviros le llamaba á la escena, siendo los primeros que en ella se presentaron los partidarios de Caton, aquellos hombres que en todo tiempo y lugar aspiraban á combatir por la República contra la Monarquía, y que se hallaban tanto más decididos, cuanto que, de esta manera, quedaba antes resuelta la cuestion. El deplorable fracaso de la tentativa del año 698, les habia dado á conocer que por sí solos no podrian ni suscitar ni dirigir la guerra: todos sabian que en el seno mismo del Senado, con raras excepciones, en contraba la Monarquía una fuerte oposicion; pero conocian al propio tiempo que la mayoría estaba dispuesta á no concurrir á la restauracion del régimen oligárquico, mientras no pudiera hacerlo sin riesgo, presentándose hoy para ello una ocasion propicia. En vista de los dos señores de Roma, de un lado, y del otro, de aquella mayoría enervada, ávida de paz, ante todo y á cualquier precio, y que rechazaba un golpe de fuerza y se negaba á romper abiertamente con uno de los dos Triumviros, el partido catoniano no tenia más que un medio de llegar á la restauracion del antiguo régimen: este medio era la coalicion con el ménos peligroso de los dos. Y si Pompeyo se hacia el campeon de la constitucion oligárquica y se prestaba á pelear por ella contra César, podia la oposicion republicana, y hasta tenia el deber de reconocerle su general, y de arrancar, aliándose con él, una declaracion de guerra á la mayoría. Ninguno se hacia la ilusion de que Pompeyo fuese sincero en su nueva fé constitucional; pero como el Triumviro no habia terminado jamás la obra que empezaba, se decia que no habia debido madurar, como César, un plan pura y ciertamente deliberado, y que no inten-

taria, como primera obra, al advenimiento de la nueva Monarquía, concluir con los viejos instrumentos oligárquicos y arrojarlos fuera del gobierno. Por lo ménos, la guerra iba á formar un ejército de capitanes animados de la fé republicana; y una vez vencido César, se tendria motivo para destruir, no solo al segundo de los dos Triumviros, sino á la Monarquía misma, sorprendida en flagrante delito. Así, pues, por desesperada que fuese la causa de los oligarcas, la alianza que Pompeyo les ofrecia era para ellos la mejor de todas las soluciones.

*Su alianza con Pompeyo.*—Esta alianza se hizo muy pronto con los catonianos. Ya durante la dictadura de Pompeyo se habian acercado mucho el uno al otro ambos partidos: la actitud de Pompeyo en el asunto de Milon; su negativa clara y terminante á aceptar la dictadura otorgada por el pueblo, declarando que no la recibiria sino por el voto del Senado; su inexorable severidad contra todo linage de perturbadores; las singulares distinciones que habia otorgado á Caton y á sus parciales; toda su conducta, en fin, parecia calculada para atraerse á los conservadores, al mismo tiempo que era depresiva para César. De otro lado, Caton y sus amigos, en vez de mostrarse rigoristas, como de ordinario, y combatir la proposicion de dictadura, la habian hecho suya mediante una enmienda insignificante en la fórmula, siendo de manos de Caton y de Bibulo de quien recibió el Triumviro su consulado «sin colega». Si desde el principio del año 702 habia habido esta secreta inteligencia entre el partido constitucional y Pompeyo, la alianza fué definitiva y formal cuando, en las elecciones consulares del 703, se vió que eran nombrados, no ya el mismo Caton, sino uno de sus más de-

cididos partidarios, *Marco Claudio Marcelo*, y con él, otro miembro poco importante de la mayoría senatorial. No era Marcelo un fogoso defensor de su partido, ni tampoco un hombre de génio; pero firme é inflexible en sus convicciones aristocráticas, desde el momento en que convenia hacer la guerra á Cesar, era el más á propósito para declararla. En las actuales circunstancias, habia de sorprender una tal eleccion, hecha á raíz de las medidas represivas dictadas contra la oposicion republicana, y era imposible no descubrir en estos hechos la connivencia, ó por lo menos, la tolerancia del Triumviro, á la sazón árbitro de Roma. Pompeyo iba, como siempre, con lentitud y turbacion, pero iba, por fin, recta y seguramente á la ruptura.

*Resistencia pasiva de César.*—Sin embargo, no entraba en los designios de César llegar á una extrema hostilidad con Pompeyo. Ciérto que no queria dividir con nadie, por largo tiempo, el poder soberano, y todavía menos con un colega tan inferior á él: sin duda habia sido siempre su intencion apoderarse, despues de someter las Galias, del poder supremo, aunque para ello hubiera tenido necesidad de conquistarlo por la fuerza de las armas. Mas en Cesar, el hombre de Estado dominaba al guerrero: harto sabia que al pretender regularizar el sistema político con el auxilio de la fuerza armada, se corria el riesgo de introducir en él profundas perturbaciones, por lo comun de irremediables consecuencias: preferia, pues, á ser posible, resolver todas aquellas complicaciones por las vias pacíficas, ó al ménos, sin una abierta guerra civil, y, si esta no podia evitarse, deseaba, en último término, no verse obligado á desenvainar la espada en el mo-

mento mismo en que el levantamiento de Vercingetorix en la Gália le ponía á punto de perder las ventajas de sus anteriores campañas, teniéndole constantemente ocupado desde el invierno del 701-702, hasta el de 703; y menos en aquel momento en que, aliándose en Italia los constitucionales, sus enemigos por principios, con el otro Triumviro, le concedían la jefatura del Estado. César intentó, pues, mantenerse en buenas relaciones con Pompeyo, conservar la paz y obtener el consulado, sin choque ni ruptura, en el año 706, como se habia convenido en Luca. Y una vez libre de la guerra de las Galias y conseguida legalmente la jefatura del Estado, siendo, por otra parte, superior á Pompeyo en los asuntos políticos mucho más aún que lo era en los negocios militares, contaba con vencerle un día, sin gran trabajo, así en la Curia como en el Forum. Quizá entonces hallaría alguna posicion honorífica y sin influencia en donde pudiera relegar y anular á su importuno, orgulloso é indeciso rival. De aquí las tentativas repetidas de César para los enlaces matrimoniales con la familia de Pompeyo, que no se puede negar; habria sido al cabo una solucion, pues que los vínculos de la sangre que unieran á los dos rivales habrian estinguido tal vez sus enconados ódios. Entonces hubiera quedado sin jefe la oposicion republicana, probablemente habria dejado de agitarse, y la paz se hubiera conservado. Pero, si no llegaban á un acuerdo, y, á pesar de los esfuerzos de César, habia que decidir la contienda por medio de las armas, siendo éste cónsul en Roma, disponiendo de una mayoría complaciente en el Senado, y, mediante ella, poniendo obstáculos á la coalicion de los pompeyanos y los republicanos, la haria ilusoria por lo menos; y al estallar la guerra, ha-

llaria allí muchos más recursos y ventajas que en el caso presente, en que, siendo proconsul en las Gálias, necesitaba entrar en campaña á la vez contra el Senado y contra su general. Es verdad que para que este plan se realizase era menester que Pompeyo se mostrase propicio, y dejase que César, según lo pactado en Luca, ocupase en 706 la silla curul; pero aunque fuesen desechadas sus proposiciones, al Triumviro le tenia cuenta ser condescendiente hasta el fin, y manifestar su condescendencia con sus actos: de esta manera ganaba tiempo para terminar su expedición de las Gálias, y hacia recaer en sus adversarios la odiosidad de la ruptura de la guerra civil, cosa por todo extremo importante para la mayoría senatorial, para el partido que solo tenia en cuenta los intereses materiales y aún para sus propios soldados. En estas consideraciones se inspiró su conducta; sin embargo, hizo aprestos militares, y los nuevos reclutamientos del invierno de 702 á 703 elevaron á once el número de sus legiones, comprendiendo en ellas las dos que Pompeyo le habia prestado. Al mismo tiempo daba su asentimiento expreso y público á las medidas tomadas por el dictador y al restablecimiento del orden en la capital; rechazaba, como otras tantas calumnias, los avisos de sus más decididos amigos, y, felicitándose de ganar tiempo para la próxima catástrofe, cerraba los ojos á todo aquello que no podia ver, y toleraba todo lo que podia ser tolerado, manteniendo obstinadamente una sola y decisiva exigencia, de todo punto legal según los términos del derecho público de Roma: la de obtener el segundo consulado para el año 706, cuando al fin del 705 terminase su proconsulado de las Gálias, según el pacto formal del año 698.

*Preparativos de ataque contra César. Trátase de impedir su candidatura consular.*—En este terreno se planteó la lucha diplomática; y si César, obligado y contra su voluntad, deponía el *Imperium* proconsular antes del último día del año 705, ó se retardaba la investidura de su segundo consulado hasta después del 1.º de Enero del 706; si volviendo como simple particular, dejaba pasar algún intervalo entre su antiguo y su nuevo cargo, quedando así expuesto á una acusación criminal (sábase que, según los términos del derecho público de Roma, no podía entablarse sino contra el ciudadano no magistrado), que era lo que intentaba Catón, dispuesto á hacerle comparecer en juicio, no pudiendo fiar tampoco en la protección de Pompeyo, la pública opinión auguraba al conquistador de las Gálias la suerte de Milón. Para conseguir este fin, usaron sus adversarios de un expediente muy sencillo: según la ley electoral vigente, todo candidato al consulado estaba obligado antes de los comicios, es decir, seis meses antes de entrar en el ejercicio de sus funciones, á presentarse personalmente ante el magistrado director de la elección y á solicitar la inscripción de su nombre en la lista oficial de las candidaturas. En las conferencias de Luca se había convenido implícitamente que se exceptuase á César de una medida de pura fórmula, de la cual habían sido dispensados muchas veces los candidatos; pero no habiéndose confirmado por decreto alguno aquel tácito acuerdo, y disponiendo á la sazón Pompeyo de la máquina legislativa, se hallaba César á merced de su rival; más, cosa incomprensible, Pompeyo renunció voluntariamente á estas ventajas que constituían su fuerza, y dió su consentimiento, en el curso de su dictadura, á una ley tribuni-

cia que confirió á César la dispensa necesaria. Cuando poco tiempo despues se promulgó el nuevo reglamento orgánico, se hicieron necesarias y obligatorias la comparecencia personal y la inscripcion de los candidatos sin excepcion alguna y sin hacerse mencion de los ciudadanos que habian sido exceptuados por los plebiscitos anteriores. Y aún cuando el privilegio votado á favor de César se hallaba, de esta manera, en toda fórmula de derecho, derogado por la ley general más reciente, el proconsul protestó, y á petición suya, se intercaló en el texto una disposicion especial que reparaba la omision ; pero como no se sometió dicha medida á la aprobacion del pueblo, claro está que no fué otra cosa que una mera interpe-lacion introducida fuera de tiempo en la ley promulgada, y que, por lo tanto, adolecia del vicio de nulidad. Así, pues, cuando Pompeyo debiera haber tenido de su parte todas las ventajas, prefirió cederlas, para recobrarlas más tarde, encerrándose en una vituperable ilegalidad.

*Preténdese limitar el tiempo de su proconsulado.*

—Exigir la *asistencia* de César, candidato, era, en verdad, trabajar indirectamente para acortar su proconsulado, y á este fin tendian, de una manera directa y clara, las otras medidas legislativas adoptadas al mismo tiempo en materia de cargos. Los *diez años* de funciones asegurados á César por la ley que él mismo Pompeyo y Craso propusieron (en 699), corrian, segun el cálculo hasta entonces admitido, desde el 1.º de Marzo del año 695 hasta el último dia de Febrero del 705. Como tambien, segun la antigua práctica, todo proconsul ó propretor entraba de derecho en la funcion de su cargo provincial inmediatamente despues del año de su consulado ó pre-

tura, es claro que el sucesor de César debería ser designado por los magistrados de Roma del año 705 y no por los del año 704, y que no podía inaugurar sus funciones sino á partir del 1.º de Enero del 706. Por consiguiente, César tenía razon en continuar su gobierno durante los diez últimos meses del año 705, y no ciertamente por virtud de la ley Pompeya-Licinia, sino por efecto de la antigua disposicion, segun la cual, el funcionario, al cumplir su tiempo, conservaba el *Imperium* efectivo hasta la llegada de su sucesor. Mas el nuevo reglamento del año 702 no conferia ya el cargo de las provincias á los cónsules y pretores salientes, sino que, por el contrario, sólo concedia el derecho de ser elegidos á los magistrados que llevaran por lo ménos cinco años sin ejercer funciones, y ponía un intervalo entre la magistratura civil y el gobierno de las provincias, que antes se sucedian sin interrupcion el uno á la otra. En lo sucesivo, terminando las funciones cuando espiraba el plazo legal, nada impedía que se enviaran á las provincias los nuevos magistrados. En todo esto veíase á Pompeyo, obedeciendo á su desdichado carácter, disimular y vacilar en la intriga, revistiéndola singularmente de los artificios del formalismo constitucional, segun los catonianos. Mucho tiempo antes habian preparado los enemigos de César las armas que contra él habian de emplear, y adicionaban el cuerpo del derecho público con todas aquellas disposiciones que algun día debieran hacerse valer, ora fuese que, enviando á César un inmediato sucesor, se le quisiera obligar á depóner el *Imperium* al terminar la próroga fijada por la ley que el mismo Pompeyo habia hecho, próroga que espiraba el 1.º de Marzo del 705, ora que se prefiriese invalidar pura y simplemente las tablillas de votos

que se hubieran dado á su favor para el consulado del año 706. Contra este juego nada podia actualmente César: se calló y dejó correr los acontecimientos.

*Debates sobre el llamamiento de César.* — Los constitucionales marchaban á paso de tortuga; pero, no obstante, marchaban. Segun los términos de la ley, el Senado habia de arreglar las provincias para el año 705, y este arreglo debia hacerse á principios del 703 en lo tocante á los proconsulados, y á principios del 704 en lo relativo á las propreturas; de manera que la deliberacion sobre las provincias proconsulares era la primera ocasion propicia que se presentaba para plantear la cuestion del nombramiento de los dos gobernadores nuevos que habian de mandarse á las Gálias, y al propio tiempo de que estallara la guerra entre los constitucionales, que reconocian por jefe á Pompeyo, y los parciales y mandatarios de César. Así pues, vióse á poco presentarse por el cónsul *Marco Marcelo* una proposicion para que las dos provincias, reunidas entonces bajo la autoridad de César, fueran adjudicadas desde el 1.º de Marzo de 703 á dos consulares, cuyo nombramiento fuera para el 705. Esto era abrir la válvula, por la que debian salir el torrente de enojos y rencores, harto tiempo contenidos; y en el curso de los debates sobre aquella proposicion, descubrieron los catonianos todos sus propósitos y recursos. Era para ellos evidente que el *privilegio* concedido á César de poder presentarse candidato consular aunque estuviera ausente, habia sido derogado por los plebiscitos posteriores, y aun cuando el privilegio, añadian, esté escrito en la ley, no ha sido legitimamente intercalado en ella. En su opinion, el Senado sólo tenia una cosa que hacer: ordenar al proconsul, toda vez que la conquista de las Gálias se

habia ya terminado, que licenciase sin demora un ejército que actualmente no era necesario, y que eran de todo punto ilegales y nulos en derecho todos los actos de César, tales como la concesion de los derechos de ciudad y las fundaciones de colonias en la alta Italia. Y uniendo los actos á las palabras, el cónsul Marcelo maltrató á un príncipe notable, miembro de la curia de la colonia cesariana de Como (*Novum Comum*),—el cual, aun admitiendo que su ciudad no tuviese los derechos romanos, gozaba al ménos de los del Lacio (*jus latinum*), y por lo tanto, podia aspirar al *jus civitatis*,—haciéndole azotar, pena que no estaba autorizada contra los ciudadanos. Los partidarios de César, y entre ellos, el más importante, Cayo Vibio Pansa (que, aunque hijo de un ciudadano proscrito por Sila, se habia creado una distinguida posicion política, habiendo servido como oficial en el ejército de César, y siendo entonces tribuno del pueblo), sostenian á su vez que la situacion de las Gálias y la justicia misma exijian de consuno no llamar al proconsul antes de espirar el tiempo de su mando, y que convendria dejarle aún en su gobierno, nombrándole cónsul de todas maneras, y debieron citar el ejemplo de Pompeyo que, pocos años antes, tenia el titulo de cónsul y el proconsulado de las Españas, que aun hoy mismo, sin contar su importante cargo de superintendente de las provisiones de Roma, acumulaba en su persona el gobierno de España y el de la Italia, y que, por último, habia alistado en esta Península á todos los hombres aptos para el servicio de las armas, sin que hasta el presente les hubiera desligado de su juramento.

Como se ve, empezaban á manifestarse los agravios, pero no por ello seguia con más rapidez el

proceso. La mayoría del Senado, viendo que se acercaba la ruptura, prolongaba durante meses enteros las sesiones sin llegar á votar, y las grandes vacilaciones de Pompeyo hicieron todavía perder algunos otros. Al fin rompió el silencio, y, aunque usando, como siempre, de reticencias y no dando género alguno de garantías, se puso de parte de los constitucionales contra su antiguo aliado. A los cesarianos que pedían la acumulación de cargos en la persona del proconsul, les contestó con una lacónica y terminante negativa: «Esto equivaldría á permitir que mi hijo me amenazara con el palo,» exclamaba con una grosera dureza de lenguaje. Se manifestaba, pues, partidario de la proposición de Marcelo, al ménos en cuanto ésta se oponía á que César recibiese la investidura del consulado inmediatamente despues de terminar su función proconsular; pero al mismo tiempo dejaba entrever, sin soltar prendas, que quizá se concediera á aquél presentar su candidatura en las elecciones para el año 706, dispensándosele la comparecencia personal, y que en rigor se le podría mantener en su poder provincial hasta el 13 de Noviembre del 705. Poco despues, consintió este eterno indeciso en que se aplazaran hasta el último día de Febrero del 704 los nombramientos de procónsules, aplazamiento reclamado por los parciales de César, fundándose sin duda en una disposición de la ley *Pompeya-Licinia*, que impedía que se plantease esta cuestión en el Senado antes de comenzar el último año proconsular de César. Así se resolvió en 29 de Setiembre del 703, aplazándose para el 1.º de Marzo del 704 los nombramientos proconsulares de las Gálias; pero respecto al ejército de César, se pretendió disolverlo inmediatamente, y como antes se había hecho con Lúculo por medio de

un plebiscito, se decidió que los veteranos pidiesen al Senado sus licencias. Los agentes de César, en cuanto pudieron hacerlo por los medios constitucionales, anularon los senado-consultos valiéndose del veto tribunicio; mas Pompeyo empleó esta vez un lenguaje más terminante: según él, «los magistrados tenían la obligación de obedecer incondicionalmente, sin que nada pudiera ser obstáculo para ello, ni el veto ni otra solemnidad formal alguna.» El partido oligárquico, cuyo órgano fué en lo sucesivo; tampoco disimulaba sus intenciones: pretendía nada ménos que reformar la Constitución, después de la victoria, en el sentido de su interés, y desterrar de ella, sin consideración, todo lo que tuviera cierto sabor de libertad popular, comenzándose, en la guerra dirigida contra César, por no consultar el voto de los comicios. La coalición se había hecho y declarado entre Pompeyo y los llamados constitucionales; y pronunciada de antemano la sentencia contra César, solo se demoraba el día de la ejecución: en tales circunstancias, se verificaron las elecciones con gran desventaja de su parte.

*César toma sus medidas.*—Durante todas estas intrigas y preparativos de guerra, había logrado, por fin, César, sofocar las insurrecciones de las Gálias, reinando ya en todo el país conquistado la más completa calma. En el verano del año 703, bajo el especioso pretexto de la defensa de las fronteras, pero en rigor para demostrar que sus legiones no le eran ya necesarias al otro lado de los Alpes, había mandado una de ellas á la Italia del Norte. Si alguna vez pudo hacerse la ilusión de llegar á un acomodamiento, ahora se desvanecía por completo, viéndose fatalmente conducido á desenvainar la espada contra sus ciudadanos; pero deseando vivamente conservar por

algun tiempo todavía su ejército en la Gália apenas sosegada, contemporizó lo mejor que pudo, y, conociendo que la mayoría del Senado estaba animada de un vivísimo deseo de conservar la paz, abrigaba la esperanza de detenerla en la vía de las hostilidades, en que, á pesar suyo, la precipitaba Pompeyo. Ningun sacrificio le era costoso para evitar la ruptura que el gobierno de Roma procuraba. Cuando el Senado (en la primavera del 704), á instigacion de Pompeyo, invitó á éste y á su rival á entregar cada uno una legion para continuar la guerra contra los Partos; cuando, en virtud de esta decision, Pompeyo á su vez le reclamó, para mandarla tambien á Siria, la legion que le habia cedido muchos años antes, accedió al punto á esta doble exigencia, pues era imposible discutir la oportunidad del Senado-consulta, ni el derecho en cuya virtud obraba Pompeyo. Importando, por otra parte, poco á César el tener algunos soldados más ó menos, tenia sobre todo gran cuidado de mantenerse dentro de los límites de la legalidad, y en las exstrictas fórmulas de la Constitucion republicana. Las dos legiones partieron sin demora, y fueron á ponerse á disposicion del gobierno, que, en vez de mandarlas al Eufrates, las retuvo en Cápua á las órdenes de Pompeyo, ofreciéndose al público todavía una ocasion más de comparar con los esfuerzos hechos por César para impedir la ruptura, la perfidia de sus adversarios y sus preparativos cada dia más belicosos.

*Curion.*—El proconsul tenia, sobre todo, fija su vista en lo que pasaba en el Senado. Habia conseguido primeramente ganar á uno de los cónsules de aquel año, á *Lúcio Emilio Paulo*, y al tribuno de la plebe, *Cayo Curion*, uno de los muchos génius perversos de la época. Nadie aventajaba á éste en la elegancia

de sus maneras, en su fácil y seductor talento, en su espíritu de hábil intriga y en esa fuerza de acción que en las naturalezas enérgicas, pero desarregladas, se manifiesta repentinamente en poderosos arranques al cabo de largas horas de ociosidad. Nadie le aventajaba tampoco en locas prodigalidades, en habilidad para contraer deudas (no se calculaban las suyas en ménos de 60.000.000 de sestercios) y, para decirlo de una vez, en corrupcion moral y política. Ya en una ocasion habia ofrecido vender á César sus servicios, que éste habia rechazado; pero la habilidad de que dió pruebas atacándole, decidió al proconsul á comprarle: grande era el precio, mas la adquisicion bien lo valia. Durante los primeros meses de su tribunado, Curion habia figurado como republicano independiente, tronando á la vez contra César y contra Pompeyo, conquistándose de esa suerte una posicion aparentemente imparcial, de la cual supo aprovecharse con una habilidad rara.

*Debates sobre el llamamiento de César y de Pompeyo.. Verificase este llamamiento.* — Cuando, en Marzo del año 704, se puso sobre el tapete la cuestion del gobierno de las Gálias para el año siguiente, asintió plenamente al Senado-consulta en proyecto, pero pidió al mismo tiempo que se declarase tambien aplicable á Pompeyo y á los mandos extraordinarios que éste ejercia. Esta proposicion suya fué un rayo de luz para la muchedumbre y para el vulgo de los políticos. Sostuvo Curion que no se podia entrar en la senda constitucional sino aboliendo todos los poderes excepcionales; que Pompeyo, proconsul en virtud de un simple senado-consulta, podia rechazar mucho ménos que César la obediencia al Senado; que llamar á uno de los dos generales, dejando al otro

en la plenitud de sus funciones, era agravar el peligro para la República; añadiendo á esto, y su palabra encontró eco en la Curia y fuera de ella, que suspendería por su veto constitucional cualquier medida que se refriera exclusivamente á César. Este, por su parte, aceptó plenamente la proposición del tribuno, declarando que estaba pronto, en cualquier tiempo, si el Senado lo mandaba, á deponer el *Imperium* y sus poderes de gobernador provincial, á condicion de que hiciera lo mismo Pompeyo. Haciendo esto nada comprometía; pues Pompeyo dejaba de ser temible al abandonar el gobierno de la Italia y de España. Por esta razón no podía el rival de César por ménos de oponer á la proposición una negativa: «que César comience, decia, y yo seguiré su ejemplo.» Esta supuesta evasiva produjo muchos descontentos, tanto más, cuanto que en ella no se precisaba la época en que habia de abdicar sus funciones. Así quedaron las cosas durante muchos meses. Pompeyo y los catonianos veían á la mayoría vacilante y desconfiada, y no se atrevieron á pedir que se votara la proposición de Curion. En cuanto á César, empleó el verano en consolidar la paz en los países que habia conquistado, y en pasar en Nemetocena una gran revista á sus tropas. Había recorrido como en triunfo toda la provincia italiana que le era adicta, y en el siguiente otoño se estableció en Rávena, sobre la frontera meridional de aquella provincia. No siendo posible ya aplazar por más tiempo la proposición de Curion, y abierto debate sobre ella, sufrieron una completa derrota el partido de Pompeyo y los catonianos. Por una mayoría de 370 votos contra 22, acordó el Senado invitar inmediatamente á los proconsules de las Gálias y de España á abdicar sus poderes, lo cual causó gran

contento entre los bravos ciudadanos de Roma, cuando tuvieron noticia del acto heroico y salvador de Curio. El Senado-consulta fué ejecutado, quedando Pompeyo y César obligados á obedecer; pero mientras este se manifestaba pronto á cumplirlo, aquel se negó rotundamente. El cónsul que habia presidido el Senado, *Cayo Marcelo*, pariente de Marco Marcelo y, como él, miembro del partido catoniano, habia reprochado amargamente á la mayoría su servilismo. Era duro, en efecto, ser derrotado así en su propio campo por la falanje de los senadores indecisos; pero, ¿cómo vencer con un jefe como Pompeyo, que, en vez de hablar á los senadores precisa y claramente y dictarles sus órdenes, fundadas en su larga experiencia, iba por segunda vez á recibir las lecciones de un profesor de retórica, para enseñarse de nuevo á pulimentar su elocuencia con el fin de luchar con el brillante y vigoroso talento de Curio?

*Es declarada la guerra.* — Derrotada en pleno Senado, quedó muy maltrecha la coalición. En vano los catonianos habian acometido la empresa de provocar el rompimiento y de comprometer en él á la Curia, pues ellos y todos sus propósitos fueron á estrellarse contra aquella imbécil mayoría. En sus conferencias con Pompeyo, lanzaba éste las más amargas censuras contra sus jefes de fila, insistiendo con energía y con razon sobre los peligros de una fingida paz. Pero, si se trataba de que él por su parte cortase el nudo con un golpe de audacia, bien sabian los catonianos que no podian confiar en un hombre de tal carácter, y que les dejaria abandonados en su empresa, si ellos no la llevaban por sí solos á su término, como lo habian ofrecido. Poco antes, los campeones de la Constitucion y del régimen senatorial no habian visto más que un

vano formalismo en los derechos políticos de los ciudadanos y de los tribunos del pueblo, y se ven hoy en la necesidad de no tener más respeto á los Senado-consultos legalmente votados. ¿Habian de ser éstos los que salvaran, á pesar suyo, al gobierno legítimo, cuando no pudieron salvarlo por su voluntad? El acontecimiento no era una novedad, ni un efecto del azar; y ya antes de Caton y los suyos, habian hecho Sila y Lúculo lo que iba á hacer ahora Marcelo, tomando una enérgica resolucion á despecho del gobierno, sin escuchar otra voz que la que ellos estimaban ser la de su justo interés. Como se vé, la máquina constitucional estaba demasiado gastada; y lo mismo que habia sucedido con los comicios durante muchos siglos, el Senado al presente marchaba como una rueda rotá, salida de su eje.

En Octubre del 704, corria el rumor de que César habia llamado á la parte de acá de los Alpes á cuatro legiones de la Gália Transalpina, y que las tenia acampadas en Plasencia. Aun cuando hubiera sido verdad, este movimiento era perfectamente legal y estaba dentro de las atribuciones del proconsul. En vano Curion demostró en pleno Senado la falsedad de la noticia; en vano rechazó la mayoría la proposicion del cónsul Cayo Marcelo, que pedia que se diera á Pompeyo órden de salir contra su rival, porque Marcelo fué á buscarle acompañado de los dos cónsules catonianos elegidos para el año 705, y los tres de acuerdo y abrogándose un poder soberano, invitaron al general á ponerse sin demora frente de las dos legiones de Cápua y á llamar á las armas á toda la poblacion de Italia que estuviera en disposicion de empuñarlas. No puede concebirse mayor ilegalidad en la forma de abrogarse la facultad de de-

clarar la guerra; pero no era tiempo aquel de pararse en formalismos. Comenzaron, pues, los preparativos y aprestos militares, y para activarlos por sí mismo, salió Pompeyo de Roma en Diciembre del año 704.

*Ultimatum de César. Últimos debates en el Senado.*—César había conseguido al fin, que sus adversarios tomaran la iniciativa y que sobre ellos recayera la responsabilidad de la guerra civil. Manteniéndose con resolución en el terreno legal, obligó á Pompeyo á inaugurar las hostilidades, y no ya como el mandatario del gobierno legítimo, sino antes bien como el general de una minoría abiertamente revolucionaria, que se imponía á la mayoría por el terror. Tal resultado no dejaba de ofrecer su gravedad, aunque no porque el instinto de las masas se engañara ó pudiera engañarse en este punto. En la próxima lucha, lo que se ventilaba era muy otra cosa que una cuestión de formalidad legal; mas una vez declarada la guerra, convenia á César comenzar las hostilidades lo más pronto que le fuera posible. Sus enemigos apenas habian comenzado á hacer sus aprestos militares, y la misma capital estaba indefensa. En diez ó doce dias podia reunirse allí un ejército tres veces más numeroso que las tropas cesarianas de la alta Italia; y, por otra parte, no le era imposible á la sazón apoderarse por sorpresa de Roma, ocupar tambien la Italia propia, en una marcha rápida de invierno, y privar al enemigo de sus mejores recursos, antes que pudiera aprovecharlos. Curion, siempre previsor y enérgico, habia acudido á Rávena, al lado de César, al momento que salió del tribunado (en 10 de Diciembre del 704), y le dió cuenta de su situación, aunque no era esto necesario para convencerle de que perjudicaba á su causa el retardar más las operaciones.

Para no dar lugar á las acusaciones de sus adversarios, no habia querido llamar sus tropas á Rávena, y lo primero que hubo de hacer ahora fué dar á su ejército la órden de atravesar á marchas forzadas la Transalpina, y esperando luego en Rávena la legion que estaba estacionada más cerca de él, mandó entre tanto su *ultimatum* á Roma. En este documento no pedia grandes ventajas, antes bien comprometia más á sus adversarios á los ojos de la opinion, dando pruebas de una extremada condescendencia; y quizá, al verle así vacilante, pusieran sus enemigos ménos diligencia en los aprestos militares. En él abandonaba César sus anteriores exigencias con respecto á Pompeyo; ofrecia dejar el gobierno de las Gálias en la época que el Senado señalase y licenciar ocho de sus diez legiones, manifestándose satisfecho si se le dejaba el mando de la provincia Cisalpina y de la Iliria con una sola legion, ó de la Transalpina con dos, y no ya hasta la toma de posesion del consulado, sino solamente hasta el fin de las elecciones para el 706. Así, por este convenio, se conformaba con las proposiciones que el partido senatorial y el mismo Pompeyo habian declarado suficientes al comenzar las negociaciones; y manifestó, por último, que estaba dispuesto, una vez hecha su eleccion, á esperar en la vida privada la posesion de su nuevo cargo. ¿Era sincero al hacer estas peregrinas concesiones? ¿Contaria con mejorar su causa, manifestando tanta generosidad con Pompeyo? ¿Tendria la confianza de que los pompeyanos habian adelantado ya mucho, para no ver en estos nuevos ofrecimientos la evidente prueba de que él mismo consideraba su causa totalmente perdida? Nada podríamos afirmar de cierto acerca de estos puntos. Segun todas las apa-

riencias, César más bien cometía la falta de arriesgarse en una temeraria empresa, que la más grave de prometer sin ánimo de cumplir lo prometido. En mi opinión, si por rara casualidad hubieran sido aceptadas sus proposiciones, habría cumplido su palabra. Curion, portador de aquellas, se atrevió á penetrar en el antro del leon. En tres dias recorrió el camino de Rávena á Roma, y en el momento mismo en que los nuevos cónsules, *Lúcio Léntulo* y *Cayo Marcelo el Jóven*, convocaban el Senado por la vez primera (1.º de Enero de 705), él se presentaba ante la Asamblea, portador de la misiva escrita por el proconsul de las Gálias. Fué pedida la lectura inmediata de ella por los dos tribunos del pueblo, *Marco Antonio*, uno de los héroes de la crónica escandalosa de la ciudad, amigo y camarada de Curion, y que habia vuelto de los ejércitos de Egipto y de las Gálias con reputacion de excelente oficial de caballería, y *Quinto Casio*, antiguo cuestor de Pompeyo, los cuales, durante la ausencia de Curion, representaban en Roma los intereses de César. Estos pusieron en grave apuro á los cónsules, triunfando su proposicion de todas las resistencias. Las palabras terminantes y severas de César causaron honda impresion; armado de la irresistible fuerza de la verdad, hace ver la guerra civil inminente, el deseo de paz que animaba á todos los ciudadanos, el excesivo orgullo de Pompeyo, contrastando con su propia descendencia, y el acuerdo que todavía proponia, tan moderado, que no habia podido por ménos de sorprender á sus mismos partidarios; por la última vez, lo declara sin ambages, tendia la mano á sus adversarios. A pesar de los soldados de Pompeyo, que ya llegaban en gran número, y á pesar tambien del te-

mor que ellos inspiran, la intencion de la mayoría no era dudosa; pero no se le permitió manifestarse. En vano César pidió una vez más que fueran los dos proconsules obligados á abdicar juntamente sus poderes; en vano, en su *ultimatum*, entraba en una nueva vía de proposiciones; en vano *Marco Celio Rufo* y *Marco Calidio* manifestaron que conveñia que Pompeyo saliera inmediatamente para la provincia de España; los cónsules que presidian la sesion se negaron, en quanto de ellos dependia, á que se pusieran á votacion estas proposiciones. Uno de los más enérgicos del partido, que estaba ménos obcecado que los otros, y que confiaba ménos tambien en los auxilios militares de que se disponia, propuso que se prorogase el debate y que se esperase la época en que, reunidas y armadas todas las milicias de Italia, pudieran defender al Senado; pero tampoco esta proposicion logró ser votada: Pompeyo declaró por conducto de Quinto Escipion, su órgano habitual, que habia llegado para él el dia de tomar por su cuenta la causa del partido, y que todo lo abandonaria si se aplazaba aquella empresa. El cónsul Léntulo á su vez manifestó, sin género alguno de reservas, que no se trataba ya de esperar la resolucion del Senado; que si éste persistia en su servilismo, Pompeyo estaba resuelto á obrar y á seguir adelante con su empresa, acompañado de sus poderosos amigos. La mayoría obedeció al fin, bajo la impresion del miedo, resolviendo que en un dia determinado y próximo entregase César el mando de la Transalpina á *Lucio Domicio Ahenobarbo*, y el de la Cisalpina á *Marco Servilio Noniano*, y que licenciase su ejército, sopeña de incurrir en el delito de alta traicion. Los tribunos amigos de César interpusieron su veto, y en la

misma Curia, según ellos cuentan, se vieron amenazados por las espadas de los soldados pompeyanos, teniendo que huir de Roma disfrazados de esclavos para salvar sus vidas; y el Senado, dócil en extremo, calificó de tentativa revolucionaria su oposición estrictamente constitucional, declaró que la patria estaba en peligro, y llamando á las armas á todos los ciudadanos, según las fórmulas acostumbradas, confió su dirección á los magistrados de la República que se habían mantenido fieles á la causa pompeyana.

*César entra en Italia.*—La medida estaba ya colmada. Cuando César supo, por boca de los tribunos que se refugiaron en su campamento, la acogida que habían obtenido en Roma sus últimas proposiciones, no vaciló más, y reuniendo á los soldados de la décimatercia legion, recientemente llegados á Rávena de sus acantonamientos de *Tergisto* (Trieste), les puso al corriente de todo lo que pasaba. En este momento decisivo y terrible de su vida, de la vida del mundo puede decirse, no es ya solamente el gran concedor del corazón humano el que se nos ofrece; no es ya el hombre que ejerce un poderoso dominio sobre las almas, ó el preclaro génio, cuya elocuencia despide rayos de luz; no es solamente el jefe de ejército liberal con sus gentes, ni el capitán victorioso, que sabe hablar en su lenguaje á los soldados llamados por él al campo de batalla, y que, arrebatados por el entusiasmo, cada día mayor, que les inspira, han seguido sus estandartes durante ocho años: es el hombre de Estado el que habla, enérgico y consecuente consigo mismo; es el representante de las libertades populares durante veintinueve años, así en la buena como en la mala suerte. Por la causa abrazada, afrontó el puñal de los

asesinos, y la odiosidad de la aristocracia, y la espada del Germano, y las olas del mar grande, sin retroceder jamás y sin vacilar nunca; este es el que poco antes destruyó la constitucion de Sila, el que abatió el régimen senatorial, y el que, tomando por su cuenta la democracia, hasta entonces desarmada y sin defensa, le ha conquistado su escudo y sus armas en los combates al otro lado de los Alpes. Y aquel público, al cual se dirigia, no era tampoco el público de Clodio, ahogado desde hacia mucho tiempo bajo las cenizas de su antiguo entusiasmo republicano, sino hombres jóvenes de las milicias de las ciudades y aldeas de la alta Italia, que acababan de abrir su inteligencia á la pura y poderosa idea de las libertades civiles, dispuestos á luchar y aún á morir en defensa de su nueva fé, siendo ellos y su patria deudores á Cesar y á la revolucion por él inaugurada, de aquel derecho de ciudad romana que tantas veces les habia sido negado por los gobernantes de la capital, sabiendo tambien que, derrotado Cesar, volverian ellos mismos á caer bajo el régimen duro y opresor en que antes vivieron. Los hechos servian de fundamento á este temor: ¿qué fué sinó, la oligarquía para los Traspadanos más que una serie de inauditas crueldades? A tal auditorio, tal orador. César, despues de exponer los hechos, dice: «¿Qué recompensa prepara la nobleza romana al ejército victorioso y á su jefe por la conquista de las Gálias? Despreciados los comicios y hallándose el Senado bajo la impresion del terror, á todos se nos impone el deber sagrado de defender con las armas en la mano esa institucion del tribunado, preciosa garantía arrancada á los nobles por la fuerza hace más de quinientos años, por los antepasa-

»dos del actual pueblo de Roma; debemos fidelidad  
»al juramento hecho por esos mismos antepasados,  
»en su nombre y en el de sus descendientes, y de sos-  
»tener todos, hasta el último y hasta la muerte, la  
»magistratura por ellos fundada. En cuanto á él,  
»jefe y general del partido democrático, si les ha  
»llamado ahora á las armas, es porque ha agota-  
»do todos los recursos pacíficos, habiendo ido has-  
»ta el extremo límite de las concesiones; y los sol-  
»dados salidos del pueblo le seguirán en esta última  
»lucha, inevitable y decisiva, contra aquella nobleza,  
»tan odiada como despreciable, tan pérfida como in-  
»capaz, tan incorregible como ridícula.» No hubo un  
solo oficial, no hubo un solo soldado que no se sin-  
tiera arrastrado por las palabras de su jefe. Se dió la  
orden de enarbolar los estandartes, y César, al fren-  
te de la vanguardia de su ejército, pasó el Rubicon,  
pequeño río que separaba la provincia de su mando  
de la Italia propia, y que el proconsul de la Gália no  
podía atravesar sin violar la ley. Después de nueve  
años de ausencia, pisó el suelo de la patria, quedán-  
do así echada la suerte.

## CAPITULO X.

BRINDIS, ILERDA, FARSALIA Y TAPSO.—Poder de los dos rivales.—César es soberano en su partido. Labieno.—El ejército de César.—Países que éste dominaba. La alta Italia. La Italia propia y las provincias. Países que pertenecían á la coalicion. Juba, rey de Numidia.—Italia hostil á César.—El ejército de Pompeyo.—César toma la ofensiva.—Marcha sobre Italia. Roma es evacuada. Combates en el Picenum. Ataque y rendicion de Corfinium.—Pompeyo en Brindis. Los pompeyanos se embarcan para Grecia. Resultado militar y financiero de la conquista de Italia.—Resultado político. Temores de anarquía. Son disipados por César.—Amenazas de los emigrados. Son ganadas por César las gentes de órden.—Despecho de los anarquistas contra César. El partido republicano en Italia.—Resistencia pasiva del Senado. Organizacion provisional de la administracion en Roma.—Los pompeyanos en España.—Massalia se declara contra César.—César ocupa los Pirineos. Posicion del enemigo en Ilerda. Es cortado César. Restablecimiento de las comunicaciones.—Retirada de los pompeyanos. Persíguelos César. Es ocupado el camino del Ebro.—Capitulan los pompeyanos. Sumision de la España ulterior.—Sitio de Massalia. Capitacion de esta ciudad.—Expediciones de César á las provincias productoras de trigo.—Ocupacion de Cerdeña y de Sicilia.—Curion desembarca en Africa. Queda vencedor delante de Utica. Es derrotado por Juba cerca del Bagradas. Muerte de Curion.—Plan de campaña de Pompeyo para el año 705. Derrota del ejército y de la escuadra de Iliria.—Resultados generales de la campaña.—Organizanse los constitucionales en Macedonia. Los tibios: Los Ultras.—Preparativos militares.—Las legiones pompeyanas. La caballería.—La escuadra.—Los pompeyanos reunidos en la costa de Epiro.—César marcha contra Pompeyo y arriba á Epiro. Primeras ventajas.—César incomunicado con Italia.—Antonio llega á Epiro. Reunion de las fuerzas cesarianas.—César encierra á Pompeyo en su campamento. Son cortadas las líneas de César. Es este derrotado por segunda vez.—Consecuencia de estas dos derrotas.—Plan de

guerra de Pompeyo. Escipion y Calvino.—Retirada de César. Marcha hácia Tesalia.—Batalla de Farsalia.—Resultados políticos de la batalla de Farsalia. Sométese el Oriente.—Caton.—Pompeyo.—Resultados militares. Dispersion de los jefes pompeyanos.—Macedonia y Grecia.—Italia. Asia. Egipto.—España. Africa.—Piratería y pillaje.—César sigue á Pompeyo al Egipto.—Muerte de Pompeyo.—César en Egipto.—César reorganiza el Egipto.—Insurreccion de Alejandria.—Entrada de César.—Llega del Asia Menor el ejército auxiliar. Batalla del Nilo. Es sofocada la insurreccion en Alejandria.—Los acontecimientos durante la permanencia en Alejandria.—Defecion de Farnaces. Calvino derrotado delante de Nicópolis.—Victoria de César en Ziela.—Arreglo del Asia Menor.—Derrota de Gabinio.—Victoria naval de Vatinio en Tauris.—Reorganízase la coalicion.—Movimientos en España.—Pronunciamiento militar en la Campania.—César en Africa. Combate de Ruspina. Situacion de César.—Batalla de Tapsos.—Caton en Italia. Su muerte.—Muerte de otros jefes republicanos.—Arreglo del Africa.—Victoria de la monarquía.—Fin de la República.

*Poder de los dos rivales.*—Así, pues, las armas iban á decidir cuál de los dos autócratas, poco antes asociados, seria en adelante el árbitro de los destinos de Roma. En este momento en que vá á comenzar la guerra, conviene que veamos cómo se estableció entre ellos el equilibrio de las fuerzas.

*César es soberano en su partido. Labieno.*—El poder de César tenia, ante todo, su fundamento en el dominio que ejercia sobre su partido. Pura concentracion de las ideas monárquicas y democráticas, era su imperio algo más que la obra de una coalicion, formada por el acaso y que el acaso podia tambien destruir, y tenia sus raíces en lo más profundo de la democracia no representativa, encontrando en él ambas ideas su más alta y acabada expresion. En la política interior como en los asuntos de la guerra, lo resolvia César todo por sí y sin apelacion;

y cualquiera que fuese la estima en que tuviera á tal ó cuál instrumento, útil ciertamente, siempre era un instrumento de que disponia: marchaba al frente de su partido sin colega ni rival, no teniendo á su lado más que ayudantes de campo militares y civiles juntamente, que, salidos casi todos de las filas del ejército y educados en la escuela del soldado, obedecian sin preguntar ni la razon ni el objeto de una orden. Así, en el momento decisivo en que estalló la guerra civil, todos, oficiales y soldados, todos ménos uno, se presentaron pasivamente sometidos; y, cosa que demuestra el dominio de César sobre sus soldados, el único que opuso resistencia, era precisamente el primero de sus lugartenientes. Tito Labieno habia compartido con él las duras fatigas de los tiempos de la conjuracion de Catilina y las inmarcesibles glorias de la conquista de las Gálias: de ordinario, habia ejercido mandos independientes y tenido á sus órdenes la mitad del ejército; y como era indisputablemente el más antiguo, el más hábil y, hasta entonces, el más fiel de los auxiliares del proconsul, era tambien el más distinguido y considerado. En el año 704, le habia César confiado el mando de la Cisalpina, sea que quisiera éste confiar sus puestos avanzados á las manos más espertas y seguras, ó que creyera valerse de los servicios de su lugarteniente para su candidatura consular; pero Labieno entró en inteligencia con el partido contrario, y, cuando se dió principio á las hostilidades, en vez de unirse al cuartel general de César, se pasó al de Pompeyo, peleando durante toda la guerra con inaudito encarnizamiento contra su antiguo general y amigo. Escasas noticias tenemos sobre el carácter de este hombre y sobre su defeccion; pero, al ménos, resulta de aquí para nosotros la con-

vicción de que César no podía contar con sus generales como con sus simples capitanes. Según todas las apariencias, Labieno, como muchos otros, unía el mérito militar á la incapacidad completa como hombre de Estado, y nos recuerda á aquellos mariscales, de que tanto abunda la epopeya napoleónica, suministrándonos de ello un ejemplo trágico-cómico: cuando, por desgracia, tales hombres, de grado ó por fuerza, toman parte en la política, se apodera de ellos el vértigo y los arrastra. Labieno, sin duda, se creyó llamado, á la par de César, á representar también el papel de jefe del partido democrático, y, viéndose rechazado, se arrojó en brazos de la facción enemiga. Entonces se vieron los graves inconvenientes del sistema de César. Teniendo á sus lugartenientes en posición de absoluta independencia los unos respecto á los otros, no dejó que se elevara alguno, que pudiera aspirar á un mando separado; pero, como era de prever, encendiéndose y desarrollándose la guerra actual en todas las provincias, y sobre toda la extensión del vasto imperio romano, había de tener gran necesidad de hombres que le ayudaran en su empresa: me atrevo á decir, sin embargo, que estos inconvenientes tenían una completa compensación en una primera é inmediata ventaja, que César consiguió á aquel precio, la cual ventaja era la unidad en la suprema dirección de las operaciones militares.

*El ejército de César.*—Esta unidad de mando se manifestaba en toda su fuerza por la misma eficacia de los instrumentos empleados. Presentábase en primer término el ejército: constaba éste todavía de nueve legiones de infantería (50.000 hombres ó más), que todos habían tenido enfrente al enemigo, y cuyas dos terceras partes habían hecho toda la cam-

paña de las Gálias. La caballería se componía de soldados llegados de la Germania y de *Noricum*, probados y amaestrados en las luchas contra Vercingetorix. Una guerra de ocho años sostenida en medio de mil vicisitudes contra la nacion de los Celtas, que, aunque inferior á los Italianos bajo el punto de vista militar, era seguramente belicosa, habia proporcionado al proconsul la ocasion de dar á sus tropas la organizacion que solo él era capaz de llevar á cabo. Todo servicio útil supone en el soldado vigor físico; y César, al hacer los reclutamientos, exigía ante todo fuerza y agilidad corporales, y la bondad y la moralidad solo las consideraba para ello condiciones secundarias. Un ejército no es más que una máquina inteligente, cuyas condiciones esenciales para funcionar bien son la facilidad y la rapidez de sus movimientos. Siempre dispuestos á levantar el campo en cualquier ocasion, corriendo más bien que marchando, los soldados de César, bajo este punto de vista, alcanzaron la perfeccion, habiendo habido quizá quien les iguale, pero no quien les aventaje; y, como era natural, el valor era la virtud que más alto galardón recibia entre ellos. César poseia maravillosamente el arte de inspirar á sus soldados el espíritu de disciplina y el ardor de la rivalidad militar: para los mismos que quedaban rezagados, los grados y las recompensas otorgadas á tal soldado aislado ó á cuál seccion de legion, constituian la necesaria gerarquía de los valientes: los acostumbraba á no temer nada, ocultándoles, cuando podia hacerlo sin grave peligro, la inminencia del ataque ó del combate, poniéndoles de pronto enfrente del enemigo. A la par que valor, exigía la obediencia: el soldado obraba segun la orden de su jefe, sin saber por qué ni

cómo, y se les imponían muchas fatigas inútiles, tan solo para que se acostumbrasen á la dura escuela de la sumision ciega y pasiva. La disciplina era rigurosa, pero no insoportable: César, inflexible ante el enemigo, daba en las demás ocasiones, y sobre todo despues de la victoria, rienda suelta á sus gentes, permitiendo entonces á todo buen soldado que usara perfumes, brillantes armas y otras cosas parecidas; y si se cometia cualquier brutalidad, la violencia más grave, no afectando la cosa al servicio militar, se hacia César el desentendido, tolerando los excesos de los desenfrenados placeres y hasta los excesos criminales, sin prestar oidos á las quejas de las provincias que de ellos habian sido víctimas. En cambio jamás obtenian su clemencia las sediciones, ora fuesen sus promovedores soldados aislados, ora fuese un cuerpo entero el culpable. Mas para un verdadero soldado, no basta ser activo, valiente y sumiso: es menester que lo sea voluntaria y libremente, si se me permite decirlo así, y no es dado sino al génio imprimir un poderoso y vivo movimiento á esta máquina animada que dirige, por las esperanzas, y ante todo, por la conciencia que ella tiene de su misma utilidad. El capitan, para exigir valor á sus gentes, es fuerza que con ellos haya arrostrado los peligros; y en cuanto á esto, ¿no habia César desenvainado más de una vez la espada? ¿No habia combatido á la par de los más bravos? En punto á fatigas y á incesante actividad, de nadie exigia, ni con mucho, tantas como él soportaba y revelaba; y ponía cuidado en que la victoria, siempre é inmediatamente útil al general, ofreciese al soldado gran cosecha de esperanzas y de lucros. Sabia tambien, como en otra parte hemos dicho, inspirar á los suyos el entusiasmo democrático, si es que en

aquellos tiempos prosáicos podía despertarse todavía un entusiasmo cualquiera, y mostraba á las milicias Traspadananas la region en donde habian nacido, llamada un dia á gozar de la igualdad civil con los demás países de la Italia propia. Dicho se está que no habian de faltar tampoco recompensas materiales á sus tropas, así particulares, otorgadas por un esclarecido hecho de armas, como otras más generales concedidas á los buenos y experimentados soldados: los oficiales estaban dotados, los legionarios recibian recompensas, y ante su vista se ofrecia la perspectiva de larguezas con profusion para despues de la victoria. Pero en lo que César como general en jefe, no tenia igual, era en el arte de infundir en todas las ruedas de su inmensa máquina guerrera, en las más delicadas como en las más insignificantes, la conciencia de su verdadera funcion. El hombre ordinario está destinado á obedecer y sufrir, y no se rebela contra su destino cuando se siente bajo el dominio de su señor: por esto, la mirada de águila de general, atenta á todas partes y á todas horas fija, dominaba al ejército. Imparcial y justo en el castigo como en la recompensa, mostrando á la actividad de cada uno los mejores medios que debia seguir para el comun interés, jamás exigió el estéril sacrificio, ni derramó inútilmente la sangre del más débil de sus soldados; le pedia en cambio una adhesion sin reservas y hasta la muerte si fuese necesario. Sin descubrir todos los medios y el móvil de sus designios, no le desagradaba, sin embargo, que hubiera entre sus gentes como un presentimiento de la situacion política y militar: allí todos le saludaban como general y como hombre de Estado, cuyo ideal era para todos tambien. César no los trataba como iguales, sino co-

mo hombres que, teniendo derecho á la verdad, eran capaces de entenderle y debian confiar en las seguridades y promesas de su jefe, sin temor de ser engañados y sin cuidarse de los rumores que circulaban: les trataba como antiguos camaradas de campaña y de victorias, y quizás no habia uno solo á quien no conociese por su nombre; ó que de una ú otra manera no estuviese ligado á él por algun lazo personal. En medio de todos estos buenos camaradas estaba plenamente confiado, conversando y regocijándose con ellos, y dándoles pruebas de aquella cortés y alegre familiaridad, propia de su génio. Si ellos estaban obligados á obedecerle, él tenia que devolverles servicio por servicio, vengando sus muertes ó los agravios que sufrieran, lo cual era su deuda más sagrada. Quizá no haya existido jamás ejército en el mundo que fuera tan completamente como éste, lo que es menester que sea todo ejército: un instrumento á propósito para su fin, concurrendo á él voluntariamente y todo á disposicion de un jefe, que pone en él su propia fuerza y sus medios de accion. Las legiones de César eran, en realidad, y se sentian tan fuertes como el enemigo con quien tenian que habérselas, diez veces mayor que ellas en número; pero en los buenos dias de la táctica romana, en que el combate cuerpo á cuerpo y con la espada tenia una principal importancia, los legionarios ejercitados en él, aventajaban á los reclutas mucho más de lo que sucede en la táctica moderna (1). Y cuando ya su bravura les daba so-

---

(1) Un centurion de la legion décima (llamada tambien décima cuarta,) de César, fué un dia hecho prisionero: conducido ante el general republicano, le dijo que con diez de sus hombres podia resistir la mejor de las cohortes enemigas

bre todo adversario una incuestionable ventaja, su inquebrantable fidelidad para con César les colaba, en concepto del enemigo mismo, á una altura á que él no podia llegar; y, he-ho inaudito en la historia: cuando César les exhortó á seguirle por la senda de la guerra civil, ningun soldado ni oficial romano le abandonó, excepto Labieno, del que ya hemos hablado, quedando desvanecidas las esperanzas de sus enemigos, que contaban con la desercion en masa de las huestes del proconsul, como quedaron tambien burlados cuando poco antes pretendieron disolver su ejército, á ejemplo de lo que habian hecho con el de Lúculo. El mismo Labieno llegó al campamento de Pompeyo sin un solo legionario, no llevando detrás de él más que una escolta de ginetes Celtas y Germanos. Como si los soldados de César quisieran hacer ver que en la guerra civil se hallaban tan interesados como su propio general, decidieron entregar á éste, hasta el fin de la campaña, el sueldo doble que les habia ofrecido al comenzar las hostilidades, y subvenir á sus espensas á las necesidades de los más pobres, y cada oficial de tropa se encargó de sostener á un ginete de éstos.

*Países que dominaba César. La alta Italia, la Italia propia y las provincias.*—César disponia de todo lo que, en primer término, necesitaba: tenia el poder absoluto militar y político, y un ejército segu-

---

(500 hombres. Cæs. *Bell. Afric.* 45). Así dice Napoleon que «los ejércitos antiguos, batiéndose con arma blanca, tenían necesariamente que componerse de hombres más ejercitados, siendo otros tantos combates singulares... Lo que este centurion decia era cierto: un soldado moderno que empleara el mismo lenguaje, seria un farsante.» (*Precis des Guerres de J. Cæs. ch. XI, observation 5*). Y si se quiere sa-

ro y excelente para pelear; pero su poder no se extendía más que á un reducido territorio, consistiendo su principal punto de apoyo en la alta Italia, la más poblada de todas las regiones de la Península, y que además estaba consagrada á la causa democrática como á la suya propia. Y si se quiere de ello la prueba, véase el heroísmo de aquel puñado de reclutas de *Opitergium* (*Oderzo* en el *Trevisan*), que sorprendidos, al principio de la guerra, en una débil balsa en las aguas de Iliria y rodeados por todas partes por las galeras enemigas, resistieron todo el día hasta la puesta del sol y sufrieron una nube de dardos sin rendirse, dándose la muerte al entrar la noche los que no fueron pasados por las flechas. De una tal población todo podía esperarse; y así como había facilitado ya á César los medios de doblar su ejército, cuando estalló la guerra civil y se ordenaron las levadas en grande escala, envió soldados en crecido número. En la Italia propia, por el contrario, la influencia de César fué mucho menor que la de sus adversarios. Y aunque por sus hábiles manejos hiciera prevaricar á los catonianos, aunque supiera defender su buen derecho y ganar las conciencias de todos los que solo deseaban un pretesto; los unos para mantenerse neutrales (como hizo la mayoría senatorial), los otros para abrazar su causa (como hicieron sus legiones y los Transpa-

---

ber el espíritu militar que animaba al ejército de César, no hay más que leer las relaciones, unidas á sus memorias, de la guerra de Africa y de la segunda de España, la primera de las cuales parece que fué escrita por un oficial subalterno, y la otra, que no es más que un diario de campaña, redactada también por un subalterno (*Bell. Afric. Bell. Hispaniense.*)

danos), la mayor parte de los ciudadanos Romanos le fueron hostiles; y desde el mismo día en que se dirigió contra Roma, á pesar de todas sus invocaciones á la forma legal, no vieron en él más que un demócrata usurpador: para ellos, Pompeyo y Caton eran los verdaderos defensores de la República y de la Ley. ¿Qué podían esperar del partido de César? ¿El sobrino de Mário, el yerno de Cina, el antiguo asociado de Catilina no iba, por ventura, á renovar los horrores de la época del primero y á abrir las saturnales de la anarquía que poco antes habia inaugurado el último? Estas perspectivas le atraieron, por otra parte, gran número de aliados: en tropel acudieron á él los desterrados políticos, las gentes de mal vivir le saludaban como su libertador, y á la noticia de su marcha, estaban en grande agitación las últimas capas de la plebe en Roma y fuera de ella: todos estos nuevos amigos eran, sin embargo, más peligrosos que los verdaderos enemigos. Las provincias y los Estados tributarios obedecian mucho ménos que la Italia á la influencia de César. Si la Gália transalpina hasta el Rhin y hasta el Canal estaba toda á sus órdenes; si los colonos de Narbona y los otros ciudadanos que allí se hallaban establecidos le eran en absoluto adictos, harto sabia que; por otra parte, en esta misma provincia de Narbona, tenian tambien los constitucionales numerosos partidarios, y que, en la próxima guerra civil, sus recientes conquistas serian para él una carga en vez de una ventaja; y harto razones tenia para no reclamar infantería á los Galos y para no servirse de su caballería, sino con parsimonia. Por otra parte, nada habia omitido para obtener el apoyo de los Estados vecinos ó independientes, obligándolos de mil maneras, ora haciendo

riquísimos presentes á los príncipes, ora erigiendo en las ciudades grandiosos monumentos, ora, en fin, facilitándoles recursos en hombres y en dinero, segun las necesidades de cada uno. Y, sin embargo, la utilidad de estas medidas distaba mucho de responder á los esfuerzos hechos, porque César no habia podido entablar relaciones provechosas más que con algunos jefes establecidos sobre el Rhin y el Danubio, por ejemplo, con *Voccio*, rey de la Norica, cuya caballería habia venido á ponerse á sueldo.

*La coalicion.*—César entraba en campaña como simple proconsul de las Gálias, teniendo por únicos medios de accion lugartenientes hábiles, un ejército fiel y una provincia adicta. Pompeyo, por el contrario, al comenzar la guerra, podia decirse en realidad que era el jefe de toda la República, teniendo á su disposicion todos los recursos de gobierno en el inmenso imperio de Roma; y, no obstante, por grande que pareciera su situacion militar y política, era menos clara y sólida que la de su rival. La unidad de direccion, ventaja suprema que la misma fuerza de los acontecimientos daba á César, no podia existir en manera alguna en la coalicion; y Pompeyo, demasiado buen soldado para hacerse ilusiones sobre este punto capital, se esforzó desde un principio en imponer por todas partes su autoridad, haciéndose nombrar único generalísimo de mar y tierra con los más ilimitados poderes; pero, en realidad, eran éstos nominales. No podia prescindir del Senado, como tampoco podia negarle la influencia preponderante en la política, ni oponerse en las operaciones de la guerra á ingerencias doblemente enojosas, por cuanto los senadores escogian el momento y la ocasion de ella. El recuerdo de aquella lucha de veinte años, entre él

y los constitucionales, lucha en la cual se habia peleado con encarnizamiento por una y otra parte; la profunda conviccion en el ánimo de todos, y por todos mal disimulada, de que, al dia siguiente de la victoria, vendria, como primer acto, la ruptura entre los vencedores; el desprecio recíproco y harto merecido con que se miraban los unos á los otros; la molesta muchedumbre de hombres ilustrados é importantes en las filas del partido aristocrático, y, de otro lado, la incurable inferioridad intelectual y moral del mayor número, producian en las filas pompeyanas un conjunto de elementos antipáticos y refractarios que, estorbando la accion comun, contrastaban lastimosamente con la concordia y la poderosa concentracion que reinaban en el otro campo.

*Paises que pertenecian á la coalicion. Juba, rey de Numidia.*—En el pompeyano se sufrían, pues, en muy alto grado todos los inconvenientes de que adolecen las coaliciones formadas entre poderes enemigos, y no obstante, la anticesariana no dejaba de ser por extremo poderosa. Dueña indisputablemente de los mares, poseía tambien todos los puertos, todos los barcos y todo el material naval. Las dos Españas, dotacion militar de Pompeyo, con el mismo titulo que las Gálias lo eran de César, se le mostraban fieles y adictas, y estaban mandadas por lugartenientes hábiles y de confianza; en todas las demás provincias, exceptuadas las dos Gálias, las preturas y propreturas habían sido confiadas, en el curso de los últimos años, á jefes tambien de confianza, hechuras de Pompeyo ó de la minoría senatorial; y respecto á los Estados tributarios, todos abrazaron con energía el partido de aquél contra César. Los más importantes príncipes y las grandes ciudades, en contacto fre-

cuenta con Pompeyo en los anteriores períodos de su activa carrera, estaban ligados á él por vínculos personales y estrechos. Compañero de armas de los reyes de Numidia y de la Mauritania, durante las guerras de Mário, había repuesto en su trono al primero de ellos; en el curso de las guerras contra Mitrídates, había restablecido también, sin contar á una multitud de otros principillos espirituales y temporales, á los reyes del Bósforo, de Armenia y de Capadocia, y creado un reino Gálata para Deyotaro; y por último, uno de sus generales había llevado, hacia poco, por orden suya, la guerra al Egipto y restaurado allí el imperio de los Lágidas. Hasta la ciudad de Marsella, en la misma provincia de César, al cual estaba obligada por muchos favores que de él había recibido, recibió también de Pompeyo, durante la guerra sertoriana, considerables aumentos de territorio, siendo en ella muy poderosa la oligarquía, que se hallaba naturalmente unida á la romana por mil estrechos vínculos. Y como si ya no bastaran contra César tantas alianzas y lazos personales, y aquella aureola de victoria conseguida por Pompeyo en los tres continentes, aureola que oscurecía la gloria del conquistador de las Galias, ¿no era el nombre de éste el de un heredero de Cayo Graco, conocido hasta en las más apartadas regiones por la audacia de sus ideas y de sus proyectos sociales, que consideraba necesaria la reunion de los Estados libres á Roma, y que sostenía la utilidad de la colonización en las provincias? Entre los monarcas independientes, ninguno se veía tan amenazado como Juba, rey de los Númidas, que anteriormente, viviendo su padre Hiempsal, había tenido con César gravísimas diferencias; Cayo Curion, por otra parte, ese mismo Curion que

ahora ocupaba el primer puesto entre los lugartenientes del proconsul, había propuesto, no hacia mucho, al pueblo la anexion pura y simple del reino africano. Y si un día se veían tomar parte en la lucha á los pueblos y príncipes vecinos, el único rey que era á la sazón poderoso, el de los Partos, acababa de firmar un tratado de alianza con el partido oligárquico, hallándose Bibulo y Pacoros negociándolo sobre la frontera. César, por el contrario, era demasiado grande y demasiado romano para entrar jamás en tratos, llevado de un interés de partido, con los vencedores de Craso, su amigo y su colega.

*Italia hostil á César.*—En Italia, ya hemos dicho que se le manifestaba hostil la gran mayoría de los ciudadanos. Al frente de la oposicion estaban los aristócratas, y luego la gente acaudalada, no ménos prevenida contra el proconsul, porque, con las completas reformas proyectadas por éste, no podia conservar sus tribunales-jurados asequibles á la pasion de partido, ni el monopolio que ejercia en las exacciones financieras. Tampoco contaba partidarios la causa democrática entre los pequeños capitalistas, ni entre los propietarios de fundos, ni en general, entre las clases que tenían algo que perder; estas clases sociales, no se cuidaban á decir verdad, de otra cosa que de poner sus intereses á buen recaudo ó de hacer la recoleccion de las semillas y de las mieses.

*El ejército de Pompeyo.*—El ejército que Pompeyo iba á mandar, se componia principalmente de las tropas de España, que eran siete legiones, acostumbradas á la guerra y fuertes bajo todos aspectos, pudiendo agregar á ellas diversos cuerpos estacionados entonces en Siria, en Asia, en Macedonia, en Africa, en Sicilia y en otras partes, flojos por lo general, y

que se hallaban á gran distancia. En Italia, todavía no tenia á sus órdenes, dispuestas á entrar en batalla, más que las dos legiones que poco antes habia reclamado á César, y cuyo efectivo no excedia de 7.000 hombres, de fidelidad algun tanto sospechosa. Estas dos legiones, alistadas en la Cisalpina, que habian servido durante largo tiempo á las órdenes de César, víctimas de una páfida intriga, que las habia hecho pasar de uno á otro cuerpo, no ocultaban su enojo y se agitaban al recuerdo de su antiguo general, que en el momento de separarse de ellas, habia pagado con generosidad su deuda y distribuido á los soldados las recompensas que les tenia ofrecidas para el dia del triunfo. Pero las legiones de España podian fácilmente llegar á Italia para la primavera, ya por tierra, atravesando la Gália, ya por mar; y antes de esto, nada más fácil que llamar á las armas á los hombres de las tres legiones del alistamiento del 699, que estaban para licenciarse, y á los de los reclutamientos de Italia del año 702, que ya habian prestado juramento. De suerte que, sin contar las seis legiones de España y los cuerpos repartidos en las otras provincias, podia Pompeyo disponer desde el principio, sólo en Italia, de una fuerza total de diez legiones, ó sean 60.000 soldados próximamente (1). No exajeraba, ciertamente, al decir que no tenia más que golpear con el pié el suelo de Italia, para que al punto brotaran de él ginetes é infantes. Convento en que necesita-

---

(1) Esta era la cifra que él mismo fijaba (*Cæs. Bell. civ.* 16), cuya exactitud se confirma teniendo en cuenta que, despues de haber perdido en Italia 60 cohortes, ó sean 30 000 hombres, le fué posible todavía llevarse 25.000 cuando marchó á la Grecia.

ba un plazo, por corto que fuera, para movilizar toda su gente; pero por todas partes se trabajaba ya con actividad, llenando los antiguos cuadros ó llamando los nuevos alistamientos decretados por el Senado el día de la ruptura. Inmediatamente despues del voto del Senado-consulta, que daba la señal de la guerra civil (7 de Enero del 705), en mitad del invierno, los hombres más importantes de la aristócracia habian salido en todas direcciones para activar los reclutamientos y las remesas de armas. Sentíase en extremo la falta de caballería, que se sacaba de ordinario de las provincias, y especialmente de los contingentes Célticos, y siendo necesario á todo trance formar un primer núcleo, se valiéron para ello de 300 gladiadores que César tenia en las escuelas de esgrima de Cápua; pero la medida excitó un tan gran descontento, que Pompeyo tuvo que licenciarlos, poniendo en su lugar á 300 esclavos pastores de las campiñas de Apulia. Como de ordinario habia escasez de dinero en el Tesoro, se acudió á esta necesidad apoderándose de todo el numerario que habia en las cajas de la ciudad y de los tesoros de los templos de las municipalidades.

*César toma la ofensiva.*—En estas circunstancias comenzó la guerra en los primeros días de Enero del 705. César no tenia á sus órdenes más que una sola division, pronta á entrar en campaña, fuerte de 5.000 infantes y 300 caballos, y con ella se hallaba en Rávena á 50 millas [(alemanas=80 leguas) próxima-mente de Roma por la gran calzada pública. Pompeyo tenia dos reducidas legiones (7.000 hombres de infantería y un escuadron de caballería) acantonadas en Luceria, á las órdenes de Apio Claudio, sobre poco más ó ménos, á igual distancia de la capital, tambien

en la dirección de la gran vía. Las demás tropas de César (y no hablo aquí de los contingentes y de los nuevos reclutas que se estaban organizando) acampaban todavía, la mitad sobre el Saona y el Loira, y la otra mitad en el territorio de la Bélgica, mientras que las reservas italianas de Pompeyo aguardaban ya de todas partes á los puntos en donde debían concentrarse. Mucho antes que los jefes de columna de las legiones transalpinas pudieran llegar á la Península, debía estar en campaña un ejército numeroso, dispuesto á recibirlos. Parecía una locura tomar la ofensiva con un ejército apenas igual á las bandas catilinas, sin ningun apoyo ni reservas en este primer momento, atacando á dos legiones superiores en fuerza, cuyas filas engrosaban de día en día, y que se hallaban mandadas por un entendido general. Sería locura, pero una locura semejante á la de Aníbal. Si César retardaba las operaciones y dejaba entrar la primavera, el ejército pompeyano de España invadía la Transalpina, los Italianos se arrojaban sobre la Cisalpina, y Pompeyo, tenido por tan hábil táctico como César y que era un general más experimentado que él, al tomar la campaña regulares proporciones, se convertía seguramente en un formidable enemigo; por el contrario, hallándose acostumbrado á proceder lentamente y sin riesgo en las operaciones, y contando siempre con la superioridad numérica, el general de la oligarquía había de quedar desconcertado ante un imprevisto ataque. La legión décimatercia había probado su valor á las órdenes de César, rechazando los ataques de los Galos, y soportando, sin quejarse, los rigores de una expedición llevada á cabo en pleno mes de Enero al territorio de los Bellovacos; pero los soldados de Pompeyo, antiguos cesarianos, ó re-

clutas todavía no ejercitados y apenas reunidos y organizados, no se resistirían en esta guerra que estallaba de pronto, exponiéndolos á las penalidades de una campaña de invierno.

*Marcha sobre Italia. Roma es evacuada. Combates en el Picenum. Ataque y rendición de Corfinium.*

—Mientras tanto, César se había puesto en marcha (1). Dos caminos conducían entonces de la Romanía al Sur: uno, la *via Emilia Casia*, que atravesando el Apenino, se dirigía á Roma por *Arretium*; el otro, la *Pompilia Flaminia*, que partiendo de Rávena, se prolongaba á lo largo de la costa hasta *Fanum*, y allí se dividía, dirigiéndose un ramal al Oeste por la *garganta de Furlo*, hácia Roma, y otro al Sur hácia Ancona y la Apulia. Marco Antonio se dirigió por el primer camino á *Arretium* y César avanzó por el segundo. En ninguna parte hallaron resistencia, ni podían encontrarla tampoco, porque los nobles que se habían convertido en oficiales reclutadores, no eran hombres de guerra, los reclutas no eran soldados y las ciudades no se cuidaban de otra cosa que de evitar que les pusieran sitio. Cuando Curion, con 1.500 hombres, se presentó delante de *Iguvium*, en donde el pretor *Quinto Minucio Termo* había reunido unos dos mil hombres del nuevo contingente de la Umbria, á la primera noticia de la llegada del enemigo, general

---

(1) El día 7 de Enero se promulgó el Senado-consulto: desde el 18 del mismo mes se sabía en Roma, y esto despues de muchos días, que César había pasado el Rubicón (*Cic. ad Attic.*, 7, 10, 9, 10): lo ménos tres días tardaba un correo en llegar á Rávena; por lo tanto, conviene fijar la época de la salida de César en el 12 de Enero, fecha que corresponde al 24 de Noviembre del 704 del calendario juliano, según la redacción usual.

y soldados emprendieron la retirada, y en todas partes sucedia con poca diferencia lo mismo. César podía á su eleccion, ó dirigirse á Roma, de la cual estaba á 28 millas su caballería, situada en *Arretium*, ó marchar contra las legiones pompeyanas acampadas en Luceria; tomó el segundo partido. En Roma fué grande la consternacion de sus adversarios: hallábase todavía allí Pompeyo cuando se supo la marcha de César, y al principio quiso defender la capital; más habiendo tenido noticias del movimiento del proconsul hácia el *Picenum*, así como de las primeras ventajas que por aquella parte alcanzara, abandonó toda idea de resistencia y dispuso la evacuacion de Roma. El pánico, que se habia apoderado de la buena sociedad romana, se acrecentó por los mil falsos rumores que circulaban: decíase que la caballería de César estaba ya á las puertas de la ciudad; y habiéndose amenazado á los senadores que intentasen permanecer en Roma con tratarles como cómplices de la rebelion, salieron todos en masa. Los mismos cónsules, consternados, solo pensaron en poner á salvo sus tesoros, y cuando Pompeyo les invitó á que fueran á reunirse con él, diciéndoles que todavía tenían tiempo para ello, le contestaron que estimaban más conveniente que fuese él primero á ocupar el *Picenum*. La misma confusion reinaba en los consejos. El 23 de Enero se celebró una reunion en *Teanum Sidicinum*, á la cual asistieron los dos cónsules y Labieno, tratándose en ella, en primer término, de las nuevas proposiciones de arreglo hechas por César, que se manifestaba todavía dispuesto á licenciar inmediatamente sus tropas, á entregar el mando de sus provincias á los sucesores designados y á entrar solo en Roma para presen-

tarse candidato al consulado, según las reglas constitucionales, á condicion de que Pompeyo, á su vez, saliese sin dilacion para España y que se procediera al desarme en Italia. A esta demanda se contestó que era menester que primero se retirase César á su provincia, y que entonces se procediera al desarme y á votar la salida de Pompeyo para España en la justa y debida forma de un Senado-consulta deliberado en Roma: quizá este lenguaje no fuera un grosero engaño; pero al aceptar en estos términos las proposiciones de César, se rechazaban en realidad. César habia solicitado una entrevista con Pompeyo, que este rechazó y debia rechazar, para no excitar de nuevo, por la perspectiva de una alianza entre los dos Triumviros, las ya harto vivas desconfianzas del partido constitucional. En los consejos celebrados en Teanum, el plan de la guerra se dispuso de la manera siguiente. Pompeyo tomaria el mando de las tropas de Luceria, en las cuales, á pesar de su poca solidez, cifraban toda su esperanza los coaligados: desde Luceria se dirigiria al Picenum, su patria y la de Labieno, cuya poblacion llamaria á las armas, como habia hecho treinta y seis años antes, y, poniéndose á la cabeza de las fieles cohortes Picentinas y de los valientes soldados recobrados de César, iria, si le era posible, á cortar el paso al enemigo. Pero ¿podria sostenerse el Picenum hasta que llegara Pompeyo en su defensa? Todo consistia en esta dificultad. Ya César, reuniendo los diversos cuerpos de su ejército, y siguiendo el camino de la costa, habia pasado de Ancona y entrado en el corazon del país. En todas partes se estaba sobre las armas: *Auximum* (*Osimio*), primera plaza que se encuentra bajando del Norte, se hallaba defendida por *Publio Accio Varo*,

con una considerable guarnicion compuesta de reclutas; pero el Senado municipal, antes que César estuviera á la vista, les notificó que tenian que abandonarla. Un puñado de cesarianos de la vanguardia los persiguieron, y, alcanzándolos cerca de la ciudad, los puso en un instante en completa dispersion: esta era la primera vez que venian á las manos ambos ejércitos contendientes. Poco tiempo despues, *Cayo Lucilio Hirro* evacuó á *Camerinum*, en donde tenian 3.000 hombres, y *Publio Léntulo Spinther* abandonó á *Asculum*, que ocupaba con 5.000 soldados. Las milicias, en su mayor parte adictas á Pompeyo, dejaban sin exhalar una queja, sus casas y sus campos y seguian á su caudillo más allá de la frontera; pero ya el país estaba perdido para la causa constitucional, cuando se presentó en él el oficial enviado por Pompeyo con encargo de dirigir provisionalmente la defensa. Esté enviado, *Lúcio Bibulo Rufo*, oscuro senador, aunque buen militar, no pudo hacer otra cosa que reunir diligentemente los seis ú ocho mil reclutas, conducidos por los inútiles capitanes que los habian levantado, y encerrarlos en la fortaleza más próxima, que era *Corfinium*, situada en el centro de los reclutamientos de Alba y del país de los *Marsos* y *Pelignios*. Allí se habian reunido los alistados en número de unos quince mil hombres, que formaban el contingente de las mas enérgicas y belicosas poblaciones de Italia, núcleo excelente para el ejército constitucional en vias de organizacion. Cuando Bibulo llegó á aquella plaza, César distaba aún de ella algunas jornadas: nada más fácil, queriendo obedecer á las instrucciones de Pompeyo, que salir de la plaza é ir á juntarse, con los Picentinos que huian delante de César, al cuerpo de ejército

principal de la Apulia. Tenía el mando de *Corfinium* Lúcio Domicio, uno de los más obstinados é intransigentes aristócratas, designado sucesor de César en el proconsulado de la Tránsalpina, el cual Domicio, lejos de obedecer, por su parte, las órdenes recibidas, impidió al mismo Bibulo que condujese sus tropas al Sur, y persuadido de que Pompeyo solo vacilaba por obstinación y de que acudiría de buena ó mala voluntad á salvarla, apenas tomó algunas disposiciones para sostener el sitio, y no introdujo dentro de los muros de la plaza las pequeñas guarniciones diseminadas en las ciudades limítrofes. Pompeyo, sin embargo, no acudió, y harta razon tuvo para ello: con sus dos legiones, no muy adictas por cierto á su persona y á su causa, podia muy bien esperar y sostener á las milicias Picentinas; mas no le era dado avanzar y presentar la batalla á César. Al cabo de algunos dias, el 14 de Febrero, se presentó éste en el Picenum, habiéndosele incorporado la duodécima legion é incorporándosele tambien, frente á *Corfinium*, la décimatercia, ambas llegadas del otro lado de los Alpes. Además habia distribuido en tres nuevas legiones los prisioneros, los soldados pompeyanos que voluntariamente se habian pasado á su campo y los reclutados en todo el país; siendo, pues, el ejército que reunió delante de *Corfinium* de 40.000 soldados, la mitad de ellos veteranos. Mientras contó Domicio con el apoyo de Pompeyo, dejó que se defendiera la plaza; pero, desahuciado por los despachos que recibia, no quiso sostenerse por más tiempo en su perdido puesto, en donde, sin embargo, su resistencia habria sido de gran provecho para el partido. Tampoco pensó en capitular, sino que, anunciando á sus soldados la próxima llegada

de un ejército de refuerzo, se disponia á fugarse aquella misma noche con algunos nobles, oficiales suyos: indigno proyecto que tampoco supo realizar, porque le acusaron su aspecto y su turbacion. En su ejército, unos se amotinaron; los reclutas marsos, que no querian creer la indignidad de su general, tomaron las armas contra los amotinados; pero convencidos luego de la verdad de aquella acusacion, sublevóse la guarnicion toda, prendió á sus jefes y los entregó á César, á la vez que se entregaba ella misma y entregaba también la ciudad (el 20 de Febrero). Por aquel tiempo, se rindieron 3.000 soldados acantonados en Alba; y lo mismo hicieron 1.500 reclutas en Terracina, al presentarse los primeros ginetes de César, y ya poco antes habia tenido que capitular en *Sulmo* un tercer cuerpo de 3.500 hombres.

*Pompeyo en Brindis.* \**Los pompeyanos se embarcan para Grecia.*—Dueño César del Picenum, consideraba Pompeyo perdida la Italia, y no pensó ya sostenerse en ella, deseando solo demorar su embarque para salvar el mayor número de tropas que le fuera posible. Se dirigió, pues, con lentitud hácia Brundisium, el más cercano puerto de mar; y allí se encontraron, por fin, las dos legiones de Luceria, los reclutas con antelacion alista los en la Apulia, país que, como se sabe, estaba escasamente poblado, y los reunidos en la Campania por los cónsules y sus delegados, los cuales fueron al punto mandados á la costa: allí se hallaban tambien en gran número los fugitivos de Roma y los más notables senadores, acompañados de sus familias. Verificóse el embarque; pero como no habia bastantes embarcaciones para trasportar de una vez todas aquellas tropas, que ascendian á unos 25.000 hombres, fué necesario dividir el ejército: el

cuerpo más numeroso partió el 4 de Marzo, y con el otro más reducido (de 10.000 hombres próximamente) esperó Pompeyo el regreso de su escuadra; pero aunque desease continuar en Brindis en espectación de una ulterior tentativa sobre Italia, harto sabia que no le era posible sostenerse largo tiempo en frente de César. Este llegó delante de la plaza y al punto comenzó el sitio, tratando ante todo de cerrar la boca del puerto por medio de diques y puentes flotantes, que impidiesen la entrada á la escuadra republicana; pero Pompeyo habia armado con gran diligencia todos los buques mercantes que pudo haber á la mano, logrando mantener sus comunicaciones hasta la llegada de las galeras. Por grande que fué la vigilancia de los sitiadores, y á pesar de la mala disposición de los habitantes de la ciudad, sacó Pompeyo con suma habilidad todas sus tropas, hasta el último soldado, y las trasladó á Grecia, fuera del alcance de César (en 17 de Marzo). No teniendo éste escuadra, ni pudo atacar la plaza ni perseguir á los pompeyanos.

De esta suerte, despues de dos meses de campaña, sin librar siquiera una sola batalla importante, habia perseguido y aniquilado César un ejército de diez legiones, del cual apenas la mitad habia escapado precipitadamente á través de los mares. Toda la Península itálica, comprendida la capital, el tesoro público y las inmensas provisiones reunidas en todas partes, habian caído en poder del vencedor, y los vencidos tenían razon al deplorar «la asombrosa rapidez, la vigilancia y el vigor del mónstruo.»

*Resultado militar y financiero de la conquista de Italia.*—De cualquier manera, la evacuación de Italia, áun siendo una gran ventaja para César, no de-

jaba éste de hallarse en un grandísimo embarazo. Bajo el punto de vista militar, iban á faltarle considerables medios de acción para luchar con su rival. Desde la primavera del 705, su ejército, reforzado por una multitud de contingentes levantados en masa de todas partes, contaba con un gran número de nuevas legiones sobre las nueve antiguas que lo formaban; pero le era forzoso dejar en Italia una poderosa guarnición y tomar medidas inmediatas para impedir el bloqueo, que no tardaría en establecer Pompeyo, dueño absoluto de los mares, evitando á Roma el hambre, que sería la consecuencia obligada de tal bloqueo: gravísimas complicaciones todas, que venían á hacer más difícil la empresa militar de César. Respecto á la hacienda, tuvo la suerte de que cayera en su poder el tesoro público; pero las principales fuentes de ingreso se le habían cegado, toda vez que los tributos del Oriente iban á pasar á manos del enemigo. Por grandes que fueran las sumas de que se había apoderado César, las necesidades, cada vez mayores del ejército, y las provisiones necesarias para la hambrienta población de Roma, las agotaron en breve, viéndose obligado á recurrir al crédito particular, y no bastando éste á cubrir las atenciones, tuvo de apelar al solo recurso que le quedaba, al sistema fatal de las confiscaciones en masa.

*Resultado político. Temores de anarquía. Son disipados por César.*—Bajo el punto de vista político, al dominar César la Italia, encontraba dificultades todavía más graves, nacidas del estado mismo de las cosas. Grande era la inquietud que sentían los propietarios en todas partes, considerando llegada la hora de un completo trastorno anárquico; y amigos y enemigos veían en César un segundo Catili-

na, creyendo ó afectando creer Pompeyo que su rival habia sido arrastrado á la guerra civil por la imposibilidad de pagar sus deudas, cuya creencia era á todas luces absurda. En realidad, los antecedentes de César eran bien poco tranquilizadores, y habia motivo para alarmarse mucho más al considerar la gente que le seguia y la de que se rodeaba. Gentes de mala reputacion y de peores costumbres, y libertinos declarados, como los *Quinto-Hortensios*, los *Cayo-Curiones*, los *Marco-Antonios*, hijo este último del catilinario Léntulo, ejecutado anteriormente por órden de Ciceron, ocupaban los primeros puestos á su lado, y los cargos de mayor confianza se daban á hombres agobiados, desde hacia mucho tiempo, por deudas, que no pensaban pagar; y viéndose á los lugartenientes del procónsul, no solo sosteniendo bailarinas—cosa en verdad muy frecuente en aquella época—sino tambien presentarse en público acompañados de cortesanas, no debemos extrañar que, en presencia de tales hechos, los ciudadanos graves, ajenos al movimiento de los partidos políticos, presagiasen amnistias á favor de los más famosos criminales, á la sazón desterrados de Roma, que se rasgaran los libros de créditos, y que se llevaran á cabo proscripciones, confiscaciones y asesinatos, así como el saqueo de la ciudad por la soldadesca gala desenfrenada. Pero el *mónstruo* dió, en este punto, un mentís á sus amigos y á sus enemigos. Lo primero que hizo, al pisar la primera ciudad de la Italia, *Ariminum*, fué prohibir al simple soldado que se presentase con armas dentro de los muros de la plaza, y protegió contra todo linage de excesos á todas las ciudades, cualquiera que fuese su conducta, ora se hubieran presentado hostiles, ora le hubieran dispensado benévola aco-

gida. Cuando por la tarde, la guarnicion sublevada de *Corfinium* le entregó la plaza, quiso, á pesar de las tradiciones militares, diferir la ocupacion para la mañana siguiente, temiendo exponer á los habitantes á la cólera de sus soldados y á los azares de una entrada nocturna. Los prisioneros que hacia á sus enemigos, si eran simples soldados, considerándolos ajenos á la cuestion política, los incorporaba á sus tropas, confundiéndolos con ellas, y si eran oficiales, despues de perdonarles, los dejaba en libertad, sin distincion de personas, y sin exigirles ninguna promesa, devolviéndoles todo aquello que reclamaban como suyo, sin tener para nada en cuenta la justicia ó injusticia de la demanda. Así se portó con Lúcio Domicio, y al mismo Labieno le dejó restituirse al campo enemigo con sus riquezas y equipajes. A pesar de la falta de recursos que sentia, no se apoderó jamás de los bienes de sus adversarios ausentes ó presentes, y, antes que enagenarse los de los propietarios, poniendo en vigor las contribuciones territoriales legítimamente debidas, aunque habian caído en desuso, prefirió exigir empréstitos á sus propios amigos. En su opinion; el vencer al enemigo no constituia más que la mitad, ménos de la mitad, de su empresa, y, segun manifestaba, no podria imprimir á su obra el sello de la duracion sino perdonando á los vencidos, por lo cual se le vió, durante su marcha de Rávena á Brindis, renovar continuamente la demanda de una conferencia con Pompeyo y las proposiciones para un arreglo aceptable.

*Amenazas de los emigrados. Son ganadas por César las gentes de órden.*—Mas así como antes se habia negado la aristocracia á todo acomodamiento, despues de su inesperada y vergonzosa emigracion,

ciega de cólera, llegaba hasta el delirio, contrastando notablemente las amenazas de venganza proferidas por el vencido con la actitud conciliadora del vencedor. La correspondencia diariamente cambiada entre los emigrados y sus amigos que permanecían en Italia, no hablaba de otra cosa que de las confiscaciones y proscripciones futuras y de la purificación del Senado y del Estado, siendo la restauración de Sila, comparada con los proyectos anunciados, cosa baladí y de poca cuenta; y ante tales anuncios, la gente moderada del partido sentía un gran terror. Tanta insensatez al lado de tamaña impotencia, y por el contrario, tanta prudencia y moderación de parte del más fuerte, no tardaron en producir sus resultados. Las gentes que anteponían el interés material al político, se arrojaron en los brazos de César; en las ciudades del interior se ensalzaba hasta las nubes «la lealtad, la clemencia y la sabiduría» del vencedor, y sus mismos adversarios reconocían de buen grado que tal homenaje era merecido; la alta banca, los publicanos y los jueces del orden ecuestre, después del desastroso descalabro del partido constitucional en Italia, no se inclinaban ya en manera alguna á confiar por más tiempo la suerte de su causa á tan inhábiles caudillos; los ocultos capitales reaparecían de nuevo; «los ricos volvían á entregarse al cotidiano trabajo de sus registros de cambio;» y en el Senado, la gran mayoría, en cuanto al número al ménos,— porque, á decir verdad, no había en él sino muy pocos senadores importantes y de influencia,—á pesar de las órdenes de Pompeyo y de los cónsules, permaneció en Italia, y muchos en la misma Roma, acomodándose al gobierno cesariano. Mostrándose en extremo indulgente, había César acertado, pues el ter-

ror y las zozobras de las clases propietarias se calmaron bien pronto, y ya no amenazaba el desorden, lo cual era una ventaja de trascendentales consecuencias para el porvenir; porque evitar la anarquía y los no ménos peligrosos terrores que la expectativa de ella engendraba, era la condicion primera y necesaria de la reorganizacion del Estado.

*Despecho de los anarquistas contra César. El partido republicano en Italia.*—Por el pronto, la clemencia de César le hacia, sin embargo, más daño que si hubiera reproducido los horrores de los tiempos de Cina y de Sila, puesto que sus enemigos no se tornaban amigos y sus amigos se le declaraban hostiles. Todos los catilinarios murmuraban, porque no se les permitia matar ni robar: todas aquellas gentes de mal vivir, aquellos desesperados aventureros, hombres de talento con frecuencia, harto hacian prever peligrosos excesos. En cuanto á los republicanos de todos matices, el perdon del vencedor no fué bastante á que se convirtieran ni apaciguaran, porque segun el *credo* del partido catoniano, el deber para con la patria desligaba de todos los otros deberes: si César os ha hecho merced de la libertad ó la vida, decian, no por eso dejais de tener derecho sobre ellas, y estais obligados á tomar de nuevo las armas, ó por lo ménos á conspirar contra él. Ciertas fracciones más moderadas del partido constitucional, aunque estaban dispuestas á recibir la paz y la proteccion del nuevo monarca, no por eso dejaban de maldecir, desde el fondo de su alma, al monarca y á la monarquía. A medida que se manifestaba más claramente el nuevo régimen político, los sentimientos republicanos iban afirmándose más y más en la conciencia de la gran mayoría de los ciudadanos, así en los de la capi-

tal, que se agitaban más en la vida política, como en los de las restantes ciudades y en los de las campañas de Italia, pudiendo decir con razon los constitucionales de Roma á sus amigos desterrados, que todas las clases y todos los individuos de la Península eran decididamente pompeyanos. Esta mala disposicion de los ánimos se agravaba todavía más por la presion moral que los hombres decididos é importantes del partido que se hallaba en la emigracion ejercian sobre las muchedumbres y sobre los tibios, de tal suerte, que el hombre honrado sentia remordimientos en no abandonar la Italia, y los semi-aristócratas se creian rebajados hasta el punto de confundirse con la plebe, si no tomaban el camino del destierro como los Domicios y Metelos, ó si continuaban en el Senado juntamente con los instrumentos de César.

*Resistencia pasiva del Senado. Organizacion provisional de la administracion en Roma.*—Esta oposicion pasiva en un principio se acentuó más por la indulgencia del proconsul; no querien lo éste inaugurar el régimen del terror, sus encubiertos enemigos se declararon sin peligro alguno en abierta hostilidad, de lo cual tuvo bien pronto una prueba en el mismo Senado. Habia César comenzado la lucha queriendo libertar á aquel cuerpo, al que sus opresores manejaban por el terror; una vez alcanzado el fin que se proponia, quiso obtener un *bill* de indemnidad, y, al propio tiempo, que se votara la continuacion de la guerra; y cuando, conseqüente con este propósito, se presentó delante de las puertas de Roma, á fines de Marzo, los tribunos del pueblo, sus parciales, convocaron en 1.º de Abril la Curia. Bastante numerosa fué la reunion, pero faltaban en ella los más notables senadores que no habian emigrado, y tambien se echa-

ba de ver la ausencia de Marco Ciceron, antiguo jefe de la servil mayoría, y el suegro del mismo César, Lúcio Pison, y lo que que era peor, no se mostraron dispuestos los senadores presentes á votar las proposiciones que se habian sometido á la deliberacion del Senado. A la demanda de plenos poderes para continuar la guerra, uno de los dos consulares que asistieron á la sesion, un hombre cuya vida entera habia sido una no interrumpida série de sobresaltos, y que no deseaba otra cosa que una tranquila muerte en su lecho, *Sérvio Sulpicio Rufo*, propuso que César mereceria bien de la patria si abandonaba su propósito de llevar la guerra á la Grecia y á España. César, entonces, propuso á su vez que el Senado fuese el intermediario de las proposiciones de paz que hacia á Pompeyo, á lo cual no se hizo ninguna objecion; pero las amenazas de los emigrados á todos aquellos que permanecian neutrales les aterrizaraban, y no se encontró persona alguna que quisiera servir de parlamentario. La aristocracia sentia gran repugnancia á ayudar á César á levantar su trono, y la Asamblea soberana mostraba la misma inercia que en el dia, aún no muy lejano, en que, gracias á esa misma inercia, habia podido el Triumviro hacer absolutamente ilusorio el nombramiento de Pompeyo para la dignidad de generalísimo de la guerra civil, sufriendo él igual suerte cuando á su vez pidió que se le concediese el mismo título. Otros obstáculos se le presentaban tambien: queriendo por lo ménos regularizar su situacion, aspiraba á la dictadura; pero ¿cómo conseguirla? Segun los términos de la Constitucion, sólo podia obtener la investidura de ella uno de los dos cónsules. César intentó comprar á Léntulo, cuya ruinosa fortuna permitia suponer que fuera eficaz tal medio para

ganarle; pero la tentativa fué infructuosa. Más tarde, el tribuno del pueblo, *Lúcio Metelo*, protestó contra los actos del omnipotente proconsul é intentó defender con su persona las cajas del Tesoro, de las cuales habian venido á apoderarse violentamente los partidarios de César; pero como éste no podia detenerse ante ninguna inviolabilidad, realizó su propósito, á despecho del tribuno, procediendo con suma prudencia, y salvo en este caso, se abstuvo siempre de apelar á los medios de fuerza. Habló al Senado el lenguaje que hasta época muy reciente usaban los constitucionales: «Que hubiera querido no separarse de la legalidad »y reorganizar el Estado con el concurso de los altos »poderes públicos; pero toda vez que se le negaba el »apoyo, sabria bastarse á sí mismo.» Despues, sin cuidarse más del Senado ni de las formas republicanas, encargó la administracion provincial de Roma á su pretor Marco Emilio Lépido, en calidad de *prefecto urbano*, y dispuso todo lo necesario para el gobierno de las provincias que le estaban sometidas y para la continuacion de la guerra. En medio del tumulto de esta gigantesca lucha, y á pesar de las seductoras promesas de infinitas liberalidades, la muchedumbre en Roma se sentia embargada de una impresion indefinible y profunda al contemplar por vez primera en la ciudad libre á, un ciudadano dándose aires de monarca y rompiendo, por la mano de sus soldados, las puertas sagradas del Tesoro. Mas ya habian pasado aquellos tiempos en que los sucesos obedecian á los sentimientos é impresiones de las masas, y nada importaban las preocupaciones de los espíritus. Precipitábase, pues, la crisis.

*Los pompeyanos en España.*—Sin perder tiempo, reanudó César las operaciones militares, y debiendo

sus primeros triunfos á haber tomado la ofensiva, se propuso continuar este sistema. Singular era la situación de su adversario. Deshecho por el súbito ataque dirigido desde el Rubicon el primer plan de Pompeyo, que consistía en coger á César entre dos fuegos, por la Gália y por la Italia, el general de los oligarcas habia pensado al principio dirigirse á España, en donde disponia de grandes fuerzas. El ejército pompeyano constaba allí de siete legiones, formadas de veteranos en su mayor parte, cuyos soldados y oficiales se habian endurecido durante largos años en los combates contra los montañeses de la Lusitania. Entre los generales, Marco Varron, sólo era ilustre por su erudicion y fidelidad, pero Lúcio Afranio se habia distinguido en Oriente y en los Alpes, y Marco Petreyo, el vencedor de Catilina, era un buen capitán de experimentada bravura. En la provincia Ulterior, habia dado á César muchos partidarios el recuerdo de su pretura; pero en la Citerior, que era mucho más importante, sentian las poblaciones respeto y reconocimiento hácia el famoso general que, veinte años antes, en las guerras sertorianas, habia mandado en el Ebro y reorganizado el país cuando se terminó la campaña. Despues de sus reveses en Italia, lo mejor que podia hacer Pompeyo era evidentemente trasladarse á este punto con los restos de su ejército, para marchar en seguida contra César al frente de todas sus tropas. Por desgracia suya, se habia detenido demasiado en la Apulia, con la esperanza de salvar á sus gentes encerradas en Corfinium, y en vez de los puertos de la Campania, habia necesitado ganar el de Brindis y embarcarse en él. Pero siendo dueño del mar y de la Sicilia, ¿por qué no volver á su primitivo plan? Su resolución es para nosotros un

misterio. ¿Sería que la aristocracia constitucional, pusilánime y siempre recelosa, no tuviera confianza en las legiones de España y en las poblaciones locales? Sea como quiera, Pompeyo continuó en Oriente, dejando á César en libertad, ó de ir á atacarle á la Grecia, en donde el ejército se reorganizaba bajo el mando personal de su generalísimo, ó de trasladarse á España al encuentro del ejército de sus lugartenientes, dispuesto para el combate. César se decidió por el último partido. Apenas terminó la campaña de Italia, tomó sus medidas, y por su orden, se concentraron en el bajo Rhin nueve de sus mejores legiones, 6.000 ginetes escogidos, y reclutados unos en las tribus Galas y otros mercenarios Germanos, con un poderoso núcleo de arqueros iberos y ligures.

*Massalia se declara contra César.*—Tampoco se habían descuidado en aquella parte sus enemigos. El proconsul designado á la sazón para sucederle en el gobierno de la Transalpina, Lúcio Domicio, capturado en Corfinium y puesto en libertad, como ya hemos visto, había salido al punto para su destino con toda su gente y con Lúcio Bibulo Rufo, el confidente de Pompeyo, y habiendo llegado á Massalia, tal diligencia se dieron en sus trabajos, que lograron que, pronunciándose la ciudad á favor de Pompeyo, se opusiera al paso de los soldados de César. Varron guarnecía la provincia Ulterior con dos de las legiones españolas, en que menos confianza se tenía, y las cinco restantes, mandadas por Afranio y Petreyo, y reforzadas con 40.000 infantes del país, mitad Celtíberos y mitad Lusitanos ó de otras milicias ligeras y de 5.000 hombres de caballería local, se dirigieron hácia los Pirineos, con objeto de cortar

el paso á los soldados de César; segun las intrucciones de Pompeyo, comunicadas por Bibulo,

*César ocupa los Pirineos. Posicion del enemigo en Ilerda. Es cortado César. Restablecimiento de las comunicaciones.*—César se encontraba ya en las Gálias, y deteniéndose á su vez delante de Massalia, que fué atacada, puso en movimiento la mayor parte de su ejército del Rhin, haciendo desfilar seis de sus legiones y su caballería por la gran via romana, por Narbona y Rosas, adelantándose por fortuna al enemigo, y cuando Afranio y Petreyo llegaron á los Pirineos, ya se hallaban estos ocupados por los cesarianos, encontrando perdida toda la línea los generales de Pompeyo, que tomaron entonces posiciones en *Ilerda* (Lérida), entre las montañas al Norte y el Ebro al Sur. *Ilerda* está á cuatro millas del rio, sobre la ribera derecha del *Sicoris* (Segre), uno de sus afluentes, el cual era atravesado por la via mediante un puente, no lejos de la ciudad; por el Mediodía, las colinas que se prolongan á lo largo de la margen izquierda del Ebro venian á terminar cerca de los muros de la plaza, y al Norte y á los dos lados del *Sicoris* se estendia una espaciosa llanura, en cuyo centro habia una meseta, sobre la que se elevaba *Ilerda*. Aquella era una posicion excelente para un ejército que quisiera dejarse sitiado; pero habiendo llegado muy tarde á los Pirineos y perdida su línea, era menester hacer en el otro lado del Ebro la verdadera defensa de España. Y como entre la ciudad y el rio no habia ninguna fortaleza que les sirviese de amparo, ni puente sobre el mismo rio, la retirada desde la posicion provisional de *Ilerda* á la principal línea de defensa distaba mucho de estar asegurada. Los cesarianos se situaron más arriba de la

plaza, en el delta formado por el Sicoris y el *Cinga* (Cinca) que más abajo se le une, no formalizándose la lucha hasta después de la llegada de César al campamento, el 23 de Junio. Hubo, sin embargo, delante de la ciudad muchos encuentros, en los cuales pelearon con gran valor y encarnizamiento ambos ejércitos, siendo muy vária la fortuna de las armas. Los cesarianos no pudieron situarse entre *Ilerda* y los pompeyanos, ni hacerse dueños del puente de piedra, habiendo establecido sus comunicaciones con la Gália tan solo por otros dos puentes provisionales que habian echado sobre el Sicoris, cuatro ó cinco millas más arriba, por ser muy ancho el rio en las inmediaciones de la ciudad; y cuando el caudal de sus aguas se aumentó por el deshielo de la nieve, arrastraron aquellos puentes colgantes, y faltaban embarcaciones para pasar el caudaloso rio. Sin poder intentar César reparar las obras, su ejército, encerrado en el ángulo formado por el Sicoris y el *Cinga*, no dominaba ya la márgen izquierda ni el camino que le ponía en comunicacion con las Gálias y con la Italia, de cuyas posiciones disponian los pompeyanos, sin que en ellas pudieran ser atacados, teniendo para pasar el Sicoris, ya el puente de *Ilerda*, ya el recurso de los cueros, á la manera que hacian los Lusitanos. La época de la cosecha se acercaba; pero ya se habian consumido todos los frutos de las anteriores, y todavía no se habia hecho la recoleccion de la nueva. En el corto espacio que mediaba entre los dos rios, todo habia sido talado y destruido, y comenzaba á sentirse el hambre en el campamento, vendiéndose la medida de trigo hasta á trescientos denarios. Declaráronse graves epidemias en el ejército, y, durante este tiempo, los convoyes necesi-

taban detenerse en la ribera izquierda, así como toda clase de municiones, y los hombres, ginetes auxiliares y arqueros enviados de las Gálias, oficiales y soldados que volvían á ingresar en el ejército después de haber espirado sus licencias, ó forrageadores que regresaban al campamento (eran entre todos unos 6.000). Habiendo sido atacados estos por los pompeyanos con fuerzas muy superiores, les causaron considerables pérdidas, rechazándolos á la montaña, mientras que los soldados de César, desde la otra orilla, presenciaban inmóviles este desigual combate. Los pompeyanos cortaron al ejército todas sus comunicaciones, y en este tiempo, no recibíendose en Italia noticias de lo que en España pasaba, circulaban allí los más alarmantes rumores, que, después de todo, no distaban mucho de estar conformes con la realidad de la situación. Si los soldados de Pompeyo hubieran continuado con actividad sus operaciones, no habrían tardado mucho en capturar á todo aquel ejército, aprisionado en la orilla izquierda, sin poder apenas ofrecer resistencia, ó, por lo menos, en rechazarle á las Gálias, aunque de todas maneras se hallaban por completo en posesión de ambas riberas, pudiendo impedir que tropa alguna pasase el río sin ser vista. Pero también esta vez dieron los pompeyanos pruebas de gran negligencia: habían rechazado con pérdidas los convoyes y los auxiliares; mas no los destruyeron ni arrojaron por completo al otro lado de los Pirineos, y cuidándose tan solo de separarlos del río, dejaron de vigilar el paso de éste. De pronto varió César su plan: hizo construir en el campamento lanchas portátiles, de madera ligera el fondo, y los costados de tejido de mimbre cubiertos de cuero, parecidas á las embarcaciones de los Breto-

nes del canal ó á las de que se sirvieron más tarde los Sajones, y cuando estuvieron construidas mandó trasladarlas en carros al mismo punto en donde antes estaban situados los puentes. Al fin ganó la otra orilla sobre estos débiles barcos, y, cogiendo desprevenidos á sus enemigos reconstruyó los puentes sin gran trabajo, restableció al punto las comunicaciones con el Norte, y llegaron al fin al campamento los convoyes con tanta impaciencia esperados. Un feliz pensamiento habia salvado al ejército del inmenso peligro que le amenazaba. Con su caballería, mucho más ligera que la del enemigo, sometió toda la region de la ribera izquierda del Sicoris, y desde este momento se le pasaron las más importantes ciudades españolas entre los Pirineos y el Ebro, Osca, Tarráco, Dertosa y muchas más, áun del otro lado del rio.

*Retirada de los pompeyanos. Perseguidos César. Es ocupado el camino del Ebro.*—Perseguidos por los escuadrones volantes de César y abandonados por las ciudades vecinas, los pompeyanos se hallaban á su vez en una situacion apurada: habiéndose decidido á emprender la retirada, y queriendo hacerse fuertes al otro lado del Ebro, empezaron á construir sobre este rio un puente de barcas más abajo de la confluencia del Sicoris. César queria cortarles la retirada y encerrarles en Ilerda; pero mientras el enemigo poseyera el puente de la ciudad, y él no tuviese á su disposicion en aquel punto ni puente ni medio alguno de vadear el rio, le era imposible repartir su ejército entre las dos riberas, y, por lo tanto, atacar la plaza. Entonces sus soldados se dedicaron á trabajar dia y noche para abrir canales de derivacion, por cuyo medio se hiciera bajar el nivel de las aguas,

facilitando así el paso de su infantería. Sin embargo, los pompeyanos terminaron sus preparativos sobre el Ebro antes que César pudiera bloquear á Ilerda, y cuando, echadas al agua sus lanchas llegaron al río recorriendo todo el Sicoris, las canalizaciones hechas por los cesarianos no eran bastantes todavía para que la infantería pudiera vadearlo. Solo la caballería lo pasó, logrando al ménos picar la retaguardia al enemigo, molestándole en su marcha y causándole algunas bajas. Las legiones de César estuvieron notando desde media noche la marcha de las columnas pompeyanas, y cuando llegó el día, todos aquellos veteranos soldados, con su infalible instinto militar, se dieron cuenta exacta del movimiento de retirada del ejército español y de la alta importancia estratégica de este movimiento; pues en lo sucesivo, les sería forzoso seguir á los pompeyanos á través de lejanos países, impenetrables y poblados de tribus hostiles. Solicitando inmediatamente el permiso de su general, bajaron al río y, aunque el agua les daba á la cintura, lo atravesaron sin accidente alguno desagradable. Todavía era tiempo. Dejar á los pompeyanos atravesar la estrecha llanura que separa á Ilerda de la cadena de montañas por entre las cuales el Ebro corre hácia el mar, y permitir que se internasen en los montes, era tanto como dejarles escapar. Ningun obstáculo les impedía por entonces poner el río entre ellos y las tropas de César: á pesar de los esfuerzos de la caballería, que les molestaba sin cesar y les hacia retardar su marcha, solo se encontraban ya á una milla de los primeros estribos; pero aquella larga marcha emprendida despues de la media noche, los habia rendido y, no pudiendo continuarla por más tiempo, plantaron su campamento,

renunciando á ganar en aquel mismo dia las montañas. César los alcanzó al fin y acampó en frente de ellos al anochecer. Los pompeyanos, que, al principio, tenían la intencion de ponerse en marcha durante la noche, no se movieron, temiendo en la oscuridad el ataque de la terrible caballería; y á la mañana siguiente todavía estaban allí los dos ejércitos inmóviles y ocupados solamente en reconocer el terreno. Por fin, en la mañana del dia tercero, se puso en movimiento la infantería de César, cambió su posicion por una marcha de flanco hácia la montaña, lejos de todos los senderos, y adelantándose al enemigo, fué á cortar el paso: solo entonces se dieron cuenta los lugartenientes de Pompeyo de esta singular maniobra, que les pareció al principio una simple retirada hácia Ilerda, y, abandonando al punto el campamento y los bagajes, se dirijieron á marcha doble hácia la gran vía con intencion de llegar antes que César á las últimas crestas. Era ya demasiado tarde; y cuando llegaron á ellas, vieron que el enemigo ocupaba ya la vía romana con numerosas tropas: intentaron entonces abrirse paso por otro lado, y se dirigieron por las ásperas laderas inmediatas al rio; pero tambien en ellas los detiene la caballería rodeando y destruyendo las avanzadas lusitanas. El combate no podia ser dudoso entre los cesarianos y el ejército de Pompeyo completamente desmoralizado, teniendo detrás la caballería y delante toda la infantería del proconsul; y aunque se habian presentado muchas ocasiones de empeñar la batalla, como César no tenia necesidad de darla, contuvo, no sin trabajo, el impaciente ardor de sus soldados, en extremo confiados en la victoria. Por una sola maniobra habia quedado comprometido por completo el ejército de Pompeyo; y César,

que no quería derramar inútilmente la sangre de sus soldados, ni avivar los ódios entre ambos ejércitos, evitó venir á las manos. Desde el siguiente día, en el lugar mismo en que acababa de ser interceptado el camino del Ebro, los soldados de uno y otro campo empezaron á fraternizar y á hablar de capitulacion. Ya los pompeyanos habian conseguido de César que aceptara sus proposiciones, especialmente el perdón de las vidas de sus oficiales, cuando se presentó Petreyo con su escolta, formada de esclavos y españoles, el cual se arrojó sobre sus hombres que parlamentaban, y mandó matar á todos los cesarianos que cayeron en su poder; mas no por esto dejó César de restituir al campamento de aquél á los pompeyanos que estaban en el suyo, esperando todavia un resultado favorable. Aun conservaban éstos en Ilerda una guarnicion y vastos almacenes, y aunque pensaron volver á la plaza, no lo pudieron efectuar por tener enfrente al enemigo y hallarse separados de ella por el rio, ni pudieron siquiera aproximarse, pues habiendo perdido sus antiguos bríos la caballería de Pompeyo, fué necesario cubrirla con la infantería, yendo las legiones á retaguardia. Imposible era proporcionarse agua y forrage, habiéndose visto obligados ya á matar las acémilas por no tener con qué alimentarlas.

*Capitulan los pompeyanos.—Rendicion de la España ulterior.*—Todo este ejército, que estaba en confusa haz, se vió, por fin, envuelto teniendo detrás el Sicoris y delante las tropas de César, que abrian fosos y construian trincheras; y si intentaba atravesar el rio, se encontraría en frente de la caballería y de la infantería ligera de César, que se habian adelantado y dominaban la opuesta ribera. El va-

lor y la fidelidad de los pompeyanos no pudieron ya retardar la inevitable capitulación, que se verificó el 2 de Agosto del año 705: César respetó la vida y la libertad de los oficiales y soldados, les dejó las provisiones que les quedaban y aún les devolvió el botín que les había hecho, prometiendo á los suyos indemnizarles con iguales cantidades. Y mientras que en Italia eran los reclutas prisioneros la única fuerza reglamentada, quiso honrar á los veteranos de Pompeyo, ofreciéndoles que ninguno seria obligado á servir en su ejército, y solo les exigió que depusieran las armas y volvieran á sus hogares. En virtud de esta disposición fueron licenciados sobre el campo de batalla todos los soldados naturales de España, que constituian próximamente la tercera parte del ejército, verificándose el licenciamiento de los Italianos en la frontera de las Gálias Transalpina y Cisalpina.

Disuelto el ejército pompeyano, toda la España Citerior quedaba en poder del vencedor. En la Ulterior, gobernada por Varron en nombre de Pompeyo, cuando este lugarteniente tuvo conocimiento del desastre de Ilerda, creyó el mejor partido retirarse á Gades y á su isla, poniéndose allí á salvo con las considerables sumas que habia sacado de los templos de los dioses ó confiscado á los cesarianos notables, con la poderosa escuadra que habia formado y con las dos legiones que tenia á sus órdenes; pero al primer anuncio de la llegada de César, las principales ciudades de de esta provincia, que le eran adictas desde mucho antes, se pronunciaron, arrojando las guarniciones pompeyanas ó arrastrándolas en su defecion: tal sucedió en *Corduba*, en *Carmona* (*Carmona*), y en la misma *Gades*. Tambien se amotinó una de las

dos legiones de Varron, dirigiéndose á *Hispalis* (*Sevilla*) en donde se entregó á César al mismo tiempo que la ciudad; y, por último, habiendo cerrado *Itálica* sus puertas á Varron, se vió éste obligado tambien á capitular.

*Sitio de Massalia. Capitulacion de esta ciudad.*—

Casi al mismo tiempo se sometia Massalia. Atacados los Massaliotas, habian sostenido el sitio con heroica energía, luchando tambien por mar contra César. Allí podia decirse que estaban en su elemento, y podian esperar poderosos recursos enviados por Pompeyo, que era, sin disputa, dueño del Mediterraneo; pero el lugarteniente de César, el hábil *Décimo Bruto*, el mismo que habia combatido contra los Venetos y alcanzado en el Océano la primera victoria naval de Roma, supo reunir ó construir con presteza una escuadra. En vano el enemigo hizo prodigios de valor; en vano *Domicio* embarcó en sus naves á los mercenarios *Álbios*, á sueldo de *Massalia*, y á sus propios esclavos pastores; pues los soldados de marina, escogidos en las legiones cesarianas, dieron pronta cuenta de la escuadra más numerosa de los sitiados, echándola á pique ó capturándola casi toda. Mas al poco tiempo llegó de Oriente una escuadrilla pompeyana, mandada por *Lúcio Nasidio*, apostándose en la Sicilia y Cerdeña. Cuando de ello tuvieron noticias los Massaliotas, comenzaron de nuevo sus armamentos, y uniéndose á las naves de Nasidio, fueron al encuentro de la escuadra de César. El combate tuvo lugar frente á *Tauroeis* (la *Ciotat*, al Este de Marsella). Si los pompeyanos se hubieran batido con tanto ardor como mostraron los Masaliotas en la lucha, quizá habria tenido la jornada otro resultado; pero la escuadra de Nasidio emprendió la

fuga, dejando la victoria á Bruto, y los restos de los pompeyanos fueron á refugiarse en las aguas de España. Los sitiados estaban completamente bloqueados por mar; y por la parte de tierra, por donde dirigia el ataque *Cayo Trebonio*, la defensa continuaba con tenacidad y energía; mas á pesar de las frecuentes salidas de los mercenarios *Álbicos* y del utilísimo empleo de las máquinas balísticas acumuladas en inmenso número dentro de la ciudad, los sitiadores se acercaron á las murallas y se derrumbó una de las torres. Los Massalios se declararon prontos á cesar en su resistencia; pero no queriendo entregarse sino al mismo César, pidieron á su lugarteniente que suspendiera los trabajos hasta que aquel estuviese de vuelta. Trebonio otorgó la tregua solicitada, puesto que César le habia dado orden expresa de perdonar la ciudad en cuanto fuera posible; pero los Massalios se aprovecharon de esta tregua para efectuar una pérfida salida y quemar la mitad de las obras romanas, cuya custodia estaba descuidada, comenzando las hostilidades con más actividad y más encarnizamiento que antes. Trebonio restableció con una rapidez sorprendente sus torres y empalizadas destruidas, y de nuevo se vieron los Massalios completamente envueltos. Mientras esto sucedia, César, despues de someter la España, se presentó ante los muros de la plaza, reducida al último extremo por las constantes embestidas del ejército sitiador, por el hambre y por las enfermedades. Por segunda vez, y ahora con mejor fé, pidió capitular Massalia, y Domicio, que tenia que reprocharse el haber correspondido con una traición al perdón que el vencedor le habia concedido, se embarcó en una lancha, y deslizando por entre la escuadra romana, fué á buscar

en otra parte un tercer campo de batalla en donde dar rienda suelta á su irreconciliable ódio. Los soldados cesarianos, que habian jurado pasar á cuchillo á toda la poblacion viril de la ciudad perjura, pedian á gritos y tumultuosamente la señal del saqueo; mas su general, fiel á la mision que se habia impuesto de promover en Occidente la civilizacion heleno-italica, no quiso acceder á los deseos de sus gentes, reproduciendo en un nuevo teatro los excesos de la destruccion de Corinto. De todas las ciudades libres y poderosas por mar que antiguamente habia fundado el pueblo navegante de la Jonia, Massalia, la colonia más alejada de la metrópoli, habia sido tal vez la última en conservar puras y vivas las costumbres y las instituciones de los Helenos marítimos, siendo tambien la última que combatió por mar. Ahora entrega al vencedor sus arsenales, sus armas y sus naves, y pierde una parte de su territorio y de sus privilegios y franquicias; César, sin embargo, le dejó su libertad y su nacionalidad, y aunque reducida á una escasa importancia, continuó, como antes, siendo el centro de la cultura griega en estas apartadas regiones de las Gálias, destinadas por la Providencia para el cumplimiento de otros fines en la historia.

*Expediciones de César á las provincias productoras de trigo.*—Mientras que en el Oeste, y despues de graves vicisitudes, se decidia la guerra á favor de César por la sumision de las Españas y de Massalia, cayendo así en su poder hasta el último soldado el principal ejército de Pompeyo, tambien le era propicia la suerte de las armas en el otro campo, en donde, despues de conquistada la Italia, habia creido conveniente tomar del mismo modo la ofensiva.

*Ocupacion de la Cerdeña y de la Sicilia.*—Ya hemos

dicho que los pompeyanos querian bloquear la Italia, y tenian todos los medios para verificarlo: eran dueños del mar, y en todas partes, en Gales, en Utica, en Mesina y, sobre todo, en Oriente, trabajaban con ardor para aumentar sus escuadras; poseian todas las provincias de donde la capital podía sacar sus subsistencias; tenian en Cerdeña y en Córcega á *Marco Cotta*, y en Sicilia á *Marco Caton*, y el Africa obedecia á *Accio Varo*, que se habia constituido allí en general en jefe, y á su aliado Juba, rey de la Numidia. Era de absoluta necesidad para César ir al encuentro del enemigo y arrancar de su poder las provincias productoras de trigo. *Quinto Valerio* marchó á Cerdeña con una legion y obligó al jefe pompeyano á abandonar la isla. No era empresa tan fácil apoderarse de Sicilia y del Africa, cuya mision confió César al jóven y esforzado Cayo Curion, con la asistencia de *Caninio Rebilo*, lugarteniente hábil y experimentado. La Sicilia fué ocupada sin resistencia; Caton, á decir verdad, no tenia ejército, y no siendo hombre de armas, salió de la isla, no sin haber aconsejado á los Sicilianos, segun su leal parecer, que no se comprometieran inútilmente en una resistencia imposible. Curion dejó en la isla, cuya posesion importaba á la seguridad de Roma, la mitad de sus tropas, y embarcándose con las restantes (dos legiones y 500 ginetes), hizo rumbo hácia el Africa.

*Curion desembarca en Africa. Queda vencedor delante de Utica. Es derrotado por Juba cerca del Bagradas. Muerte de Curion.*—Además del ejército de Juba, numeroso y bastante sólido en su género, se encontraba allí Varo con dos legiones compuestas de ciudadanos romanos establecidos en el país, el cual habia equipado una pequeña escuadra

de diez velas; pero Curion disponia de fuerzas superiores: su desembarco se verificó sin dificultad entre *Adrumeto*, custodiada por una legion y las naves enemigas, y *Utica*, en donde se hallaba Varo con otra legion. Dirigiéndose contra él Curion, estableció su campamento no lejos de la ciudad, en el mismo punto en donde siglo y medio antes habia establecido sus primeros cuarteles de invierno en Africa el primer Escipion. Obligado César por su propio interés á conservar sus mejores tropas para la guerra de España, habia formado en gran parte su ejército de Sicilia y de Africa con los antiguos legionarios del enemigo, especialmente con los capturados en *Corfinium*. Los oficiales pompeyanos de Africa, que casi todos habian mandado estos mismos legionarios en dicha plaza, emplearon á su vez todos los medios para volver á su primer juramento á los soldados que tenian en frente; pero César no se habia engañado en la eleccion de su lugarteniente: tan hábil en dirigir un ejército y en conducir una escuadra, como en conquistar el ascendiente y la confianza de sus soldados, Curion los aprovisionaba abundantemente, y los combates que empeñó tuvieron todos un feliz éxito. Varo creia que en la primera ocasion, en el primer encuentro que tuviera con el enemigo, los nuevos soldados de César se pasarían á sus antiguas banderas: movido, sobre todo, por este pensamiento, se decidió á dar la batalla; pero sus esperanzas quedaron defraudadas. A las entusiastas palabras de su jóven general, la caballería de Curion se precipitó sobre la del enemigo, á la cual puso en completa fuga, y á la vista de los dos ejércitos combatientes, acuchilló á la infantería ligera que la acompañaba. Bien pronto las legiones cesarianas, alentadas por

aquella victoria y por el ejemplo que el mismo Curion les daba, se lanzaron al profundo y difícil valle que las separaba del principal cuerpo de ejército de Varo: los pompeyanos no esperaron el ataque, y, refugiándose vergonzosamente en su campamento, lo evacuaron al llegar la noche. Completa fué la victoria, y tras ella se creyó Curion en el deber de atacar á Utica; más habiéndosele anunciado que venia á defenderla Juba con todas sus fuerzas resolvió, como hizo Escipion á la llegada de Sifax, levantar el sitio y retirarse á las posiciones ocupadas en otro tiempo por el Africano, á fin de esperar en ellas tranquilamente los refuerzos que venian de Sicilia. Cuando estaba ocupado en estos proyectos, le fué comunicada otra nueva: díjosele que Juba, atacado por los príncipes sus vecinos, se habia visto obligado á volverse con el grueso de su ejército, no mandando en auxilio de Utica más que un pequeño cuerpo á las órdenes de *Saburra*. Siendo Curion fogoso por naturaleza, no habia tomado sin pena la resolución de permanecer en la inmovilidad; así fué que, al saber la buena nueva, resolvió echarse sobre *Saburra*, antes que este hubiera tenido tiempo de ponerse en comunicacion con los defensores de la plaza; y saliendo su caballería por la tarde, sorprendió á las tropas del Numida, que se hallaban descansando en las márgenes del *Bagradas*, causando en ellas mucho estrago. A la noticia de este suceso, precipitó Curion la marcha de su infantería para terminar la derrota comenzada, y habiendo llegado al lugar en donde las tropas númeridas se encontraban, hallaron á estas peleando penosamente en los últimos estribos que descenden hasta el rio, y, dirigiéndose contra ellas los legionarios, las dispersaron en la llanura; pero en

esto cambió la suerte del combate: *Saburra* no estaba solo y sin reservas como se había creído, sino que á ménos de una milla detrás de él se encontraba todo el ejército reunido. Ya acudía la flor de la infantería de Juba; ya se presentaban sobre el campo de batalla 2.000 ginetes Galos y Españoles, que venían en auxilio de la vanguardia africana, y por último, el mismo rey se precipitó con el grueso de su ejército y con diez y seis elefantes. Después de una larga noche de marcha y de la empeñada lucha de la mañana, no quedaban á Curion más que 200 ginetes romanos que, como sus infantes, sucumbían bajo el peso de la fatiga y del cansancio. En esta llanura, á donde los Romanos se habían dejado conducir, vieron muy pronto engrosar cada vez más las bandas enemigas y rodearlos por todos lados: en vano Curion intentó venir con ellas á las manos; pues la caballería ligera de los Libios rehusaba el combate, cuando una cohorte se aproximaba á ella; y cuando esta retrocedía, emprendía su persecución: en vano los soldados de César pretendieron ganar las alturas; pues la caballería de Juba se les había adelantado y les cerró el paso. Todo estaba perdido: la infantería de Curion se dejó matar hasta el último soldado, y solo algunos ginetes lograron salvarse. Curion habría podido escapar fácilmente; pero éste no quiso presentarse ante su general sin el ejército que le había confiado, y murió con la espada en la mano. En cuanto á la guarnición dejada en el campamento delante de Utica y la tripulación de la escuadra, que habrían podido sin grande esfuerzo volver á Sicilia, se rindieron á Varo al siguiente día, aterrorizados por la sangrienta catástrofe del Bagradas (en Agosto ó Setiembre de 705).

Así terminó la expedición enviada por César á Si-

cilia y al Africa. El objeto principal estaba conseguido: ocupadas simultáneamente la Sicilia y la Cerdeña, se habia atendido á las más urgentes necesidades de la capital; y aunque habia fracasado la expedicion de Africa, fuerza es decir que los vencedores no sacaron una grande y decisiva ventaja, ni era tampoco una pérdida irreparable para César la de aquellas dos poco firmes legiones, que antes habia conquistado en Corfinium. Pero para él y para la misma Roma era una inmensa desgracia la prematura muerte de Curion. El general habia tenido sus motivos al elegir para un mando independiente é importante á este jóven, nuevo en el oficio de las armas, y que no se habia hecho famoso aún, á no ser por los escándalos de su vida privada. En Curion habia algo del génio de César: como éste, habia apurado la copa de los placeres, y como él tambien, habia sido hombre de Estado, sin pasar antes por el oficio de capitán, siendo la política, su primera maestra, la que le hizo empuñar la espada. Lo mismo que en César, su elocuencia no conocia los períodos redondeados, hablando siempre como un hombre á quien inspira un alto pensamiento; lo mismo que él, hacia la guerra con atrevimiento y rapidez, desdeñando los medios vulgares, y era, en fin, como aquél, dechado de fina cortesía, con cierto sello de ligereza á veces, en extremo amable, de bondadoso corazon y siempre liberal. Es muy cierto, como su general lo declara, que el arrebató de la juventud y del valor le hicieron temerario: no quiso perdon para una falta que era seguramente perdonable, y corrió á la muerte por un exceso de altivez. ¿Por ventura no se encuentran tambien en la vida de César muchos rasgos de una imprudencia igual y de un igual orgullo? De lamentar

es que esta naturaleza exuberante y poderosa no tuviera tiempo de manifestarse en toda su tranquila majestad, y que la fortuna no reservara á Curion para los tiempos que se acercaban, tiempos en extremo pobres en grandes hombres, y en los cuales solo imperaba fatalmente el régimen de las medianías.

*Plan de campaña de Pompeyo para el año 705. Derrota de la escuadra y del ejército de Iliria.*— No se puede saber sino por conjeturas la influencia que los acontecimientos de la guerra del año 705 ejercieron sobre los planes de Pompeyo, y sobre todo el destino que éste reservaba á sus grandes cuerpos de ejército del Oeste, despues de la pérdida de Italia. Habia corrido el rumor en Ilerda que iba á llamar al ejército de España para que se reuniera á él por la vía de tierra, por el Africa y la Mauritania; rumor aventurado, en verdad, y que no tenia fundamento alguno. Lo que me parece más verosímil es que, áun despues de perdida la Italia, persistia en su primitivo proyecto de atacar á César por dos partes á la vez, en las Gálias Cisalpina y Tránsalpina, preparando al efecto un gran movimiento concéntrico desde España y desde Macedonia. Es de suponer que las legiones españolas tendrian la mision de mantenerse á la defensiva en la línea de los Pirineos, hasta el momento en que el ejército de Macedonia, que se estaba formando, se hallase en disposicion de ponerse en marcha, y entonces debian moverse los dos y reunirse, ora en el Rhin, ora en el Pó, segun las circunstancias; al mismo tiempo que la escuadra intentaria recobrar la Italia propia. Parece que César habia previsto este plan, y en su consecuencia, lo primero que hizo fué tomar sus precauciones en la Península. La gobernaba, en calidad de propretor, uno de

sus mejores lugartenientes, el tribuno del pueblo, Marco Antonio. Los puertos del S. E., *Sipuntum*, *Brundisium* y *Tarento*, en cuyos puntos se temía un desembarco, tenían una guarnición de tres legiones: en las aguas tirrenas reunía naves *Quinto Hortensio*, hijo degenerado del famoso orador de su nombre, y en el Adriático formaba *Publio Dolabela* una segunda escuadra, cuyas naves todas, útiles para la defensa de Italia, debían servir también para conducir á Grecia las legiones del proconsul, según éste tenía proyectado; y si Pompeyo intentaba penetrar en Italia por la vía de tierra, *Marco Licinio Craso*, hijo mayor del antiguo colega de César, estaba situado en la Cisalpina con un cuerpo de ejército, y *Cayo Antonio* (1), segundo hermano de *Marco*, ocupaba con sus tropas la Iliria; pero pasaban los días sin que atacara Pompeyo, teniendo lugar el primer encuentro en Iliria en el rigor del verano. El lugarteniente de César, *C. Antonio*, se mantenía con sus dos legiones en la isla de *Curicta* (*Veglia* en el golfo de *Quarnero*), y

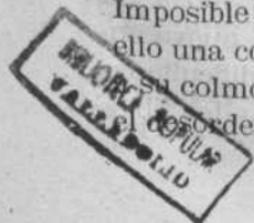
---

(1) C. Antonio, segundo hijo de M. Antonio, llamado por burla *Crético*, cuestor de *Minucio Termo*, propretor en Asia (703). Capturado en *Curicta*, como veremos ahora, quedó prisionero en el campamento de Pompeyo, poniéndole en libertad la batalla de Farsalia. En la época de la muerte de César, era *pontífice* y después *pretor urbano* (710), en tanto que su hermano mayor, *Marco*, era cónsul y su hermano menor, *Lúcio*, ejercía el tribunado. Recibió más tarde el mando de la provincia de Macedonia; pero ya Bruto se le había adelantado con fuerzas superiores, y derrotado por *Cicerón el Joven*, se refugió en Apolonia, en donde cayó prisionero. Poco tiempo después, Bruto mandó decapitarle, á instigación de *Hortensio*, hijo, y para vengar el asesinato de Cicerón el cónsul.

*Publio Dolabela* cruzaba con su escuadra el estrecho brazo de mar que separa á Curicta de la tierra firme. Las escuadras pompeyanas en estos mares, la de Grecia, mandada por *Marco Octavio*, y la de Iliria, que mandaba *Lúcio Escribonto*, cayeron á la sazón sobre *Dolabela*, destruyendo todas sus naves, y encerraron á Antonio en su isla. Era menester salvar á éste á toda costa, y Basilo y Salustio acudieron de la Italia con un grueso ejército, mientras que Hortensio hacia rumbo en la misma direccion con la escuadra del Tirreno; pero, teniendo muchas más fuerzas los almirantes enemigos, quedaron abandonadas á su suerte las legiones de Antonio. Los viveres faltaban en la plaza; los soldados descontentos se amotinaron, y, á excepcion de algunos pelotones, que, en balsas, lograron ganar la tierra firme, se rindió á discrecion la guarnicion entera, fuerte todavia de quince cohortes, cuyas tropas, trasportadas á Macedonia en las naves de Libio, fueron incorporadas al ejército de Pompeyo. En cuanto á Octavio, continuó en aquellos lugares, para completar la sumision de la Iliria, á la sazón desguarnecida de tropas. Los Dálmatas, que constantemente habian estado en lucha con César desde el tiempo de su proconsulado de las Galias; los insulares de la poderosa ciudad de *Issa (Lissa)*, y muchos otros pueblos pasáronse al partido de Pompeyo, no quedando fieles á César más que las ciudades de *Salona (Spalato)* y *Lissos (Alessio)*: los habitantes de la primera sostuvieron con gran valor el sitio, y reducidos al último extremo, hicieron una salida afortunada, y rechazado Octavio, levantó el campo, yéndose á invernar á *Dyrrachium*.

*Resultados generales de la campaña.*—Por importantes que fueran los triunfos alcanzados por la

escuadra pompeyana en Italia, no influyeron, sin embargo, de una manera poderosa en la marcha de las operaciones, y áun pierden toda su importancia si se considera que en todo este año de 705, tan fecundo en grandes acontecimientos, fueron los únicos hechos militares llevados á cabo por las fuerzas de mar y tierra que estaban á las órdenes inmediatas de Pompeyo. Del Oriente, en donde todo se reunía contra César, el general en jefe, el Senado, un segundo ejército poderoso, numerosas escuadras, grandes provisiones militares y enormes recursos financieros, ningun recurso vino al Occidente, ni en el momento mismo en que aquí se sentía mayor necesidad de los auxilios que de allí podían mandarles. Pero sin que tratemos nosotros de justificar á Pompeyo, se explica esta funesta inaccion de sus ejércitos de tierra por la falta de concentracion de las fuerzas militares, que todavía se hallaban diseminadas por toda la mitad oriental del imperio; por el mismo sistema de Pompeyo, que no quiso jamás ponerse en movimiento mientras no tuviera una inmensa superioridad numérica, por su indecision y acostumbrada lentitud, y por las mismas disensiones que existían entre los coaligados. La escuadra, que era sin disputa dueña del Mediterráneo, nada hizo para detener los acontecimientos, nada para defender la España, nada ó casi nada para auxiliar á la leal Massalia, á la Cerdeña, á la Sicilia, á el Africa; y esa misma escuadra, sin intentar la reconquista de la Italia, habria podido muy fácilmente cortarle los víveres. Imposible es asegurar, por más que se tenga de ello una conviccion fundada, si habian ó no llegado al colmo en el campo pompeyano la confusion y el desorden. Juzguemos, al menos, la situacion por



los resultados de la campaña. César había tomado á la vez la ofensiva en España, en Sicilia y en Africa: en el primer teatro había vencido por completo; en las demás partes sus triunfos fueron acompañados de cierta desgracia; pero, apoderándose de la Sicilia, había destruido el objeto principal del plan de Pompeyo, que era privar de víveres á Italia; destruyendo el ejército constitucional de España, había hecho imposible su gran movimiento combinado, y en Italia, en fin, quedaban casi intactos los preparativos de defensa. A pesar de las sensibles pérdidas de sus ejércitos en Africa y en la Iliria, al fin del año primero de la guerra, tenía César decisivamente ganada la campaña. Y aunque en Oriente no habían hecho ningun esfuerzo sério los constitucionales para detener en el Oeste la marcha triunfante de César, pretendian, al ménos, aprovechándose de una tregua vergonzosamente alcanzada, afirmarse, en cuanto les fuera posible, en sus posiciones militares y políticas.

*Organizanse los constitucionales en Macedonia. La emigracion. Los tibios. Los Ultras.*—Macedonia era el gran receptáculo de todos los enemigos de César: á ella llegaron Pompeyo y los emigrados de Brindis; allí se refugiaron tambien todos los fugitivos que venian del Oeste: Marco Caton, de Sicilia; Lúcio Domicio, de Massalia, y de España, sobre todo, una muchedumbre de excelentes oficiales y soldados del ejército disuelto, con sus antiguos generales Afranio y Varron á la cabéza. En Italia, era, no solo cuestion de honor, sino tambien de moda, la emigracion de la aristocracia, que recibió nuevo impulso cuando se tuvieron noticias de las dificultades que se ofrecian á César delante de Ilerda, y los tibios

y los políticos, que hasta entonces estuvieron indecisos, fueron uniéndose poco á poco á los pompeyanos, concluyendo el mismo Ciceron de convencerse de que, para cumplir plenamente sus deberes de buen ciudadano, no bastaba escribir cualquier precioso «tratado sobre la concordia». El Senado de los fugitivos se habia establecido en Tesalónica, en donde la Roma oficial tenia sus estados-generales interinos, y constaba próximamente de 200 miembros, la mayor parte ancianos venerables por sus años y casi todos consulares; mas siempre resultará que eran solo emigrados; y, por otra parte, aquel *Areópago* romano, que hacia alarde de todas las altas pretensiones de la buena sociedad de la capital, repugnaba, como ella, la accion, y no se echaba de ménos en aquel cuadro, ni las reminiscencias inoportunas, ni las recriminaciones más inoportunas todavía, ni la corrupcion y fatuidad políticas, ni las miserias financieras, en fin. Y era lo de ménos que, en aquel momento solemne en que se desplomaba el viejo edificio constitucional, tomasen á su cargo los emigrados el salvar ante todo las antiguas y desacreditadas prácticas, sinó que, para colmo del ridículo, se les oyó un día, tocados de un cierto escrúpulo de conciencia y no atreviéndose á tomar el nombre de «Senado» fuera del sagrado recinto de Roma, darse prudentemente la denominacion de «los Trescientos», y más tarde se les vió instituir los largos procedimientos del derecho público, y turbados sin saber cómo ni dónde decretarian una ley curial, que no podia hacerse sino en el Capitolio. Pero el mayor mal estaba en la indiferencia de los tibios y en las estúpidas cóleras de los *ultras*. Era, en efecto, imposible hacer que los primeros se moviesen ó simplemente

que callaran: cuando se les exigia algun servicio en nombre del interés comun, al punto, con su espíritu de inconsecuencia, que es cualidad propia de las gentes apocadas, encontraban un pretexto para demorar el cumplimiento de lo que se les exigia, y, ó no lo ejecutaban ó lo hacian contra su voluntad; y naturalmente, estos hombres con su mejor saber, acudiendo siempre demasiado tarde, con su gènio supremo de la inejecucion, eran á cada momento una calamidad para las gentes de accion. Censurarle todo, así los asuntos baladíes como los de más alta importancia, mofarse de todo, deplorarlo todo, desanimar ó enervar á las masas por su propio abatimiento ó desesperada actitud, tal era su obra.

La exaltacion de los *ultras* corria parejas con la atonía de los indiferentes, declarando aquellos abiertamente que, antes de hablar de paz, era menester que se les presentara la cabeza de César; las tentativas de un acomodamiento hechas por éste hasta el actual supremo momento, habian sido rechazadas sin examinarlas, y siempre se aprovecharon de la ocasion para atentar pérfidamente contra la vida de los emisarios del proconsul. Compréndese bien que estuvieran expuestas á las iras de los *ultras* las personas y haciendas de los cesarianos declarados; pero que sufrieran la misma suerte los que habian permanecido más ó ménos neutrales, cosa es que no se explica y que, sin embargo, sucedió. Lúcio Domicio, el héroe de Corfinium, presentó sériamente, en pleno consejo de guerra, la siguiente proposicion: «Los senadores que combaten en las legiones de Pompeyo harán que sean juzgados todos los que permanezcan neutrales, y los que, habiendo emigrado, no se han incorporado al ejército: estos hombres serán, segun

»los casos, ó absueltos ó condenados, ya á pagar una multa, ya á muerte, con la confiscacion de sus bienes.» Otro se levantó un dia delante de Pompeyo para acusar á Lúcio Afranio, que, habiendo defendido mal la España contra César, se habia hecho culpable del delito de corrupcion y de traicion. En estos republicanos de pura raza, la idea política revestia el carácter de un dogma religioso; y contra las gentes indiferentes del partido y contra el mismo Pompeyo, abrigaban aún más encono que contra sus declarados adversarios, odiándolos con aquel estúpido rencor que es propio de los fanáticos ultra-ortodoxos, y en aquellas eternas discusiones, que dividian en grupos hostiles al Senado y al ejército de los emigrados, eran ellos á la vez los instigadores y los culpables. Y no se limitaban al dicho, sino que, uniendo la práctica á la teoría, Marco Bíbulo, Tito Labieno y los de su fraccion, sacrificaban en masa á todos los oficiales y soldados de César que caian en su poder, cuyas crueldades bien se comprende que no eran muy á propósito para entibiar la energía de los cesarianos. Si cuando César estaba fuera de Italia, no levantó allí jamás su bandera la oposicion constitucional, aunque tenia en la Península grandes fuerzas el elemento contrarrevolucionario, fué, segun declaran los más previsores enemigos de César, á causa de la profunda y general inquietud que suscitaban aquellos republicanos extremos, dispuestos á dar rienda suelta á sus furioses al dia siguiente de una restauracion. En vista de tales extravíos, los hombres juiciosos del partido pompeyano estaban completamente desesperados. Pompeyo, que tenia un gran valor personal, perdonaba á los prisioneros cuando se atrevia y podia hacerlo; pero siendo de natural pusilánime y hallán-

dose en una falsa situacion, no sabia proceder como general en jefe, impidiendo ó castigando tales desmanes. Sólo un hombre, Marco Catón, dió pruebas de mayor energía combatiendo aquellas abominaciones; éste, al ménos, entraba en el campamento con la serenidad de sus costumbres, y gracias á sus esfuerzos, prohibió el Senado de Tesalónica por un decreto terminante el saqueo de las ciudades sometidas y que se diese muerte á los ciudadanos fuera de la lucha. De la misma suerte pensaba tambien el valiente Marco Marcelo; aunque es verdad que ellos mejor que nadie sabian que los partidos exagerados llegan hasta el último extremo en la pretendida mision salvadora que se arrojan, á pesar de todos los Senado-consultos del mundo. Y si en el momento mismo en que la prudencia aconsejaba la moderacion no se contenia el furor de los *ullras*, ¿podia esperarse despues de la victoria otra cosa que un régimen del terror, cual no hubieran podido igualar nunca las dictaduras de Mario y de Sila? Hé aquí por qué decia Catón que el triunfo de los suyos le asustaba más que su derrota.

*Preparativos militares.*—La direccion de los preparativos militares en Macedonia correspondia al general en jefe. La situacion de Pompeyo, difícil por sí misma y rodeada de obstáculos, no habia hecho más que empeorar despues de los desastrosos acontecimientos del año 705, cuya responsabilidad le atribuia sin razon el partido, pues el mal éxito de muchos combates consistia indudablemente en la ineptitud y en la falta de prestigio de muchos de los generales, de Léntulo y de Domicio, entre otros. Desde el dia en que Pompeyo tomó en persona el mando del ejército, lo dirigió con habilidad y con valor; al ménos, habia salvado de una total ruina considerables fuerzas, y era

mostrarse injusto con él el reprocharle por no ser igual á César, en quien, á la sazón, reconocian todos un génio superior. De cualquier manera que sea, sólo se juzgaba por los resultados. Teniendo fé antes en Pompeyo, los constitucionales habian roto con César, y ahora hacian recaer sobre el hombre de su eleccion las deplorables consecuencias de la ruptura, no porque tratasen de dar á otro el mando (pues en los demás gènerales sólo habian encontrado una incapacidad notoria), sino por que ya habian perdido la confianza en el general en jefe. A los dolores de las derrotas sufridas, venian á agregarse los funestos efectos de la emigracion; entre los fugitivos que llegaban al campamento, se contaban muchos excelentes soldados, muchos oficiales expertos, especialmente los del antiguo ejército de España; pero era reducido el número de los que acudian para servir y batirse, y desaparecian como perdidos en la enorme y asombrosa multitud de los generales de salon, que se decian *proconsules é imperatores* con el mismo derecho que Pompeyo, y de los elegantes de la buena sociedad romana, que, de mejor ó peor grado, se veian lanzados á la vida militar activa. Habian llevado éstos al campamento las costumbres de la capital, en extremo impertinentes en el ejército; sus tiendas de campaña se convertian en preciosos gabinetes-jardines, con el suelo cubierto de fresco césped y las paredes adornadas de yedra, y la vajilla de plata cubria sus mesas, en las que, desde que amanecia, estaban circulando las copas. ¡Qué contraste entre estos guerreros perfumados y los rudos veteranos, que se alimentaban de un pan grosero, que habria dado asco á sus adversarios, cuando, á falta de pan, no se sostenian con raíces, jurando comer antes la corteza de los árboles,

que ceder un palmo de terreno! Obligado ya á guardar toda suerte de consideraciones á los otros magistrados sus colegas, y á toda una corporacion que no le era muy adicta, sentíase Pompeyo con los brazos atados, y fué aún más grave su situacion cuando los vió reunirse hasta en su propio pretorio para discutir y derramar en largas sesiones el fuerte veneno que la emigracion fomenta. No creo haya necesidad de añadir que no tenia él ni la suficiente elevacion de inteligencia, ni el bastante valor para superar estos obstáculos. Procedia, como siempre, con lentitud, con embarazo y con un cierto temor; y lejos de solicitar el auxilio de Caton, hombre que gozaba sin duda de una alta autoridad moral, y cuyo concurso tenia seguro si lo hubiera solicitado, le tuvo postergado por envidia y desconfianza, habiendo preferido á Bibulo, incapaz por todos conceptos, para el mando en jefe de la escuadra. De esta suerte, en todo lo que á la política se refiere, sus faltas fueron tantas como sus actos, cuyas faltas estan conformes con sugénio; y bajo su direccion, las cosas que no iban ya por buen camino, marcharon de mal en peor. En otros asuntos dió, sin embargo, pruebas de un laudable celo, y cuando se trató de la organizacion de las fuerzas militares, diseminadas, pero numerosas, se mostró á la altura de su mision.

*Las legiones pompeyanas. La caballeria.* — El núcleo de su ejército consistia en las tropas que habia llevado de Italia, las cuales, aumentadas con los soldados de César capturados en Iliria, y con los Romanos que residian en Grecia, componian cinco legiones, habiéndosele unido otras tres del Oriente, las dos de Siria formadas con los restos del ejército de Craso y una tercera que comprendia las dos reduci-

das legiones estacionadas en Cilicia, las cuales fueron refundidas en sus cuadros. Ningun inconveniente habia para convocar estos cuerpos, puesto que entonces estaban los pompeyanos en buena inteligencia con los Partos, y aún podrian haber llegado á una formal alianza con ellos, si Pompeyo no se hubiera negado, tal vez contra su voluntad, á satisfacer su exigencia, que era la devolucion de la provincia de Siria, incorporada antes por él al imperio. César, por su parte, quiso enviar á Siria dos de sus legiones para reponer al príncipe Aristóbulo, á quien habia encontrado prisionero en Roma, y para sublevar de nuevo á los Judíos; pero diversas causas, entre ellas la muerte de Aristóbulo, hicieron que su proyecto fracasara. Creta y Macedonia suministraron un cierto número de soldados veteranos establecidos en estos países, con cuyos soldados se formó una legion, y los Romanos del Asia Menor compusieron otras dos. A estas once legiones pompeyanas se unieron 2.000 voluntarios, restos de las antiguas tropas de España ó procedentes de otras partes, y, por último, los contingentes de los pueblos vasallos. Pompeyo, como César, no habia estimado conveniente pedir á estos infantería, y solamente confió la custodia de las costas á las milicias epirotas, etolias y tracias: además de estas, agregáronse al ejército, como tropas ligeras auxiliares, 3.000 flecheros Griegos y Asiáticos y 1.200 honderos. Respecto á la caballería, á excepcion de la aristocrática juventud romana, especie de guardia noble, más numerosa que fuerte, y de los esclavos pastores de la Apulia, que Pompeyo habia hecho ginetes, estaba formada exclusivamente por los contingentes de los pueblos súbditos ó aliados de Roma, y su núcleo eran las bandas célticas, saca-

das unas de la guarnición de Alejandría, y suministradas las otras por el rey Deyotaro, que, á pesar de su avanzada edad, había venido en persona mandándolas, y por la mayor parte de los príncipes gálatas. Agregáronse á estas fuerzas otros cuerpos: la excelente caballería ligera de la Tracia, parte de ella llevada por los príncipes Rádala y Rhaskyposis, y otra parte reclutada por el mismo Pompeyo en la provincia de Macedonia, el contingente ecuestre de la Capadocia, los arqueros montados, enviados por Antioco, rey de Comagena, una división de Armenios del lado acá del Eufrates, mandada por *Taxilo*, otra también de Armenios de la parte de allá del mismo río, á las órdenes de *Megabates*, y, por último, un escuadrón de Númidas del rey Juba, formando entre todos un total de 7.000 ginetes.

*La escuadra.*—La escuadra era también muy numerosa: veíanse en ella las naves romanas llevadas ya, ó que llegaron más tarde, de Brindis; las de los reyes de Egipto; las de los príncipes de la Colquida; las del príncipe de Cilicia, *Tarchondimotos*; las de las ciudades de Tiro, de Rodas, de Atenas, de Corfú y principalmente las de todas las ciudades marítimas griegas y asiáticas, componiendo entre todas un total de 500 velas, siendo naves romanas la quinta parte. En *Dirrachium* había almacenadas considerables provisiones en armas, en municiones y en víveres; las cajas del ejército estaban llenas; los pompeyanos eran dueños de las principales fuentes de los ingresos públicos, aprovechándose de las riquezas de los príncipes aliados, de los más ilustres senadores y de los publicanos, y disponiendo de las haciendas de todos los ciudadanos Romanos que residían en Oriente; y en Africa, en Egipto, en Macedonia, en Grecia, en el

Asia Occidental y en Siria, en todas partes, en fin, á donde se extendian la autoridad del gobierno legitimo de Roma y el tan ponderado crédito de Pompeyo sobre los reyes y los pueblos aliados, la República constitucional lo ponía todo á contribucion para su defensa; no habiendo ninguna exageracion cuando se decia en Italia que Pompeyo armaba contra la Roma de César á los Getas, á los de la Colquida y á los Armenios, ó cuando se le daba en el campamento el título de «rey de los reyes». En resúmen, mandaba un ejército de 7.000 caballos y de once legiones, de las cuales cinco eran muy aguerridas, y una escuadra de 500 naves. Hallándose el soldado bien pagado, bien tratado, merced á su solicitud, y con la promesa, en caso de triunfar, de infinitas dádivas, su espíritu era generalmente bueno, y hasta excelente en muchos casos entre los más valerosos cuerpos. Sin embargo, una gran parte del ejército se componía tan solo de reclutas que se estaban organizando é instruyendo, y por mucha actividad que se desplegara en esta organizacion é instruccion, era una obra larga. En suma, aquella era una masa confusa tal vez, pero imponente en su conjunto.

*Los pompeyanos reunidos en la costa de Epiro.*— Proponíase Pompeyo que la escuadra y el ejército se mantuvieran reunidos durante todo el invierno del 705 á 706, á lo largo de la costa y en las aguas del Epiro. Ya su almirante Bibulo se habia apoderado de su nueva estacion de Corfú con 110 naves; pero el ejército de tierra que, durante el verano, habia acampado en *Berrhaea* sobre el *Haliacmon*, quedaba aún detrás, marchando muy lentamente por la gran vía que va de Tesalónica á la costa occidental y á *Dyrrachium*, sus futuros cuarteles, y las dos legiones que

Metelo Escipion traía de Siria invernanaban en Pérgamo, en el Asia Menor, esperando que llegase la primavera, en lo cual obraban segun su voluntad, sin obedecer á ninguna órden. En el primer momento, no tenian los puertos del Epiro para su defensa, aparte de la escuadra, más que las milicias locales y algunos reclutamientos hechos en los países vecinos.

*César marcha contra Pompeyo y arriba á Epiro. Primeras ventajas.*—Así se explica cómo César, habiendo tenido que hacer en este intervalo la guerra en España, llegó todavía á tiempo para tomar la ofensiva. Este, al ménos, no perdía un momento; desde hacia tiempo habia preparado sus trasportes y reunido en Brindis buques de guerra, y cuando capitularon Massalia y el ejército de España, fueron dirigidas á dicho puerto sus mejores tropas, de las cuales podia ya disponer. César exigió á sus soldados inauditos esfuerzos; así es que las fatigas, más que los combates, habian mermado ya sus filas; una de sus más veteranas legiones, la novena, al pasar por Placencia, se habia entregado al pillaje, peligroso sistema del espíritu de sus tropas; y sólo por su presencia de ánimo, por su energía y por su autoridad, pudo reprimir aquel mal gravísimo, no oponiéndose ya ningun obstáculo á su marcha. Pero así como en Marzo anterior no habia podido emprender la persecucion de Pompeyo, de la misma manera paralizaba ahora la proyectada expedicion el corto número de sus naves; las embarcaciones que habia mandado armar en los arsenales de las Gálias, de Sicilia y de Italia, no estaban todavía dispuestas ó no habian llegado aún á Brindis; la escuadra del Adriático habia quedado deshecha el año antes en las aguas de Curicta, y sólo tenía á su disposicion doce buques de guerra y algunos

de transporte, apenas suficientes para trasladar á Grecia la tercera parte de su ejército, que constaba entonces de doce legiones y 10.000 caballos. El enemigo, con sus numerosas escuadras, era dueño del Adriático y de todos los puertos é islas de la costa oriental. Extráñase que, siendo tal la situación de las cosas, César, en vez de emprender la ruta del mar, no tomara el camino de tierra por la Iliria, evitando de este modo los peligros que le amenazaban de parte del almirante enemigo, además de que para sus tropas, que la mayor parte venían de las Gálias, el camino habría sido más corto que el rodeo por Brindis, pues si bien es cierto que la Iliria era un país en extremo áspero y estéril, muchos ejércitos lo atravesaron poco después, y este no debiera parecer un obstáculo invencible al conquistador de las Gálias. Entiendo que César debió, sin duda, temer que mientras él avanzara á duras penas dando la vuelta al Adriático, se dirigiese Pompeyo con todas sus fuerzas á través del mar, y cambiándose los papeles, ocupase la Italia, en tanto que él se internaba en Macedonia; mas ¿podía esperarse de Pompeyo, el hombre pesado por excelencia, que ejecutase un tan rápido movimiento y llevase á cabo tal golpe de audacia? Quizá al tomar César su resolución, había esperado poder reunir á tiempo una escuadra respetable; quizá también no conociese el verdadero estado de las cosas hasta su vuelta de España, cuando era ya demasiado tarde para modificar su plan; quizá, en fin (y aun pudiera decirse, teniendo en cuenta su genio fogoso y activo, es lo más probable), se dejase llevar esta vez de la irresistible tentación que se le ofrecía de arrojarse súbita y hasta temerariamente á contrariar los planes de Pompeyo, ocupando de improviso

la costa del Epiro, á donde el enemigo trataba de trasladarse en masa dentro de poco. De cualquier manera que sea, el 4 de Enero del 706 (1) se hizo á la vela César con seis legiones, muy mermadas por las excesivas fatigas y por las enfermedades, y 600 caballos, dirigiendo su rumbo hácia la costa de Epiro, cuya expedicion era tan temeraria como el imprudente desembarco en Bretaña. Lanzado así á la suerte, los primeros resultados de su empresa fueron felices, desembarcando al pié de los montes *Acroceranios* (ó de la *Quimera*) en la rada poco frecuentada de *Paleassa* (hoy *Paljassa*). Los pompeyanos habian visto pasar la flotilla desde *Oricum* (bahía de *Aulona*), en donde tenian anclados diez y ocho buques, y tambien desde Corfú, principal apostadero de la escuadra; mas los de *Oricum* se creyeron muy débiles para el ataque, y en Corfú no se hallaban dispuestos para hacerse á la vela. La primera expedicion se efectuó sin entorpecimiento alguno, desembarcando sus tropas; y, al tiempo mismo en que zarpaban las naves para ir por una nueva expedicion, atravesó César por la tarde los montes *Acroceraunios*, siendo al principio tan favorables los resultados de aquella empresa, como grande la sorpresa del enemigo. En ninguna parte hicieron resistencia las milicias de los Epirotas: las importantes plazas marítimas de *Oricum* (*Eriko*) y de *Apolonia*, y otras ciudades de la costa, se sometieron; y *Dyrrachium* (*Durazzo*), la principal plaza de armas de los pompeyanos, llena de toda clase de municiones, corrió los mayores peligros con su reducida guarnicion.

---

(1) El 5 de Noviembre del 705, segun el Calendario rectificado.

*César incomunicado con Italia.*—Pero la continuación de la campaña no respondió á sus importantísimos comienzos. Bibulo, culpable de negligencia en los primeros momentos, redobló sus esfuerzos y reparó en parte sus faltas; y habiendo capturado unos treinta trasportes que volvian á Brindis, los hizo quemar con sus tripulaciones, equipos y armamentos, ejerciendo despues en toda la costa, desde la isla *Sason* (*Saseno*) hasta *Corfú*, la más esquisita vigilancia, á pesar de los rigores de la estacion y de la dificultad del abastecimiento de los cruceros, á los cuales habia necesidad de llevarles de *Corfú* hasta la leña y el agua. Muerto á poco tiempo el almirante á consecuencia de las fatigas sufridas, su sucesor, *Libon*, estableció el bloqueo del puerto de Brindis, hasta que, por fin, la escasez de agua le hizo abandonar el islote que se halla á la entrada de dicho puerto, y en el cual se habia apostado. Imposible era á los oficiales de César llevarle el segundo cuerpo de ejército, y él tampoco habia podido apoderarse de *Dyrrachium*. Los parlamentarios que envió á Pompeyo, dieron á éste los preparativos de su rival y su próxima marcha á la costa de Epiro, y acudiendo á marchas forzadas, pudo entrar á tiempo en la importante plaza de armas. Crítica era la situacion de César; aunque se habia extendido por el Epiro cuanto se lo permitian sus escasas fuerzas, no eran fáciles ni estaban aseguradas sus subsistencias, mientras que los pompeyanos, en posesion de los almacenes de *Dyrrachium* y dueños del mar, tenian de todo en abundancia. Y por otra parte, ¿cómo presentar la batalla con unos 20.000 hombres, á lo sumo, á un ejército que era doble en número? César debió tener á gran dicha el habérselas con un enemigo tan metódico como Pom-

peyo. Este, en vez de venir á las manos sin perder tiempo, habia establecido sus cuarteles de invierno en la ribera derecha del *Apsos*, entre Dyrrachium y Apolonia, y allí, teniendo enfrente á César en la orilla izquierda, esperaba la primavera, confiado en destruirle entonces con el peso irresistible de sus fuerzas, aumentadas con las legiones que le llegaban de Pérgamo. Pasaban los meses, y si lograba alcanzar la primavera, si recibia los poderosos refuerzos que esperaba, y recobraba la libre disposicion de su escuadra, sin que hubiera variado la situacion de César, la destruccion de éste era inevitable, encerrado como se hallaba en las montañas del Epiro, entre los innumerables buques del enemigo y su poderoso ejército de tierra. El invierno tocaba ya á su fin, y no habia otra esperanza para César que los trasportes; pero ¿cómo podian intentar éstos, sin una temeridad insensata, romper las líneas del bloqueo, ya acudiendo á la fuerza, ya valiéndose del ardid? Y sin embargo, despues del inaudito atrevimiento del primer desembarco, era necesario intentar un nuevo golpe de audacia. Mejor que nadie conocia César su desesperada situacion; y dícese que un dia, impaciente por la tardanza de su escuadra, quiso atravesar el mar solo, en una barca de pescadores, para ir en busca de su gente á Brindis; empresa insensata, de la cual hubo de desistir por no encontrar un marinero que se prestase á conducirle.

*Antonio llega á Epiro. Reunion de las fuerzas cesarianas.*—De cualquier manera, no era necesaria su presencia en Italia, puesto que el fiel lugarteniente que en ella habia dejado, Marco Antonio, no vaciló un punto en ir á auxiliar y salvar á su jefe á toda costa. Por segunda vez salieron del

puerto de Brindis los trasportes conduciendo cuatro legiones y ochocientos caballos, y por una feliz casualidad, huyendo de un fuerte viento del Sur, pasaron por delante de las galeras de Libon; pero al mismo tiempo que el referido viento protegía la escuadra, le impedía arribar en la costa de Apolonia, que era la órden que tenia, y, pasando por frente de los campamentos de César y de Pompeyo, se dirigió al Norte de Dyrrachium, á *Lissos*, cuyos habitantes eran todavía, por fortuna, adictos á César. A la altura de la rada de Dyrrachium se lanzaron en su persecucion á fuerza de remos las galeras rodias, y apenas tuvo tiempo Antonio de entrar en el puerto de Lissos, cuando se presentó á la vista de la plaza la escuadra ó enemiga; pero, cambiando súbitamente el viento, tuvieron que volverse los cruceros, algunos de los cuales fueron á estrellarse contra las rocas de la costa. Por una afortunada combinacion pudo llegar al Epiro la segunda expedicion de los cesarianos. Es verdad que Antonio y César estaban á cuatro jornadas el uno del otro y que entre ambos estaba Dyrrachium y todo el ejército de Pompeyo; pero realizando Antonio una peligrosa marcha por los desfiladeros del *Graba Balkan*, dió la vuelta para evitar el encuentro con las tropas y plaza enemigas y se unió en la ribera derecha del Apsos á César, que tambien marchaba á su encuentro. En vano habia intentado Pompeyo impedir la reunion de los dos cuerpos enemigos y de obligar á Antonio á aceptar solo el combate, pues éste fué á situarse cerca de *Asparagion*, sobre el *Genusus* (*Uschkomobin*), torrente que corre paralelo al Apsos, entre este rio y Dyrrachium (1), y allí permaneció

(1) *B. c.* 3, 30.—V. Goeler (*die Koempfe. v. Dyrr. u. Pharsalus. Batallas de Dyrr. y Farsalia*), pág. 12, 106.

de nuevo inmóvil. César se consideraba con bastantes fuerzas para librar la batalla, á que no pudo acarrear á su adversario; pero en cambio supo engañarle, y, repitiendo con sus tropas, que hacian mejores marchas, la maniobra de Ilerda, se situó entre la plaza y el campamento de Pompeyo que se apoyaba en ella. La cadena del *Graba Balkan*, que va del Este al Oeste, termina en el Adriático, formando el estrecho promontorio de Dyrrachium: á tres millas al Este de la ciudad, se divisa un ramal que, describiendo una línea curva hácia el Sud-Este, se dirige paralelamente al mar, y entre la cadena principal y esta derivacion se estiende una pequeña llanura cerrada hasta los arrecifes de la costa. En ella fué á establecer su campamento Pompeyo, el cual, aunque habia quedado incomunicado con Dyrrachium por la parte de tierra á consecuencia de la evolucion practicada por César, continuaba por medio de su escuadra en constante comunicacion con la plaza, de donde sacaba fácilmente y en abundancia todas las provisiones que necesitaba. En cuanto á los cesarianos, á pesar de los gruesos destacamentos que mandaban á los países que se hallaban á su espalda, y á pesar de todos los esfuerzos de su general, los encargados de los bagages no caminaban con la diligencia que era necesaria, y por consiguiente no llegaban las municiones en el momento fijado: de aquí los apuros y sufrimientos que pasaron: en vez de trigo candeal, que era el alimento habitual de las tropas, se vieron con frecuencia obligadas á mantenerse con carne, con cebada y hasta con raíces.

*César encierra á Pompeyo en su campamento. Son cortadas las líneas de César. Es éste derrotado por segunda vez.*—Queriendo César triunfar de la

obstinacion pasiva de su flemático rival, ocupó todo el círculo de las alturas que rodean la playa en donde acampaba Pompeyo, con lo cual lograba anular la caballería enemiga, superior á la suya, y podia operar sin temor contra Dyrrachium, obligando á dicho general á batirse y áun á embarcarse; pero casi la mitad de las fuerzas cesarianas habian quedado ya destacadas en el interior, y era correr una muy peligrosa aventura el empeñarse en mantener sitiado á un ejército próximamente doble en número; compacto y que se apoyaba en el mar y en una escuadra. Mas no por esto abandonaron aquella empresa los veteranos de César: á fuerza de continuos y penosos trabajos encerraron el campamento de Pompeyo en una línea de reductos de tres millas y media, añadiendo á esta circunvalacion, como en Aliso, líneas de trincheras exteriores, para cubrirse contra la guarnicion de Dyrrachium y los ataques de flanco, tan fáciles para Pompeyo, gracias al auxilio de su escuadra. Varias veces intentó éste romper las líneas, atacando primero un reducto y luego otro; pero no trabó una batalla general, y lejos de evitar la circunvalacion de su propio campamento, construyó á su vez delante de éste cierto número de reductos, unidos entré sí por una série de trincheras. Ambos campos se fortificaban, estendiendo sus líneas de defensa tan lejos como podian. Los trabajos, incesantemente interrumpidos por los combates parciales, adelantaban poco; y los cesarianos, por otra parte, tenian que háberselas por retaguardia con las gentes de Dyrrachium, en cuya plaza tenia ya César inteligencias y esperaba apoderarse de ella, lo cual fué impedido por la escuadra enemiga. Así pues, en todas partes se estaba siempre en armas, y un dia, por cierto el más

caluroso de la estacion, se trabó la pelea en seis puntos á la vez. Por lo comun, los soldados de César, gracias á su experimentado valor, obtenian la ventaja en estas escaramuzas; y hasta se vió sostenerse en sus líneas durante muchas horas una sola cohorte contra cuatro legiones, que al fin hubieron de retroceder cuando llegaron refuerzos. Por ningun lado se consiguiéron ventajas decisivas; mas poco á poco los atacados pompeyanos fueron experimentando pérdidas. y César, variando el curso de los arroyos que descendian de las montañas á la llanura, los redujo al agua de las fuentes, que era escasa y mala: más sintieron aún la escasez de forrage para las acémilas y caballos, á cuyo abastecimiento no podia la escuadra atender suficientemente, y como los animales morian en masa, se mandó trasportarlos á Dyrrachium, en donde tambien sintieron la misma escasez. Pompeyo no podia diferir por más tiempo el ataque, y le era forzoso dar á todo trance un golpe atrevido para librarse de la difícil posición en que se hallaba. Por unos transfugas Galos supo en aquel momento que César habia omitido cerrar en la playa por una muralla transversal sus dos líneas de reductos, distantes 600 piés la una de la otra; y sobre esto formó su plan. Hizo atacar las líneas interiores por las legiones salidas del campamento y las exteriores por las de la escuadra, desembarcadas expresamente en la parte de allá de las trincheras, al mismo tiempo que un tercer cuerpo se lanzaba en el intervalo entre los reductos y atacaba por retaguardia al enemigo, en todas partes ocupado en su defensa. Las trincheras próximas á la mar fueron perdidas y la guarnicion emprendió desordenada fuga. Marco Antonio, que mandaba en el segundo reducto, se sostuvo á duras penas, habiendo

logrado por el momento detener el torrente enemigo; pero César tuvo considerables bajas, y la cabeza de sus líneas en la playa cayó en poder de los pompeyanos, quedando así roto el bloqueo. El proconsul ardía en deseos de aprovechar la primera ocasión que se le ofreciera para tomar la revancha: al poco tiempo se arrojó con el grueso de su infantería sobre una legion pompeyana, imprudentemente mandada á retaguardia, la cual se resistió con gran bravura, teniendo lugar la refriega en un terreno escabroso, escalonado todo él por los campamentos de diferentes cuerpos, grandes ó pequeños, y cortado en todos sentidos por trincheras y fosos: en breve se desordenan el ala derecha y la caballería de César, y en vez de ayudar al ataque del ala izquierda van á perderse en un estrecho barranco que se dirigia desde uno de los antiguos campamentos al cercano rio. En estas circunstancias llega Pompeyo al lugar de la refriega con cinco legiones, y encuentra al ejército de César dividido en dos cuerpos con una de sus alas gravemente comprometida: al verle los cesarianos con fuerzas superiores, sobrecogidos de súbito pánico, se dispersan y emprenden precipitada fuga. En esta refriega perdió César mil de sus mejores soldados, dándose por satisfecho de haber escapado de una completa derrota. Su ejército solo debió su salvacion á la excesiva prudencia de Pompeyo, que no pudo desplegar sus fuerzas en aquel terreno, y que, temiendo un ardid de guerra, contuvo á sus soldados en vez de emprender la persecucion del enemigo.

*Consecuencias de estas dos derrotas.*—No solamente habia experimentado César sensibles pérdidas y visto desaparecer en un momento sus líneas y sus considerables trabajos, en los cuales habia empleado

cuatro meses, sino que al día siguiente de librar los últimos combates, se encontraba en el mismo punto de partida de la campaña; y ahora más que nunca le estaba cerrada la comunicacion por mar, sobre todo, despues que el hijo mayor de Pompeyo, *Cneo*, sorprendiendo algunos buques de guerra en la rada de Oricum, los habia atacado con denuedo, quemando á unos y capturando á otros, y despues que, casi al mismo tiempo, habia de igual manera reducido á cenizas los trasportes dejados en Lissos; en adelante no podia, pues, esperar César que le llegasen por mar nuevos refuerzos de Brindis.

La numerosa caballería de Pompeyo, libre ya de toda clase de obstáculos, se extendió por los alrededores para cortar á César sus provisiones, que eran ya muy difíciles. Más que audacia habia habido en éste al tomar, sin escuadra, la ofensiva contra un enemigo que era dueño del mar, y el fracaso tenia que ser completo. En el terreno que habia elegido se habia estrellado contra invencibles obstáculos defensivos, y ya no podia pensar en dar el asalto á Dyrrachium ni en presentar al ejército pompeyano una batalla decisiva. Pompeyo, por el contrario, era dueño de elegir la ocasion y el momento de arrojarse sobre su rival, acosado por el hambre. La guerra estaba en su apogeo: hasta entonces Pompeyo habia, al parecer, obrado sin iniciativa, disponiendo su defensa segun el ataque de cada día, lo cual no le desagradaba; porque haciendo durar la guerra, adiestraba á sus reclutas, daba tiempo de acudir á sus reservas y aseguraba y desenvolvía su preponderancia la grande importancia de su escuadra en las aguas del Adriático. Sin embargo, los descalabros de César delante de Dyrrachium no tuvieron las fatales conse-

cuencias que su rival esperaba quizá con fundamento; y cuando se creía que los veteranos de César estaban en plena disolución, ya acosados por el hambre, ya por efecto de la insubordinación, dieron una nueva prueba de su grande energía militar. De todas suertes, derrotado César en el campo de batalla y en su importante operación estratégica, parecía que no podría sostenerse en donde acampaba, ni cambiar con provecho sus posiciones.

*Plan de guerra de Pompeyo. Escipion y Calvino.*  
—Siendo Pompeyo el vencedor, á él tocaba ahora tomar la ofensiva, y quiso verificarlo. Tres medios se le ofrecían para sacar partido de su victoria: consistía el primero, y el más sencillo de todos, en no dejar al vencido respirar, persiguiéndole sin trégua si levantaba sus reales. Pompeyo podía también dejar á César en Grecia con su principal ejército, y trasladarse él á Italia con el grueso del suyo, como desde hacía tiempo lo tenía dispuesto: allí contaba, en efecto, con la opinión que era antimonárquica y decididamente hostil á César; y después de haber salido para Grecia los mejores legionarios de éste y su bravo y decidido lugarteniente, los soldados que quedaban en la Península no podían ser un obstáculo á la realización de los planes del partido constitucional. Podía, en fin, Pompeyo situarse en el continente helénico, atrayendo á sí las legiones de Metelo Escipion, marchando con ellas al encuentro de César y derrotándole. Este, cuando hubo conseguido unirse á su segundo cuerpo de ejército, mandó á la Tesalia y al Epiro fuertes destacamentos de tropas, para ayudar al abastecimiento de sus soldados, y también envió por la vía *Egnaciana* dos legiones con dirección á Macedonia, llevando orden *Cneo Domicio Calvino*, que las man-

daba, de detener á Escipion, que venia de Tesalónica por la misma via, y de batirle antes que pudiera reunirse con Pompeyo. No estaban Calvino y Escipion sino á algunas millas de distancia el uno del otro, cuando el último se volvió de repente hácia el Sur, atravesó rápidamente el *Haliacmon* (*Jadsché-Karasu*) y, dejando sus bagajes á *Marco Favonio*, entró en Tesalia, en donde se proponia destruir una legion de reclutas, que á las órdenes de *Lúcio Cásio Longino*, se ocupaba á la sazón en someter aquel país á César; pero Longino atravesó las montañas, bajó hácia Ambracia y se arrojó sobre *Cneo Calvicio Sabino* y la division de la *Etolia*, no pudiendo Escipion hacer contra él otra cosa que lanzar en su persecucion la caballería tracia que llevaba, volviéndose despues atrás. Entre tanto operaba ya Calvino contra Favonio y las reservas del Haliacmon, amenazándolas á su vez, como Escipion habia amenazado á los cesarianos de Casio. Calvino y Escipion se encontraron, al fin, frente á frente sobre el Haliacmon, y permanecieron algun tiempo acampados observándose mutuamente.

*Retirada de César. Marcha hácia la Tesalia.*— Si Pompeyo podia elegir, no le sucedia lo mismo á César, el cual, despues de las dos derrotas sufridas, se retiró hácia Apolonia, adonde Pompeyo le siguió paso á paso. Era empresa difícil desfilas así de Dyrrachium á Apolonia por un camino dificultoso, cortado por muchos torrentes, con un ejército vencido, que llevaba al vencedor á retaguardia; pero iba allí César dirigiendo la marcha con su ordinaria habilidad, y sus infatigables infantes cansaron á Pompeyo, que se detuvo despues de cuatro días de una persecucion inútil. ¿Qué iba éste á decidir? ¿Iba á intentar un des-

embarco en Italia? ¿Sería preferible internarse en el país? La primera empresa era seductora, y muchos se la aconsejaron; pero Pompeyo no quiso abandonar el cuerpo de ejército de Metelo Escipion, además de que esperaba, tomando aquella dirección, encontrar y destruir á Domicio Calvino. Este, en efecto, se hallaba entonces situado en la via *Egnaciana*, por bajo de *Heráclea de Lyncéstides*, entre Escipion y Pompeyo; y César, retirado hácia Apolonia, estaba más lejos de él que el grande ejército de los constitucionales. Calvino, por otra parte, nada sabia de los acontecimientos de Dyrrachium, ni del peligro que le amenazaba. Despues de los recientes descalabros, todo el país se habia pasado á Pompeyo y de todas partes eran expulsados los mensajeros de César. El ejército del primero no estaba ya más que á algunas horas de Calvino, cuando supo éste por las avanzadas enemigas el estado de las cosas, y al punto se dirigió hácia el Sur, salvándose de la borrasca que le amenazaba. Pompeyo habia conseguido, al ménos, librar á Escipion de una derrota. Mientras tanto habia llegado César á Apolonia sin nuevos combates. Inmediatamente despues de la catástrofe de Dyrrachium, tomó su partido: le convenia cambiar el terreno de la guerra y abandonar la costa para trasladarse al interior, pues haciéndolo así, ponía fuera de juego á la escuadra de Pompeyo, causa principal de los reveses que habia sufrido en todas sus recientes empresas. Un solo objeto se proponia al ir á Apolonia, en donde tenia sus depósitos: este objeto era poner á salvo á sus heridos y pagar el sueldo á sus tropas, cuyo propósito cumplido, se puso inmediatamente en marcha para la Tesalia, dejando guarniciones en Apolonia, en Oricum y en Lissos. A su vez

se dirigia Calvino hácia el mismo punto, y, por último, los refuerzos de Italia, que eran dos legiones mandadas por *Quinto Cornificio*, atravesaban á la sazón la Iliria, por la via de tierra, é iban tambien á unírsele en la Tesalia con más facilidad que en el Epiro. César remontó el valle del Aoüs por tortuosos senderos, pasó los montes que sirven de límite á los dos países, y llegó al Peneo: habíase adelantado hácia él Calvino, y en breve los dos ejércitos, dirigiéndose por el camino más corto y ménos expuesto, se reunieron en *Eginion*, no lejos de las mismas fuentes del rio. La primera plaza tesaliana, ante la cual se presentó en actitud belicosa, *Gomphi*, le cerró sus puertas, siendo al punto tomada por asalto y entregada al saqueo: asustadas las demás ciudades del país, se rendian en cuanto las legiones se presentaban ante sus muros. Las marchas y los combates más felices y la mayor facilidad de provisiones en el alto Peneo, si bien todavía no eran muy abundantes, hicieron olvidar poco á poco al soldado las desgraciadas jornadas de Dyrrachium, y puede decirse que al principio de esta hueva campaña no sintió ya la miseria.

Así se anulaban para Pompeyo los primeros resultados de sus dos victorias. Con todo su grande ejército y con su numerosa caballería no habia podido seguir á su rápido enemigo á través de las montañas, y César y Calvino se habian salvado, estaban reunidos, y ocupaban con seguridad el país de la Tesalia. Quizá fuera este el momento elegido por los coaligados para embarcarse todos sin dilacion con rumbo á Italia, en donde podian esperar un éxito favorable; y, al efecto, una division de la escuadra se habia adelantado doblando el cabo entre la Península y la Sicilia; pero en el campamento todos eran de

parecer que, despues de las victorias de Dyrrachium, estaba ganada la partida, y que no habia más que recoger el sazonado fruto de ella, atacando al ejército derrotado y haciéndole prisionero. A las excitaciones y á la excesiva prudencia de otras veces, sucedió una excesiva confianza, ahora ménos justificada que nunca: no se tenia en cuenta que ni áun habian sabido perseguir al enemigo; que era menester disponerse á atacar en Tesalia á un ejército rehecho, reorganizado y abastecido, y que no podian, sin peligro, abandonando la costa, renunciar al apoyo de la escuadra, yendo á buscar al enemigo al campo de batalla por él elegido. Se decidió, al fin, venir á todo trance á las manos, y marchar lo más pronto y por el mejor camino posible al encuentro de César. Caton tenia el mando de Dyrrachium con 18 cohortes, y el de Corfú, en donde habia ancladas 300 naves. En cuanto á Pompeyo y Espicion, parece que el primero, desfilando por la via *Egnaciana* hasta *Pella*, dirigiéndose despues á la derecha por la gran via del Sur, y viniendo el segundo del Haliacmon por las gargantas del Olimpo, se reunieron en *Larissa*, en las llanuras del bajo Peneo.

*Batalla de Farsalia.*—Acampaba César más al Mediodía, en la llanura que se extiende entre las colinas de Cinocéfalas y el monde Othris y que riegan los afluentes del Peneo, esperando á los pompeyanos junto á Farsalia, ciudad situada en la ribera izquierda de uno de esos rios, del *Enipeos*, en cuya margen derecha vino Pompeyo á establecer su campamento en frente de su rival, al pié de los últimos estribos de Cinocéfalas (1).

(1) Es muy difícil determinar exactamente el campo de

Disponia éste de todo su ejército. César, por el contrario, esperaba todavía una división de cerca de dos legiones, destacadas poco antes en Etolia y en Tesalia, á las órdenes de *Quinto Fufio Caleno*, que á la sazón se hallaba en Grecia, y las dos legiones de Cornificio que, viniendo por tierra de la Italia, llega-

---

batalla. Appiano (2,-75), que es el más preciso, le coloca entre *Neo-Pharsalos* y el *Enipeo*. De los dos rios de alguna importancia que se encuentran en estos lugares, y que seguramente representan el *Apidanos* y el *Enipeo* de los antiguos (el *Sofadhitiko* y el *Fersaliti*), el uno nace en los montes Thaumacos (Dhomoco) y en las alturas de Dolopos, y el otro descende del Othris y corre por delante de *Fersala*. Y como Estrabon (9, p. 432), dice tambien que el Enipeo viene de Othris, fuerza es convenir con *Leake* (Northern Greece, 4,-320) en que el *Farsaliti* es el mismo Enipeo: por el contrario, se equivoca *Gæler* al tomar el *Fersaliti* por el antiguo Apidanos. Todas las indicaciones que hallamos en los escritores antiguos concuerdan con nuestra opinion. Solamente que tambien debemos convenir con el citado *Leake*, en que el rio formado por los dos caudales despues de su confluencia, y que desde allí va á parar al Peneo, conservaba entre los antiguos el nombre de Apidanos, como lleva hoy el de *Sofadhitiko*; denominacion natural, despues de todo, porque el *Fersaliti* queda con frecuencia seco, mientras que el *Sofadhitiko* no lo queda nunca (*Leake*, 4,-321). Entre *Fersala* y el *Fersaliti* estaba, pues, situado *Phaleo-Pharsalos*, de donde tomó su nombre la batalla, la cual se libró sobre la ribera izquierda, apoyando los pompeyanos su ala derecha en el *Fersaliti* y teniendo su frente hácia Farsalia (*Cæs. B. c. 3, 83* — *Frontinus, Stratag. 2,-3,22*). Pero allí no pudo estar su campamento, el cual se extendia al pié de Cinocéfalas, sobre la orilla derecha, cortando á César el camino de *Scotussa* y conservando sin duda su línea de retirada sobre *Larissa* por las alturas. Si hubieran acampado, como pretende *Leake* (4,-482), al Este de Farsalia y sobre la orilla izquierda del Enipeo, no habrian podido nunca, despues del combate, dirigirse al Norte, teniendo que atravesar este rio de

ban entonces á la Iliria. El ejército de Pompeyo, que constaba de once legiones, ó sean 47.000 hombres, y de 7.000 caballos, era dos veces superior al de César en infantería y siete veces mayor en caballería; y las ocho legiones de éste, diezmadas por las fatigas y los combates, no podían presentar en

---

profundas márgenes, cortadas á pico (Leake, 4,-489), y en vez de ganar á Larissa, se habria visto obligado Pompeyo á huir hácia *Lamia*. Es, pues, probable que los pompeyanos establecieran su campamento en la ribera derecha del *Fersaliti*, y que lo atravesaron antes de la batalla y despues para volver á sus tiendas, remontando luego las cercanas pendientes de *Crannon* y de *Scotussa*, las cuales van á unirse por sus crestas á las alturas de Cinocéfalas. En esto no hay nada imposible. El Enipeo no es más que un arroyo estrecho y de lento curso, en el cual midió Leake en Noviembre dos piés de profundidad y que con frecuencia se halla seco en la estación calurosa (Leake, 4,-448 y 4, 472.— Cf. Lucan. 6, -373): de lo cual se deduce que fué en el rigor del verano cuando se dió la batalla. Antes de venir á las manos, estaban los dos ejércitos á 30 estadios el uno del otro (App. B. c. 2, -65: tres cuartos de milla alemana—más de una legua): los pompeyanos pudieron muy descansadamente hacer sus preparativos, echar los puentes y asegurar sus comunicaciones con el campamento. Habiendo terminado la batalla por una derrota, no hubieran podido efectuar su retirada á lo largo del torrente y por encima de sus márgenes; y esta era, en mi sentir, una de las razones por que Pompeyo no quiso al principio aceptar la batalla. Así, su ala izquierda, situada más lejos de la línea de retirada, fué la que más se resintió de esta desventaja del terreno; y el centro y el ala derecha se retiraron sin gran dificultad, pudiendo fácilmente atravesar el *Fersaliti* en las condiciones dadas. Si César y sus copistas no han hablado de este paso del río, es porque, haciéndolo, habrían dado á conocer aquel insensato afán de pelear que, según todas las apariencias, animaba á los pompeyanos, y los recursos mismos de que disponían para la retirada.

batalla cada una más que 2.200 hombres, la mitad de su contingente normal. Pompeyo, vencedor hasta entonces, con su numerosa caballería y sus almacenes llenos, mantenía á sus soldados en la abundancia, mientras que los cesarianos apenas podían subsistir, no esperando mejores recursos hasta la próxima cosecha. Los pompeyanos, en la reciente campaña, se habían acostumbrado á la guerra, habían adquirido confianza en sus jefes y el espíritu del soldado era excelente; así pues, toda vez que se habían aventurado á ir en busca de César á Tesalia, la razón militar exigía que llegaran sin tardanza al combate decisivo, y más todavía que la razón militar, se hacía oír en el consejo la impaciencia propia de toda emigración. Los oficiales nobles y las gentes de la buena sociedad que seguían al ejército, deseaban que se trabara la batalla; en su opinión, después de los acontecimientos de Dyrrachium, el triunfo de su partido era un hecho consumado, y ya se disputaban el gran pontificado que ejercía César, y se daban encargos de alquilar en Roma las casas cercanas al *Forum*, en vista de las futuras elecciones; y si Pompeyo vacilaba en dar el ataque, era porque quería mandar por más tiempo á aquella turba de pretorianos y consulares y prolongar su papel de Agamenon. Este cedió al fin á las excitaciones de sus gentes. César, que no creía que su rival viniera á las manos, había proyectado un movimiento sobre el flanco del enemigo, y se disponía á marchar sobre Scotussa; pero viendo á los pompeyanos hacer sus preparativos y ofrecerle el combate en la ribera izquierda, colocó sus legiones en orden de batalla. Así, en 9 de Agosto del 706, se dió la de Farsalia en el mismo sitio en que 200 años antes había conquistado la espada de Roma el imperio

de Oriente. Pompeyo tenía apoyada su derecha en el Enipeo; César, enfrente de él, aseguraba su izquierda en el terreno cortado delante del río; las otras dos alas enemigas se extendían en la llanura, cubierta cada una de ellas por la caballería y por las tropas ligeras. El plan de Pompeyo era sencillo, y consistía en mantener su infantería á la defensiva y lanzar su caballería contra los débiles escuadrones que, mezclados con infantería ligera, según la costumbre de los Germanos, les hacían frente, y una vez desordenados y dispersos éstos, volverían para atacar por retaguardia el ala derecha de los cesarianos. Su infantería, en efecto, sostuvo con gran bravura el ataque de César: en el centro estaba indecisa la batalla. Después de una heróica, pero corta resistencia, Labieno rompió las líneas de la caballería de César, y evolucionando sobre la izquierda, se puso en disposición de volver contra la infantería; mas previsto por César que sus ginetes no podrían sostener el combate, había colocado detrás de ellos sobre el amenazado flanco 2.000 de sus mejores legionarios, y cuando los escuadrones de Pompeyo, después de derrotar y dispersar á sus adversarios, llegaron en tumulto á sus líneas, se estrellaron en aquella muralla humana. Los legionarios marcharon sin temor contra ellos, y su ataque inesperado é inusitado les puso en desorden (1), abandonando el campo precipitadamente. Los

---

(1) A este combate se refiere el consejo dado por César á sus soldados de herir en el rostro á los caballeros enemigos (*faciem ferí*). Marchando irregularmente en esta ocasión la infantería al ataque de la caballería, no podía servirse con provecho de la espada; debió guardar el *pilum* en vez de arrojarle, y servirse de él como de una pica, llevando en alto

cesarianos destrozaron á los flecheros, que estaban sin defensa, y precipitándose despues sobre el ala izquierda enemiga, la atacan de flanco, al mismo tiempo que César hace marchar sobre el frente de batalla la tercera línea que hasta entonces habia estado de reserva. En presencia de esta inesperada derrota, desmayaron las mejores tropas de Pompeyo, desmayando éste antes que todos, y se acrecentó el valor del enemigo. Apenas vió Pompeyo bätirse en retirada su caballería, no teniendo confianza en su infantería, abandonó al punto el campo de batalla y se refugió en su campamento, sin esperar siquiera la señal del ataque general de César. Sus legiones vacilaron, y en breve, repasando el rio, se retiraron tambien al campamento, no sin sufrir considerables pérdidas. Se habia perdido la batalla; gran número de excelentes soldados yacian en tierra, pero se habia salvado el grueso del ejército. Despues de su derrota delante de Dyrrachium, corrió César los mayores peligros; pero habia aprendido él en las vicisitudes de su vida que, si la fortuna se niega á veces á sus favoritos, es por-

---

la punta para defenderse mejor. (Plut. *Pomp*: 69, 91.—*Cas.* 45.—*App.* 2, 76, 78.—*Flor.* 4, 2.—*Oros.* 6, 15.—*Cf. Front.*, que está equivocado, 4, 7, 32). La órden dada por César ha llegado á ser una anécdota. Los ginetes de Pompeyo habrian vuelto riendas, por temor de las heridas recibidas en el rostro, y emprendido la fuga con la mano puesta en la cara (Plut.). En esto no hay una palabra de verdad. La historieta no seria satírica, sino en el caso en que la caballería de Pompeyo hubiera estado compuesta en su mayor número de todos aquellos jóvenes nobles y «excelentes bailarines» venidos de Roma, pero no era así. Quizá la órden del dia, muy sencilla y muy militar, de César, diera lugar á las chanzonetas del campamento, y por consiguiente á su absurdo relato.

que quiere ser solicitada á fuerza de perseverante energía. Pompeyo sólo la habia conocido hasta entonces como una diosa sin inconstancias, y desde el momento en que le fué infiel, dudó de ella y de sí mismo. En las naturalezas grandes, en César, por ejemplo, la desesperacion no hace más que acrecentar el esfuerzo; á los génios pusilánimes, como Pompeyo, los abate, por el contrario, y los precipita en el abismo sin fondo de su miseria. Ya en otra ocasion, mandando Pompeyo el ejército contra Sertorio, habia pensado en la desercion ante un enemigo más fuerte; y de la misma manera ahora, cuando vió á sus legiones repasar el Enipeo, arrojó las pesadas insignias de mando, y montando á caballo, huyó, por el camino más corto, hasta el mar, en donde pidió una nave. Mientras tanto, su ejército, desmoralizado y sin jefe (Escipion, su colega, revestido como él del *Imperium*, sólo era general en el nombre), esperaba encontrar un abrigo detrás de las trincheras de su campamento; mas César no le dejó un punto de reposo, y á pesar de la obstinada resistencia que hicieron, los guardias tracios y romanos, fueron asaltados y puestos en desórden, y las masas compactas de pompeyanos emprendieron desordenada fuga por las alturas de Crannon y Escotussa por encima del campamento; desde allí, conservando siempre las crestas de las montañas, quisieron volver á Larissa, pero las legiones cesarianas, olvidándose del botin y del cansancio, se dirigieron á la llanura por más cómodos senderos, y en breve les cerraron el paso; y por la tarde, cuando hicieron alto los fugitivos, abrieron delante de ellos un foso, cortándoles el único arroyo que corria por aquella comarca. Así terminó la jornada de Farsalia. El ejército de Pompeyo no sólo habia sido

derrotado, sino que estaba destruido; sobre el campo de batalla dejó 15.000 muertos ó heridos, mientras que los cesarianos apenas habian perdido 200 hombres; y además, unos 20.000 rindieron las armas á la mañana siguiente, siendo muy pocos, y entre ellos los principales oficiales, los que buscaron un asilo en las montañas. De las once águilas del enemigo, nueve cayeron en poder de César. Respecto á éste, así como antes del combate habia exhortado á los suyos á que vieran en sus adversarios otros tantos conciudadanos y los perdonaran, tampoco trató á sus prisioneros como habian tratado á los suyos Bibulo y Labieno; sin embargo, en una cierta medida, él se creyó obligado á mostrarse severo. A los simples soldados los afilió en su ejército; las gentes de mejor condicion sufrieron una multa y la confiscacion de sus bienes, y los senadores y caballeros notables fueron, con raras excepciones, condenados á muerte. Habian pasado ya los tiempos de la indulgencia, y la guerra civil, al prolongarse, aumentaba las atrocidades á que conducian los irreconciliables ódios.

*Resultados políticos de la batalla de Farsalia.*— Pasó algun tiempo antes que se manifestaran por completo los resultados de la batalla del 9 de Agosto del 706; y el primero que sin duda se ofreció desde el comienzo, fué el que se pasaran á César todos aquellos partidarios de Pompeyo que solo le habian seguido por considerarle el más fuerte. La derrota era tan decisiva, que todos se arrojaron en brazos del vencedor, excepto aquellos que, por voluntad ó por deber, siguieron luchando por una causa perdida. Los reyes, los pueblos y las ciudades aliadas de Pompeyo, llamaron inmediatamente sus escuadras y sus contingentes de soldados, y negaron asilo á los

fugitivos del partido vencido. Esto hicieron Egipto, Cicerene, las ciudades de Siria, de Fenicia, de Cilicia y de Asia Menor, Rodas, Atenas y todo el Oriente. En el Bósforo, á la nueva del desastre de Farsalia, llevó el rey Farnaces su celo hasta el punto de que, no contento con ocupar á Fanagoria, ciudad que Pompeyo habia en otro tiempo declarado libre, y los territorios de los principes de Colquida, instalados tambien por el romano, se apoderó además del reino de la Armenia Menor, que Deyotaro habia obtenido de la misma mano. Solo se mantuvieron consecuentes Juba y la pequeña ciudad de Megara, la cual fué sitiada por los cesarianos y tomada por asalto. Respecto de Juba, ya sabia tiempo há que César pensaba en anexionar la Numidia al imperio: despues de la derrota de Curion, no podia esperar que le tuviesen consideraciones, y, de grado ó por fuerza, tuvo que permanecer en la faccion pompeyana. A la vez que las ciudades clientes, vió el vencedor de Farsalia volver á él los restos del partido constitucional, todos aquellos que no estaban comprometidos por completo, y los que, como Marco Ciceron y otros muchos, no hacían más que agitarse en derredor del *Sabbat* aristocrático, como los hechiceros novicios del *blocksberg*. Hicieron las paces todos con el nuevo señor, y éste se las otorgó cortesmente y de buen grado, indulgente siempre hácia los que suplican, cuando los estimaba en poco. Respecto del núcleo verdadero y principal, no hubo transaccion posible. La aristocracia habia muerto, pero los aristócratas no podían convertirse á la monarquía. En la sociedad humana todo decae y pasa, incluso las más elevadas manifestaciones morales: la religion que un dia se tuvo como una verdad inconcusa, degenera en error con el

tiempo: el mejor y más perfecto edificio político se convierte en obra perversa. Pero el evangelio del pasado conserva aún sus adeptos, y si la fé en él no puede ya, como fé falta, en realidad, de vida, allanar las montañas, no por esto deja de continuar fiel á sí misma hasta la muerte; no se retira de este mundo mientras le queda en pié un sacerdote ó un confesor; no desaparece, en fin, hasta que una nueva raza, libre de los lazos de este pasado y de su dogma, viene á reinar sobre el universo rejuvenecido. Esto sucedía á Roma. Por profundo que fuese el abismo de corrupcion en que habia caído el régimen aristocrático, no puede negarse que la aristocracia habia fundado en otro tiempo un sistema político grandioso: el fuego sagrado, por el que Roma habia reconquistado á Italia y vencido á Annibal, ese fuego que ardia en el fondo de los corazones de la nobleza romana, por apagado que estuviese, no se extinguirá mientras haya una nobleza en Roma, é impedirá una sincera reconciliacion entre los hombres del antiguo régimen y el nuevo monarca. Sea como quiera, exteriormente al ménos, se acomodaron y reconocieron la monarquía cesariana una gran parte de los constitucionales, en el sentido de que César los perdonó y ellos se retiraron, en cuanto pudieron, á la inaccion de la vida privada: por lo demás, tenian sin duda la intencion de reservarse para una revolucion futura. De este modo se condujeron los constitucionales ménos famosos; pero vino á colocarse tambien entre estos prudentes un hombre enérgico, Marco Marcelo, el que habia provocado la ruptura con César, y fué á vivir á Lesbos, en un destierro voluntario. Hay que añadir tambien que, entre los verdaderos aristócratas, se sobreponia la pasion á la sangre fria; ilusion so-

bre los resultados posibles de la lucha, temor de la inevitable venganza del vencedor, todo los impulsaba en diversos sentidos.

*Caton.*—Ninguno juzgó la situación mejor que Marco Caton. Inaccesible al temor y á la esperanza, fué el único que vió claro en las dolorosas pruebas del momento. Despues de las jornadas de Ilerda y de Farsalia, habia adquirido la conviccion de que no era posible impedir el advenimiento de la monarquía. Bastante firme y honrado para hacerse esta confesion llena de amargura, y para obrar en su consecuencia, vaciló en un principio y se preguntó si los constitucionales debian ó no permanecer sobre las armas. Estando perdida la causa, iba la guerra á costar cara á muchos, víctimas que no sabrian siquiera la causa de su sacrificio. Decidióse, sin embargo, á luchar todavía, no con la esperanza de vencer, sino para sucumbir más pronto y más honrosamente. En la nueva lucha no quiso comprometer á nadie que quisiera sobrevivir á la muerte de la república y acomodarse á la monarquía. Mientras que aquella no habia estado más que amenazada, era un derecho y hasta un deber impulsar al combate, y aún obligar á ello, á los ciudadanos tibios: en la actualidad, hubiera sido una locura y una crueldad obligarlos á precipitarse en el abismo con la constitucion antigua. Dejó libres á aquellos de los suyos que quisieron volver á entrar en Italia; habiendo querido uno de sus más feroces partidarios, Cneo Pompeyo, hijo, condenarlos á muerte, y entre otros á Ciceron, fué Caton el único que interpuso su leal autoridad.

*Pompeyo.*—Tampoco Pompeyo queria la paz. Si hubiese estado á la altura de la posicion que habia ocupado, hubiera debido emprender que el que ha

puesto una vez la mano en la corona, no puede volver á entrar en la vida comun, y que no habiendo conseguido su objeto, no hay lugar para él en la tierra. No quiere decir esto que no le permitiese su altivez pedir gracia al vencedor, siendo este quizá bastante magnánimo para no rechazarlo: lejos de esto, creo que no alcanzaba á la altura de este pensamiento. Pero ya sea que no pudiera acomodarse á la idea de entregarse á César, ya que vacilase como siempre y viese poco claro en medio de sus continuas indecisiones, el hecho es que, cuando se borró la primera é inmediata impresion del desastre de Farsalia, quiso él tambien continuar la lucha, llevándola á otro teatro.

*Resultados militares. Dispersion de los jefes pompeyanos.*—De este modo volvió á seguir la guerra por su sangriento camino. Por más que hiciese César por apaciguar el furor de sus adversarios ó disminuir su número, su moderacion y su prudencia fueron completamente perdidas. Sin embargo, los jefes del partido que habian asistido, en su mayoría, á la batalla de Farsalia, por más que, á excepcion de Lúcio Domicio Ahenobarbo, muerto en la pelea, habian salido todos sanos y salvos, se habian dispersado sin poder tomar un comun acuerdo sobre el plan que debia seguirse en la futura campaña. Huyendo los unos por los desiertos senderos de las montañas de Macedonia y de Iliria, y embarcándose otros en la escuadra, vinieron á reunirse en Corcira, en donde Caton mandaba las reservas. Celebróse allí, bajo su presidencia, una especie de consejo de guerra, al que asistieron Metelo Escipion, Tito Labieno, Lúcio Afranio, Cneo Pompeyo, hijo, y otros muchos; pero no pudieron entenderse, ya á causa de la ausencia del general

y de la cruel incertidumbre en que se estaba respecto de su suerte, ya á causa de las divisiones del partido. Cada cual se marchó por su lado, mirando unos con preferencia á sus propios intereses y atendiendo otros á los intereses de la causa. Siendó todos una especie de aristas flotantes, no sabian á cuál cogerse ni cuál se mantendria por más tiempo en la superficie de las aguas.

*Macedonia y Grecia.*—La batalla de Farsalia costó por de pronto al partido la Macedonia y la Grecia. Es verdad que, abandonando Catón á Dyrrachium á la nueva de la catástrofe, se habia atrincherado en Corcira, y que, durante algun tiempo, mantuvo Rutilio Lupo el Pelaponeso por los constitucionales. En un principio parece que los pompeyanos quisieron defenderse en *Patras*; pero dirigiéndose Caleno hácia aquel punto, emprendieron la huida, sin intentar tampoco sostenerse en Corcira.

*Italia. Asia. Egipto.*—Despues de los sucesos de Dyrrachium, habian maniobrado las escuadras pompeyanas sobre las costas de Italia y de Sicilia, no sin haber conseguido éxitos considerables contra los puertos de Brindis, de Mesina y de *Vibo*: en Mesina habia sido entregada á las llamas una escuadra armada por cuenta de César. Pero bien pronto terminaron estas ventajas, pues los buques mejores eran procedentes en gran parte de Asia Menor y de Siria, y fueron llamados por las ciudades marítimas, al dia siguiente del combate de Farsalia. En Asia Menor y en Siria no habia soldados de uno ni otro bando, excepto en el Bósforo, en donde, como hemos visto, estaba Farnaces sobre las armas, y bajo el pretesto de trabajar en favor de César, habia ocupado diversos territorios pertenecientes al enemigo. En Egipto queda-

ba todavía una fuerte division formada con las tropas dejadas antes por Gabinio, soldados Itálicos irregulares, y antiguos bandidos sirios y cilicios. Pero era natural, y el hecho se confirmó muy pronto por el llamamiento oficial de los buques reales; que la córte de Alejandría no se cuidaba, bajo ningun aspecto, de permanecer en el partido de los vencidos, ni de poner sus soldados al servicio de éstos.

*España. Africa.*—Mejor aspecto presentaban los negocios en el Oeste. En España eran tan poderosas las simpatías pompeyanas, así en el ejército como en el seno de las poblaciones, que los cesarianos tuvieron que renunciar al desembarco que habian proyectado en la Península: si osaba presentarse allí un jefe de renombre, podia predecirse que estallaria inmediatamente la insurreccion. En Africa, la coalicion, ó mejor dicho, el único hombre que dominaba en el país, el rey Juba de Numidia, no habia interrumpido sus armamentos desde el otoño del año 705.

*La piratería y el pillaje.*—Así, pues, al perder la batalla de Farsalia, habia perdido la coalicion todo el Oriente; pero aún le quedaba España y la seguridad de poder mantenerse honrosamente en Africa. El pedir contra los revolucionarios, contra los ciudadanos, la asistencia del Númida, de un rey súbdito por tanto tiempo de la República, era indudablemente desprecioso y humillante, pero no era una traicion contra Roma. Y sin embargo, en esta lucha desesperada, en donde no se dejaba oír la voz del derecho ni del honor, no podia decirse que, al proclamarse desligados de la ley, no iba á comenzar muy pronto una guerra de foragidos. Al buscar la alianza de los vecinos independientes, ¿no iba tal vez á introducirse en las querellas intestinas de Roma el enemigo del nombre

romano? ¿Y quién duda que aquellos que no reconocían la monarquía, sino en apariencia, no iban á intentar despues la restauracion republicana, áun echando mano del puñal del asesino? La conducta más natural y la actitud más justa, era para los vencidos constitucionales mantenerse alejados y no prestar homenaje al nuevo monarca. Si la montaña ó el mar eran en estos tiempos, como hacia tantos siglos, la guarida de todos los criminales, eran tambien el libre asilo de las insoportables desgracias y del buen derecho oprimido. Allí podian todavía los republicanos y los partidarios de Pompeyo desafiar la monarquía de César, que los rechazaba de Roma: podian, si no hacer la guerra, hacerse piratas en grande escala, reuniéndose en masas compactas y prosiguiendo un fin mejor determinado. Despues del llamamiento de las escuadras orientales, era todavía su escuadra bastante fuerte: César, por el contrario, puede decirse que no tenia buques. Amistándose con los Dálmatas sublevados contra César por su propia cuenta, y dueños de los mares y de las más importantes plazas marítimas, podian los coaligados, si querian, hacer con ventaja la guerra por mar, y sobre todo la guerra en corso. Así como otras veces, en tiempo de Sila, la terrible persecucion [de los demócratas habia conducido á la insurreccion de Sertorio, que en un principio no fué más que una especie de *tumulto* de piratas y bandidos, pero que se convirtió muy pronto en una terrible guerra, así tambien, si en las filas de la aristocracia catoniana y en los adictos de Pompeyo sobrevivía áun el fuego y la energía, como en otros tiempos en los restos del ejército democrático de Mário, si algun dia se encontraba, por acaso, un verdadero *rey del mar*, ¿qué extraño era que, en estos

mares, no dominados por César, llegase á levantarse una República libre, igual en poder á la nueva Monarquía?

Bajo todos estos puntos de vista, hay que censurar severamente el funesto pensamiento de ir á buscar, para una guerra entre Romanos, el concurso de un vecino, de un príncipe independiente, y llamarle en ayuda de la contrarrevolucion. Las leyes y la conciencia deben ser y son más severas para el tráfuga que para el pirata: la victoriosa cuadrilla de bandidos vuelve más fácilmente á la República libre y bien ordenada, que la turba de emigrantes que marchan bajo las banderas del enemigo del país. Además, parecia poco probable que los vencidos pudiesen nunca hacer que entrase la restauracion por semejante puerta. No habia más que un imperio en que hubieran podido apoyarse, el imperio de los Partos; más era dudoso que éstos quisiesen abrazar su causa para ir contra César.

Pero aún no habian llegado los tiempos á propósito para las conspiraciones republicanas.

*César sigue á Pompeyo al Egipto.*—Mientras que se hallaban dispersos, y como entregados á los azares del destino los restos de la faccion vencida, y los que todavía querian probar la suerte de las armas, no encontraban ni lugar ni medios. César, siempre rápido en la resolucion y en la accion, lo abandonaba todo para lanzarse en persecucion de Pompeyo, único de sus adversarios que le merecia el concepto de capitán. Hacerle prisionero, habria sido quizá poner fuera de accion de un solo golpe la mitad más temible del partido pompeyano. Pasó el Helesponto con algunas tropas, y navegando en su ligera embarcacion, cayó en medio de una escuadra pompeyana

destinada al Mar Negro, la cual, presa de estupor al recibir la nueva de la victoria de Farsalia, fué capturada toda ella; y habiendo tomado con presteza las disposiciones necesarias, se dirigió con precipitación hácia el Oriente en persecucion del fugitivo. Este, despues de escapar de los campos de Farsalia, habia arribado á Lesbos para llevarse á su mujer y á su segundo hijo, Sexto, ganando la Cilicia, costeando el Asia Menor y dirigiéndose á Chipre. Nada más fácil que ir á reunirse con sus partidarios en Corfú ó en Africa; pero fuera por rencor contra los aristócratas, sus aliados, fuera por prevision ó por temor de la acogida que le dispensarian sus partidarios despues de su derrota y vergonzosa huida, prefirió continuar su rumbo y demandar la proteccion del rey de los Partos, en vez de la de Caton. Mientras que negociaba con los publicanos y mercaderes de Chipre, pidiéndoles oro y esclavos, de los cuales habia armado ya 2.000, se le anunció que Antioco se habia entregado á César. El camino de la Partia se le habia cerrado; cambió entonces de plan, é hizo rumbo hácia el Egipto. Soldados veteranos que le eran adictos llenaban aquí los cuadros del ejército; la posicion, los recursos del país, todo, en fin, le ayudará á ganar tiempo y á reorganizar sus huestes para emprender de nuevo la guerra.

*Muerte de Pompeyo.*—Muerto Tolomeo Auletes (en Mayo del año 703), Cleópatra, su hija, de diez y seis años de edad, y su otro hijo, Ptolomeo Dionisio, que contaba diez años, reyes juntamente y esposos por la voluntad de su padre, habian subido al trono de Alejandria; pero bien pronto el hermano, ó mejor dicho, Pothino, tutor de éste, expulsó del reino á la hermana, la cual, refugiada en Siria, se preparaba á entrar

de nuevo con las armas en la mano en sus Estados hereditarios. A la sazón se hallaban en Pelusa Ptolomeo y Pothino con todo el ejército egipcio, guardando la frontera del Este. Pompeyo vino á anclar delante del promontorio *Casius*, y pidió al rey permiso para saltar en tierra. Hacia tiempo que se conocía en la corte de Ptolomeo la derrota de Farsalia, por lo cual se quiso en un principio contestar con una negativa; pero Theodotos, mayordomo del rey, hizo observar que, teniendo Pompeyo numerosas inteligencias en el ejército, no dejaría de promover en él la revolución. ¿No era más seguro y más ventajoso respecto de César, aprovechar la ocasión de deshacerse del fugitivo? Tales y tan poderosas razones no podían por ménos de producir su efecto en políticos que pertenecían al mundo griego de entonces. Embarcóse al punto *Aquilas*, el capitán de las tropas reales, en un bote con algunos antiguos soldados de Pompeyo, atracó á la embarcación de éste, le invitó á presentarse al rey, y como estaban sobre las hondonadas de la costa, le rogó que pase á bordo de su canoa. Apenas hubo puesto Pompeyo el pié en ella, cuando un tribuno militar, *Lúcio Septimio*, le hirió por la espalda, delante de su mujer y de su hijo, que, de pié sobre el puente del buque, presenciaban aquel asesinato, sin poder hacer nada, ni para salvar á la víctima, ni para vengar su muerte (28 de Setiembre del 706). Trece años antes, y en el mismo día, Pompeyo, vencedor de Mitrídates, hacia su entrada triunfal en Roma; y aquel hombre, que durante treinta años habia llevado el sobrenombre de *Grande*, y que habia sido el árbitro de los destinos del mundo, vino á morir miserablemente sobre las desiertas lagunas de un promontorio inhospitalario, asesinado por uno de sus

veteranos. General de mediana capacidad, de talento vulgar y de escaso valor, la suerte, ese demonio perverso, le habia no obstante colmado de sus constantes favores durante treinta años. Empresas tan fáciles como brillantes, laureles plantados por otros, y por él sólo recogidos, todo le habia sido dado, todo, hasta el poder supremo, puesto en realidad en sus manos, solamente para suministrar el más escandaloso ejemplo de falsa grandeza que registra en sus páginas la historia. ¿De cuantos desairados papeles puede el hombre representar, cuál es, en efecto, más triste que el de parecer y no ser? ¡Tal es la ley de las monarquías! ¡Apenas si al cabo de mil años se levanta en el seno de un pueblo un hombre que quiere que se le llame rey, y que sepa reinar! ¡Vicio fatal, ineluctable del trono! Y si es cierto que nadie tanto como Pompeyo ha ofrecido este marcado contraste entre la vana apariencia y la realidad, no podemos por ménos de considerar, cuando paramos nuestra atencion en este personaje, que en él empieza verdaderamente la série de los monarcas de Roma.

*César en Egipto.*—Siguiendo siempre la pista al vencido, entraba César en la rada de Alejandría en ocasion en que el crimen se habia ya cometido. Cuando el asesino subió á bordo de la embarcacion de aquél y le presentó la cabeza de Pompeyo, que habia sido antes su yerno, y por mucho tiempo su asociado en el poder, y á quien venia á coger vivo en Egipto, volvió el rostro bajo el peso de una profunda emocion. El puñal de un asesino no permite decir qué conducta hubiera observado él á su vez; pero, suponiendo que los sentimientos humanitarios innatos en su grande alma hubieran sido ahogados en este caso por la ambicion, y no le hubiesen obligado á respetar

la vida de su antiguo amigo, su propio interés le habría aconsejado no reducirle á la impotencia de otra suerte que entregándole al hacha del verdugo. Por espacio de veinte años habia sido Pompeyo, sin oposicion, señor absoluto de Roma, y la soberanía, cuando ha echado tan profundas raíces, no muere con el soberano. Muerto Pompeyo, quedaban, sin embargo, los pompeyanos unidos y compactos, teniendo al frente dos jefes, Cneo y Sexto, jóvenes ambos, ambos activos, dotado el segundo de un talento real, los cuales reemplazaban con ventaja á su padre, incapaz y ya gastado. A la monarquía hereditaria recientemente creada se habian adherido las escrescencias parásitas de los pretendientes hereditarios, en lo cual bien puede afirmarse que más perdía que ganaba César.

*César reorganiza el Egipto.*—Este no tenia ya nada que hacer en Egipto, y Romanos y naturales esperaban verle hacerse á la vela, dirigirse hácia la provincia del Africa, que le quedaba por someter, y emprender luego la obra inmensa de reorganizacion, que era como el legado de su victoria: pero él, fiel á su propia tradicion, queriendo, cualquiera que fuese el punto del gigantesco imperio romano en que se encontrara, evacuar sin dilacion y por sí mismo todas las cuestiones pendientes; convencido, por otra parte, de que no tenia que temer ninguna resistencia, ni de la guarnicion romana ni de la córte de Egipto, y apremiado por la necesidad de dinero, desembarcó en Alejandría con las dos legiones que le acompañaban, las cuales no contaban más que con 3.200 hombres y 800 caballos galos y germanos, y acuartelado en la real ciudadela, mandó que le entregasen las cantidades que necesitaba, y se puso á arreglar el asunto de la sucesion al trono egipcio, sin prestar

oidos á impertinentes consejos. Segun Pothino, César, cuya atencion solicitaban muchos y altísimos intereses, no debia desatenderlos por pequeñas bagatelas. Por lo que toca á los pueblos de Egipto, se mostró equitativo á la par que indulgente con ellos; pero como habian prestado auxilios á Pompeyo, era justo imponerles una contribucion de guerra. Hallándose agotado el país, César le perdonó y, saldando los atrasos que debian por el tratado del año 695, de cuya cantidad solo la mitad habian pagado, no reclamó más que 10.000 denarios (3.000.000 de thalers=10.000.000 pesetas). Al hermano y á la hermana, que se disputaban el trono, les mandó que pusieran término á las hostilidades, imponiéndoles su arbitraje y mandándoles que se presentaran á él para dar su resolucion despues que hubiera escuchado á ambas partes. Obedecida por ambos la órden, por el jóven rey que se hallaba á la sazón en su alcázar, y por Cleópatra, que no tardó en presentarse, César, con el testamento de Auletes en la mano, adjudicó la corona á los dos esposos, hermano y hermana: hizo más; anuló por su propia voluntad la anexion poco antes consumada del reino de Chipre, y lo dió á los dos segundos hijos del rey difunto, Arsinoe y Tolomeo el Jóven, á título de segundo-genitura.

*Insurreccion de Alejandria. Entrada de César.* Mientras esto sucedia, se estaba formando una sorda tempestad. Alejandria era, como Roma, una de las capitales del mundo muy poco inferior en poblacion á la ciudad de Italia, pero infinitamente superior por el movimiento comercial, por el génio industrial y por el progreso de las ciencias y de las artes. En el seno del pueblo, era vivo el sentimiento nacional, dejándose arrastrar, á falta de espíritu político, por calen-

turientas empresas, y suscitando á cada momento, como los parisienses de nuestros dias, locas sediciones en las calles. Figúrese cuál seria la cólera de este pueblo al ver que un general romano la echaba de potentado en el palacio de los Lágidas, y juzgaba á los reyes desde lo alto de su pretorio. Descontentos como estaban, por la suma que, relativa á la antigua deuda egipcia, se les habia hecho pagar perentoriamente, y de aquella intervencion del romano en un asunto, cuya sentencia favorable á Cleópatra fué cumplida en efecto, adjudicándose á ésta la parte del reino que de derecho le correspondia, Pothino y su régio pupilo mandaron con gran ostentacion á la casa de la moneda los tesoros de los templos y la vajilla del palacio para fundirlos, con lo cual se hirió la piadosa supersticion de los egipcios. La magnificencia de la córte alejandrina tenia gran fama en el mundo, y el pueblo la consideraba como una riqueza propia, enfureciéndose, por lo tanto, cuando vió los santuarios despojados de sus joyas, y, en vez de la riquísima vajilla de oro, una de madera en la mesa de sus reyes. El mismo ejército de ocupacion, medio desnaturalizado por su larga permanencia en Egipto, por los numerosos matrimonios contraidos entre los soldados romanos y las jóvenes del país, y que contaba en sus filas con un gran número de veteranos de Pompeyo, y de tráfugas italianos, antiguos criminales ó esclavos, murmuraba de César, cuyas órdenes habian paralizado su accion en las fronteras de Siria, y murmuraba tambien contra aquel puñado de orgullosos legionarios. La aglomeracion de la inmensa muchedumbre, cuando César saltaba en tierra y cuando las hachas romanas entraban en el palacio de los reyes, y los numerosos asesinatos perpe-

trados en las personas de los legionarios en medio de las calles de la ciudad, le dieron á conocer muy á las claras el extremo peligro en que iba á encontrarse, viéndose apurado con su pequeño ejército en medio de las irritadas masas. Soplando á la sazón viento del Norte, le habria sido muy difícil volver á bordo, y la señal de reembarcarse se habria convertido inmediatamente en señal de la insurreccion: por otra parte, el abandonar el campo sin haber terminado su empresa, no era propio del general romano, y tomó el partido de pedir refuerzos al Asia, guardando hasta su llegada la apariencia de la más completa seguridad. Jamás habia llevado César, estando en campaña, una vida tan agradable como la que pasó durante su residencia en Alejandría; y cuando la bella y astuta reina, hermosa sobre todo encarecimiento, prodigaba á su juez sus mañosas seducciones, César aparentaba olvidarse de sus grandes deberes para no pensar más que en sus triunfos amorosos. Este era el agradable prólogo de un sombrío drama. De pronto, conducido por Aquilas, y, segun se descubrió más tarde, mandado por orden secreta del rey y de su tutor, entró en Alejandría el ejército romano de ocupacion, y cuando se apercibieron los Alejandrinos de que aquellas tropas venian á combatir contra César, al punto hicieron causa comun con ellas: entonces el proconsul, con aquella presencia de espíritu que casi rayaba en temeridad, reunió sus esparcidas gentes sin perder un instante, se apoderó del joven rey y de sus ministros, se hizo fuerte en el castillo y en el cercano teatro, y no pudiendo poner en seguridad la escuadra egipcia estacionada en el gran puerto que estaba delante de dicho teatro, la prendió fuego, y mandó algunas embar-

caciones á ocupar la isla de *Pharos* y la torre del faro que dominaba la rada, consiguiendo por este medio un lugar, estrecho, sí, pero seguro, por donde fácilmente podria recibir víveres y refuerzos: al mismo tiempo que esto hacia, daba orden á sus lugartenientes en el Asia Menor, de mandarle lo más pronto posible barcos y soldados, para lo cual se hicieron levadas en los pueblos tributarios de Roma más cercanos, Sirios y Nabateos, Cretenses y Rodios. Mientras tanto la insurreccion se habia estendido sin obtáculo por todo el Egipto, y los sublevados, que obedecian á la princesa Arsinoe y al eunuco Ganimedes, su confidente, se habian apoderado ya de la mayor parte de la ciudad, peleándose en las calles sin que César hubiera podido abrirse paso ni aún llegar hasta las aguas dulces del Mareotis, detrás de la plaza, en donde habria querido abrevar y que forrageara su caballería. Los Alejandrinos, por su parte, no supieron ni vencer á los sitiados ni asediarlos, y aunque hicieron entrar el agua del mar en los canales del Nilo que surtian al cuartel de César, éste, habiendo mandado abrir pozos en la arena de las márgenes del rio, encontró allí agua potable. Viendo que era inexpugnable por tierra, los sitiadores pensaron destruir su flotilla y cortarle la comunicacion por mar, por donde recibia los víveres. La isla de *Pharos* y el muelle que la unia á la tierra firme dividian el puerto en dos mitades, la del Este y la del Oeste, las cuales se comunicaban entre sí por dos arcos abiertos á través del dique. César era dueño de la isla y del puerto del Este, mientras que los Alejandrinos ocupaban el del Oeste y el muelle; pero, no teniendo el enemigo escuadra, los barcos de aquel entraban y salian libremente. Despues de haber intentado inútil-

mente los Alejandrinos arrojar brulotes desde el puerto del Oeste á la ensenada oriental, reunieron todos los restos que encontraron en el arsenal, y bostando al mar una pequeña escuadra, pretendieron atacar á las embarcaciones de César en el momento en que estas aparecían trayendo á remolque transportes y una legion del Asia Menor; pero teniendo que habérselas con los excelentes marinos de Rodas, fueron derrotados. Poco tiempo despues se apoderaron de la isla de Pharos, y consiguieron cortar á las grandes embarcaciones el canal estrecho y lleno de rocas del puerto oriental (1). La escuadra de César debió estacionarse, á su vuelta, en plena rada: las comunicaciones de los sitiados con el mar se sostenian muy difícilmente: atacados diariamente por las fuerzas marítimas crecientes del enemigo, sus barcos no podian ni rehusar el combate, aunque era desigual teniendo cerrado el puerto interior desde la toma de la isla, ni salir á alta mar; si abandonaban la rada, exponian á César á un completo bloqueo por la parte del mar. En vano los intrépidos legionarios, ayudados por los hábiles marinos de Rodas consiguen la victoria en cotidianos combates: los Alejandrinos, infatigables, se encarnizan, y renuevan ó au-

---

(1) La pérdida de la isla era referida, sin duda, en el fragmento que ha desaparecido del comentario sobre la guerra de Alejandria (*bell. Alex.* 12), en donde se describía tambien un segundo combate naval, en el cual quedó destruida la escuadra egipcia, que habia sido rechazada al Quersoneso. Acabamos de ver, en efecto, que César, desde el principio de la guerra, habia ocupado el Faro (*b. civ.* 3, 112; *bell. Alex.* 8). El muelle, por el contrario, siempre habia estado ocupado por el enemigo, puesto que César no comunicaba con la isla sino por agua.

mentan sus armamentos. César tenía que aceptar el combate cuantas veces ellos le atacaban, y á la primera derrota que sufriera, inmediatamente quedaba cercado, siendo su pérdida casi segura, si no recobrabá la isla á toda costa; y en efecto, un doble ataque con los pequeños barcos por el lado del puerto y con las grandes embarcaciones por la parte del mar, le rindió la isla y con ella toda la parte inferior del muelle. Por órden suya, se detuvieron sus soldados en el segundo puente, cuyo paso quiso cortar por una muralla con escarpa vuelta hácia la ciudad: pero en lo más récio del combate, y sobre los mismos trabajos, habiendo abandonado los Romanos el punto en donde el muelle se unia con la isla, un cuerpo de tropas egipcio llegó allí súbitamente, acometió por la espalda á los legionarios y á los marinos, los puso en desórden y los precipitó en masa á la mar; muchos de ellos se salvaron en los barcos, pero la mayor parte perecieron ahogados, costando esta jornada 400 soldados y más de 400 marineros. Compartiendo César la suerte de los suyos, se refugió en su nave, que se fué á pique bajo el peso de los fugitivos, y el general se salvó, alcanzando á nado otra embarcacion. De cualquier manera que fuese, y á pesar de las pérdidas sufridas, se habia reconquistado la isla y el muelle hasta el primer puente por la parte de la tierra firme, pudiendo decirse que se habia asegurado la retirada.

*Llega del Asia Menor el ejército auxiliar. Batalla del Nilo. Es sofocada la insurreccion en Alejandria.*—Al fin se anunciaron los tan esperados auxilios. Mitrídates de Pérgamo, hábil capitán, educado en la escuela Mitrídates Eupator, de quien se preciaba ser hijo natural, llegaba de Siria por tierra con su

ejército, compuesto de gentes de todas las naciones: *Itirsos*, del príncipe del Libano; Beduinos, de *Janbllico*, hijos de *Sampsikeramo*; Judíos, conducidos por el ministro Antipater, y el mayor número, en fin, lo componían los contingentes de los pequeños principados y de las ciudades de Cilicia y de Siria. Mitrídates se presentó delante de Pelusa, y se apoderó de ella afortunadamente el mismo día; después, queriendo huir de las regiones cortadas y difíciles del Delta, se remontó por encima del punto en donde se dividen las aguas del Nilo, por el camino de Ménfis, y allí encontraron sus tropas auxiliares adictos entre los Judíos establecidos en la comarca. A su vez los Egipcios, llevando al frente á su jóven rey Tolomeo, que César les habia devuelto un día con la esperanza de que fuera un instrumento de conciliación, habían también remontado el Nilo con un ejército, se presentaron frente á Mitrídates en la ribera derecha del río, y le esperaron más abajo de Ménfis, en el sitio denominado *Campo Judío* (*Vicus Judæorum*), entre Onion y Heliópolis (Matarieh); pero teniendo que habérselas con un enérgico perito en la estrategia y en la castrametación romanas, perdieron la batalla, y atravesando el río, entró Mitrídates en Ménfis. Al mismo tiempo, advertido César de la aproximación de su aliado, embarcó una parte de sus fuerzas, ganó la punta del lago *Mareótico*, al Oeste de Alejandría, y habiéndole dado la vuelta y llegado después al río, marchó al encuentro del ejército de reserva del Alto-Nilo. Verificada la unión sin que el enemigo hubiera intentado impedirlo, entró César en el Delta, á donde se habia retirado el rey, dispersó en el primer encuentro la vanguardia de éste, no obstante hallarse parapetada por un profundo canal, é inmediatamente dió el asalto

al campamento real. Se hallaba éste al pié de una altura cerca del Nilo, del cual le separaba una estrecha calzada y pantanos casi infranqueables. Los legionarios atacaron de frente y de flanco á lo largo de la calzada, mientras que una division se dirigía á la altura y la coronó de improviso. La victoria fué completa; el campamento fué tomado, y los que no murieron al filo de la espada, se ahogaron en el Nilo al buscar su salvacion en la escuadra real. Allí murió tambien el jóven rey, que huyendo en una canoa, llena de soldados, desapareció en las aguas de su rio natal. Terminado el combate, César, al frente de su caballería, se dirigió á Alejandria, que tomó por la espalda, por la parte de que eran dueños los Egipcios. La poblacion le recibió toda enlutada, de rodillas, llevando consigo sus ídolos é implorando la paz; en cuanto á los suyos, vién lole regresar vencedor por otro camino, le recibieron con trasportes de indecible entusiasmo. El tenia en sus manos la suerte de la ciudad que se habia atrevido á contrarestar los designios del señor del mundo, y le habia puesto en muy gran peligro; pero siempre hábil político, y siempre olvidando las injurias que se le hacian, trató á los Alejandrinos como antes habia tratado á los Massaliotas. Les mostró su ciudad asolada por la guerra, sus ricos graneros, su biblioteca, maravilla del mundo, y todos los demás grandes edificios, destruidos cuando el incendio de la escuadra, y les aconsejó que no pensaran en lo sucesivo sino en las artes de la paz y en cicatrizar las heridas que ellos mismos se habian abierto. A los Judíos establecidos en la ciudad no les concedió otros derechos y franquicias que las que gozaban ya los Griegos, y en vez de aquel ejército nominalmente de ocupacion, que habia estado hasta entonces á las órdenes del rey

de Egipto, instaló en la capital una verdadera guarnición, compuesta de dos de las legiones que acampaban en el país, y de un tercer cuerpo llamado de Siria; este ejército tuvo su jefe independiente, cuyo nombramiento se reservó él, y escogió para este puesto de confianza á un hombre cuya condicion humilde no le permitia abusar, á Rufio, buen soldado, hijo de otro soldado inmune. Cleópatra reinó con su otro pequeño hermano, Tolomeo, bajo el protectorado de Roma; y fué conducida á Italia la princesa Arsinoe, que podia ser un pretexto de insurreccion para los orientales amantes de la dinastía é indiferentes con el monarca. Chipre, en fin, quedó anexionada á la provincia de Cilicia.

*Los acontecimientos durante la permanencia en Alejandria.*—Por insignificante que en sí fuese la insurreccion de Alejandria, y por poco que se relacione con los acontecimientos generales de la historia, habia tenido su indudable influencia, al parar en su carrera al hombre que en todas las cosas era el todo, y sin el cual nada se podia ni preparar ni resolver. Desde Octubre del año 706 hasta Marzo del 707, se vió obligado César á abandonar todos sus proyectos, para combatir al populacho de una ciudad con el auxilio de algunos Judíos y Beduinos. Ya se hacian sentir los efectos del gobierno personal: se estaba en plena monarquía, y no estando el monarca en ninguna parte, reinaba en todos los países un espantoso desorden. Lo mismo que los pompeyanos, carecian en este momento los cesarianos de un jefe supremo; en todas partes las cosas estaban abandonadas á la casualidad ó al talento de cualquier oficial subalterno.

*Defecion de Farnaces. Calvino derrotado delante de Nicópolis.*—Al dejar el Asia Menor, no conta-

ba ya César con ningún enemigo detrás de sí. Su lugarteniente, el enérgico Cneo Domicio Calvino, tenía orden de apoderarse de los territorios que Farnaces, sin mandato alguno, había ocupado á los aliados de Pompeyo. Este Farnaces, que era un déspota soberbio y presuntuoso, se negaba á restituir la Armenia, y fué forzoso marchar contra él. De las tres legiones formadas con los prisioneros de Farsalia, que César le confió, había mandado dos Calvino al Egipto; cubrió, sin embargo, rápidamente estas bajas con una legión reclutada entre los Romanos domiciliados en el Ponto, y con dos más, ejercitadas á la romana, que le había prestado Deyotaro, y con ellas emprendió el camino de la Armenia; pero el ejército del rey del Bósforo, aguerrido en cien combates librados contra los pobladores de las costas del Mar Negro, se manifestó más fuerte. El encuentro tuvo lugar cerca de Nicópolis, en donde las reclutas que Calvino había hecho en el Ponto fueron completamente destrozados; las legiones gálatas emprendieron la fuga, y sólo la antigua legión romana se mantuvo firme, no sin sufrir algunas bajas. Lejos de recobrar la pequeña Armenia, no pudo Calvino impedir que Farnaces se apoderara de sus Estados hereditarios del Ponto, no sin que hiciese sentir todo el rigor de su ira y de sus crueldades de sultan á los desgraciados habitantes de Amisos (en el invierno de 706 á 707). Llegó, por fin, César al Asia Menor y le manifestó que, al no enviar socorros á Pompeyo, había merecido bien de la patria, pero que tal servicio no estaba en relacion con los perjuicios que á la sazón causaba al imperio; que era menester que antes de entrar en conferencias, evacuase la provincia del Ponto y restituyese los territorios de que se había apoderado. Farnaces contestó que es-

taba dispuesto á obedecer; mas sabiendo que César tenia prisa de volver á Occidente, no hizo ademan de moverse de los puntos que ocupaba, por no conocer, sin duda, que César ejecutaba siempre lo que se proponia. Sin más negociaciones, tomó el general romano la legion que habia traído de Alejandria, los soldados de Calvino y los de Deyotaro, y se dirigió al campamento real de Ziela. Al apereibirse de ello los soldados del Bósforo, atraviesan con admirable audacia un barranco profundo que defendia su frente, y subiendo la otra ladera, se dirigieron contra los Romanos.

*Victoria de César en Ziela. Arreglo del Asia Menor.*—Se hallaban á la sazón ocupados los legionarios en las obras del campamento, y hubo un momento de confusion en sus filas; pero bien pronto se reunen los invencibles veteranos, dan el ejemplo del ataque general, y alcanzaron una completa victoria (el 2 de Agosto del 707). En cinco dias quedó terminada la campaña: inestimable suerte, aunque cada minuto costó muy caro. César confió la persecucion del vencido, que se habia refugiado en Sinope, á su hermano ilegítimo, al bravo Mitridates de Pérgamo, el cual recibió, en recompensa de los auxilios que habia prestado antes en Egipto, la corona del reino del Bósforo en sustitucion de Farnaces. Los asuntos de Siria y del Asia Menor quedaron amistosamente arreglados en breve tiempo: los aliados de César se vieron espléndidamente regalados, mientras que los de Pompeyo fueron tratados con dureza ú obligados á pagar enormes multas. En cuanto á Deyotaro, el más poderoso de todos los partidarios de Pompeyo, quedó reducido á su Estado hereditario, el pequeño Canton de los *Tolistoboyas*, sucediéndole en la pequeña Armenia *Ariobarzana*, rey de Capado-

cia, y siendo conferida la investidura del *tetrarca* de los Trocmos, que tambien habia usurpado, al nuevo rey del Bósforo, el cual era descendiente de la familia real del Ponto por línea paterna, y por la materna descendia de una de las principales familias de Galacia.

*Guerra continental y marítima en Iliria. Derrota de Gabinio. Victoria naval de Vatinio en Tarsis.*—Durante la permanencia de César en Egipto, habian tenido lugar en Iliria graves acontecimientos. Hacia muchos siglos que la costa de Dalmacia era un punto peligroso para el imperio, y ya recordarán nuestros lectores que sus habitantes, aún en el tiempo mismo del proconsulado de César, se habian declarado en abierta hostilidad: despues de la campaña de Tesalia no se encontraban en el interior más que restos, todavía armados, de la faccion pompeyana. Desde un principio habia Quinto Cornificio, con las legiones llegadas de Italia, mantenido á raya á todas las gentes, así á los habitantes del país como á los refugiados, y en aquella estéril y cortada region habia sabido proveer al mantenimiento de sus tropas. Cuando el enérgico Marco Octavio, el vencedor de Curicta, se presentó en las aguas de Dalmacia con una escuadra pompeyana para pelear allí por mar y por tierra contra los partidarios de César, este mismo Cornificio, sirviéndose de los barcos y de los puertos de los *Jadestinos* (Zara) pudo mantenerse en el país, y aún obtener algunas ventajas en más de un combate naval. Habiendo llegado el nuevo lugarteniente de César, Aulo Gabinio, llamado del destierro, y que llevaba á Iliria (en el invierno del 706 á 707) 15 cohortes y 3.000 ginetes por camino de tierra, lejos de sujetarse al plan que

tan buenos resultados habia dado á su predecesor, no agradando á este activo y emprendedor general la guerra de detalle y de escaramuzas, á pesar de los rigores de la estacion, se dirigió á la montaña con todas sus fuerzas. La crudeza del tiempo, la dificultad de los abastecimientos y la enérgica resistencia de los Dálmatas aclararon en breve sus cuadros, y le fué forzoso batirse en retirada; pero alcanzado por el enemigo y derrotado ignominiosamente, pudo á duras penas llegar á Salona con los restos de un ejército que el dia antes era poderosísimo, muriendo él al poco tiempo de esta derrota. Casi todas las ciudades de la costa se sometieron á Octavio y á su escuadra, y las que todavía permanecieron fieles á César, Salona, Epidaurus (*Ragusa-vecchia*), bloqueadas por mar por los buques de Octavio, y estrechadas por tierra por los bárbaros, parecia que debian sucumbir, entregando en su capitulacion los restos de las legiones que estaban dentro de los muros de la primera. Se hallaba en este tiempo de jefe de los depósitos de César en Brindis, Publio Vatinio, el cual reunió, á falta de buques de guerra, simples barcos mercantes, á los que armó de un espolon y tripuló con los soldados que acababan de salir de los hospitales. Merced á su energía, sacó un buen partido de esta escuadra improvisada: dió el combate á los octavianos, que eran superiores por todos conceptos, á sotavento de la isla de *Tauris*, (*Tòrcula*, entre *Lesina* y *Curzola*), y la bravura del general y de los legionarios [suplió en él una vez más la escasez de la flota, alcanzando los cesarianos una brillante victoria. Marco Octavio abandonó los mares de Iliria y se dirigió al Africa (en la primavera del 707); los Dálmatas todavía pelearon durante

dos años con gran tenacidad, pero la lucha ya no fué sino una guerra localizada en las montañas; y cuando volvió del Oriente César, todo peligro había desaparecido, gracias á las medidas tomadas por su lugarteniente.

*Reorganizase la coalicion.*—En Africa, la situacion era muy comprometida. Ya sabemos que, desde el comienzo de la guerra civil, el partido constitucional se habia repuesto allí completamente, y que sus fuerzas se iban aumentando por grados. Hasta la batalla de Farsalia, el rey Juba habia dirigido casi sólo todos los negocios y derrotado á Curion. Su veloz caballería y sus innumerables arqueros eran el nérvio del ejército. El lugarteniente de Pompeyo, Accio Varo, desempeñaba cerca de él un papel muy subalterno, hasta tal punto, que tuvo que entregarle los soldados de Curion que á él se habian rendido, y presenciar pasivamente la ejecucion de aquellos ó su deportacion al interior de la Numidia; pero todo cambió despues de la batalla de Farsalia. Ningun personaje notable del partido pompeyano, si se exceptúa al mismo Pompeyo, habia pensado un solo instante en refugiarse entre los Partos. Ya se renunció á la idea de dominar los mares, reuniendo todas las escuadras; y la expedicion de Marco Octavio á la Iliria no era más que un acto aislado que no tenia consecuencias. En su mayor parte, los republicanos y pompeyanos se dirigieron al Africa, único punto en que digna y constitucionalmente podian presentar la batalla al usurpador. Allí se fueron reuniendo poco á poco los restos del ejército disperso de Farsalia, las guarniciones de *Dyrrachium*, de Corfú y del Peloponeso, y lo que habia quedado de la escuadra de Iliria; allí se encontraron de nuevo Metelo Escipion,

uno de los dos generales en jefe, los dos hijos de Pompeyo, Cneo y Sexto, Marco Caton, (1) el hombre político de los republicanos, algunos buenos capitanes, tales como Labieno, Afranio, Petreyo, Octavio y otros. Si la emigración había perdido fuerza, el fanatismo en cambio tenía rasgos más sobresalientes. Como sucedía antes con los prisioneros hechos á César, hasta sus mismos parlamentarios sufren ahora la pena de muerte; y Juba, en quien los rencores del hombre de partido se unían á su terrible crueldad de Africano semi-bárbaro, tenía por máxima: que toda ciudad sospechosa de simpatizar con César, debía ser destruida y quemada, así los edificios como los habitantes. Y tal como lo decía lo hacía; ejemplo de ello el saqueo de la infortunada ciudad de *Vaga*, no lejos de Hadrumete. Utica, la capital de la provincia, y que en otros tiempos había estado tan floreciente como Cartago, y en la que, desde hacía muchos años tenían los reyes nómadas puestas sus miradas, estaba amenazada de igual suerte; pero Caton se interpuso enérgicamente, y, gracias á él, no se tomaron contra ella sino algunas medidas, que estaban justificadas, teniendo en cuenta los notorios sentimientos de su población para con César.

No habiendo intentado éste ni ninguno de sus generales, durante todo aquel tiempo, empresa alguna en el Africa, la coalición se reorganizaba allí política

---

(1) La travesía de Caton y de Cneo Pompeyo de Córcega á Cirene, y su penosa navegación á través de la Pequeña-Syrtes, forman en la Farsalia de Lucano un interesante episodio, cuyo fondo verdadero, atestiguado por Plutarco (*Cat. min.* 56 y s.), ha sido embellecido maravillosamente por este poeta.

y militarmente con suma comodidad. Era necesario, ante todo, proveer al mando en jefe, vacante por muerte de Pompeyo. El rey Juba habria deseado conseguir la posicion predominante que tenia en el Africa hasta la batalla de Farsalia: no se consideraba ya como un simple cliente de Roma, sino más bien como un aliado igualmente poderoso, ó quizá como un protector: se habia atrevido á acuñar denarios romanos de plata con su nombre é insignias, llevando sus pretensiones á tal punto, que queria vestir sólo la púrpura en el campamento, é invitaba á los generales romanos á depositar allí el *paludamentum*. Metelo Escipion reclamaba tambien el supremo mando: ¿no le habia considerado Pompeyo en la Tesalia como su colega, aunque, á decir verdad, esto fuera más bien por deferencia á su suegro que por razon militar? Accio Varo lo reclamaba á su vez: tenia el gobierno de la provincia de Africa (gobierno usurpado en realidad), y en ella era donde se iba á hacer la guerra. Si, por último, se hubiera consultado al ejército, habria elegido al propretor Marco Caton. Y el ejército era sin duda el que tenia razon. Caton era el único hombre que para tal mision tenia la abnegacion, la energia y la autoridad necesarias: es cierto que no era un guerrero; pero ¿no era cien veces preferible que se pusiera al frente del ejército un simple ciudadano, no oficial, que se acomodara á las circunstancias y dejara obrar á los capitanes que estuvieran á sus órdenes, á un general de talento no probado, como Varo, ó á otro notoriamente incapaz, como Metelo Escipion? De cualquier manera que sea, al fin fué elegido este último, siendo Caton el que más influyó en su eleccion, no porque él se considerase inferior para aquel puesto, ni

porque su vanidad le hiciese preferir un cierto apartamiento á la direccion del *imperium*; no porque él profesase afecto ó estimara á Escipion: antes, por el contrario, habia entre ellos grande enemiga, y siendo éste un general inhábil, en concepto de todos, solo la alianza con Pompeyo pudo arrojar sobre él algun reflejo de gloria. Un solo y único pensamiento tenia Caton: en su obstinacion formalista, aunque viese la República perecer, se ajustaba á las prescripciones del derecho, antes que salvar la patria barrenando la ley. Despues de la batalla de Farsalia, habiéndose encontrado en Corfú á Ciceron, que venia de Cilicia, y que, en su calidad de procónsul, se hallaba encargado del *imperium*, se freció á entregarle el mando de la isla y de las tropas, por razon de su título legalmente superior. Tal condescendencia habia desesperado al desgraciado abogado, que maldecia mil veces los laureles alcanzados en el *Amanus*, á la vez que causaba profunda admiracion á los pompeyanos, áun á los ménos avisados. En la ocasion presente, en que la guerra ardia en todas partes, Caton obedecia á los mismos principios. Cuando se trataba del generalato supremo, decidió de aquella dignidad como de la propiedad de algun campo tusculano, y fué nombrado Escipion, descartando con su propia palabra la candidatura de Varo y la suya. Solo se opuso enérgicamente á la pretension de Juba: le hizo ver que la nobleza romana no venia á él en tono suplicante, como si fuese el gran rey de los Partos; que no solicitaba los auxilios de un protector; que todavía tenia fuerza, y que solo exigia el concurso de una persona. Siendo considerables las fuerzas romanas que se hallaban reunidas en Africa, Juba se vió obligado á bajar la voz, y ni áun pudo conse-

guir de Escipion que sus tropas fuesen pagadas de la caja de los romanos, prometiéndosele solo, que en caso de triunfar, se le cederia la provincia africana.

En tanto, al lado del nuevo general se veia al Senado de los *Trescientos*, que abria sus sesiones en Utica, y completaba su mermado número haciendo entrar en su seno á los más notables y ricos caballeros. Gracias al celo de Caton principalmente, los armamentos se hacian con la mayor celeridad que era posible. Libertos, Libios, todos los hombres útiles, fueron inscritos en las legiones; en breve fueron arrancados todos los brazos á la agricultura, y los campos quedaron sin cultivo. Los resultados obtenidos no dejaron de ser considerables; el ejército se componia entonces de catorce legiones de pesada infantería, dos de las cuales habian sido formadas tiempos atrás por Varo, otras ocho habian llenado sus cuadros con los fugitivos pompeyanos y con los reclutamientos hechos en la provincia, y en fin, Juba tenia cuatro legiones armadas á la romana. La caballería pesada, formada por los Galo-Germanos, que habia traído Labieno, y por gentes de todas procedencias, contaba 16.000 hombres, no comprendiendo la caballería real equipada á la romana. Las tropas ligeras se componian de una muchedumbre inmensa de Numidas, montados en caballos sin freno, armados de simples lanzas, de un cuerpo de flecheros á caballo, y de un numeroso enjambre de arqueros á pié; Juba llevaba consigo 120 elefantes, y en fin, la escuadra de Varo y de Marco Octavio, que se componia de 55 velas. El dinero escaseaba, pero se atendió á esta necesidad por una contribucion voluntaria que se impuso el Senado; medio tanto más eficaz, cuanto que los más ricos capitalistas del Africa habian sido nombrados senadores. Las

municiones de todas clases y los víveres estaban almacenados en cantidades enormes en las fortalezas que eran susceptibles de una buena defensa, y al propio tiempo se tenían alejados de los lugares abiertos. La ausencia de César, la agitacion de los espíritus en las legiones, la fermentacion que se notaba en España y en Italia, todo era motivo de esperanza, y contando con una próxima victoria, habian olvidado ya la derrota de Farsalia. En ninguna parte tuvo tan malas consecuencias como en el Africa el tiempo que César habia perdido en Alejandría. Si él hubiera acudido allí inmediatamente despues de la muerte de Pompeyo, se habria encontrado un ejército reducido, desorganizado y maltrecho; en esta ocasion era ya fuerte, reorganizado por la energía de Caton, tan numeroso como en los campos de Tesalia, dirigido por jefes de renombre y dotado de un general regularmente reputado.

*Movimientos en España.*—Parecia que una mala estrella influía desastrosamente en los asuntos de César en Africa. Antes de embarcarse para Egipto, habia dispuesto, así en España como en Italia, las medidas y preparativos exigidos por las necesidades de la guerra, que se encendia de nuevo al otro lado del Mediterráneo; pero todo habia salido mal. Segun sus instrucciones, su lugarteniente en la provincia española del Sur, Quinto Casio Longino, debia pasar al Africa con cuatro legiones, hacer un llamamiento á Bogud, rey de la Mauritania occidental (1), y marchar

---

(1) La geografía política del Noroeste de Africa era, en estos tiempos, muy confusa. Despues de la guerra de Yugurta, Bocco, rey de la Mauritania, poseia, á lo que parece, todo el territorio desde el mar del Oeste hasta el puerto de Sal-

con él sobre Numidia y el Africa. Mas este ejército de refuerzo contaba en sus filas gran número de españoles y dos legiones enteras que habian sido pompeyanas; en la provincia, las simpatías eran de Pompeyo, y Casio además, por su tiránico comportamiento, no era el hombre más á propósito para acallar á los descontentos, cuyo estado de cosas vino á parar en una rebelion. Entonces, todo el que se pronunciaba contra un lugarteniente de César, levantaba la bandera de la causa contraria; y aprovechando aquella ocasion favorable, *Cneo*, hijo mayor de Pompeyo, dejó el Africa y se trasladó á la Península. La autoridad de Casio fué desconocida á tiempo por los principales cesarianos, y habiendo intervenido en aquellos asuntos Marcelo Lepido, gobernador de la provincia del Norte, restableció la tranquilidad. Cneo Pompeyo llegó demasiado tarde, pues se habia entre-

---

dæ (Marruecos y Argelia.—*Saldae*. Bugia). Tambien habria allí al lado de los reyes Mauritianos algunos príncipes independientes ó vasallos, pertenecientes á otras dinastías, y que reinarian sobre pequeños territorios; los de *Tingis* (Tanger), por ejemplo, que se han encontrado ya (*Plut. Sertor.* 9), y que conviene identificar, sin duda, con los *Leptasta* de *Salustio* (*Hist.* 31. ed. Kutz), y los *Mastonesosus* de *Ciceron* (*in Vatin.* 5, 12). Antes habia reinado *Sifax* de una manera semejante sobre un gran número de príncipes vasallos (*App. Pun.* 10); y en el tiempo mismo á que nos referimos, *Cirta*, en la Numidia, fronteriza de los Estados mauritanos, obedecía á un príncipe llamado *Masinisa*, teniendo probablemente por soberano á *Juba* (*App. b. c.*, 4, 54). Hacia el año 672, el trono de *Bocco* fué ocupado por *Bocut* ó *Bogud*, tal vez hijo suyo. Despues del 705, el reino aparece dividido entre *Bogud*, rey de la parte occidental, y *Bocco*, de la oriental. A esta division se refieren las designaciones ulteriormente seguidas: reino de *Bogud*, ó de *Tingis*; y reino de *Bocco*, ó de *Yol* (*Cesarea: Plin. Hist. n.* 5, 2, 19.—*Cf. bell. Afr.* 23).

tenido, cuando venia de camino, en hacer una vana tentativa contra la Mauritania, y cuando se presentó en España Cayo Trebonio, que habia sido enviado por César á su regreso de Oriente para relevar á Casio Longino (en el otoño del 707), no encontró sino obediencia en todas partes. Entre tanto, la sublevacion de España habia paralizado la expedicion que se destinaba al Africa; nada se habia hecho para impedir la reorganizacion de los republicanos, y además de esto, habiendo sido llamado Bogud con sus tropas á la Península en auxilio de Longino, no pudo, por su parte, contrarestar á su vecino el rey de Numidia.

*Pronunciamiento militar en Campania.*—Acontecimientos más graves surgieron todavía en la Italia meridional, en donde César habia concentrado las tropas que queria llevar al Africa. Allí se encontraron reunidas en gran parte las antiguas legiones, que, en las Gálias, en España y en Tesalia, habian echado los cimientos del futuro trono; pero sus victorias no habian mejorado su espíritu, y su larga ociosidad en la baja Italia habia relajado en ellas la disciplina. Al exigirles esfuerzos sobrehumanos, cuyas consecuencias se echaban de ver bien claramente en sus mermaidas filas, su general logró echar un gérmen de disgusto en sus corazones de hierro, y este gérmen, desarrollándose con la ayuda del tiempo y del reposo, debia producir la explosion de un dia á otro. Hacía más de un año que el único hombre que les imponia se hallaba como perdido en regiones lejanas; sus propios oficiales les temian más bien que ser temidos, y cerraban los ojos ante los excesos y desórdenes que cometian en sus cuarteles. Cuando recibieron la órden de embarcarse para Sicilia, y pensaron que tenian que cambiar las delicias del acan-

tonamiento de la Italia meridional por las fatigas y las pruebas de una tercera campaña, pruebas que no debian ceder en nada á las de las guerras de España y de Tesalia, se manifestó súbitamente el descontento que hacia tiempo estaba latente en los soldados, y se negaron á obedecer, exigiendo antes las dádivas que les habian prometido. Los lugartenientes enviados por César fueron recibidos con injurias y hasta á pedradas. Se les prometió aumento de recompensas, pero nada bastó á detener la sedicion. Los legionarios marcharon hácia Roma, donde querian exigir de César en persona el pago de las cantidades ofrecidas, y algunos oficiales que se interpusieron á su paso y quisieron contener el motin, fueron sacrificados. El peligro era grande. César situó á las puertas de la ciudad los pocos soldados que tenia á sus órdenes, pues era necesario, ante todo, evitar el saqueo, y presentándose despues de improviso á la enfurecida soldadesca, les preguntó qué querian. «Nuestras licencias,» exclamaron. Y al punto fueron licenciados. «Aquellos de vosotros, añadió el general, á quienes corresponda el *donativum*, que yo os debía para el dia de mi triunfo y las a signaciones de tierras que os habia prometido, podrán venir á reclamarlos cuando yo entre triunfante en Roma con el resto de mi ejército; pero como es justo, vosotros no formareis parte de mi cortejo, puesto que os he licenciado.» Los amotinados no esperaban este giro que tomaban las cosas. Convencidos de que eran necesarios á César para su expedicion al Africa, no habian reclamado sus licencias sino para hacerse pagar á buen precio su permanencia bajo las águilas. Engañados al principio, en la creencia de que sin ellos nada se podia hacer, incapaces de entrar por sí mismos en el buen camino, y

de conducir con acierto las negociaciones que habian entablado mal desde el principio; avergonzados, como hombres, en presencia del *imperator*, esclavo de su palabra áun con sus mismos legionarios; infieles al generoso dictador, que les daba mucho más de lo que les habia prometido; profundamente conmovidos como soldados ante la idea de asistir como simples espectadores á la fiesta triunfal dada en honor de sus camaradas; y conmovidos tambien por la palabra *quirites* (ciudadanos), que César habia empleado al dirigirse á ellos en lugar de la voz militar *commilitones*; aquella palabra, que tan extrañamente resonaba en sus oídos, y que borraba, en un momento, todo su glorioso pasado guerrero, volvieron á caer en el irresistible encanto de la vida de las armas. Al pronto, se detuvieron mudos y balbucientes, pero inmediatamente y todos á una voz, imploraron su indulgencia, y «que les fuera permitido llamarse siempre soldados de César.» Su jefe se hizo rogar, hasta que por fin los perdonó, imponiendo, sin embargo, á los promovedores la pérdida de la tercera parte de las ventajas que les correspondian por el triunfo. La historia no registra otra tan admirable estratagema de un general, ni victoria moral más grande y completa.

*César en Africa. Combate de Ruspina. Situacion de César.*—La sedicion militar de los veteranos no dejó de tener funestas consecuencias, retardando considerablemente el comienzo de las operaciones para la campaña de Africa. Cuando César llegó á Lilybea, en donde debia embarcarse el ejército, las diez legiones designadas para la expedicion no estaban allí completas ni mucho ménos, y los mejores soldados tenian que hacer aún muy largas marchas. Apenas se encontraban reunidas seis legiones, de las cuales

cinco eran de nueva creacion, con los buques y los trasportes necesarios, y con ellos se hizo César á la mar (el 25 de Diciembre del 707, segun el Calendario antiguo; el 8 de Octubre próximamente, segun el Calendario Juliano). La escuadra enemiga, temiendo los temporales, á la sazón reinantes, del equinocio, se habia aproximado á la costa en la bahía de Cartago, debajo de la isla Egimur. Nada hizo ésta para impedir la travesía de César á la costa africana, pero los vientos se encargaron de ello, dispersando su escuadra, y cuando el general romano arribó á la costa, no lejos de Hadrumete (Susa), no pudo reunir en la playa más que 3.000 hombres, la mayor parte de ellos reclutas, y unos 150 caballos. La ciudad estaba perfectamente defendida, y en vano intentó apoderarse de ella; pero más afortunado despues, logró hacerse dueño de otras dos ciudades, poco separadas la una de la otra, Ruspina (Sahalil, cerca de Susa) y Leptis la Pequeña. Atrincheróse allí sin dilacion; mas considerándose poco seguro, mandó embarcar su pequeña caballería en los buques, bien provistos de agua y aparejados para hacerse á la vela; queria, en efecto, poder reembarcarse á cualquier hora en el caso en que el enemigo viniera á atacarle con fuerzas superiores. No tuvo necesidad de hacerlo, pues sus barcos dispersados por la borrasca llegaron á tiempo (3 de Enero de 708). Faltóle desde luego el trigo á consecuencia de las disposiciones tomadas por los pompeyanos, y para proveerse de él, se dirigió con tres legiones al interior del país, siendo atacado en medio del camino y no lejos de Ruspina por las tropas de Labieno, que habia acudido á impedir el desembarco. Éste no llevaba más que caballería y arqueros, y César casi no tenia otras tropas que infantería regular. Sus legio-

narios se vieron de repente envueltos en una nube de flechas, de las que no se podían defender, siéndoles imposible alcanzar al enemigo, hasta que al fin, desplegándose, pudieron salvar sus flancos, y una audaz acometida salvó también el honor de sus armas. Sin embargo, tuvieron necesidad de batirse en retirada, y si no hubieran tenido muy cerca á Ruspina, el dardo de los Mauritanos quizá habría cumplido en este campo de batalla la misma obra desastrosa que cumplió en otro tiempo el arco de los Partos delante de Carras. Aquella jornada había hecho ver á César todas las dificultades de la actual campaña; no quiso exponer más á tales combates á los legionarios bisoños, que se acobardaban en presencia de esta táctica inusitada, y esperó á sus legiones veteranas, ocupándose, mientras tanto, en restablecer de algun modo el equilibrio, comprometido por la superioridad notable de las armas arrojadas del enemigo. Reunió en su escuadra á todos aquellos que podía utilizar en la caballería ligera ó como arqueros, á los cuales agregó después á su ejército de tierra, y aunque fué escaso el partido que de ello sacó, obtuvo, no obstante, un gran resultado en los hábiles manejos que practicó para sublevar contra Juba las hordas nómadas de los Gétulos, que ocupaban las pendientes meridionales del Atlas, á la entrada del desierto de Sahara. Hasta ellos habían llegado los efectos de las luchas entre Mário y Sila: aborrecían el nombre de Pompeyo, que por entonces les había impuesto la soberanía de los reyes Numidas, y desde luego se mostraban favorables al heredero del héroe poderoso, cuyo recuerdo, desde las guerras de Yugurta, había quedado vivo en aquellas comarcas. Por otra parte, los reyes de la Mauritania, Bogud de Tingis y Bocco de Yol, enemigos naturales

de Juba, habían sido siempre aliados fieles de César. Y por último, recorría las fronteras de los reinos de Juba y Bocco, al frente de sus bandas, el último de los partidarios de Catilina, aquel Pucio Sitho de Nuceria, traficante italiano en otro tiempo, que quebró más tarde, y el cual, habiendo improvisado un día, como unos diez y ocho años atrás, una facción en la Mauritania, se conquistó, á favor de las revueltas de la Libia, un nombre y un ejército, uniéndose ahora con Bocco y cayendo ambos sobre el país nómida. Ocupaban éstos la importante plaza de Cirta, y cogiendo entre dos fuegos á Juba, atacándole á la vez por el Sur y por el Oeste los Gétulos y los Mauros, se vió obligado á mandar contra ellos una parte de su ejército. A pesar de esto, no estaba César seguro todavía; sus tropas se hallaban reunidas en un espacio de una milla cuadrada (tres leguas cuadradas). Si la escuadra podía proveer de trigo á los soldados, los caballos no tenían forraje, y se sufrían en el campamento las mismas privaciones que Pompeyo había sufrido delante de *Dyrrachium*. No obstante los esfuerzos de César, sus tropas ligeras eran muy inferiores á las del ejército pompeyano, y aun con sus mismos veteranos le era casi imposible tomar la ofensiva y penetrar en el interior del país, mientras que Escipion, unas veces se internaba, otras abandonaba las ciudades de la costa, preparando quizá una victoria parecida á la que alcanzó el Visir de Orodes contra Craso ó Juba contra Curion, ó proponiéndose, por lo ménos, prolongar la guerra. Al primer golpe de vista, todas las circunstancias aconsejaban que se siguiera este plan de campaña, y el mismo Caton, que era un buen estratégico, lo aconsejaba, ofreciéndose á pasar á Italia con un cuerpo de tropas escogidas, con el fin de

hacer un llamamiento á las armas á los republicanos; empresa que, en estos tiempos de agitacion y de revueltas, podia haber obtenido un buen resultado; pero Caton, aunque prudente y entendido, no tenia el *imperium*, y el general en jefe, Escipion, dispuso que se sostuviera la guerra en los países cercanos á la costa; resolucion funesta, puesto que se abandonaban de esta manera las ventajas que un tan seguro plan prometia, colocando la lucha en un terreno en donde se sentia una agitacion peligrosa, al mismo tiempo que el ejército comprometido contra César no se hallaba animado del mejor espíritu. La insoportable tiranía de los alistamientos militares hechos á la fuerza, las exacciones de víveres llevadas á cabo en todas partes, la destruccion de las pequeñas aldeas, y por encima de todo esto, la idea de que ligaban su suerte á una causa extranjera y ya perdida, habian suscitado en los indígenas un sentimiento de dolor contra aquellos republicanos romanos, venidos al Africa para librar sus últimos desesperados combates, y aquel sentimiento se habia trocado en un ódio terrible cuando se les vió emplear el terror contra ciudades simplemente sospechosas de indiferentismo. En cuanto pudieron hacerlo, se declararon por César las ciudades africanas, y los Gétulos y los Libios agregados á las legiones, ó que servian como auxiliares armados á la ligera, desertaron casi todos de las filas; pero no por esto desistió Escipion de su primitivo plan, antes al contrario, persistió en él con una obstinacion propia de la falta de inteligencia. Habiendo salido de Utica con todas sus tropas, se dirigió contra las ciudades de Ruspina y de la Pequeña Leptis, ocupadas por César; dejó considerables guarniciones al Norte, en Hadrumete, y al Sur, en Thapsus (sobre el cabo Ras-ed-Di-

mas), y reunido con Juba, que acudió con todas las tropas de que pudo disponer, despues de haber cubierto sus fronteras, presentó varias veces la batalla al enemigo; pero César había tomado el partido de esperar á sus veteranas legiones, y cuando éstas, que fueron desembarcando las unas despues de las otras, se presentaron en el campo de batalla, Escipion y Juba no estaban ya dispuestos á entrar en combate, no pudiendo César obligarles á que lo aceptaran por tener muy escasa caballería ligera. Cerca de dos meses se pasaron en marchas y contramarchas, y en pequeñas escaramuzas en las cercanías de Ruspina y de Thapsus, peleándose sólo para descubrir algun *silo* (granero subterráneo oculto, costumbre del país), ó para establecer alguna avanzada. La caballería ligera del enemigo obligaba á César á mantenerse en las alturas y á cubrir sus flancos de líneas de trincheras; á la larga, y en estos combates penosos y sin resultado, sus soldados bisoños se habían acostumbrado á la táctica de sus enemigos. En este nuevo capitán-instructor, prudente y solícito, que con su persona daba ejemplo á los soldados, nadie, amigo ó adversario, hubiera reconocido al impetuoso general de las campañas pasadas; sin embargo, estas prudentes contemporizaciones, como su impetuosidad de otras veces, revelaban al admirable jefe, siempre igual á sí mismo.

*Batalla de Thapsus.*— Cuando se le reunieron estos últimos refuerzos, se dirigió contra *Thapsus* por una marcha de flanco. Hemos visto que Escipion había dejado allí una fuerte guarnición: primera y enorme falta, que facilitaba al adversario un cómodo punto de ataque. No tardó en cometer una segunda no menos desastrosa, acudiendo en socorro de la plaza, viniendo á presentar á César la batalla tanto tiempo

deseada y tan prudentemente rechazada, sobre un terreno en que la infantería legionaria iba á recobrar su decisiva ventaja. En efecto, un dia se vió á los ejércitos de Escipion y de Juba desplegarse á lo largo de la costa, en frente del campamento de César, dispuestas las dos primeras líneas á entrar en combate, y ocupada la tercera en plantar las tiendas; al mismo tiempo que la guarnicion de Thapsus preparaba una salida que podia ser rechazada por la sola guardia de las trincheras de César. En cuanto á los legionarios, nada se escapaba á su gran penetracion: al punto echaron de ver la poca fijeza de los movimientos del enemigo, y la mala disposicion de sus divisiones; y cuando éste se hallaba todavía ocupado con los trabajos de las trincheras, obligaron á su corneta á dar la señal de ataque sin esperar la orden de su jefe, y se precipitaron sobre toda la línea enemiga, corriendo César al frente, cuando vió el arranque de sus tropas. El ala derecha que iba delante de los otros cuerpos espantó á los elefantes de Juba con una nube de piedras y de dardos, y estos terribles animales se volvieron hácia su propio ejército (esta fué la última batalla importante en que fueron empleados los elefantes). Las cohortes situadas á la vanguardia del ejército pompeyano quedaron destrozadas, su ala izquierda se dispersó, y toda su línea fué desordenada y desbandada, convirtiéndose la derrota en un inmenso desastre, tanto mayor cuanto que aún no habian terminado su nuevo campamento los vencidos y estaba demasiado lejos el antiguo. César los fué capturando casi sin resistencia. El grueso del ejército derrotado arrojó las armas y pidió cuartel; pero los soldados de César no eran ya aquellos que en otro tiempo, en los alrededores de Ilerda, se habian negado á

entrar en batalla antes del momento oportuno, ni aquellos otros que en Farsalia trataron con gran consideracion á un enemigo sin defensa. La inveterada costumbre de las guerras civiles, los mal reprimidos odios y la reciente insurreccion engendraron en Thapsus terribles consecuencias. Si la hidra contra la cual peleaban los cesarianos se levantaba cada dia con nuevas fuerzas; si el ejército de César habia tenido que trasladarse precipitadamente de Italia á España, de España á Macedonia, y de Macedonia al Africa; si la tan apetecida paz nunca llegaba, culpa era todo esto, en sentir de los soldados, y no dejaban de tener razon, de la intempestiva indulgencia del general. El soldado se habia propuesto enmendar el error de su jefe, y se mostró sordo á las súplicas de sus conciudadanos desarmados, y á las órdenes de César y sus capitanes. Cincuenta mil cadáveres yacian en los campos de *Thapsus*, y entre ellos gran número de oficiales de César, á quienes sus mismos soldados habian dado muerte por ser encubiertos enemigos de la nueva Monarquía, comprando á este precio su reposo los partidarios del monarca. El ejército vencedor no tuvo más que cincuenta muertos.

*Caton en Utica. Su muerte.*—Despues del desastre de *Thapsus*, la guerra de Africa habia terminado, como año y medio antes terminó la guerra en Oriente con la batalla de Farsalia. Caton, en su cualidad de comandante de Utica, convocó allí el Senado y expuso los medios de defensa con que contaban, dejando á la Asamblea el derecho de decidir si convenia rendirse, ó si preferian pelear mientras uno solo de ellos alentara, y aconsejando á sus amigos que votaran y obraran no cada uno por sí, sino todos por cada uno. Muchos se inclinaban á tomar una resolucion extre-

ma, y se propuso decretar la manumision de todos los esclavos; pero viendo en ello Caton un atentado ilegal á la propiedad privada, se propuso hacer un llamamiento al patriotismo de los dueños: tal acto de desinterés no era, sin embargo, del agrado de los grandes traficantes de Africa, que estaban en mayoría en el Senado, y se resolvió capitular. A la sazón entraron en la ciudad *Fausto Sila*, hijo del dictador, y *Lúcio Afranio*, los cuales llevaban una gruesa division de caballería de los campos de *Thapsus*. Caton se decidió entonces á hacer una nueva tentativa; mas como ellos quisieran, para poder mantene se dentro de la plaza, comenzar por un degüello de todos los habitantes inútiles para la defensa, se opuso resueltamente á ello, prefiriendo dejar caer, sin riesgo, en poder de la Monarquía el último asilo de los republicanos á deshorrar con una sangrienta hecatombe los últimos momentos de la República. En parte por el ascendiente de su autoridad, en parte tambien por el sacrificio generoso que habia hecho de su fortuna personal, contuvo el furor de una soldadesca ya desenfrenada contra los desdichados habitantes de Utica, facilitando los medios de evasion á los que no quisieran ó no pudieran someterse á la clemencia de César, y procurando para los que se quedasen en la ciudad, una capitulacion lo ménos desastrosa que fué posible: y cuando se hubo cerciorado de que ya no podia ser útil, se retiró á su dormitorio y se atravesó el pecho con su espada.

*Muertes de otros jefes republicanos.*—De los demás jefes pocos fueron los que escaparon. Los soldados de caballería que abandonaron el campo de batalla cayeron en poder de las tropas de Sittio que les dieron muerte ó los hicieron prisioneros: Afranio y

fueron presentados á César; y como éste no mandaba su ejecucion inmediata, los veteranos se insurreccionaron y los descuartizaron. El mismo Metelo Escipion, general en jefe, cayó con la escuadra del partido derrotado en poder de los cruceros de Sittio, y Fausto Sila se atravesó con su espada en el momento en que iban á cogerle; Juba, á quien estos acontecimientos no habian cogido desprevenido, se propuso morir, en llegando el caso, como rey; y al efecto hizo levantar en la plaza de su ciudad de Zama una inmensa hoguera, que habia de consumirle á él, sus tesoros, y á todos los habitantes, pero estos no quisieron honrar con su muerte los funerales del Sardanápalo africano, y cuando, escapando de la matanza, se presentó delante de la ciudad en compañía de Marco Petreyo, encontró cerradas las puertas. Estas naturalezas depravadas por el exceso de los goces sensuales y por el orgullo, necesitan, áun en la misma hora de la muerte, fiestas y orgías. Juba se retiró con su compañero á una de sus posesiones de recreo, hizo que le sirvieran un espléndido banquete, y para terminar provocó á un duelo á Petreyo, muriendo el vencedor de Catilina á manos del rey númera, el cual á su vez se hizo matar por un esclavo.

Algunos personajes notables del partido pompeyano habian, no obstante, escapado con vida. Labieno y Sexto Pompeyo se unieron en España á Cayo, hermano mayor de este último, y como en otro tiempo habia hecho Sertorio, iban á buscar en los mares y en las montañas de la Península, la mitad sometida y la otra mitad todavía independiente, el supremo asilo ofrecido á la piratería y al latrocinio.

*Arreglo del Africa.*—Entre tanto, sin encontrar ya resistencia alguna, ponía César en órden todos los

asuntos de Africa; y, como Curion habia propuesto poco antes, dejó de existir el reino de Masinisa, agregándose la region del Este, ó país de Sitif, al reino de la Mauritania Oriental, que era gobernado por Bocco, y Bogud, fiel rey de Tingis, recibió tambien extensos territorios, que ensancharon sus Estados. Cirta (Constantina) y el país circunvecino, ocupados antes, bajo la soberanía de Juba, por un príncipe llamado Masinisa, y por su hijo *Arabion*, fueron dados al condotierí Publio Sittio, que debia establecerse allí con sus bandas medio romanas (1). Al propio tiempo, este distrito con la más grande y más fértil parte del antiguo reino nómada, fué unido con el nombre de *Nueva Africa (Africa Nova)* á la antigua provincia africana. La defensa del litoral contra las hordas nómadas del desierto, la cual habia confiado antes Roma á un rey amigo, fué encargada ahora al nuevo monarca, siendo á cargo del imperio los gastos que ocasionara.

*Victoria de la Monarquía. Fin de la República.*

—De esta suerte, la lucha entre Pompeyo y los republicanos una parte, y César por otra, terminó despues de cuatro años por la completa victoria del dictador. Y no es, por cierto, que la Monarquía haya sido fundada en los campos de Farsalia y de Thapsus; pues existia desde el momento en que Pompeyo y César coaligados establecieron su comun supremacia

---

(1) Las inscripciones locales dan numerosas señales de esta colonizacion. Frecuentemente se lee en estas inscripciones el nombre de *Sittios*; y en la pequeña localidad de *Milev*, que es de época romana, se encuentra la denominacion de *Colonia sarnensis* (Renier, *Inscript.* 1.254, 2.323, 2.324), derivada evidentemente del nombre del Dios del *Sarnus*, rio de Nuceria, patria de Sittio (Sueton *Rhetor.* 4.)

y trasformaron por completo la antigua constitucion aristocrática; pero las jornadas sangrientas del 9 de Agosto de 706 y del 6 de Abril del 708 habian puesto fin á este gobierno dual, contrario á la esencia misma de la monarquía, y el nuevo monarca fundaba en ellas la consagracion y reconocimiento de su poder. Todavía se han de ver surgir insurrecciones de pretendientes ó conjuraciones republicanas promoviendo nuevos disturbios; veráse volver quizá la revolucion y áun la reaccion misma; pero no volverá jamás la antigua y libre república como ha existido durante quinientos años: en toda la extension del imperio romano se asentaba ya la Monarquía sobre la *legitimidad del hecho consumado*. Ha terminado la lucha para la constitucion de Roma, y su fin habia sido proclamado por Marco Caton, cuando en Utica sé atravesó con su espada. Siendo desde hacia muchos años el primero en el combate entre todos los defensores de la República legal, perseveró en su propósito hasta el instante mismo en que ya no quedaba esperanza alguna de triunfo. En esta ocasion ya no era posible luchar: la República fundada por Marco Bruto habia muerto, y no se abrigaba ninguna esperanza de restablecerla: ¿qué restaba que hacer á los republicanos? Habiéndoles arrebatado su tesoro los hombres que lo custodiaban, no tenian ya ninguna mision que cumplir, y no se les puede echar en cara que volviesen á sus hogares. En la muerte de Caton hubo mayor nobleza y más alta inteligencia que en todos los demás actos de su vida. Caton no era un grande hombre; pero por miope, por malaventurado, por enojoso é inútil que fuera este personaje, con todo el énfasis de sus huecas frases, que hicieron de él en su siglo y en todos los tiempos el tipo ideal del republica-

nismo vacío de sentido, y el héroe favorito de los que especulan con la palabra república, todavía era el único que representaba digna y valerosamente el sistema caído en la hora de la agonía. Y como ante la sincera verdad no puede prevalecer la más hábil mentira; como en la naturaleza humana todo lo grande y todo lo bello consiste, no en la prudencia, sino en el honor, fuerza es afirmar que Caton ha cumplido en la historia una misión más grande y más noble que gran número de personajes infinitamente superiores á él por las dotes de su inteligencia. Convengo en que Caton era un loco; pero su locura realza el sentido profundo y trágico de su muerte. Porque es loco, es precisamente por lo que don Quijote es una figura trágica. ¡Qué extraña peripecia! En este teatro del mundo antiguo, en donde tantos sábios y tantos grandes hombres figuraron y obraron, faltaba que un maniático viniese á decir el epílogo. Caton no había muerto en vano: como una protesta elocuente y terrible de la República contra la Monarquía, el último republicano desaparecía de la escena cuando se presentaba el nuevo rey, y ante aquella protesta se desgarraban como telas de araña todas las pretendidas instituciones moderadas de que César había rodeado su trono, y se descubría la hipócrita mentira de aquel *schibolet* de la reconciliación de los partidos, de aquella pretendida égida protectora de la soberanía cesariana. La cruel guerra que el espectro de la República legítima ha sostenido contra la Monarquía imperial desde Casio y Bruto hasta *Thraseas* y *Tácito*, y más lejos todavía, la guerra de los complots y de las bellas letras, no fueron otra cosa que el legado que Caton dejó al morir á su enemigo. De Caton tomarán los republicanos de oposición su

actitud de gentes de esclarecido linaje, su retórica hinchada, su austeridad ambiciosa y sus opiniones sin esperanza fielmente sostenidas hasta la muerte. Apenas murió, cuando aquellos mismos que le habían considerado frecuentemente en vida como un juguete y que lo desdeñaban, le trasfiguraron en santo y como á tal le honraron, siendo el más grande de los homenajes que recibió el que le tributó involuntariamente César; puesto que, mientras para los demás pompeyanos y republicanos, no tenía el dictador sino una desdeñosa indulgencia, exceptuó á Caton, al cual persiguió hasta la tumba con aquel profundo rencor que sienten de ordinario los políticos de acción contra sus adversarios en el terreno de la idea, adversarios que son tan peligrosos como imposible es el alcanzarlos.

## CAPÍTULO XI.

LA ANTIGUA REPÚBLICA Y LA NUEVA MONARQUÍA.—Carácter de César.—El hombre de Estado.—Son rechazados los antiguos partidos.—Descontento de los demócratas.—Celio y Milon. Dolabela.—Medidas contra los republicanos y los pompeyanos.—Amnistía.—Actitud de César frente á los partidos.—Su obra.—La nueva Monarquía. Su título.—César Imperator.—Restablecimiento de la Monarquía.—La nueva corte y la nueva nobleza.—Legislacion. Ordenanzas. El Senado convertido en Consejo de Estado monárquico.—Gobierno personal de César. Gobierno personal en materia de hacienda.—Las provincias.—La Metrópoli.—La Iglesia del Estado.—Jurisdiccion real.—Sostenimiento de las antiguas jurisdicciones.—Apelacion al monarca.—Decadencia del ejército. Reorganizacion por César.—Mercenarios extranjeros.—Lugartenientes de legion.—El nuevo general en jefe.—Plan militar de César. Defensa de las fronteras.—Propónese César otra cosa que crear un Estado militar.—Reformas financieras de César.—Supresion del arrendamiento de los impuestos directos.—Reforma de la annona.—Presupuesto de ingresos.—Idem de gastos.—Situacion económica.—La capital.—El populacho. Conducta de la oligarquía respecto de sí misma. Anarquía y desórden material.—Plan y trabajos de César en Roma.—El proletariado combatido y disminuido.—Reformas de los clubs.—Policía de las calles.—La construccion en Roma.—Italia.—Economía rural. Economía de los capitales.—Males sociales.—Pomponio Atico.—Los pobres.—Lujo de los ricos. Lujo en la mesa.—El exceso de deudas.—Desórden de las costumbres. Las amistades. Las mujeres.—La poblacion de Italia.—Italia bajo la oligarquía.—Reformas de César.—Medidas contra la emigracion.—Medidas en interés de la familia.—Leyes sumptuarias.—La crisis de las deudas.—Nuevo reglamento para las quiebras.—Leyes contra la usura.—Fomento de la agricultura.—Distribucion de tierras.—Renovacion del sistema municipal.—Las provincias.—Su administracion por la oligarquía.—Los capitalistas en las provincias. Guerras y latrocinios.—Resúmen de la situacion.—César y las provincias.—Magistrados de César.—Reglamentacion de los impuestos.—Reaccion contra el sistema capitalista.—Principio del imperio italo-helénico.—Las nacionalidades predominantes.—Los Judíos.—Su oposicion al imperio.—El helenismo.—La latinizacion en la Gália Cisalpina.—La Narbonense.—La

Gália septentrional. — España. — Cartago. — Corinto. El Oriente. — El sistema de las ciudades itálicas ampliado á las provincias. — Igualdad progresiva de las provincias y del derecho itálico. — Organización del imperio. — El censo imperial. — La religión del imperio. — La legislación imperial. El nuevo derecho civil ó el edicto. — Proyectos de codificación. — Pesas y medidas: monedas. — La pieza de oro es la moneda normal. — Reforma del calendario. — Resumen de la obra de César.

*Carácter de César.* — Tenía apenas cincuenta y seis años el nuevo señor de Roma, Cayo Julio César (nació el 12 de Julio del 652), el primero de los soberanos á quienes rindió vasallaje el antiguo mundo greco-romano, cuando la victoria de Thapso, último de sus grandes hechos de armas, puso en sus manos el cetro y los destinos del mundo. ¡Pocos hombres han logrado ver sometida á tan gran prueba su actividad! ¿Pero no fué por ventura Julio César el único génio creador que ha dado Roma, y el último que la antigüedad ha producido? Descendiente de una de las más antiguas y nobles familias del Lacio, cuya genealogía se remontaba á los héroes de la Iliada y á los reyes romanos y alcanzaba á Vénus-Afroditá, diosa comun á las dos naciones, había llevado en su infancia y adolescencia la vida propia de los jóvenes nobles de su tiempo. Tipo acabado del hombre á la moda, recitaba y declamaba, era literato y componía versos cuando se hallaba descansando en su cama, era experto en todo linage de asuntos amorosos, conocia los más nimios detalles del tocador, cuidando con esmero de sus cabellos, de su barba y de su traje, y tenia, sobre todo, gran habilidad en el arte misterioso de levantar diarios empréstitos, y de no pagar nunca. Pero su naturaleza, de flexible acero, pudo

resistir á esta vida disipada y licenciosa, conservando intactos el vigor del cuerpo y el expansivo fuego de su corazon y de su espíritu. En la esgrima, ó en montar á caballo, no habia ninguno de sus soldados que se le igualase: en cierta ocasion, hallándose delante de Alejandría, salvó su vida nadando sobre las encrespadas olas. Cuandó estaba en campaña, hacia casi siempre las marchas durante la noche con objeto de ganar tiempo, contrastando su increíble rapidez con la majestuosa lentitud de los movimientos de Pompeyo, y á esa misma rapidez, que maravillaba á sus contemporáneos, debió Julio César buena parte de sus victorias. Sus cualidades de alma corrian parejas con las condiciones de su cuerpo: en sus órdenes, siempre seguras y de fácil ejecucion, áun cuando fueran dadas lejos del campo de operaciones, se reflejaba su admirable golpe de vista. Su memoria era incomparable: con frecuencia se ocupaba á la vez en muchos asuntos, sin embarazo y sin tropiezo alguno. Sin embargo de ser hombre del gran mundo, hombre de génio y árbitro de los destinos de Roma, tuvo abierto su corazon á tiernos sentimientos. Durante toda su vida rindió un culto de cariño y veneracion á su digna madre *Aurelia* (1), (César siendo muy jóven habia perdido á su padre). Fué en extremo complaciente con sus hermanas, y muy particularmente con su hija *Julia* (2), complacencia que no dejó de influir en

---

(1) *Aurelia*, de la familia de los *A. Cotta*, hermana ó cercana parienta de los tres *Cottas* contemporáneos de César, era una dama distinguida. Habia puesto sumo cuidado en la educacion de su hijo (*Tácito, de Orat.* 28). Aún vivia en tiempo de la guerra de las *Gálias*.

(2) *Julia*, mujer de *Pompeyo*, la cual nació en el año 671.

los asuntos políticos. Con los hombres más inteligentes y de más carácter de su tiempo, fuesen de alta ó de humilde condicion, habia anudado las mejores relaciones de una recíproca amistad, tratando á cada uno segun su carácter; y lejos de caer en la pusilánime indiferencia de Pompeyo para con sus amigos, jamás abandonó á sus partidarios, los cuales, sostenidos por él sin ningun cálculo egoísta, así en la próspera como en la adversa suerte, muchos, entre ellos *Aulo Hircio* y *Cayo Macio*, le dieron aun despues de su muerte, noble testimonio de su adhesion. El único rasgo predominante y característico de esta maravillosa organizacion, cuyas cualidades estaban perfectamente equilibradas, era el desvio que mostraba hácia todo lo ideológico y fantástico. César era apasionado: sin pasion no hay génio; pero en él la pasion no tuvo una gran fuerza. Habia sido jóven: el canto, los placeres de Baco y de Venus habian tenido una grande influencia en las facultades de su espíritu; jamás, sin embargo, se entregó por entero á estas pasiones. La literatura fué para él una ocupacion seria y duradera; pero así como el Aquiles de Homero habia quitado el sueño á Alejandro, César consagró largas veladas al estudio de las desinencias de los sustantivos y de los verbos latinos. Escribia versos como todas las gentes de su tiempo, mas sus versos eran flojos; en cambio mostraba gran interés por las ciencias astronómicas y naturales. Alejandro, para alejar de sí los cuidados, se entregó á la bebida, y entregado á ella estuvo hasta el fin de sus dias: el sóbrio romano abandonó esta pasion cuando hubieron pasado los años de su fogosa juventud. Todos aquellos que en su adolescencia han sido afortunados en las lides amorosas, conservan siempre un imperece-

dero recuerdo de aquellos tiempos y como un reflejo de la brillante aureola con que se vieron un día coronados: tal aconteció á César; las aventuras y galanteos fueron achaque suyo aún en la edad madura; en su aire, conservaba una cierta fatuidad, ó mejor dicho, cierta satisfaccion de las ventajas exteriores de su varonil belleza. Cubria cuidadosamente su cabeza, calva muy á pesar suyo, con la corona de laurel, sin la cual no se presentaba jamás en público, y habria dado gustoso la mayor de sus victorias por recobrar la flotante cabellera que en su juventud le adornaba. Aunque se complacia en el trato con las mujeres, siendo ya el verdadero emperador de Roma, no las consideró sino como un mero pasatiempo, ni les dejó la más leve sombra de influencia. Se ha hablado mucho de sus amores con Cleópatra; pero es lo cierto que, si se entregó á ellos al principio, fué para ocultar el punto débil de la situacion del momento. Como hombre positivo y de claro entendimiento, se ve en sus concepciones y en sus actos la fuerte y penetrante influencia de un sóbrio pensamiento: su rasgo esencial era el no embriagarse nunca. De aquí que pudiera desplegar toda su energía en el momento oportuno, sin extraviarse en los recuerdos ni en las esperanzas; de aquí su fuerza de accion, reunida y desplegada cuando habia de ello verdadera necesidad; de aquí su génio, obrando en las menos ocasiones á favor del interés más pasajero; de aquí esa poderosa facultad de abrazar y dominar todo lo que la inteligencia concibe y todo lo que la voluntad quiere; esa fácil seguridad, así en la disposicion de los períodos, como en la de un plan de batalla; esa maravillosa serenidad que no le abandonó nunca, ni en sus buenos ni en sus malos tiem-

pos; de aquí, por último, esa completa independencia, que no se dejó jamás arrebatarse ni por un favorito, ni por una dama, ni por un amigo. Esta misma perspicacia de su espíritu no le permitía hacerse ilusiones sobre la fuerza del destino y el poder del hombre: á su presencia se había levantado el velo bienhechor que nos oculta la debilidad de nuestro esfuerzo en la tierra. Por sábios que fueran sus planes, aunque hubiese previsto todas las eventualidades de una empresa, comprendía que el éxito de todas las cosas depende en gran manera del azar, y con frecuencia se le vió comprometerse en las más arriesgadas empresas, y exponer su propia persona á los peligros con la más temeraria indiferencia. Es, pues, muy cierto que los hombres de un entendimiento superior se entregan voluntariamente á los azares de la suerte; y no ha de maravillarnos, por lo tanto, que el racionalismo de César llegase á parar en un cierto misticismo.

*El hombre de Estado.*—Dè tal organizacion habia de salir necesariamente un hombre de Estado, y César lo fué, en toda la acepcion de la palabra, desde su juventud. El fin que se propuso fué el más alto que se puede proponer hombre alguno: levantar en el orden político, militar, intelectual y moral á su nacion del decaimiento á que habia llegado, y levantar asimismo á la nacionalidad helénica, esta hermana estrechamente ligada á su patria, y que se hallaba aún más postrada que ella. Despues de treinta años de experiencia, cuyas severas lecciones no podrían ser estériles para un hombre como César, modificó sus opiniones sobre el camino que debia seguir y los medios de que se habia de valer, proponiéndose el mismo fin en los dias de infortunio,

cuando no abrigaba ninguna esperanza en el porvenir, que en la época de su omnipotencia; en los días en que, demagogo y conspirador, penetraba en un sombrío laberinto, que en aquellos en que, compartiendo con otro el poder soberano ó siendo absoluto señor de Roma, trabajaba en su obra á la luz del día y á la faz del mundo. Todas las medidas que él habia tomado en diversas ocasiones iban encaminadas á la realizacion de los vastos planes que se habia propuesto. Parece, en verdad, que no pueden citarse hechos aislados por él llevados á cabo, porque ninguno ha realizado. Con justicia se alabará en él al orador de enérgica palabra, que desdeñaba los artificios retóricos, y persuadía y arrebatava al auditorio con su vivo y claro ingenio. Con justicia se admirará en él al escritor que se distingue por la inimitable sencillez de su composicion, por la singular pureza y belleza del lenguaje. Con justicia los hombres entendidos en el arte de la guerra en todos los siglos han considerado á César como un gran general. Nadie mejor que él, abandonando los procedimientos tradicionales y rutinarios, ha sabido inventar la estrategia que en el momento oportuno conduce á la victoria, á la que desde entonces es la verdadera victoria. ¿No ha inventado para cada fin los buenos medios, dotado de una seguridad que casi parecia adivinacion? ¿No estaba siempre, áun despues de una derrota, dispuesto á resistir, á combatir de nuevo, y, como Guillermo de Orange, á no terminar la campaña sin haber derrotado al enemigo? El secreto principal de la ciencia de la guerra, aquel por donde se distingue el génio del gran capitan del talento vulgar del oficial, el rápido impulso comunicado á las grandes masas, lo ha poseido César, y lo ha utiliza-

do con una perfeccion admirable: nadie le ha sobrepujado en esta cualidad: él ha sabido encontrar el éxito de las batallas, no en la superioridad de sus fuerzas, sino en la rapidez de sus movimientos; no en los lentos preparativos, sino en la accion rápida y áun temeraria cuando conocia la insuficiencia de sus recursos.

Pero todas estas no eran más que cualidades secundarias: llegó á ser un gran orador, un gran escritor y un insigne general, porque era un eminente hombre de Estado. El carácter militar es en Julio César de muy secundaria importancia: uno de los rasgos que más le distinguen de Alejandro, de Annibal y de Napoleon, es el haber empezado su carrera política en la demagogia y no en el ejército. Al principio habia esperado llegar á la realizacion de sus proyectos, como Pericles y como Cayo Graco, sin tener necesidad de hacer uso de las armas: habiendo estado diez y ocho años á la cabeza del partido popular, no habia abandonado nunca los tortuosos senderos de las cábalas políticas, hasta que, habiéndose convencido, no sin pena, á la edad de cuarenta años, de la necesidad de apoyarse en los soldados, tomó, por fin, el mando de un ejército. Y aun despues de esto, continuó siendo un hombre de Estado antes que general distinguido; de la misma manera *Cromwell*, jefe al principio de un partido de oposicion, llegó á ser sucesivamente capitán y rey de la democracia inglesa, pudiendo decirse, si es que puede haber comparacion entre el rudo héroe puritano y el atildado romano, que aquel es entre todos los grandes hombres de Estado el que más se asemeja á César, así por las vicisitudes de su carrera, como por el fin que se proponia.

Hasta en la manera de dirigir la guerra se veia en

César al general improvisado. Cuando Napoleón preparaba sus expediciones á Egipto y á Inglaterra, se manifestó en él el gran capitán formado en la escuela del oficial de artillería; en César se descubría el demagogo convertido en general en jefe. ¿Qué táctico de profesión, por razones puramente políticas y no siempre absolutamente imperiosas, habría despreciado, como lo hizo César con frecuencia, y sobre todo cuando desembarcó en Epiro, las prudentes enseñanzas de la ciencia militar? Bajo este punto de vista, más de una de sus empresas podían ser censuradas; pero lo que perjudique al general, enaltecerá al hombre de Estado. La misión de éste es universal por su naturaleza, y universal era el génio de César. Por múltiples y separadas en el tiempo que fueran sus empresas, todas se dirigían á un gran fin, al cual permaneció siempre fiel sin desviarse de él un punto; en el inmenso movimiento de una actividad que á todas partes se dirigía, jamás sacrificó un detalle á otro. Aunque era un consumado estratégico, hizo todo lo posible, obedeciendo á consideraciones políticas, para evitar que estallara la guerra civil, y cuando la consideró inevitable, puso de su parte para que no se ensangrentaran sus laureles. Aunque fundador de una monarquía militar, se opuso, con una energía sin ejemplo en la historia, á que se elevara una jerarquía de generales ó un régimen de pretorianos; y, en fin, como último y principal servicio á la sociedad civil, prefirió siempre las ciencias y las artes de la paz á la ciencia militar. Bajo su aspecto político, el carácter predominante es una perfecta y poderosa armonía. La armonía es, sin duda, la más difícil de todas las manifestaciones humanas; en la persona de Julio César todas las condiciones se reunían para producir-

la. Espíritu positivo y amante de la realidad, no se dejó jamás seducir por las imágenes del pasado ni por las supersticiones de la tradición; en los asuntos políticos, no atendía sino á la realidad presente, á la ley motivada en razon; de la misma suerte, en sus estudios gramaticales, rechazaba la erudicion histórica de la antigüedad, y no reconocia otra lengua que la usual, ni otras reglas que la uniformidad. Habia nacido soberano, y ejercia sobre los corazones el mismo imperio que el viento ejerce sobre las nubes, atrayendo á sí, de grado ó por fuerza, las más desemejantes naturalezas, al simple ciudadano y al rudo oficial, á las nobles damas de Roma y á las bellas princesas de Egipto y de Mauritania, al brillante jefe de caballería y al calculador banquero. Su génio organizador era maravilloso. Ningun hombre de Estado, por lo que respecta á sus alianzas, ni capitan alguno respecto de su ejército, tuvo que habérselas con elementos más insociables y desemejantes. César los supo amalgamar cuando hizo la conciliacion ú organizó sus legiones. Ningun soberano juzgó á sus instrumentos y medios de accion con tan penetrante mirada; nadie como él supo designar á cada uno su lugar. Él era el verdadero monarca, jamás quiso jugar al oficio de rey. Habiendo llegado á ser señor absoluto de Roma, guardó todas las apariencias de jefe de partido; en extremo dócil y complaciente, de trato sencillo y afable, estando por encima de todos, parecia no pretender otra cosa que ser el primero entre sus iguales. Evitaba el defecto en que incurren con tanta frecuencia los caudillos, el de llevar á la política el duro tono del mando militar, y aunque tuviese algun motivo de disgusto por alguna provocacion del Senado, no quiso nunca emplear la fuerza bruta ó hacer un *dies y*

*ocho brumario*. Era el verdadero monarca sin experimentar el vértigo de la tiranía. Quizá fué el único de los «poderosos ante el Señor» que en los asuntos más baladíes obedeció siempre á su deber de gobernante, sin guiarse jamás por sus afecciones y caprichos. Volviendo la vista á su pasado, pudo encontrar en él algunos falsos cálculos; pero no halló errores en que la pasión le hubiera hecho incurrir, y de los cuales tuviera que arrepentirse. Nada hay en su carrera que nos recuerde los excesos de la pasión sensual, la muerte de un *Clitus*, el incendio de Persépolis y aquellas poéticas tragedias que la historia une al nombre de su gran predecesor en Oriente (1). En fin, de todos los que han alcanzado el poder supremo, es quizá el único que hasta el término de su carrera haya conservado el sentido político de lo que era posible é imposible, y no haya fracasado en esta última prueba, la más difícil de todas para las naturalezas superiores, el reconocimiento del justo y natural límite en el punto culminante de los acontecimientos. Cuando una cosa era posible, la realizaba sin que jamás dejase de cumplir un bien por conseguir otro mayor que estaba fuera de su alcance; y cuando un mal se habia cumplido y era irreparable, no dejó nunca de poner los paliativos que lo atenuaran; pero una vez pronunciado el fallo del destino, siempre se sometió á él. Habiendo llegado Alejandro á *Hipanis*, se batió en retirada, y

---

(1) Se cita comunmente como un ejemplo de la tiranía de César su cuestion con Laberio y el famoso prólogo en que éste la cuenta; pero esto es desconocer de todo punto la ironía de la situación y la ironía del poeta, sin contar con que hay quizá allí interés en hacer del poeta un mártir, llevando voluntariamente, despues de todo, su tributo de homenaje.

otro tanto hizo Napoleon en Moscow, ambos contrariados é irritados contra la fortuna, que ponía un límite á la ambicion de sus favoritos. Sobre el Rhin y sobre el Támesis retrocede César voluntariamente, y cuando sus designios le llevan hasta el Danubio ó el Eufrates, no se propone la conquista del mundo, sino que busca una frontera segura y racional para el imperio.

Tal fué este hombre, cuyo retrato parece fácil de hacer, y del cual es en extremo difícil trazar el más ligero rasgo. Su naturaleza toda no es sino claridad y transparencia, y la tradicion nos ha conservado de él recuerdos más completos y más vivos que de los otros héroes de los antiguos anales. Júzguesele á fondo ó superficialmente, el juicio será siempre el mismo: ante todo hombre que lo estudie, su figura se presenta con sus mismos caractéres esenciales, y por lo tanto nadie ha sabido todavía reproducirla en su total realidad. El secreto consiste aquí en la perfeccion del modelo. Humana ó históricamente hablando, está colocado César en ese punto en donde vienen á confundirse los grandes caractéres contrarios. Inmenso poder creador é inteligencia infinitamente penetrante, no tiene los inconvenientes de la vejez ni adolece de los defectos de la juventud: todo voluntad y todo accion, su alma está llena del ideal republicano, al mismo tiempo que parece nacido para ser rey. Romano hasta el fondo de su espíritu, y llamado al mismo tiempo á conciliar en el interior y en el exterior las civilizaciones griega y romana, es César el grande hombre, el hombre completo. Tambien le faltan más que á ninguna otra figura importante en la historia esos rasgos que se dicen característicos, que no son en verdad sino las desviaciones del

desarrollo natural del ser humano. Si algun detalle nos parece en él individual al primer golpe de vista, desaparece cuando se le considera de cerca y se pierde en el tipo más vasto de la nacion y de su siglo. En sus aventuras de jóven, imitó á sus contemporáneos y á sus opulentos iguales: su natural, refractario á la poesía, pero enérgicamente lógico, es el natural del ciudadano romano. Como hombre, su verdadera manera de serlo fué sabiendo regular y medir admirablemente sus actos segun el tiempo y el lugar. El hombre, en efectó, no es un ser absoluto: vive y se mueve en conformidad con su nacion, con la ley de una civilizaci6n determinada. Sí, César es completo, porque supo, mejor que todos, colocarse en medio de la corriente de su siglo; y porque, mejor que todos, poseyó la actividad real y práctica del ciudadano romano, esa sólida virtud, que fué la propiedad de Roma. El helenismo no es en él otra cosa que la idea griega fundida y transformada á la larga en el seno de la nacionalidad itálica. Pero en esto es en lo que consiste la dificultad, y podria decirse, la imposibilidad de retratarlo.

El artista puede ensayar toda suerte de retratos, pero se detiene en presencia de la belleza absoluta; lo mismo acontece al historiador: es más prudente que guarde silencio, cuando una vez en mil años, se encuentra enfrente de un tipo acabado. La regla se puede expresar sin duda, pero no nos dá jamás sino una noci6n negativa, la de la ausencia de toda falta: nadie sabe traducir este gran secreto de la naturaleza, la alianza íntima de la ley general y de la individualidad en sus creaciones más acabadas. ¡Dichosos aquellos á quienes fuera dado contemplar de lleno la perfecci6n, y reconocerla al resplandor del rayo de

brillante luz que cubre las obras inmortales de los grandes hombres! Y, sin embargo, el tiempo ha marcado en ellas sus caracteres indelebles. El romano había observado la misma conducta que su joven y heróico predecesor en Grecia, ó mejor dicho, le había excedido; pero en el intervalo trascurrido entre la vida de uno y otro héroe, había el mundo envejecido y oscurecido su cielo. Los trabajos de César no son, como los de Alejandro, una entretenida conquista, avanzando en una extension sin límites: á él le fué forzoso construir sobre las ruinas y con las ruinas mismas: por vasta que fuera su empresa, era limitada, y tuvo necesidad de aceptarla, sosteniéndose en ella y ásegurándola lo mejor que pudo. La musa popular no se ha equivocado en el carácter de estos dos héroes, y, prescindiendo del positivo romano, ha adornado al hijo de Filipo de Macedonia con los más bellos colores de la poesía y con el arco iris de las leyendas. En su vida política, despues del trascurso de muchas centurias, se ven conducidas incesantemente las naciones á la línea que la mano de César les trazara. Si los pueblos que se comparten la posesion de la tierra dan su nombre á sus más altos monarcas, ¿no puede verse en esto una leccion tan profunda como humillante?

*Son rechazados los antiguos partidos.* — Suponiendo que Roma pudiera salvarse del abismo de sus incurables miserias y rejuvenecerse alguna vez, era preciso, ante todo, restablecer la tranquilidad en el país, y separar aquellos montones de escombros que cubrian el suelo despues de las últimas catástrofes. César emprendió esta obra sobre la base de la reconciliacion de los antiguos partidos, ó más bien, (pues no se puede hablar de paz cuando existen an-

tagonismos irreconciliables), hizo de manera que ambos, la nobleza y el partido popular, abandonasen el campo, donde habian librado reñidas batallas, para reunirlos á la sombra de una nueva constitucion monárquica: la primera necesidad era ahogar para siempre las discordias del pasado republicano. Mientras que por una parte ordenaba que se volviesen á levantar las estátuas de Sila, que la plebe romana habia destruido al tener noticia de la batalla de Farsalia, haciendo ver con esto que solo la historia tiene derecho á juzgar al hombre grande, por otra suspendia la ejecucion de las leyes de proscripcion del Dictador, algunas de las cuales estaban todavía en vigor; abria las puertas de la patria á los últimos desterrados de las revoluciones de Cina y de Sertorio, y reintegraba á los hijos de los proscritos de Sila en el derecho de ser elegidos para los cargos de la República, derecho que antes habian perdido. De igual manera restituyó en su silla senatorial ó en sus derechos de ciudadanía á los numerosos personajes, que, en tiempo de las anteriores crisis, habian sufrido la eliminacion del Censor, ó sucumbido bajo el peso de los procesos políticos, y sobre todo á las muchísimas personas que por acusaciones habian sido víctimas de las leyes de proscripcion del año 702. Los que sobornados por el oro fueron asesinos de los proscritos, quedaron, como era justo, con la nota de infamia, y Milon, el más desvergozado de los *condottieri* del partido senatorial, fué excluido de la general amnistia.

*Descontento de los demócratas. Celio y Milon. Dolabela.*—El arreglo de todas estas cuestiones se referia solo al pasado. Mucho más difícil era la direccion de los partidos, todavía enconados y enfrente

los unos de los otros. Por una parte, tenía César necesidad de los demócratas que le seguían; por otra, estaba la aristocracia arrojada del poder. Méenos aún que esta última, los demócratas podían acomodarse á la actitud de César, despues de la victoria que habían alcanzado, ni aceptar la órden que se les intimaba de abandonar las posiciones tomadas. César, en suma, quería lo que había deseado Cayo Graco; pero las miras de los cesarianos en nada se parecían á las de los partidarios de los hijos de Cornelia. Por una progresion siempre creciente, habia pasado el partido popular, de la reforma á la revolucion, de la revolucion á la anarquía y de la anarquía á la guerra contra la propiedad: solemnizaba los recuerdos del régimen del terror, y adornaban con flores y coronas la tumba de Catilina, como antes lo hacian con la de los Gracos. Alistándose bajo las banderas de César, habian esperado de él lo que Catilina no pudo darles: bien pronto se convencieron de que el ilustre romano pretendia otra cosa que ser el ejecutor testamentario del gran conspirador, y que á lo sumo procuraba que se diese á los deudores algunas facilidades y prórogas para el pago de sus deudas; entonces se hicieron oír amargas recriminaciones, y el partido popular decía: «¿A qué conduce nuestra victoria, si el resultado de ella no ha sido favorable al pueblo?» Esta muchedumbre, pequeños y grandes, que se habia prometido saturnales políticas y financieras, volvió despues los ojos hácia el partido de Pompeyo. Durante los dos años de la ausencia de César (desde Enero del 706 al otoño del 707), se agitaron y fomentaron en Italia una guerra civil dentro de otra guerra civil. El pretor Marco Celio Rufo, de noble alcurnia, mal pagador de sus deu-

das, hombre de talento por otra parte, y de bastante cultura, que habia sido hasta entonces uno de los más celosos campeones de César, fogoso y elocuente en el Senado y en el Forum, se habia atrevido un día á presentar al pueblo, sin el consentimiento de su jefe, una ley por la cual se daba á los deudores seis años de próroga sin interés para el pago de sus deudas; y como se le hiciese oposicion, habia propuesto que no se admitiesen en juicio las demandas de préstamo y de pago de alquileres corrientes de las casas; por lo cual el Senado cesariano le destituyó de su cargo. Sucedia esto cuando se libraba la batalla de Farsalia: parecia que la suerte favorecia á Pompeyo. Rufo, entonces, hizo alianza con Milon, el antiguo senador y antiguo cabecilla de las facciones, y ambos intentaron la contrarrevolucion, consiguando entre sus principios el sostenimiento de la forma republicana, la abolicion de las deudas y la libertad de los esclavos. Milon habia abandonado á Massalia, lugar de su destierro y llamado á las armas, en la region de *Thurium*, á los pompeyanos y á los esclavos pastores, mientras que Rufo, armando tambien á los esclavos, se disponia á tomar á Cápua: su proyecto fué descubierto antes de que llegara á ejecucion, delatándole los mismos capuanos. Dirigióse Quinto Pedio con una legion al territorio de *Thurium*, dispersando las partidas que allí merodeaban; y la muerte de los dos cabecillas puso término bien pronto á aquel escandaloso tumulto (706). Otro insensato, Publio Dolabela, tribuno de la plebe, cargado de deudas como Rufo y Milon, pero de menos inteligencia que ellos, se presentó al año siguiente (707) en escena, poniendo sobre el tapete la ley sobre las deudas y sobre los alquileres, con lo cual se encendió por última

vez la guerra social. Hizole frente su colega Lúcio Trebelio: de ambos lados chocan partidas armadas y pelean y promueven escándalos en las calles públicas, en ocasion en que Marco Antonio, pretor de Italia, vino con sus soldados á poner término á aquellas contiendas. Bien pronto, habiendo vuelto César de Oriente, sometió á aquella turba de insensatos. A esta nécia tentativa de renovar el drama de Catilina prestó tan poca importancia, que consintió que Dolabela permaneciese en Italia, y le perdonó al poco tiempo. Contra estos miserables, para quienes nada significa la cuestion política, y cuyo objetivo era la guerra á la propiedad, bastaba, como contra las hordas de malhechóres, que hubiese un gobierno activo y fuerte: César era demasiado grande, demasiado sábio, para preocuparse largo tiempo con los *comunistas* de Roma, terror y espanto de la gente pusilánime de toda Italia: al combatirlos, desdeñó el atractivo de una falsa popularidad para su monarquía.

*Medidas contra los republicanos y pompeyanos.*

—Pero si podia abandonar, y abandonaba sin temor, la moribunda democracia á su próxima y total descomposicion, necesitaba apoderarse de la antigua aristocracia, que era infinitamente más poderosa. Aun cuando reuniera contra ella todos los medios coercitivos y de combate, no lograria por eso darle el golpe de gracia, lo cual solo era obra del tiempo: preparábase, sin embargo, y se aceleraba el término fatal. Movidó, por otra parte, por un sentimiento natural de conveniencia, evitó César las vanas jactancias que irritan á los partidos caidos, y no quiso los honores del triunfo por las victorias alcanzadas (1) contra

---

(1) Aun despues de la victoria de Munda, de la cual da-

conciudadanos: frecuentemente hablaba de Pompeyo, y siempre con estimacion; y cuando restauró el Senado, al levantar la estatua de su rival, que el pueblo habia derribado, en el mismo sitio que estaba antes, limitó cuanto le fué posible las medidas de rigor político. Ninguna informacion se hizo con motivo de las múltiples inteligencias que los constitucionales habian tenido poco antes con los cesarianos, que solo lo eran de nombre. Arrojó al fuego, sin leer una línea, los montones de papeles encontrados en el cuartel general del enemigo en Farsalia y en Thapsus, y se evitó él, y evitó al país el odioso espectáculo de los procesos políticos formados contra los personajes sospechosos de traicion.

Despidió, en fin, libre é impunemente á los simples soldados pompeyanos, cuyo único delito era el haber seguido en la guerra á sus oficiales romanos ó de las provincias: solo exceptuó á los ciudadanos que se habian alistado en el ejército del rey de Numidia, á los cuales se les confiscaron sus bienes, pena con que se castigaba la traicion contra Roma. Aun á los mismos oficiales perdonó incondicionalmente, hasta el fin de la guerra de España en 705; pero habiéndole dado á conocer los acontecimientos que habia sido en extremo indulgente, creyó indispensable castigar á los jefes. A partir de esta fecha, decidió que cualquiera que despues de la capitulacion de Ilerda hubiera servido á título de oficial en las filas enemigas ó tomado asiento en el anti-Senado, habia incurrido, si sobrevivía á la guerra, en la pena de la pérdida de su fortuna y de sus derechos civiles, y si habia muerto, en

---

remos cuenta más adelante, sólo *triunfó* sobre los Lusitanos, que servían en gran número en el ejército de sus enemigos.

la de confiscacion de sus bienes en beneficio del Tesoro; y que, si uno de los amnistiados era cogido con las armas en la mano, fuese castigada su traicion con la pena capital. A pesar de este rigor desplegado en las leyes, apenas tuvieron ejecucion, y de los muchos relapsos que habia, fueron muy pocos los que sufrieron la última pena. En cuanto á los bienes confiscados á los pompeyanos muertos, fueron pagadas religiosamente las deudas que gravaban sobre las fincas, las dotes de las viudas les fueron entregadas, y César mandó tambien que se diese á los hijos una parte de la herencia de sus padres. Despues de esto, muchos de los condenados al destierro y á la confiscacion de bienes obtuvieron gracia del vencedor; otros, los ricos comerciantes de Africa, por ejemplo, que habian tomado asiento, obligados y contra su voluntad, en el Senado de Utica, se libraron del castigo mediante una multa. A los demás, sin excepcion puede decirse, les eran devueltos sus bienes y libertad á poco que implorasen el perdon de César; y más de uno, como el consular Marco Marcelo (cónsul en 703), obtuvieron el perdon sin haberlo solicitado. Para terminar, una amnistía general, en el año 710, abrió las puertas de Roma á todos los deportados.

*Amnistía.*—A pesar de haber aceptado la amnistía, no se reconcilió con César la oposicion republicana. Por doquiera se echaba de ver el descontento contra el nuevo orden de cosas; en todas partes se sentia un profundo ódio contra un emperador, al cual no podian acostumbrarse. Empero no era ya ocasion de resistir abiertamente. Livianas demostraciones eran, en efecto, las de algunos tribunos hostiles, que aspiraban á la corona del martirio, y que á propósito del titulo ofrecido al dictador, se enconaban

contra aquellos que le habian llamado rey. Pero el republicanismo vivia en los espíritus en estado de decidida oposicion con sus ardides y agitaciones secretas. Nadie se movia cuando el emperador se presentaba en público. Abundaban los carteles y pasquines llenos de mordaces y cáusticas sátiras contra la nueva Monarquía: si un comediante se permitia una alusion republicana era saludado con atronadores aplausos. El elogio de Caton era el tema obligado de los autores de folletos, y los escritos de éstos encontraban lectores tanto más benévolos, cuanto mayor era la licencia que se permitian. Todavía combatia César, en esta ocasion, á los republicanos con sus propias armas: á los panegíricos del héroe contestaban él y sus confidentes con escritos *anti-catonianos*, viéndose á los escritores de oposicion y cesarianos luchar sobre la memoria del ciudadano muerto en Utica, como en otro tiempo Griegos y Troyanos peleaban sobre el cadáver de Patroclo. Bien se comprende que en este combate, en que el partido republicano estaba juzgado, la victoria habia de ser de César. ¿Qué le tocaba hacer sino atemorizar á los literatos?

*Actitud de César frente á los partidos.*—Los más conocidos y temibles, Nigidio Figulo y Aulo Cecina, obtuvieron más difícilmente que los otros la facultad de regresar á Italia, y aquellos á quienes se toleró que permaneciesen en ella, estuvieron sometidos á una verdadera censura, tanto más cruel, cuanto la medida de la pena era puramente arbitraria (1). Ya dare-

(1) Vean nuestros lectores la carta á Cecina (*ad fam.*, 6, 7), y si tienen curiosidad de ello, podrán establecer la comparacion entre las trabas puestas á los escritores antiguos y las que sufren los de los tiempos modernos.

mos cuenta más ampliamente, y colocándonos en otro punto de vista, del movimiento y del encono de los antiguos partidos políticos contra el gobierno; bastándonos ahora con decir que en toda la extensión del imperio se levantaban á cada momento pretendientes é insurrecciones republicanas; que los focos de la guerra civil, alimentados unas veces por los pompeyanos y otras por los republicanos, la volvian á encender en diferentes lugares, y que en Roma habia una permanente conspiracion contra la vida del emperador. Despreciando César las conspiraciones, no quiso jamás rodearse de una guardia adicta á su persona, se contentaba las más de las veces con denunciarlas por un aviso público, cuando lograba descubrirlas. Pero por temerario ó indiferente que se mostrase en aquellas cosas que á su seguridad personal se referian, no podia disimular los terribles peligros con que muchedumbre de descontentos amenazaban, no tan sólo su propia vida, sino tambien su obra de reconstitucion social. Y si sordo á las advertencias y excitaciones de sus amigos, y no haciendo caso del odio irreconciliable de aquellos á quienes habia perdonado, persistia, con la energia de una admirable calma, en perdonar siempre á sus adversarios, cuyo número aumentaba diariamente, esto no era en él, ni la caballeresca magnanimidad de un alto carácter, ni la complacencia de una naturaleza débil. El hombre político habia calculado sábiamente que los partidos vencidos se absorben más pronto en el Estado y son ménos peligrosos, siguiendo con ellos una política de tolerancia, que si se trata de destruirlos por la proscripcion, ó de alejarlos por los destierros. Para realizar su gran designio, forzoso le era á César el recurrir al partido constitucional, que no

sólo contenía á la aristocracia, sino tambien á todos los elementos liberales y nacionales que habian sobrevivido entre los ciudadanos de Italia. Queriendo rejuvenecer un Estado viejo, tenia necesidad de todos los talentos, de todos los hombres que se distinguieran por su educacion, por el nombre de su familia y por la consideracion que hubieran alcanzado; y por esto, decia que, perdonar á sus adversarios, es el más bello floron de la victoria. Deshízose, por consiguiente, de los jefes más caracterizados, mientras que á los hombres de segunda y tercera fila y á todos los jóvenes concedia un absoluto perdon; pero no les permitió que se encerrasen en la reserva de una oposicion pasiva, y, de grado ó por fuerza, les hizo tomar parte en los asuntos del nuevo gobierno, no rehusándoles ni los honores ni las magistraturas.

Como sucedia á Enrique IV y á Guillermo de Orange, las grandes dificultades eran para él las del dia siguiente. Tal es la experiencia que se impone á todo revolucionario victorioso: si despues de su triunfo no quiere quedar como Cina y Sila, simple jefe de una fraccion; si, como César, Enrique IV y Guillermo de Orange, aspira, abandonando el programa necesariamente exclusivo de una opinion, á fundar su edificio sobre el interés comun de la sociedad, al punto todos los partidos, así el suyo como los vencidos, se unen contra el nuevo señor que pretende imponerse; y mientras más grande es su propósito y más puras sus intenciones, mayor es la saña con que le combaten. Los constitucionales y los pompeyanos tributaban á César fingido homenaje, y abrigando en su pecho implacable ira, maldecian la monarquía, ó por lo ménos, la dinastía nueva. Cuando, humillados y desacreditados, comprendieron los demócratas que

el fin de César no era el que ellos se proponían, se declararon en abierta rebelión contra él, y hasta sus mismos partidarios murmuraban al ver que creaba, no una dictadura, sino un gobierno monárquico exactamente igual á todas las otras monarquías, y que su parte de botín iba disminuyendo por la amnistia concedida á los vencidos. La organizacion cesariana disgustó á todos desde el momento en que fué dada para amigos y adversarios. La persona de César estaba ahora más en peligro que antes de haber alcanzado la victoria; pero lo que perdía él en popularidad, lo ganaba el nuevo régimen que habia dado al Estado. Aniquilando á los partidos, dispersando á sus hombres y atrayendo hácia sí á todos los personajes de talento y de ilustre cuna, á los cuales conferia los empleos públicos, sin tener en cuenta sus antecedentes políticos, utilizaba todas las fuerzas vivas del imperio para su grande obra de reconstitucion; todos los ciudadanos, cualquiera que fuese su color político, eran obligados á prestarle ayuda, conduciendo él la nacion por una suave pendiente, hasta colocarla en la situacion que habia preparado. Él sabia muy bien que á la sazón no se habia verificado sino superficialmente la fusion deseada; que los antiguos partidos estaban unidos, mucho ménos por su adhesion al nuevo orden de cosas que por sus ódios; sabia tambien, que una vez unidos, siquiera sea superficialmente, los antagonismos se debilitan, y que un gran político no hace, en este punto, otra cosa que adelantarse al tiempo. Solo éste puede extinguir estos rencores á medida que desaparece la generacion que los ha alimentado. Jamás intentó César buscar á los hombres que le odiaban ó meditaban asesinarle. Era el verdadero hombre de Estado, que se consagra al servicio de un

pueblo sin pretender ninguna recompensa, ni siquiera la de la estimacion pública; renunciaba á las alabanzas que pudieran tributarle sus contemporáneos con tal de alcanzar el veredicto de la historia, y solo queria ser el salvador y regenerador de la nacion romana.

*Su obra.*—Vamos ahora á dar detallada cuenta de este cambio de la antigua sociedad romana á un nuevo estado y constitucion, y consignemos ante todo que César venia, no á comenzar, sino á consumir la revolucion. El plan de la nueva ciudad, concebido por Cayo Graco, habia sido continuado con más ó ménos fortuna por sus partidarios y sucesores, que no se desviaron jamás un punto de la obra del ilustre tribuno.

Nacido para ser jefe de un partido popular, y siéndolo tambien por derecho de herencia, habia mantenido César muy alta su bandera durante treinta años, sin cambiar y sin ocultar jamás sus colores, y, despues de ser rey, continuó siendo demócrata. Al tomar posesion de la herencia de su partido, la aceptó toda entera, á excepcion, entiéndase bien, de los salvajes arrebatos de los Catilinas y de los Clodios; abrigó un profundo ódio á la causa de la aristocracia, á todos los verdaderos aristócratas, y conservó inmutable la divisa y el pensamiento de la democracia romana, cuyos principios fundamentales eran, mejorar la suerte de los deudores, colonizacion transmarítima, nivelacion insensible de las condiciones jurídicas de todas las clases en el Estado, y poder ejecutivo independiente de la supremacia del Senado.

Fundada sobre estas bases la Monarquía de César, lejos de ser contraria á los principios democráticos, es, sin duda, no tengo inconveniente en repetirlo, la

perfeccion y el término de la democracia, y no tiene nada de comun con el despotismo oriental ejercido en nombre del derecho divino; es la misma Monarquía que Cayo Graco quiso fundar, la misma que fundaron Pericles y Cromwel; es, por decirlo así, la nacion representada por su más alto y más absotuto mandatario. En esto no fué una novedad el primer pensamiento de la obra de César, pero sí lo fué la realizacion de este mismo pensamiento, que es lo esencial en definitiva; fuélo tambien la grandeza de la ejecucion, grandeza que habria sorprendido al admirable obrero, si él hubiera sido testigo de su obra; grandeza ante la cual se inclinan todos los que la han contemplado en su radiante esplendor ó en el espejo de los anales del mundo, cualesquiera que hayan sido la época y la escuela política á que pertenecieran. En presencia de las maravillas de la naturaleza y de la historia, una emocion profunda embarga á todos los hombres, á cada uno segun la medida de su inteligencia, y más profunda es cada dia la causada por la contemplación de este grande espectáculo, que será admirado mientras nos dé de él la historia un testimonio evidente.

Esta es la ocasion de que reivindicemos con energía el privilegio que el historiador se abroga débilmente; hoña es esta de protestar contra ese método, en uso entre escritores ligeros y pérfidos, que se sirven de la alabanza y del vituperio como de una frase de estilo usual y comun, y que en el caso presente, fuera de situaciones determinadas, se va volviendo contra César la sentencia pronunciada contra lo que se llama *cesarismo*. Cierta que la historia de los siglos pasados es la leccion de los tiempos presentes; pero conviene precaverse contra los comunes errores. Al registrar

los anales antiguos, ¿se puede, por ventura, encontrar en ellos los acontecimientos actuales? ¿Puede, acaso, el médico político recoger allí síntomas y específicos para su diagnóstico y su terapéutica del siglo presente? No. La historia no es instructiva sino en un sentido. Estudiando las civilizaciones de otras épocas, analiza las condiciones orgánicas de la civilización misma, muestra las fuerzas fundamentales semejantes en todas partes y su conjunto siempre diverso, y lejos de preconizar la imitación vacía de pensamiento, nos conduce é incita á obras nuevas é independientes. En este sentido, la historia de César y del *cesarismo* romano, por la grandeza, no superada, del génio organizador y por la necesidad misma de la obra, ha venido á ser una crítica de la aristocracia moderna, la crítica más amarga que puede escribir jamás historiador alguno. En virtud de esta misma ley de la naturaleza, que hace que el más débil organismo sea incommensurablemente superior á la más artística máquina, la Constitución política más imperfecta, desde el punto en que deja un poco de juego á la libre decisión de la mayoría de los ciudadanos, se hace también infinitamente superior al más humano y original absolutismo. La Constitución es susceptible de progreso, y por consiguiente vive: el absolutismo es *lo que es*; si progresa, muere. Esta ley natural se ha manifestado también en la monarquía absoluta de Roma: mientras estuvo bajo el primer impulso del génio que la había creado, y fuera de todo estrecho contacto con las naciones extranjeras, el nuevo régimen subsistió allí, más que en ningún otro Estado, en toda su pureza y en su primera autonomía. Pero, como se verá en los siguientes libros, y como Gibon ha demostrado hace tiempo, muerto César, el orga-

nismo del imperio no se mantuvo unido sino por la fuerza, y su engrandecimiento era puramente mecánico (permítaseme la frase), mientras que por dentro todo se descomponía y perecía. Y si al principio del régimen autocrático, y en el pensamiento del Dictador, sobre todo, podía formarse la ilusión y alimentarse la esperanza de que se armonizara el libre desenvolvimiento del pueblo con el poder absoluto, aún bajo el gobierno de los mejores emperadores de la casa Julia, no se pudo probar, sino muy tarde y difícilmente, si era posible, y hasta qué punto, juntar en un mismo vaso agua y fuego.

La obra de César era necesaria y saludable, no porque ella fuera bastante á desarrollar el bienestar nacional, sino porque en el seno del sistema antiguo, basado sobre la esclavitud totalmente incompatible con el principio de una representación constitucional republicana, en el seno de una ciudad que tenía sus leyes, con las cuales se había escudado durante quinientos años, y que habían caído en el vicio de un absolutismo oligárquico, la monarquía militar absoluta había llegado á ser la solución indispensable y lógica, y el menor de los males que podían sobrevenir. Llegará un día en que la aristocracia esclavista de Virginia y de la Carolina avance en este camino tanto como el patriciado romano de los tiempos de Sila, y entonces surgirá allí el cesarismo, una vez más legitimado por la historia (a).

---

(a) Este libro fué escrito en 1857. Entonces no se podía saber que, cercanos y terribles combates y la victoria más grande que puede registrar en sus páginas la historia de la humanidad, ahorraría bien pronto á los Estados Unidos esta nueva prueba, asegurándoles para el porvenir los goces de una completa libertad para siempre al abrigo de un cesarismo local, y haciéndolos únicos árbitros de sus destinos.

Inaugurándolo en otra parte y en opuestas condiciones sociales, no resultaría sino parodia y usurpacion. ¿Rehusará, por ventura, la historia tributar al verdadero César el honor que le es debido, porque su fallo, en vista de los falsos Césares, pudiera inducir á error á los ignorantes y proporcionar á los malvados una ocasion de falsedad y engaño? La historia es como la Biblia, que no puede admitir, sino para los insensatos, contrasentidos y citas ridículas; y sufre, por otra parte, las interpretaciones que le dan, dejando en su punto lo bueno y lo verdadero.

*La nueva monarquía. Su título.*—Sea de ello lo que quiera, la dignidad del nuevo jefe del Estado revestía por fuera una forma extraña. A su vuelta de España, en 705, habia sido César investido de la dictadura provisional; despues de la batalla de Farsalia, y á partir del otoño del 706, habia recobrado aquella dignidad por tiempo indeterminado; despues de la batalla de Thapsus, le fué concedida como cargo anual, y por diez años, desde el 1.º de Enero de 709; por último, en 710 fué nombrado dictador perpétuo (1). Además, en 708, se le vé investido de la censura por tres años con el nuevo título de *inspector de costumbres* (*præfectus morum*); más tarde, en 710, le fué conferida esta dignidad tambien de por vida. En 706 se le nombró cónsul con las atribuciones ordinarias del consulado, siendo su candidatura la principal causa de que estallara la guerra civil; más tarde se le concedió el consulado por cinco años, despues por diez, y una vez ejerció él solo esta magistratura (709). De la

---

(1) Cuando murió, en 710, era dictador por cuarta vez, y dictador perpétuo; este es el título que le dá Josefo (*Antig.* 14. 10, 7).

misma suerte, sin tomar el nombre de tribuno del pueblo, asumió vitaliciamente en su persona, en el año 706, un poder igual al tribunicio. Bien pronto ocupó el primer puesto, y votó el primero en el Senado, y por último, recibió en 708 el título de *imperator* perpetuo. Por lo que hacia á la suprema direccion del culto, no tuvo necesidad de que le fuese conferida, puesto que ya era *gran pontífice*; en cambio, se hizo nombrar del segundo gran colegio de sacerdotes, y fué *augur*.

Como si este raro conjunto de honores civiles y sacerdotales no le bastaran, gran número de leyes y de Senado-consultos diferentes le concedieron el derecho de decidir de la paz y de la guerra sin rogacion al Senado ni al pueblo, la libre disposicion de los ejércitos y del Tesoro, el nombramiento de los pretores de las provincias, la presentacion con efecto obligatorio para una parte de las magistraturas urbanas, la direccion de las elecciones en los comicios por centurias, los nombramientos para el patriciado, y una série, en fin, de atribuciones extraordinarias de igual índole, sin contar los honores más huecos, las condecoraciones, el título de *Padre de la Patria*, sin contar con que su nombre fué conferido al mes de su natalicio, al mes de Julio (Julius), como todavía lo llamamos, y otras muchas manifestaciones del delirio de los cortesanos, que se degradaron desde un principio hasta llegar á la ridícula deificación. Por un visible compromiso entre las genuflexiones de los cortesanos y las repugnancias de los republicanos antiguos á aceptar el verdadero título de la monarquía de César, se intentó una especie de division nominal de los poderes ilimitados del monarca, division que era tan ilógica como difusa. ¿Será, acaso, que el poder abso-

luto no se preste por su naturaleza á la clasificación de atribuciones? Creer que César quiso ocultar su reinado de hecho bajo el velo de sus magistraturas antiguas y nuevas y de sus funciones extraordinarias, es dejarse llevar por conjeturas más inocentes que hábiles. Para las gentes instruidas, no hay necesidad de pruebas; bien saben que, al apoderarse César del poder supremo, no por algunos años ó á título de dignidad personal temporal ó perpétua, como Sila habia tenido la regencia, queria nada ménos que instituir en el Estado un órgano permanente, una dignidad hereditaria; saben, al mismo tiempo, que á la nueva institución debia darse, tal era el pensamiento de César, un nombre sencillo y adecuado, porque si en política es una falta crear nombres vacíos, no lo es ménos el retener sin el nombre la esencia y la plenitud del poder.

¿Pero qué fórmula, qué título habia escogido César? Cosa es esta, en verdad, bien difícil de decir. En la época de transición no se pueden distinguir aún las partes de una obra que son provisionales de las que son permanentes; despues, la oficiosidad de los clientes va aumentando los títulos del nuevo señor, y por muchos que ya tenga, le agobia el peso de los votos de confianza y de las leyes honoríficas.

El poder tribunicio se acomodaba ménos que otro alguno al rango propio del nuevo regente: constitucionalmente hablando, el tribuno de la plebe no habia ejercido mando nunca, y no hacia otra cosa que intervenir en las funciones del magistrado que lo ejercia. Tampoco cuadraba á la nueva monarquía el revestirse del poder consular, porque ¿qué era esta, en efecto, sino el consulado mismo ejercido por una sola persona? César tenia decidido empeño en rebajar la

magistratura suprema en otro tiempo á la consideracion de un mero título sin importancia alguna; cuando se apoderaba de ella, no la ejercia por todo un año, ni la mayor parte del tiempo, llegando más tarde á abdicarla en alguno de sus subordinados. Tocante á la dictadura, no se puede negar que, entre los numerosos cargos por César ejercidos, fué el que con más frecuencia llevaba; la dictadura le era de un uso práctico y legal en la forma, y bien se concibe que él la aceptara, porque fué siempre bajo la antigua Constitucion una magistratura suprema y extraordinaria en épocas de crisis tambien extraordinarias. Pero este cargo se acomodaba mal para dar un título á la nueva monarquía; siendo excepcional en otro tiempo, y habiendo pasado á ser impopular, se hallaba muy circunscrita la dictadura para servir de expresion al actual poder.

*César imperator.*—Segun todas las apariencias, y no podia ser de otro modo despues del papel que habia desempeñado en medio de los partidos políticos, no era bastante para César la dictadura anormal de Sila: necesitaba la dictadura absoluta de la antigua República, y por tiempo ilimitado. Al contrario, el título de *imperator* en su acepción reciente, era considerado, bajo todos los puntos de vista, como el más apropiado á la nueva monarquía, por su novedad primero, y porque á su eleccion no se oponia motivo alguno atendible. Los vasos viejos no sirven para contener el licor nuevo: el nombre de *imperator* se acomodaba á la índole de la magistratura, y como otras veces en la ley *Gabinia*, aunque con ménos claridad, la democracia habia determinado la definicion de los poderes confiados á su jefe, entendia formular por una expresion enérgica y com-

pleta la concentracion actual del supremo mando, el *imperium*, en las manos de un regente popular, independiente en lo sucesivo del Senado. Así es que en las medallas de César, en las de los últimos tiempos sobre todo, no aparece el título de dictador sino como un aditamento al de emperador: de la misma manera, en la ley que dió sobre los delitos políticos (*Lex Julia majestatis*) es tambien el *imperator* el que habla. Pero es lo cierto que el título de emperador no se confirió solo á César, sino que él y sus descendientes directos y adoptivos fueron investidos con dicho título, lo cual, reconocido por la posteridad, ya que no por los contemporáneos, ha dado lugar á que la palabra *imperio* vaya unida á la idea de la monarquía.

Para dar á su nueva funcion el bautismo democrático y religioso, quiso César reunir á ella el tribu- nado de la plebe y el pontificado supremo, ambos cargos hereditarios tambien desde entonces (aunque solo fuese proclamada la sucesion hereditaria en el pontificado). En el derecho político, el imperio se ejer- cia como el consulado y el proconsulado, fuera de los límites de Roma: no disponia solamente del man- do militar; tambien le pertenecia el poder judicial, y por consiguiente el poder administrativo (1). En fren-

---

(1) Nada más erróneo que la opinion, muy general por cierto, de que el *imperio* era en su esencia el poder militar ó el generalato supremo de por vida: no es este el sentido de la palabra, ni nuestros autores antiguos lo entendieron así. El *imperium* es el mando: el *emperador* es el hombre investido del mando; y en estas dos espresiones, como en las dos pala- bras griegas correspondientes *κράτος, αυτοκράτωρ* se buscaria inútilmente la acepcion especial y única del generalato; mientras que en Roma la magistratura, en su noción pura y

te del cónsul, era el emperador, en cierto modo, lo que los antiguos cónsules con relacion á los pretores. Aunque hubieran tenido el mismo poder, en caso de disidencia, el pretor cedía al cónsul; de la misma suerte el cónsul se sometía ahora al emperador, y para que la distincion fuese más marcada, la silla imperial colocada en el Senado entre las sillas

---

completa, abrazaba el derecho de la guerra y el de la justicia, el poder militar y el poder civil en su competencia indivisible. Dion, pues, declara seriamente (55, 17: cf. 43, 44, 52, 41,) que al tomar los Césares el título de *emperadores*, entendían afirmar «su omnipotencia de autócratas en oposicion á las antiguas denominaciones de *rey*, de *dictador* (προς ἀθλήωσιν τῆς αὐτοκρατοῦς σφῶν ἐξουσίας, ἀντί τῆς τοῦ βασιλέως τοῦ τε δικτάτωρος ἐπικλησίας):—los antiguos títulos han desaparecido, añade, «pero la esencia de aquellos poderes quedan en el nuevo título de *emperador* (τό δε δὴ ἔργον τῆ τον αὐτοκράτορος προσσηγορία βεβαιοῦνται): el emperador tiene el derecho, por ejemplo, de reclutar soldados, de señalar los impuestos, de declarar la guerra y hacer la paz; tiene el poder supremo, dentro y fuera de la ciudad, sobre todos, sean ó no ciudadanos; ejerce en todas partes su soberana justicia, imponiendo la pena capital ó cualquiera otra; se abroga, en fin, todas las atribuciones que en los antiguos tiempos de Roma pertenecían al poder supremo.» ¿Puede decirse más claramente que la palabra *imperator* es sinónima de la de *rex*, como *imperare* es sinónimo de *regere*? Y si esto es así, ¿no hay contradicción en oír á Tiberio llamarse más tarde «señor de sus esclavos, *imperator* de sus soldados, y príncipe» (προκριτος, *princeps*) de sus conciudadanos? (Dion., 57, 8) ¿No resulta de aquí, á lo que parece, una asimilacion de la funcion imperial con la puramente militar? De ninguna manera: en este caso, la excepcion viene á confirmar la regla. Se sabe que Tiberio afectaba no querer el nuevo *imperio* como lo habia tenido César (Suet. *Tib.* 26: Dion, 57, 2: Eckhel, 6, 200): no era, pues, sino el *imperator* especial, el *imperator* puramente militar, llevando por lo tanto un título vacío.

curules de los cónsules, se elevaba á cierta altura sobre estas.

*Restablecimiento de la Monarquía.*—En el fondo, el poder del emperador no excedía al consular y proconsular sino en que aquél no estaba limitado ni en tiempo ni en jurisdicción, y en que, conferido por vida y trasmisible por herencia, se ejercía también dentro de los muros de Roma. Mientras que el cónsul había de detenerse ante el obstáculo de un colega, que tenía sus mismas atribuciones, el emperador ejercía solo su jurisdicción. Andando el tiempo, se vió en extremo limitada la primitiva magistratura suprema, debiendo inclinarse ante el llamamiento al pueblo (*provocatio*) y ante el voto y la advertencia del Senado. Para el emperador, todas las barreras se franqueaban, y, digámoslo de una vez, el nuevo imperio no era otra cosa que la restauración de la antigua Monarquía. ¿En qué, pues, se diferenciaban los cónsules de los reyes de Roma, sino en que la jurisdicción de aquellos era limitada en tiempo y en lugar, en que compartían el poder con un colega, y en la cooperación del consejo senatorial ó del pueblo, exigida por la ley en ciertos casos? No hay un solo carácter en la nueva monarquía que no lo encontremos en la antigua: concentración de los poderes supremos, militar, judicial y administrativo en la persona del príncipe; supremacía religiosa en la ciudad; derecho á decretar, teniendo sus decretos fuerza de ley; el Senado rebajado á la consideración de un mero cuerpo consultivo, y resucitados el patriciado y la prefectura urbana. Por último en la constitución imperial de César, exactamente lo mismo que en la de Cromwell y en la de Napoleón, reviste la cuasi-herencia una forma especial, y el monarca pue-

de nombrarse, por adopcion, un sucesor. Pero estas no son más que simples analogías; para el que penetra en el fondo de las cosas, es más admirable aún la semejanza entre la monarquía de Sérvio Tulio y el imperio de César. Por absolutos que fueran los reyes de Roma, se hallaban al frente de un pueblo libre, y eran los protectores natos del simple plebeyo contra la nobleza: de la misma manera César no venia á establecer la libertad, sino más bien á afirmarla y á darle su complemento, rompiendo desde un principio el intolerable yugo de la aristocracia.

No hay, pues, que maravillarse al verle como un aficionado á antigüedades políticas, buscando cinco siglos atrás el modelo de su nuevo Estado. Puesto que en todos los tiempos la magistratura suprema en Roma habia sido el poder real limitado por una multitud de leyes especiales, fuerza es reconocer que la nocion de dicho poder no se habia borrado jamás. En diversos tiempos y en circunstancias tambien muy diversas, habia reaparecido de hecho con más ó [ménos exactitud, ya en la dictadura republicana, ya en los decemvros, ya por último, en la regencia de Sila. Obedeciendo á una necesidad, lógica en cierto modo desde que se habia hecho sentir la necesidad de un poder excepcional, al lado del *imperium* limitado y ordinario, se habia instituido siempre el *imperium* ilimitado, que no era otra cosa sino el poder real. Otrás razones aconsejaban tambien la vuelta á la antigua forma de gobierno. La humanidad, considerando como un sagrado patrimonio las instituciones antiguas, tiene gran repugnancia á creer en lo nuevo; y por esto obraba César con prudencia, imitando á Sérvio Tulio, como más tarde Carlomagno le imitó á él, y como despues Napoleon

intentó imitar á Carlomagno. No se valió de rodeos ni disimuló su intencion, sino que siempre á la luz del día, y lo mismo que sus predecesores, al hacerlo así, quiso que el nuevo Estado tuviese su fórmula clara, nacional y popular. Desde los más antiguos tiempos, se veian en el Capitolio las estátuas de siete reyes, segun la historia convencional de Roma, y César mandó que se pudiese al lado la suya, que era la octava. En público se presentaba con el traje de los antiguos reyes de Alba: su reciente ley sobre les delitos políticos, se diferenciaba de la ley de Sila en el punto capital de que, el emperador, al lado de los comicios y en la misma línea que ellos, obraba como la expresion viva y la personificacion del pueblo. En la fórmula usada para el juramento político, era invocado el Génio (Génius) del emperador con Júpiter y los dioses Penates del pueblo romano. El signo exterior de la monarquía era, en todos los pueblos de la antigüedad, la inscripcion del busto del monarca en las monedas; y, á partir del año 710, se vé la cabeza de César en las monedas romanas.

En vista de estas manifestaciones, no tendrian, en verdad, fundamento alguno los que censuraran á César por haber dejado al pueblo en la ignorancia de su advenimiento al poder real, toda vez que se manifestó claramente, y bajo todos los aspectos, el monarca, el *rey* de Roma. Es posible, por otra parte, aunque la cosa es poco verosímil y de poca importancia además, que tuviese al principio el pensamiento de dar á su nueva dignidad, no el título de *imperio*, sino el de *reino*. Viviendo todavía muchos de sus enemigos, y aun de sus propios amigos, creyeron que aspiraba á hacerse proclamar rey de Roma, y entre sus más ardientes partidarios, hubo algunos

que, de diversos modos y en ocasiones diferentes, le pusieron en la mano la corona. Entre todos, Marco Antonio, siendo cónsul, cuadrándose delante de él, le ofreció la diadema en presencia del pueblo reunido (15 de Febrero del 710, día de las *Lupercales*.)

Pero él rehusó siempre estas anticipaciones, siendo, por otra parte, aventurado conjeturar que esta negativa fuese fingida, porque trató con rigor á los republicanos que se aprovecharon de aquella circunstancia para hacerle la oposición, ni es tampoco cosa probada que las mencionadas tentativas se hicieran por indicacion suya para preparar á las muchedumbres al inusitado espectáculo de una testa coronada. Para provocar tales manifestaciones, era suficiente la officiosidad de indiscretos amigos, que se tomaban esta libertad sin estar autorizados para ello. Se puede creer tambien que la escena provocada por Antonio solo fué autorizada ó dispuesta para poner fin á las importunas murmuraciones del pueblo con una manifestacion pública, con una solemne negativa que se inscribió, de órden del dictador mismo, en el calendario oficial. Parece lo más verosímil que, estimando en su justo valor las ventajas de una fórmula corriente y admitida, y teniendo tambien en cuenta las antipatías populares contra el nombre más bien que contra la cosa misma, no quiso tomar un título que estaba ligado con una antigua maldición; rechazó el nombre de *rey*, que recordaba á los Romanos de su tiempo los déspotas del Oriente más bien que á Numa y á Sérvio Tulio, y bajo el título de *emperador*, se apoderó del poder real.

*La nueva corte y la nueva nobleza.*—Cualquiera que fuese el título, lo cierto es que Roma tenia un señor, y al punto se vió aparecer una corte con sus in-

dispensables pompas y con su etiqueta de insulsas y frívolas magnificencias. En vez de presentarse en público el emperador con la toga consular de franjas rojas (*laticlave*), se le vió llevar la antigua vestidura real toda de púrpura, y asistió, sin levantarse de su silla de oro, al solemne desfile de los senadores. El calendario consignaba los días de su natalicio y de sus victorias, y las fiestas votivas consagradas á él. Cuando entraba en Roma, salían muy lejos á recibirle sus más importantes servidores, colocándose en dos filas, y solo el acercarse á él, era considerado como un grande honor, hasta el punto que los poseedores de casas en el cuartel en que el dictador vivía, se enriquecieron por el subido precio de los alquileres. La muchedumbre que asistía á sus audiencias hacia tan difícil el acceso hasta el emperador, que frecuentemente tenía que conversar por escrito aún con sus más íntimos amigos, y los más notables personajes se veían obligados á hacer en su casa largas antecámaras, notándose en todo, más por cierto de lo que él habría deseado, que no se trataba de un simple ciudadano. Apareció despues en la escena una nobleza monárquica, antigua y moderna á la vez, y esto acontecía de una manera muy singular: el primer pensamiento de su institucion, no fué otro que la sustitucion de la nobleza del rey á la de la oligarquía, al patriciado puro, rechazado en la sombra al comun de los nobles. Los patricios, en efecto, subsistian aún, pero sin derechos, sin privilegios reales, formando, sin embargo, la misma casta exclusiva; y como no habían admitido en su seno familias nuevas, su número se fué reduciendo considerablemente con el trascurso de los siglos, no contándose en este tiempo más que quince ó diez y seis *gentes* patri-

cias. César, que pertenecía á una de ellas, hizo que se confiriese al emperador, por plebiscito, el derecho de crear otras nuevas, fundándose, en vez de la nobleza republicana, una nobleza patricia que le era adicta, admirablemente ajustada á todas las condiciones que exige el régimen monárquico, adornada de los antiguos nombres, sometida en absoluto al soberano y falta de toda iniciativa. De este modo, y bajo todos sus aspectos, se iba manifestando el gobierno de César.

Con un monarca cuyo poder era de hecho ilimitado, no se podía pensar en tener una constitucion escrita, y mucho ménos en mantener la antigua institucion republicana, que descansaba sobre la base de la cooperacion legislativa del pueblo, del Senado y de los diversos magistrados. César volvió sencillamente á la tradicion del tiempo de los reyes: los comicios fueron, como bajo el antiguo rey de Roma y á su lado, la más alta y la última expresion de la voluntad soberana del pueblo, mientras que el Senado, vuelto á su primitiva condicion, no fué más que un cuerpo consultivo del monarca: éste, en fin, reunia de nuevo en su persona todos los poderes de la magistratura, y, como los reyes de la primitiva Roma, no tenia á su lado ningun funcionario independiente.

*Legislacion.* — En el terreno legislativo, el monarca democrático permaneci6 fiel á los antiguos principios del derecho público de Roma. Solo á la Asamblea del pueblo en union con el rey que la convocaba, pertenecia la direccion de los negocios públicos, y las constituciones, que emanaban del jefe del Estado, eran sancionadas regularmente por un plebiscito. Los comicios no alcanzaban, sin duda, en tiempo de César, aquella amplia libertad de otras veces, ni tenian la autoridad moral y política de las antiguas votaciones

de los *quirites*, cuando pronunciaban el *sí* ó el *no*: la parte que los ciudadanos tomaban en la formación de las leyes, muy limitada en tiempo de la República, pero viva y eficaz al ménos, no era más que una vana sombra en la práctica de las nuevas instituciones. Y no porque fuera menester emplear contra los comicios medidas restrictivas y especiales, pues la experiencia de los siglos atestigua sobradamente que, para con el soberano nominal, todos los gobiernos, oligarquía ó monarquía, han sido siempre complacientes. Pero por lo mismo que eran la salvaguardia del principio de la soberanía popular, y al propio tiempo una protesta viva contra el *sultanismo* oriental, constituían los comicios un elemento sério en el sistema, y, por indirecta que fuese, su importancia era real.

*Ordenanzas.*—Por otra parte, resulta claramente de los hechos, y está probado por numerosos testimonios, que César fué el primero, y no otro alguno de sus sucesores, que puso en vigor aquella otra regla del derecho público primitivo, segun la cual, toda orden emanaña del magistrado supremo, ó más bien, del único magistrado, tiene fuerza en absoluto mientras dura la magistratura del que la hubiese dado; y desde el momento mismo en que el poder legislativo pertenece solamente al rey y al pueblo reunidos, la Constitución real tiene igual fuerza que la ley hasta el fin de los poderes de su autor.

*El Senado convertido en Consejo de Estado monárquico.*—Mas aunque concediese á los comicios una parte, nominal al ménos, de la soberanía, el rey demócrata no se hallaba en manera alguna dispuesto á compartir el poder con el gobierno precedente, con el cuerpo senatorial. Al contrario de lo que fué más tarde bajo el gobierno de Augusto, para César no

debía ser el Senado otra cosa que un consejo supremo del imperio, que servía para la preparacion de las leyes imperiales y para la promulgacion de las más importantes ordenanzas sobre asuntos de administracion, ya por vía de senado-consultos, ya, al ménos, bajo el nombre del cuerpo senatorial. Sucedió, en efecto, que se dieron algunos Senado-consultos, de los cuales no tenia noticia ninguno de los senadores, excepto aquellos á quienes se habia confiado la redaccion de su texto.

En cuanto á la forma, no habia ninguna gran dificultad en reducir de esta suerte el Senado á su primitivo carácter de simple Cuerpo consultivo, de cuya consideracion habia salido anteriormente, más bien de hecho que por virtud de una disposicion de derecho; siendo, por otra parte, necesario cortar de raíz todo conato de resistencia. Así como el areópago de Atenas habia sido el foco de oposicion contra Pericles, el Senado romano lo era tambien contra César; y por este motivo principalmente, el número de senadores, que habia sido hasta entonces de 600 á lo sumo, y cuyo número, por otra parte, se redujo considerablemente á consecuencia de las recientes crisis, fué pronto completado, y se elevó á la cifra de 900; y además, para que esta cifra no sufriera rebaja, se aumentó desde 20 hasta 40 el número de los cuestores anuales, que eran nuevos miembros que entraban cada año en el Senado (1). El monarca se reservó para sí el derecho de promover hornadas extraordinarias de senadores; y, en cuanto á la provision ordinaria, se habia asegurado una influencia duradera y decisiva, imponiendo

---

(1) Segun nuestra cuenta aproximada (*Loc. cit.*), el número medio de senadores seria de 1.000 á 1.200.

por una ley á los colegios electorales la obligacion de nombrar cuestores á los veinte primeros candidatos que llevasen recomendacion suya; y por último, el jefe del Estado era dueño de conferir á cualquier individuo no elegible los honores inherentes á la cuestura ó á otro cargo superior á ésta, dándole así, por una medida excepcional, un puesto en el Senado. La eleccion para las nuevas plazas que se creaban, recaía, como era natural, en los partidarios del nuevo régimen; las puertas de la corporacion suprema se abrieron, no sólo á las personas notables del orden ecuestre, sino tambien á simples plebeyos, á muchos individuos de dudosos antecedentes, á antiguos senadores que habian sido borrados de la lista por el censor ó condenados por los tribunales, á extranjeros venidos de España ó de las Gálias, que aprendian á hablar el latin al entrar en la Curia, á oficiales subalternos, que ni aún tenian el anillo de caballeros, á hijos de libertos ó de gentes de oficio considerado vil, y á muchos otros de análogas condiciones.

En los círculos de la alta sociedad, para quien esta trasformacion del personal senatorial era objeto de censura é indignacion, no se quiso ver en la obra de César otra cosa que el premeditado desprestigio del Senado. Como si el Dictador fuese hombre capaz de seguir una política de suicidio, decidido á no tener un consejo que le dirigiese, consideraba, no obstante, como necesaria aquella institucion.

A juzgar mejor al regente de Roma, debiera haberse dicho que queria simplemente despojar al Senado de su carácter de representante absoluto de la nobleza oligárquica y convertirlo de nuevo en lo que habia sido bajo los reyes, en el gran Cuerpo consultivo oficial, representante de todas las clases del Estado en

sus más inteligentes elementos, sin excluir, ni al hombre de humilde cuna, ni al extranjero. Como los antiguos reyes de Roma, admitía también César en su Senado á los que no eran Italianos.

*Gobierno personal de César.*—Eliminada la nobleza del poder y amenazada su existencia, y reducido el Senado á no ser sino un mero instrumento, el gobierno y la administracion eran ya una autocracia pura y absoluta; el poder ejecutivo era ejercido por el monarca, y desde el primer momento, el emperador decidió personalmente todos los asuntos de importancia, habiendo sabido practicar César el gobierno personal de una manera tan amplia, que apenas podríamos concebirlo nosotros, simples hombres de este siglo. Este fenómeno no se explica solamente por la rapidez y la firmeza del trabajo del hombre grande, sino que tiene también su razon en una causa más general. Cuando nosotros vemos á esos grandes políticos de Roma, los Césares, los Silas, ó los Cayo Gracos, desplegar una actividad que excede á la noción que tenemos de la actividad humana, no buscamos la causa de este milagro en un empequeñecimiento de nuestra naturaleza desde aquella época, sino más bien en la revolucion que se ha operado en la vida doméstica. La casa romana era una inteligente máquina en donde todo se disponia en beneficio del jefe, todo, hasta las fuerzas intelectuales de sus libertos y esclavos; y sabiendo gobernarlos, unía el señor á su trabajo el de todos aquellos que estaban á su servicio. Allí se encontraba, verdaderamente, el ideal de la centralizacion burocrática, á cuyo ideal tiende con todo su esfuerzo nuestra gerarquía de administrativa, quedando, sin embargo, muy inferior á su modelo, como el opulento capitalista dista mucho del siste-

ma de la antigua esclavitud. César supo sacar un gran partido del instrumento que habia conquistado. Si se trataba de un puesto de confianza, vemos que, sistemáticamente, lo conferia, á ménos que otras consideraciones se lo impidiesen, á sus esclavos, á sus libertos y á sus clientes de baja estraccion. Su obra, en suma, revela todo lo que puede producir un génio como el suyo con el auxilio de tales servidores; y si se pregunta detalladamente cómo se han realizado estas maravillas, será imposible poner la cosa en claro. Toda burocracia tiene tambien esto de comun con una fábrica: el producto que sale de ella no pertenece á tal ó cual obrero, es simplemente el producto de la fábrica cuyo sello lleva. Lo que puede afirmarse con toda evidencia, es que César no quiso jamás auxiliares que tuvieran una influencia personal sobre sus creaciones, ó que poseyesen el secreto de su pensamiento; dueño, y dueño único, trabajó sin asociados, y no empleó más que obreros.

*Gobierno personal en materia de Hacienda.*—

Era, por otra parte, una condicion suya el evitar, en cuanto le era posible, las negociaciones de los asuntos políticos por medio de mandatario; y cuando se veia obligado á recurrir á él durante sus frecuentes ausencias de Roma, por ejemplo, y tenia necesidad de instituir allí un representante supremo, no quiso valerse jamás, cosa digna de notarse por cierto, de su representante legal ordinario, el *prefecto urbano*, eligiendo su hombre de confianza, sin competencia oficial reconocida, y de ordinario daba sus poderes á su banquero, el dócil y hábil negociante fenicio *Lúcio Cornelio Balbo*, de Gades. En punto á la administracion, guardó siempre consigo, ante todo, la llave del Tesoro, de la cual se habia apoderado el Senado á la caida de los

reyes; y una vez afirmado en el poder, no la confió ya hasta su muerte sino á servidores adictos á su persona.

Su hacienda privada quedó, como era natural, separada de la del Estado; pero no por esto dejó de ejercer una alta vigilancia sobre todo el sistema financiero y monetario, administrando la fortuna pública como él y los grandes de Roma acostumbraban gobernar la suya propia. En lo sucesivo, la recaudacion de los tributos provinciales y la administracion monetaria en general, fueron confiadas á los esclavos ó á los libertos del emperador, con exclusion de las personas de dignidad senatorial, medida grave en sus consecuencias, y que dió lugar á que se formara más tarde la clase importante de los *procuradores* y la «*casa imperial*».

*Las provincias.*—Muy otra cosa sucedia en las provincias. Dependientes, en la parte económica, de los nuevos colectores imperiales, habian llegado á ser entonces mas que nunca puros gobiernos militares, quedando confiado tan solo el Egipto á los agentes directos del monarca. Los países que baña el Nilo, aislados completamente bajo el punto de vista geográfico, al mismo tiempo que muy centralizados bajo el aspecto político, ofrecian, como lo prueban sobradamente las numerosas tentativas de los emigrados y jefes de las facciones italianas durante las últimas crisis, un asilo seguro para el que quisiera establecerse en ellos. Un general hábil podía sustraerse allí para siempre, mejor que en ninguna otra parte, al yugo de la metrópoli, y por esta razon quizá, en vez de declarar al Egipto provincia romana, prefirió César tolerar en aquella region á los inofensivos Lágidas: de igual suerte, el mando de las legiones que estaban

de guarnicion, lejos de entregarse á un senatorial, á un hombre del antiguo régimen, fué confiado á un *doméstico* del emperador, como se habia hecho con las plazas de colectores de impuestos.

Al mismo tiempo, tuvo siempre buen cuidado de no confiar el mando de los soldados romanos á sus criados, como hacian los reyes del Oriente. Se estableció la regla de que las grandes provincias tuvieran por gobernadores á consulares, y las menores á antiguos pretores, y suprimiendo los cinco años de inhabilitacion, prescritos por la ley del año 702, se volvió á la antigua práctica: al punto que el magistrado provincial salia de su cargo en Roma, entraba en su gobierno. En cambio se reservó el regente la reparticion de las provincias entre los candidatos idóneos, reparticion que antes se hacia unas veces por un plebiscito ó Senado-consulta, otras por sorteo de comun acuerdo entre los titulares. Por otra parte, obligando más de una vez á los cónsules que estaban en ejercicio á dimitir sus funciones antes de terminar el año, para dar cabida á suplentes (*cónsules suffecti*), elevando de ocho á diez y seis el número de los pretores anuales, confiriendo al emperador la facultad de nombrar la mitad de estos pretores, como la tenia para el nombramiento de la mitad de los cuestores, reservándose tambien la facultad de nombrar, si no á los *cónsules*, al ménos á los pretores como simple título honorífico, de la misma suerte que nombraba ya á los cuestores supernumerarios, se aseguraba César un personal de hechuras suyas más que suficiente para la administracion de las provincias. Y así como tenia la facultad de nombrarlos, él solo tambien podia verificar su llamamiento, estableciéndose formalmente que el proconsulado no durase más de dos años,

y que el propretor no estuviese más que uno en su provincia.

*La Metrópoli.*—En lo concerniente á la Metrópoli y á la residencia imperial, quiso César seguramente confiarla, de la misma manera y por un cierto tiempo, á administradores nombrados por él: en su consecuencia, resucitó la antigua organizacion del tiempo de los reyes, y, varias veces, durante sus ausencias, nombró para los asuntos de la ciudad, ya á uno, ya á muchos oficiales, sus representantes directos, sin rogacion al pueblo y por tiempo indeterminado, cuyos magistrados, asumiendo en sí todas las atribuciones administrativas, tenian hasta el derecho de acuñar moneda en su nombre, pero no con su efigie, como se comprende fácilmente. En todo el año 707 y en los nueve primeros meses del 709, no se veian en Roma ni pretores, ni ediles curules, ni cuestores: en el 707, no se nombraron cónsules sino hasta el fin del año, y en 709, era César cónsul único.

¿No se asemeja, por ventura, todo esto á un ensayo de restablecimiento del antiguo poder real hasta en la misma Roma, ensayo que sólo se paraba en los limites puestos por el pasado democrático del nuevo monarca? No dejando subsistentes, fuera del rey, otras magistraturas que la prefectura urbana, cuando el monarca no estaba en la ciudad, y los tribunos y ediles plebeyos,—los cuales tenian el cargo de velar por las franquicias populares, consulado, censura, pretura, edilidad curul y cuestura,—suprimió César todas las demás (1). Es cierto que poco despues em-

---

(1) Véanse tambien las prudentes fórmulas empleadas por las leyes de César á propósito de las altas magistraturas; *Cum censor aliusve quis magistratus Romæ populi censumaget*

prendió un nuevo camino, no abrogándose ya el título de rey, y guardándose de derribar aquellos antiguos hombres enaltecidos con la gloriosa historia de la República: mantuvo aparentemente las atribuciones de los cónsules, pretores, ediles, tribunos y cuestores; pero su situación había cambiado por completo. El imperio llevado á la metrópoli era el pensamiento fundamental bajo la República, y los magistrados municipales de Roma eran, verdaderamente, magistrados del imperio. En la Monarquía cesariana no sucedía esto: los magistrados de la capital no constituyeron más que la primera *municipalidad*; el consulado no fué otra cosa que un título nominal, sin más significación práctica que la expectativa en que estaba de un gran gobierno provincial. Por la mano de César sufrió la ciudad de Roma la misma suerte que ella había hecho sufrir á las demás ciudades sometidas, y su soberanía se trasformó en una especie de franquicia comunal en el seno del Estado.

Ya hemos dicho que se había duplicado el número de pretores y de cuestores: otro tanto sucedió con los ediles de la plebe, á los cuales se agregaron dos *de cereales* (*ædiles ceriales*), destinados al abastecimiento de la ciudad. Roma tuvo siempre el derecho de nombramientos de estos magistrados, nombramiento que era libre para el consulado, para el tribunado y la edilidad de la plebe; pero ya hemos indicado más arriba que para los pretores, los ediles curules y cuestores, el emperador se había reservado el derecho de proponerlos, cuyo derecho ligaba á los electores.

---

(*lex Jul. municip.* 1, 141): *Prætor iste qui Romæ jure deicundo prærit* (*l. Rubr. passim*): *Quæstor urbanus queive ærario prærit* (*l. Jul. munic.* 1. 37 *et passim*).

Ningun ataque directo sufrieron los antiguos *pala-*  
*diums* de las libertades populares; y si todavía tal  
ó cuál tribuno se mostraba recalcitrante, se sabia muy  
bien proceder contra él, y aun deponerle y borrarle de  
la lista de los senadores. El emperador es su propio  
ministro en todas las cuestiones generales ó impor-  
tantes: por medio de sus servidores, es jefe de la ha-  
cienda, y por sus lugartenientes, del ejército: ha redu-  
cido los antiguos magistrados de la República á la  
consideracion de meros oficiales municipales, y en  
fin, agregó á todos sus poderes el derecho de de-  
signar su sucesor. El régimen autocrático estaba  
fundado.

*La Iglesia del Estado.*—En el orden religioso,  
por el contrario, aunque promulgó una ley explícita  
sobre esta parte del sistema político, no hizo César  
ningunas innovaciones esenciales, excepto en un pun-  
to: adhirió el pontificado supremo y la dignidad au-  
gural á la persona del regente, y al mismo tiempo, y  
como una consecuencia, creó un cuarto lugar en  
cada uno de los tres grandes colegios, y tres nuevos  
puestos en el cuarto, en el de los *Epulones*. La religion  
del Estado habia servido de poderoso apoyo á la oli-  
garquía republicana, y nada impedia que prestase  
igual servicio al nuevo régimen. La política religiosa  
conservadora del Senado pasó á los nuevos reyes de  
Roma. Varron, el obstinado conservador, publicó, en  
este tiempo, sus *Antigüedades de las cosas divinas*,  
código religioso de la Teología del Estado en Roma,  
y lo dedicó, como cosa muy natural, á César, gran  
Pontífice. La reducida aureola que todavía brillaba  
alrededor del Júpiter romano recayó sobre el trono  
recientemente fundado, y las antiguas creencias itá-  
licas, en sus últimos resplandores, servian de instru-

mento pasivo á un *cesaropapismo* tan insustancial como impotente.

*Jurisdicion real.*—Restablecióse la antigua jurisdiccion real en los asuntos de justicia. Lo mismo que el rey era, al principio, el juez supremo en materias civiles y criminales, sin tener que suspender la sentencia porque el criminal apelase al pueblo en recurso de gracia, ó mandar á los jurados la decision sobre los litigios civiles, se abrogó César el derecho de atraer á sí las causas capitales y privadas; las juzga solo y las termina por sentencia, aunque esté ausente de Roma, ó, en éste último caso, hace que las falle un alto magistrado en la ciudad. Y de hecho le vemos, á semejanza de los reyes de Roma, ya sentado en el Forum, juzgando, en presencia de todos, á los ciudadanos acusados de alta traicion; ya en su casa, pronunciando la sentencia con respecto á los príncipes-vasallos, á quienes habia hecho comparecer por un crimen análogo. Parece que los ciudadanos romanos no tenian sobre los demás súbditos más que un solo privilegio: el de la publicidad de los debates.

Pero, por mucha que fuera su imparcialidad, por mucho empeño que pusiera César en recabar para sí la funcion real de hacer justicia, no pudo juzgar—la naturaleza misma de las cosas así lo determinaba—sino los asuntos excepcionales, y forzoso le fué dejar las funciones judiciales en las causas civiles y criminales ordinarias á los antiguos magistrados republicanos. Como en otro tiempo, lo criminales comparecen ahora ante las *comisiones* especiales de jurados, asignadas á los diferentes delitos: en lo civil, se va, como antes, á la presencia del tribunal *centumviral* de las sucesiones, ó tambien ante el juez único señalado para el caso: la presidencia de los tribunales y la

tramitacion de los procesos siguió correspondiendo en Roma principalmente á los pretores, y en las provincias, á los gobernadores.

*Sostenimiento de las antiguas jurisdicciones.*— Tambien entendia en los delitos políticos, sin que se hubiera hecho innovacion alguna en este punto, una comision de jurados; pero César, en una ordenanza expresa, procuró especificar y definir los actos legalmente punibles, y, excluyendo liberalmente los procesos por simples opiniones y por afeccion, estableció, no la pena de muerte, sino la de destierro. Ya sabemos que los senatoriales no habian querido otros jurados que los invividuos salidos del Senado, y que los puros sectarios de los Gracos no admitian, por el contrario, á aquellos cargos más que á los caballeros: César, fiel á su sistema de pacificar los partidos, se atuvo simplemente á la ley de transaccion de Cayo Aurelio Cotta, con las modificaciones introducidas por la ley pompeyana de 699, dispensándose, por lo tanto aquella consideracion á los *tribunos del Tesoro* (*ærarii*), salidos de las últimas capas del pueblo, exigiéndose una contribucion judicial, por lo ménos de 400.000 sestercios (30.000 thalers, = 102.200 pesetas), y admitiéndose juntamente á caballeros y senadores á las funciones de jurados, manzana de la discordia por tanto tiempo disputada.

La justicia real y republicana sostenian frecuentes competencias, si bien el asunto podia ser llevado ya ante el tribunal del rey, ya ante el juez de quien dependia, segun las instituciones del tiempo de la República. Como era natural, en caso de conflicto entre ambas jurisdicciones, siempre se resolvia la competencia á favor de la jurisdiccion real; pero una vez dada la sentencia por uno ú otro tribunal, era de-

fnitiva. En algunas circunstancias supo, sin embargo, muy bien el nuevo monarca reservarse, por medios no muy legales, la facultad de revision.

*Apelacion al monarca.*—Declarandó la *intercesion*, podian antes los tribunos de la plebe, suspender ó derogar los veredictos de los jurados instituidos por ellos, como cualquier otro acto de la funcion de los magistrados, salvo, no obstante, en el caso excepcional en que la ley excluia esta intervencion tribunicia: así sucedia, por ejemplo, con los tribunales jurados de los *centumviro*s, establecidos por disposiciones recientes, y con diversas *comisiones criminales* de carácter especial. El emperador, en virtud de sus funciones de tribuno del pueblo, tenia, pues, la facultad de anular en todo lugar y ocasion cualquier veredicto, cualquier decision pronunciada en justicia jurada en los asuntos civiles ordinarios y privados, despues de avocar á sí la causa por su competencia soberana.

Por este medio, además de su jurisdiccion real, que sentenciaba sin apelacion, y concurría con las Jurisdicciones orlinarias, creaba César una especie de tribunal de alzada, un procedimiento, á la vez de primera y segunda instancia, absolutamente desconocido en los antiguos procedimientos y que, andando el tiempo, creció en importancia, y se verá practicar aún en los tiempos modernos (1).

*Decadencia de la justicia romana.*—Todas estas innovaciones, no queremos decir mejoras, aunque

---

(1) A decir verdad, estos nuevos principios no rigen ni se manifiestan por completo hasta el reinado de Augusto; pero como estas notables reformas judiciales se hallan contenidas, por decirlo así, en la *institucion imperial*, tal como César la fundó, nos parece oportuno referirlas tambien á él.

tengamos en cuenta la más importante, la apelación de aquella suerte dispuesta, no pusieron remedio á los abusos del sistema judicial: tanto era lo que había que corregir en él. En una sociedad en donde la esclavitud existe, se vicia necesariamente el proceso criminal, puesto que de hecho, si es que no de derecho, cae en las manos de los señores. Bien se comprende que el Romano no castigaria el delito del esclavo como un delito en sí: media el castigo por los servicios que le prestaba ó por el goce que le proporcionaba el culpable. Los esclavos criminales eran puestos en un lugar separado, poco mas ó ménos como los lueyes reácios, y de la misma manera que se vende á estos para el matadero, se vendia tambien á aquellos para la escuela de los gladiadores.

Entre los hombres libres, el proceso criminal, puramente político en su origen, y que había conservado este sello durante un largo período, perdió su carácter exclusivamente judicial con los trastornos de los últimos tiempos, y se convirtió en una lucha de partido en que se combatia con las armas del favor, del oro y de la fuerza, siendo este, por otra parte, un vicio comun á todos, á los magistrados, á los jurados, á los partidos y hasta al mismo público. Nadie, sin embargo, abrió al derecho tan mortales heridas como los abogados y sus prácticas: bajo el parásito florecimiento del bello lenguaje emplea lo en los discursos forenses, habían desaparecido ahogadas las nociones positivas del derecho, y ya no se encontraba en las prácticas de la jurisprudencia la línea divisoria, por lo comun imperceptible para el pueblo, entre la simple opinion y la prueba. Escuchad al *causidicus* más versado en los negocios en estos tiempos: «Elegid bien vuestro acusado, exclamaba; cualquiera que

sea el crimen, y lo haya ó no cometido, podeis hacerle comparecer, pues seguramente será condenado.» Entre los numerosos alegatos en materia criminal que de aquellos tiempos nos quedan, apenas podría citársenos alguno en que el abogado se haya tomado el trabajo de determinar y definir la prevención y de formular claramente las pruebas de cargo y de descargo (1).

Fuerza es decir que aquellos vicios afectaban también al procedimiento civil, el cual sufría la influencia de las pasiones políticas, que se mezclaban con todas las cosas, viéndose por ejemplo, dar en la causa de *Publius Quinctius* (671-673) las decisiones más contradictorias, según que Cina ó Sila tenían alta influencia en Roma. No contribuyeron poco á aumentar este estado de confusión, fuese con intención ó sin ella, los que ejercían autoridad en los partidos, personas no juristas en la mayor parte de los casos: esto no obstante, por la naturaleza misma de las cosas, el espíritu de facción no invadió sino excepcionalmente los pretorios civiles, y la enredadora abogacía no pudo atropellar ni mutilar muy profundamente las sanas doctrinas del derecho. Las defensas

---

(1) Ciceron, en su *Tratado del Orador* (*de Orat.* II, 42), alude principalmente á los procesos criminales, cuando pone en boca de *Antonio*, del gran abogado, esta reflexion: «Los hombres juzgan ordinariamente según sus ódios, sus afectaciones, sus deseos, su ira ó su dolor, y obedecen más á las emociones de su alma, ya de alegría, de esperanza, de miedo ó de error que á la verdad ó á las prescripciones del texto, ó á las reglas del derecho, á la fórmula del proceso ó á la ley.» Y, fundándose en esto, sobre todo, deduce y completa en el indicado sentido su enseñanza para los abogados sus lectores.

que nos quedan, sin ser buenas ni verdaderas memorias de abogados, en el sentido estricto de la palabra, no tienen tan marcado carácter de libelo como las arengas criminales, y en ellas se tiene más en cuenta la jurisprudencia. César consintió un día, (se recuerda de él este hecho) que Pompeyo amordazara á los abogados, y él mismo extremó la medida, en lo cual no habia ningun mal grave, y áun habria sido acto provechoso si hubiera habido á la sazón un cuerpo de magistrados y jurados mejor escogidos, y si se hubiera puesto fin á la corrupcion ó al miedo de los jueces. Es difícil, sin duda, destruir en el espíritu de la muchedumbre el sentimiento sagrado y el respeto al derecho, pero lo es mucho más todavía hacerlos renacer. Aunque el legislador desarraigase cien abusos, no estirpaba el vicio fundamental, y el tiempo mismo, que todo lo cura, cuando los males son curables, no ofrecia sino un remedio dudoso.

*Decadencia del ejército.*—El ejército romano en tiempo de César se hallaba próximamente en las mismas condiciones que el cartaginés en tiempo de Aníbal. Las plazas del estado mayor eran cubiertas aún solamente por individuos de las clases gobernantes, reclutándose los simples soldados entre los vasallos, plebeyos y provinciales. El general se habia hecho, en el orden militar y económico, casi independiente del poder central, y así en la próspera como en la adversa fortuna, no podia contar más que con sus propias fuerzas y con los recursos que sacara de su provincia. La virtud cívica y el sentimiento nacional habian abandonado las águilas romanas; el espíritu de cuerpo era el único é íntimo lazo de las legiones: el ejército no era ya el brazo de la República. No teniendo en política ningun pensamiento pro-

pio, se somete dócil á la voluntad de su jefe, y en la guerra, bajo el mando de sus oscuros capitanes, solo era una masa flotante y sin fuerza; pero cuando un verdadero general se ponía al frente, al punto reaparece aquella fuerza y tiende á una perfeccion que no puede alcanzar la milicia ciudadana.

En cuanto al personal de oficiales, es completa la decadencia. Los altos órdenes de senadores y caballeros iban por momentos perdiendo la afición á la carrera de las armas. Antes se disputaban los grados en el estado mayor: ahora, si un simple caballero consiente en servir en el ejército, tiene asegurada su promoción al tribunado militar; y ya, aun para llenar los cuadros, es necesario descender hasta los hombres de mediana extraccion. Un ciudadano de distinguida familia entra en las legiones, se alista para pasar su tiempo en Sicilia ó en cualquiera otra provincia, en donde jamás tenga que luchar contra el enemigo, y es, por lo mismo, un fenómeno muy raro hallar en él el valor y la habilidad aun más vulgares, siendo esta la causa de que los contemporáneos de Pompeyo, sobre todo, haciendo de él un dios Marte, cayeran prosternados en una peligrosa admiracion. En los dias de desercion y de tumulto, el estado mayor era el primero en dar la señal, y acontecia diariamente que sus mismos soldados les hacian volver á sus filas á despecho de su vituperable molicie. César ha descrito, no sin ironía, las escenas que tuvieron lugar en su campamento la víspera de marchar contra Ariovisto: todos le maldecian, todos lloraban; cada cual se cuidaba sólo de hacer su testamento ó de solicitar en el acto su licencia (1).

---

(1) *B. g. 1, 39.*

Entre los legionarios no se encontraba uno solo que hubiera salido de las altas clases sociales. Por la ley, todo ciudadano estaba obligado, como sucedía antes, al servicio militar; pero el reclutamiento se hacía sin regla y de una manera en extremo iníqua: se pasaba por alto á muchos ciudadanos sujetos al servicio, mientras que se retenían en las filas por treinta y más años á los que una vez habían sido afiliados.

La caballería cívica, que, en realidad, no era más que una guardia noble montada, conservó todavía alguna apariencia de vida; sin embargo, todos aquellos caballeros perfumados, todos aquellos hermosos caballos de lujo, solo figuraban en las fiestas de la capital. La milicia legionaria de á pié no era más que un conjunto de mercenarios reclutados en las más bajas capas de la población romana: en lo sucesivo, solo los vasallos formaban la caballería y las tropas ligeras, y diariamente aumentaba el número de aquellos aún en las mismas filas de la infantería de línea. En cuanto á los centuriones, en otro tiempo jefes enérgicos y decididos de las cohortes, los cuales, procedentes de las ínfimas clases de los *pilani* bajo la antigua ordenanza, conquistaban con el tiempo la *cepa de la vid*, debían ahora su promoción solo al favor, y frecuentemente á una cantidad de dinero. No tenemos necesidad de decir que, habiendo llegado á su colmo el desorden en las rentas del Estado, y siendo venales y fraudulentos la mayor parte de los magistrados, el sueldo del legionario era irregularmente pagado ó solo se le pagaba la mitad. La consecuencia natural de este estado de cosas era: que los ejércitos romanos saqueaban frecuentemente las provincias; que siempre insubordinados contra sus jefes, se dispersaban enfrente del enemigo, vién-

dose uno de estos ejércitos, considerable por su número, el de Marco Pison, en Macedonia, disolverse por completo, sin combate ni ménos derrota, por el solo efecto de esta gangrena interior. Y, sin embargo de estos mismos elementos iniciados, capitanes tan hábiles como Gabinio, Pompeyo y César; supieron hacer excelentes y valerosos ejércitos, ejércitos modelos por más de un concepto, pero que pertenecian á su general más que al Estado. No hablamos de la marina, cuya ruina era más completa todavía, no habiéndose nacionalizado jamás el servicio naval entre los Romanos por ser en extremo opuestos á él. Bajo el régimen oligárquico pereció allí, en virtud del sistema y de la organizacion, todo lo que podía perder.

*Reorganizacion por César. Mercenarios extranjeros. Lugartenientes de legion.*—Para reorganizar las fuerzas militares de Roma, se limitó César á reanudar y estrechar el lazo de la disciplina que generales débiles é incapaces habian dejado relajar. No creyó que el ejército tuviese necesidad de una reforma radical, ni que pudiera sufrirla, y por consiguiente se encargó de él, como Annibal se habia encargado del suyo. Cuando le vemos establecer en su *ley municipal*, que para ser apto, antes de la edad de treinta años, para una magistratura local ó para las funciones de *duumviro* ó *quatuorviro*, era menester haber servido tres años como caballero, es decir, con categoría de oficial, ó seis en la infantería, comprendemos fácilmente que intentó con esta medida atraer al ejército á individuos de familias distinguidas; pero tambien es evidente que, extinguiéndose por momentos en el seno de la nacion el espíritu militar, el regente consideraba imposible agregar en absoluto, como

otras veces, la aptitud para los honores cívicos, á la condicion del tiempo de servicio cumplido en su totalidad. Por esta misma razon, no probó á reorganizar la antigua caballería cívica. Mejoró los reclutamientos, regularizó y acortó las licencias, más él se contentó con la infantería de línea reclutada en las clases bajas del pueblo romano, con la caballería é infantería ligeras, formadas de los contingentes de los vasallos, y, ¡cosa sorprendente! nada hizo para reorganizar la escuadra de guerra. Por una innovacion sumamente grave, que no dejaba de ofrecer peligro hasta para su autor, obligado, sin duda, por la escasez de caballería del contingente vasallo, dió al olvido la antigua tradicion de Roma, que prohibia los soldados mercenarios é introdujo en sus escuadrones extranjeros á sueldo, especialmente Germanos, é hizo todavía otra innovacion, instituyendo los *lugartenientes de legion*, con las facultades de los *pretore* (*legati legionis pro prætore*). Antes era mandada la legion por los tribunos militares de nombramiento del pueblo ó del gobernador de la provincia. Estos oficiales, en número de diez, alternaban en el mando, y sólo como medida transitoria y en casos extraordinarios, le daba el general un jefe único. En lo sucesivo, los comandantes de legion, ó *lugartenientes pro-pretore*, formaron una institucion permanente y regular, y no fueron ya nombrados por el pretor de la provincia, al cual obedecian, sino por el supremo magistrado de Roma, remontándose, á lo que parece, esta nueva creacion á las disposiciones tomadas por César con ocasion y á consecuencia de la ley Gabinia. ¿A qué conducia esta introduccion de un oficial superior, desconocido hasta entonces en el cuadro de la gerarquía militar? Se hacia sentir, sin duda, la necesidad de una

más fuerte concentracion del mando; además, los buenos é inteligentes oficiales escaseaban mucho, y sobre todo, importaba al emperador establecer en el mismo ejército y en la persona de los lugartenientes á quienes nombraba, un contrapeso sério al poder de los gobernadores de las provincias.

*El nuevo general en jefe.*—Pero el cambio más importante en la nueva organizacion fué, sin disputa, el cargo, reservado al emperador, de jefe permanente del ejército; y, en vez del antiguo colega de gobierno, ignorante de los asuntos de la guerra, é ineficaz de todo punto, tendrá el emperador en persona el mando de todo el ejército; sucediendo á una direccion casi enteramente nominal, una jefatura suprema, real y enérgica. ¿Cómo se conduciría en presencia de los jefes militares especiales, omnipotentes en sus respectivas provincias? Sobre este punto, no tenemos ningun documento preciso; se pueden, sin embargo, referir aquí, por analogía, las relaciones establecidas entre los antiguos pretores y el cónsul, ó las recientes entre el cónsul y el dictador. El gobernador, en su provincia, tenia la autoridad militar suprema, pero en todo tiempo tuvo el emperador, á su vez, el derecho de recobrarla por sí mismo ó por su delegado. Y en todo caso, mientras que el *imperium* del gobernador estaba limitado á su provincia, el del emperador, parecido á la autoridad real ó consular de los primitivos tiempos, no reconocia otros límites que las fronteras del imperio. Tengo por muy probable que, tambien desde este día, al mismo tiempo que se reservaba César la eleccion directa de los lugartenientes de las legiones, atrajo á sí la colacion de los grados de tribuno militar y de centurion, por lo ménos de todos aquellos cuyo nombramiento habia correspondido

hasta entonces al gobernador de la provincia (1). De la misma manera la organizacion del reclutamiento, las licencias definitivas y la resolucion de las causas criminales más graves, debieron depender de su poder soberano. Reducida y definida de esta suerte la competencia de los pretores y proconsules, regularizado así el registro imperial, ya no habia que temer que los ejércitos se enérvaran por el vicio de una fatal negligencia, ni que se convirtieran en una horda á disposicion de los generales.

*Plan militar de César. Defensa de las fronteras.*

—Cuando César tomó el mando supremo, volvió decididamente la situacion á la monarquía militar: distaba mucho, sin embargo, de querer hacer de sólo el ejército la base y el instrumento de su poder. Consideraba necesario el ejército permanente en el Estado cesariano; pero esta necesidad sólo se le imponia por una razon geográfica: en efecto, ¿no era necesario rectificar las inmensas fronteras del imperio, y asegurarlas por medio de guarniciones fijas? César habia trabajado, antes y durante la guerra civil, en la pacificacion de España: en Africa, en los confines del gran desierto, y en el Noroeste, en la línea del Rhin, habia establecido fuertes destacamentos; se ocupó tambien en guarnecer los territorios del Eufrates y del Danubio; acariciaba, ante todo, un proyecto de expedicion contra los Partos; queria vengar el desastre de Carras, y pensaba emplear tres años en esta guerra (prudente prevision era esta de arreglar de una vez para siempre las cuentas de Roma con un poderoso

---

(1) Sábese que parte de los tribunos militares eran antes elegidos por el pueblo. César, fiel demócrata en esta ocasion, no hizo ninguna innovacion en este punto.

enemigo); premeditaba tambien un ataque contra el geta *Boerebistas*, infatigable batallador, que habia estendido sus conquistas sobre las dos riberas del Danubio, y, en fin, pensaba proteger la Italia, por la parte del Nor-Este, por los mismos medios empleados al Norte de las Gálias. Mas nada muestra, por otra parte, que César, á imitacion de Alejandro, soñase jamás en una indefinida carrera de victorias y conquistas. Es cierto que algunos dicen que despues de la guerra de los Partos debia marchar contra los pueblos del mar Caspio; desde allí remontarse hasta el mar Negro; y despues, recorriendo su ribera septentrional, volver al Danubio, reducir á la obediencia á todos los Escitas y Germanos desde este rio al Océano Boreal, poco apartado del Mediterráneo, segun las creencias geográficas de su tiempo, y, por último, regresar á Italia por las Gálias (1); pero, yo pregunto: ¿en qué fundamento, en qué autoridad se apoyan estos fantásticos designios? Dado el imperio romano de César con su aglomeracion, ya colosal de elementos bárbaros casi indomables, y cuya asimilacion solamente exigia ya el trabajo de muchos siglos, ¿hubieran sido otra cosa tales conquistas, á suponerlas militarmente practicables, que la repeticion más evidente y funesta de la falta del héroe macedónico, la de su expedicion á la India? A juzgar por la conducta de César en Bretaña y en Germanía, y por los actos de los que fueron los herederos de su pensamiento político todo conduce á creer, por el contrario, que, fiel á la doctrina de Escipion Emiliano, en vez de pedir á los dioses la estension del territorio romano, no puso empeño sino en conservarlo intacto.

---

(1) Plut., *Cas.* 58.

Si todavía pretendió conquistar, fué para la mejor organizacion de las fronteras, y esto segun la medida grandiosa de su génio. Quiso asegurarse la línea del Eufrates, ocupar, al Nor-Este, sobre la línea del Danubio, un límite hasta allí vacilante, y establecer en él, en vez de una posicion inútil de todo punto, una defensa completamente formal. No vemos, pues, en César al conquistador universal, como Alejandro ó como Napoleon. Lo que aparece, al ménos, fuera de toda duda, es que no hizo de su ejército el primero y principal apoyo de la nueva Monarquía, y que no elevó el poder militar por encima del poder civil. Lejos de eso, colocó al primero dentro del segundo, ó mejor dicho, lo subordinó á él cuanto le fué posible. Procuró anular aquellas veteranas y famosas legiones de Galos, inestimables apoyos de un Estado puramente militar, colmándolas de distinciones honoríficas, pues sabia muy bien que su espíritu de cuerpo no se acomodaba al régimen de las sociedades civiles, y sus gloriosos nombres, trasladados con ellas, fueron á decorar los *Municipios* de nueva creacion. Los legionarios licenciados, á los cuales se habian repartido lotes de tierras, no se establecieron, como los de Sila, los unos al lado de los otros, ni fueron organizados militarmente. Se les vió, en Italia sobre todo, establecerse aislados en sus tierras, y esparcidos por toda la Península.

Solo en la Campania, en donde podia disponerse de ciertas regiones del país, se encontraron inevitablemente los veteranos de César agrupados en gran número. Por difícil que fuera sostener un ejército permanente en medio de las instituciones de la vida civil, el imperio, sin embargo, lo necesitaba, y César proveyó á esta necesidad, en primer término, no in-

troduciendo innovacion alguna en la antigua ordenanza, por la cual se exigia solamente que se hubiera estado un determinado número de años bajo los estandartes, aunque no de un servicio continuo y no interrumpido por licenciamientos parciales, y además abreviando, como ya hemos dicho, el tiempo de servicio, con lo que resultaba un movimiento de frecuentes renovaciones en el personal de los soldados, trasformándose en colono rural el veterano, que habia sido licenciado con arreglo á la ordenanza despues de cumplir el tiempo de su empeño. Por último, y esto era lo más importante, el ejército estaba á gran distancia de Italia y de las grandes capitales, principal teatro de la vida civil y política: el soldado iba allí donde, segun el pensamiento del monarca, tenia su verdadero puesto, á la guarnicion de las fronteras, y se hallaba siempre haciendo frente á los enemigos exteriores. La institucion, tipo de una *guardia* perfectamente organizada y con largueza privilegiada, que se encuentra siempre en todo Estado militar, no la vemos en la monarquía de César. No ignoro que en todo ejército en campaña se forma una especie de guardia personal del general en jefe; pero, en el sistema de César, la *cohorte pretoriana* quedaba fuera del plan, y no se componia sino de oficiales de ordenanza y de compañeros no militares del jefe, no habiendo en ella nada que la asemejase á una tropa especial escogida, y que pudiera suscitar envidias en los soldados de línea. César, en sus guerras, no quiso rodearse de una guardia personal, y mucho ménos al ocupar el trono. Aunque todos los dias se hallaba rodeado de asesinos, y él lo sabia, rechazó la mocion del Senado, que le ofrecia una *guardia noble*: cuando el estado de la tranquilidad pública

lo permitió, licenció la escolta española que antes le acompañaba en la ciudad, y no conservó sino á sus lictores, cortejo tradicional del magistrado supremo de Roma. En lucha con la realidad, fué forzoso abandonar una parte del programa de su partido y de su propia juventud, á saber: el establecimiento en Roma de un régimen, como el de Pericles, fundado, no en el poder del sable, sino en la sola confianza del pueblo: no obstante, fué consecuente, y esto con una energía sin igual en la historia, en el pensamiento fundamental de una Monarquía no militar. Y aun cuando éste fuera un ideal de realizacion imposible, alimentaba, no obstante, esta ilusion, única que habia concebido en su vida. En este grande hombre, tuvo más fuerza el impaciente deseo que la perspicacia: el sistema que él acariciaba no era solamente por su naturaleza y por necesidad el poder personal absoluto, y no estaba condenado á desaparecer á la muerte de su fundador como las instituciones creadas por Pericles y por Cromwel. ¿Cómo creer, en efecto, por un sólo instante, que en el seno de esta nacion desorganizada, el octavo rey de Roma, á semejanza de los siete reyes antiguos, habia de conseguir, durante todo el curso de su vida, gobernar la ciudad con sólo el auxilio de las leyes y del derecho? ¿Podia admitirse, por un momento siquiera, que aquel ejército permanente que habia probado su valor en las últimas guerras, desechado todo temor y perdido la disciplina, se resignase á la obediencia pasiva en el organismo de una sociedad civil? Los que consideren con calma cómo se habia perdido en todas las clases de la sociedad, altas y bajas, el respeto á la ley, habrán de tener por una quimera toda la esperanza de que se hubiera sostenido un régimen extrictamente legal. Habien-

do hecho del soldado la reforma militar de Mário una cosa muy diferente de un ciudadano, la insurreccion de la Campania y el campo de batalla de Thapsus mostraban cómo el ejército obedecería en lo sucesivo la ley: el mismo héroe de la democracia pudo á duras penas medio refrenar los elementos que antes habia desencadenado, y aunque á una señal suya se desenvainaban mil espadas, no volvian á envainarse á pesar de su orden. El destino tiene más fuerza que el génio. César queria ser el restaurador de la sociedad civil, y, á despecho suyo, no fundó más que la aborrecida monarquía militar; y si destruyó el *Estado en el Estado* de los aristócratas y de la alta banca, fué para reemplazarle con el *Estado de la soldadesca en el Estado*: antes como despues, la sociedad sufrió la tiranía, y fué explotada por una minoría privilegiada. Es, sin embargo, una condicion de los grandes génios el crear algo áun en medio de sus errores: el grande hombre fracasó en sus más originales tentativas, no realizó su ideal; pero, ¿qué importa? Sus tentativas llegaron á ser la mejor riqueza de la nacion. Por el trabajo de César, el Estado militar romano se convirtió, despues de muchos siglos, en un Estado político: gracias á él, por poco que se parecieran los emperadores romanos, al inmortal fundador del imperio, se guardaron bien de volver de ordinario al soldado contra los ciudadanos y le tuvieron en frente de los enemigos exteriores: gracias á él tambien, estimaron en mucho á la nacion y al ejército, para hacer de este la guardia de policia de aquella.

*Administracion financiera.*—La hacienda romana tenia su sólido fundamento en la inmensidad misma del imperio y en la falta de todo sistema de crédito, y era cosa relativamente fácil regularizarla. Si

hasta entonces la República había tenido que luchar con crisis monetarias, el mal no consistía, en manera alguna, en la insuficiencia de las rentas públicas, las cuales, en los últimos años, habían aumentado prodigiosamente. A los ingresos de los tiempos anteriores, calculados, en total, en 200 millones H S (15.000.000 de thalers, 51.000.000 de pesetas), se agregaron 85.000.000 H S (6.500.000 thalers, más de 22.000.000 de pesetas), ingreso anual de las nuevas provincias de Bitinia y Ponto, y de la Siria; y este aumento de ingresos, juntamente con otras rentas y recursos nuevos ó más productivos, como, por ejemplo, los ingresos cada día crecientes de los impuestos sumptuarios, compensaba con creces la pérdida de los arrendamientos de la Campania. No se olviden tampoco las enormes y extraordinarias entregas de dinero efectuadas antes en las cajas del Tesoro por Lúculo, Metelo, Pompeyo, Catón y muchos otros. Las crisis financieras reconocían, pues, como principal causa, el aumento de los gastos ordinarios y extraordinarios, así como el desorden inmenso de los negocios. Sin citar más que las provisiones distribuidas al populacho de Roma, las sumas invertidas excedían á toda medida: desde el año 691, en que Catón había aumentado su presupuesto de gastos, se elevaban los de este solo jefe á la cantidad de 30 millones H S (2.300.000 thalers, cerca de 8.000.000 de pesetas), y después de la supresión del censo, pagado hasta entonces por los beneficiarios, no absorbía menos de la quinta parte del presupuesto de ingresos.

El presupuesto militar se había aumentado también desde que hubo que atender á las guarniciones de Cilicia, de Siria y de las Galias, además de las de España, Macedonia y otras provincias. En el primer

capítulo de gastos extraordinarios figuraban gruesas sumas destinadas al armamento naval, y en los cinco años apenas transcurridos después de las grandes expediciones del 687, contra los piratas, había consumido la escuadra 34.000.000 H S (2.600.000 thalers, cerca de 9.000.000 de pesetas). Cuñábase después las inmensas sumas gastadas en los armamentos y expediciones militares. Pison, por ejemplo, para poner en pié de guerra al ejército de Macedonia (697) había gastado 18.000.000 H S (1.370.000 thalers = 4.668.000 pesetas) en una sola vez; Pompeyo gastó 24.000.000 H S cada año (1.826.000 thalers, más de 6.000.000 pesetas) en el sostenimiento y sueldo del ejército de España, y una cantidad parecida consumió César para las legiones de las Gálias. Pero, por considerables que fuesen las cantidades extraídas del Tesoro, es más que probable que se habría podido atender á estos pagos, si la administración económica de Roma, tan perfecta en otro tiempo, no hubiera alcanzado también la corrupción y la decadencia general de la época. Con frecuencia se suspendían los pagos en las cajas públicas, tan solo por la negligencia de los agentes en hacer ingresar los vencimientos. Jefes del Tesoro eran dos de los cuestores, nuevos magistrados, que eran reemplazados todos los años, y que, por lo ménos, estaban en una actitud pasiva. En otro tiempo, las oficinas y el personal que las servía eran tenidos en justa y alta estima por razón de su respetabilidad; pero, en esta época, se cometen diariamente por ellos los más escandalosos abusos, sobre todo desde el momento en que sus cargos fueron comprados.

*Reformas financieras de César.*—Mas cuando los hilos del sistema financiero de Roma dejaron de

estar en las manos del Senado, y cuando todos ellos fueron á parar al gabinete de César, una nueva vida, un órden más severo y un movimiento más poderoso se manifestaron al punto en todos los órganos, en todas las ruedas de la vasta máquina. Las dos instituciones de Cayo Graco, los dos cánceres de la hacienda romana, el arrendamiento de los impuestos y la *annona* fueron suprimidos ó transformados. César no quiso, como habia hecho su predecesor, tener á la nobleza en jaque por una aristocracia de la banca y por el populacho de la gran ciudad, á los cuales separó, librando al Estado de los parásitos de alta y baja clase: en este punto, lo repito, lejos de imitar á Graco, sigue la misma conducta que el oligarca Sila. En materia de impuestos indirectos, mantuvo, por el contrario, los arrendamientos.

*Supresion del arrendamiento de los impuestos directos.*—Tenian estos en su favor la antigua y tradicional costumbre, y, por otra parte, no se podia pasar sin ellos. La máxima constante de la administracion de la hacienda, máxima á la cual tambien César se manifestó enteramente fiel, fué simplificar á toda costa la percepcion de los impuestos indirectos evaluados á bulto. Al contrario, los impuestos directos, así como los censos en aceite y granos de Africa y de Cerdeña, fueron en general considerados por él como prestaciones en especie entregadas directamente al Estado ó transformadas en impuestos fijos; y en cuanto á la percepcion de las cuotas que habian de pagar las circunscripciones, quedó á cargo de estas mismas.

*Reforma de la annona.*—Las distribuciones de trigo en Roma eran tenidas antes de César por un derecho útil que pertenecia á la ciudad reina, y cuya prestacion correspondia á los vasallos. César se pro-

puso abolir este principio; pero no podia olvidar que, sin la *annona*, habrian quedado reducidos á morir de hambre multitud de ciudadanos, que se hallaban en la mayor miseria, razon por la cual la mantuvo de hecho. La *annona* de Sempronio, renovada por Caton, concedia á todo ciudadano el derecho á su lote gratuito en cereales, y, bajo este régimen, el número de beneficiarios, en el último estado, no bajaba de 320.000: César hizo borrar de ese número á todos los individuos acomodados ó que tenian otros recursos, y pronto quedaron reducidos á 150.000, número máximo de lotes fijado de una vez para siempre. Decidió que todos los años se sometiera á revision, y que se proveyeran, por la inscripcion de los pretendientes más necesitados, las vacantes ocurridas por muerte ó por la salida de los titulares. El privilegio político creado por los Gracos se convirtió, pues, en un socorro al pauperismo.

Inaugurado por primera vez, entraba en escena un dogma nuevo é importante, que se hacia lugar en el órden moral y en la Historia. Solo lentamente y por grados camina la sociedad civil hácia la solidaridad de los intereses: en la antigüedad primitiva se veia claramente que el Estado protegia á los suyos contra los enemigos de fuera y contra los asesinos, pero no se creyó obligado á facilitar al ciudadano indigente los medios necesarios para su subsistencia, ni á defenderle contra el enemigo más implacable, contra el hambre. La civilizacion ateniense fué la primera que, en las leyes de Solon y de sus sucesores, emitió el principio de que la ciudad tiene el deber de cuidar de sus inválidos, y generalmente de sus pobres; pero esta regla cívica no habia traspasado los estrechos límites de la sociedad ateniense: César hizo de ella

una institución orgánica; y si antes era para el Estado una carga y una gran vergüenza, él la convirtió en una de estas instituciones de beneficencia, de las que tantas se ven en nuestros días, en que la caridad infinita del hombre lucha cuerpo á cuerpo con las miserias también infinitas de la humanidad.

*Presupuesto de ingresos.*—No siendo bastantes estas reformas de principio, puso mano César en la reforma de los presupuestos de ingresos y de gastos, y por su orden se regularizaron y fijaron en todas partes los ingresos ordinarios. Numerosas ciudades, provincias enteras, ya indirectamente por el derecho de ciudad romana ó latina, ya directamente en virtud de privilegios, gozaban de la inmunidad de impuestos: citemos, como ejemplos del primer caso, todas las ciudades de Sicilia (1), y del segundo, la ciudad de Ilion. También se rebajó á las ciudades, y esto fué todavía más frecuente, la cuota del impuesto: así vemos que el Senado, á propuesta de César despues de su pretura, concedió una reduccion de contribuciones á todas las ciudades de la España Ulterior, y en este tiempo, la mayor parte de las de la provincia de Asia, sobre las cuales pesaban las más exorbitantes cargas, obtuvieron facilidades para el pago de su impuesto indirecto, haciéndoseles también la rebaja de una tercera parte. No eran tampoco muy elevadas las cuotas y rentas nuevas, ni los

---

(1) Esta era la consecuencia del derecho de latinidad concedido á la Sicilia: por otra parte, Varron, en su libro (*de re rust.*, 2, *prafat.*) publicado despues de la muerte de Ciceron, atestigua claramente la abolicion de los diezmos sicilianos, y, hablando de las provincias productoras de trigo que abastecian á Roma, no cita más que al Africa y á la Cerdeña, y ni una palabra dice de la Sicilia.

tributos impuestos á los pueblos sometidos de la Iliria, y sobre todo á las ciudades galas (solo estos últimos contribuian con una suma de 40.000.000 H S 3.000.000 de thalers, unos 10.000.000 de pesetas al año). A algunas ciudades, como la Pequeña Leptis en Africa, *Sulei* en Cerdeña y un gran número de localidades españolas, sufrieron un recargo en castigo de la conducta que habían observado durante las últimas guerras. Las muy productivas aduanas de los puertos de Italia, que habían sido suprimidas (694) durante la crisis, fueron restablecidas por César, y su principal producto fué, con justicia, el derecho impuesto á las mercancías de lujo que venian de Oriente. Agréguese á estos recursos ordinarios nuevos ó restablecidos, los ingresos extraordinarios, las sumas que llegaron al vencedor despues de la guerra civil, el botin recogido en las Gálias, los fondos hallados en el Tesoro en Roma, los tesoros extraidos de los templos de Italia y de España, las contribuciones, las exacciones ejercidas bajo la forma de un empréstito ó de un donativo forzoso y de expropiación á los príncipes y ciudades que dependian de la República, las multas impuestas de una manera parecida, por sentencia ó simplemente por una orden á muchos ciudadanos ricos, y agréguese, sobre todo, las confiscaciones reales llevadas á cabo contra los enemigos de César despues de su derrota, y se elevarán los ingresos á una suma enorme. Solo la multa impuesta á los grandes mercaderes africanos, que habían tomado asiento en el anti-senado, ascendia á 100.000.000 H S (7.500.000 thalers, unos 25.500.000 pesetas). Los compradores de los bienes de Pompeyo le pagaron 70.000.000 H S (5.300.000 thalers, más de 18.000.000 de pesetas). ¡Rigores necesarios! El poder

de los nobles vencidos consistía, sobre todo, en sus colosales fortunas, y César no podía abatirlos sino haciéndoles pagar los gastos de guerra: por otro lado atenuó la odiosidad de la medida, haciendo ingresar en el Tesoro el producto entero de las confiscaciones, y, lejos de disimular, como Sila, los fraudes de sus favoritos, obligó severamente a entregar el precio de las ventas, aunque los deudores fuesen sus más fieles amigos, Marco Antonio ú otros.

*Presupuesto de gastos.*—La considerable reducción de la *annona* había tenido por consecuencia inmediata una reducción proporcional en el presupuesto de gastos. Las distribuciones de alimentos que se hacían á los pobres de la ciudad, así como las prestaciones en aceite para las termas romanas nuevamente instituidas por César, se satisfacían en adelante con los censos en especie de la Cerdeña, y principalmente del Africa, y por consiguiente el fisco quedó completamente ajeno á esto. Por otra parte, los gastos ordinarios del estado militar se habían elevado por el aumento del ejército permanente y por el del sueldo del legionario, que de 480 H S al año, (34 thalers=115 pesetas) se elevó á 900 H S (68 y medio thalers=230 pesetas). Medidas inevitables, en efecto, porque, antes de César, la frontera estaba sin defensa, y para defenderla se necesitaba un acrecentamiento considerable de fuerzas. En cuanto al aumento de sueldo, sabía César perfectamente, sin duda, que por este medio encadenaba al soldado; pero otro motivo había determinado é hizo durable aquella innovación. El sueldo de un *sestercio*, tres cuartos al día (2 *silbergosh*=0,22 próximamente), se había fijado en los tiempos antiguos, en la época en que la moneda tenía un valor superior, y se había podido sostener,

mientras que en Roma el jornal de un obrero no habia pasado de 3 H S 5 *silberg* = 0,55 céntimos): entonces, cuando el miliciano iba al ejército, tenia mucho ménos necesidad del sueldo que de los productos accidentales, y casi siempre ilícitos, del servicio militar. Muy difícil es formarse una idea de la cantidad á que ascendian los gastos extraordinarios que César tuvo que hacer, unas veces de grado, y otras contra su voluntad: solo las guerras consumieron sumas monstruosas, y quizá las promesas y las seguridades dadas en el curso de la guerra civil representaran una cantidad parecida. ¡Qué funesto ejemplo, y de qué gran trascendencia para el porvenir, aquel *donativum* de 20.000 H S (1.500 thalers; unas 5.200 pesetas) hecho á cada simple soldado por su concurso armado; aquellos 300 H S (22 thalers, unas 75 pesetas), pagados á todo ciudadano de la plebe romana, además de la *annona*, por no haber tomado las armas! Pero cuando César, bajo la presion de las circunstancias, habia empeñado su palabra, no escatimaba nada de lo ofrecido y se portaba como rey; y haciendo empeño de honor el obedecer el impulso diario de su generosidad, le costaba ésta cara. Habiendo sido abandonados escandalosamente los trabajos públicos durante los disturbios anteriores, consagró á ellos enormes sumas; se calculaba que el coste de las construcciones hechas en Roma mientras duró la guerra de las Galias y despues de terminada, ascendia á 160.000.000 H S (12.000.000 de thalers, unos 41.000.000 de pesetas). De cualquier manera que sea, y á pesar de estas sumas, la administracion financiera de César tuvo de notable que, gracias á prudentes y enérgicas reformas, y á la accion unida y regulada de la economía y la liberalidad, supo atender completa y desaho-

gadamente á todas las justas exigencias de la situación. Desde el mes de Marzo del 710, habia acumulado en el Tesoro público 700.000.000 H S; en su tesoro privado, 100.000.000 (en suma, 61.000.000 de thalers, unos 207.400.000 pesetas); es decir, una cantidad por lo ménos diez veces mayor que la que habia existido jamás en las arcas públicas, áun en las épocas más florecientes de la República.

*Situación económica.*—Disolver los antiguos partidos, dar á la sociedad romana la constitucion que más se adaptara á aquel momento, un ejército excelente y aguerrido y una Hacienda bien organizada, no era ciertamente una tarea fácil, pero tampoco la más difícil de la obra de César. Para vivificar la nacion itálica, era menester una reorganizacion fundamental que alcanzara á todas las partes del grande imperio, y trasformara á Roma, á Italia y á las provincias. Procuremos bosquejar ahora el cuadro de la situación de la víspera y de la civilizacion nueva y más perfecta, inaugurada por el Dictador.

*Su capital.*—La pura y antigua raza latina habia desaparecido de Roma, pues está en la naturaleza de las cosas que, en toda capital, el sello nacional y municipal se gaste con el uso, y se borre más pronto que en las ciudades secundarias. Allí, se retiran bien pronto las altas clases de la vida de la ciudad; no tienen, en realidad, allí su patria y se confunden en el gran Estado. Por una corriente inevitable, afluye desde luego á la ciudad una colonia extranjera: encuéntranse en ella gentes que van llevadas por sus negocios, y otras que viajan por recreo, así como tambien una turba cosmopolita de vagos, de hombres viciosos y criminales, ó de aquellos que han perdido toda ley y todo freno. En ninguna parte como en Roma se ha

realizado, bajo todos aspectos, este notable fenómeno. Habiéndose transformado en magistrados del imperio los magistrados municipales de la ciudad, y la Curia en una Asamblea de ciudadanos de un vasto Estado, no se quería en el seno de la capital, ni pequeñas asociaciones de distrito, ni ningún otro linaje de corporaciones independientes: la vida comunal cesa de pronto, al mismo tiempo que, desde los más remotos confines del vasto imperio romano, acudían á la ciudad, unos para especular, otros para hacer una vida de libertinaje y de intriga, éstos, para enaltecerse en el crimen, aquellos, para ocultarse á la acción de la ley. Siendo Roma capital, se engendraban en ella necesariamente estos abusos; otros aparecieron, quizá más graves, nacidos con frecuencia del azar.

*El populacho. Conducta de la oligarquía respecto de sí misma.*—Ninguna gran ciudad de las que han existido en el mundo ha sido tan pobre como Roma en medios de subsistencia; las importaciones reales, y el ser los oficios ocupación de los esclavos, hicieron allí imposible, desde el principio, la industria libre. La esclavitud, lepra mortal de la ciudad antigua, llevaba consigo por todas partes funestas consecuencias, y en Roma el mal excedía á todo lo que hasta entonces se había visto. En ninguna parte del mundo llenaban los palacios de las poderosas familias y de los opulentos advenedizos aquellos enjambres de esclavos que se veían en la ciudad reina; en ninguna parte tampoco había aquella reunión de muchedumbres serviles, receptáculo de los pueblos de los tres continentes: los Sirios, Frigios y otros semi-helenos, se confundían con los Mauros y los Libios; los Getas y los Iberos se mezclaban con los Galos y Germanos, yendo siempre en aumento este oleaje de pueblos. La desmoralización,

compañera inseparable de la esclavitud, y el odioso contraste entre la ley positiva y la ley moral, resaltaban á la vista. Todavía podía disimularse en el esclavo de campo, encadenado á la tierra como el buey al arado; ¿pero puede concebirse cosa más vil que el esclavo de la ciudad á medio civilizar ó civilizado del todo, que se daba una grande importancia? ¿Y qué decir de aquellos ejércitos de libertos, hombres libres de hecho ó de derecho, innoble barahunda de mendigos ó de insoportables enriquecidos que, no siendo siervos ni ciudadanos, se hallaban encadenados á su patrono por todas las leyes económicas y jurídicas, y se engreían de ser hombres libres? Pululaban sobre todo los libertos; llegaban á la ciudad y encontraban en ella mil maneras fáciles de emplearse, estando casi exclusivamente en sus manos el pequeño comercio y los pequeños oficios. Hicieron sentir muchas veces su influencia en las elecciones y siempre estaban en los primeros puestos en los motines de las calles; por ellos daba la señal el demagogo de entonces, y á la voz de éste se cerraban sus tiendas y puestos; y lo peor era que el gobierno, lejos de luchar contra la corrupción del pueblo romano, la fomentaba cuanto podía por el interés de su política egoísta. Por una prudente ley se había prohibido que residiesen en la ciudad los condenados á muerte, y por un olvido vergonzoso no se cumplía; importaba á la seguridad comun vigilar de cerca las asociaciones y los clubs revolucionarios, y esta vigilancia fué abandonada primero, y despues se consideró un crimen de lesa-libertad. Las fiestas públicas se habian aumentado hasta el punto de que sólo las siete ordinarias, férias romanas, férias pl beyas, las de la madre de los dioses, *Idea*, de Cérés, de Apolo, de Flora y de la Victoria, duraban todas juntas se-

senta y dos dias, sin contar los juegos de gladiadores y otra multitud de extraordinarios. A aquel proletariado, que vivia al día, era menester darle, á todo trance, los cereales á un ínfimo precio; pero los magistrados no habian puesto ni solicitud ni conciencia para asegurárselos, y los precios habian sufrido fabulosas fluctuaciones é incalculables quebrantos (1). En fin, el incentivo oficial de la *annona* atraía á la capital á toda la muchedumbre de proletarios que tenian el título de ciudadanos, y que, careciendo de recursos, miraban, no obstante, con horror el trabajo.

*Anarquía y desórden material.*—A mala siembra mala cosecha. Los clubs y las fracciones, azote de la política, y el culto de Isis y las otras supersticiones piadosas, azotes de la religion, fueron echando en adelante sus raíces en Roma. La constante carestía de los víveres, las frecuentes hambres, el peligro á que se hallaba expuesta la vida de los transeuntes, peligro mayor que en cualquiera otro punto, fueron causas de que el bandolerismo y el asesinato llegaran á ser un oficio regular, y tal vez el único oficio. Atraer á la ciudad gentes de fuera, era ya preparar su muerte, y nadie se hubiera atrevido á recorrer el rádio de Roma sin una escolta. Por su aspecto exterior, era la ciudad la expresion misma del desórden social y la viva sátira del sistema aristocrático: nada se habia hecho para arreglar el Tiber, en el cual solo se habia

---

(1) En el espacio de un corto número de años, en la misma Sicilia, país de la produccion, el *modius* romano (próximamente 8,63 lit.) se habia vendido á 2 H S, y despues á 20. Fómese, por este ejemplo, una idea del movimiento de los precios en Roma, en donde no se podia vivir sino del trigo de Ultramar; en Roma, que era el antro de los especuladores.

construido un puente de piedra hasta la isla, único que á la sazón existía. Poca cosa eran también los trabajos de nivelación ensayados en la ciudad de las siete colinas, dejando que los escombros fueran haciéndolo de cualquier manera; las calles, estrechas y formando frecuentes ángulos, eran pendientes, y sus aceras angostas y mal empedradas, no cuidándose nada de su conservación; las casas de la gente del pueblo eran de ladrillo, y de tan escasa elevación, que angustiaba estar en ellas; arquitectos sin conciencia las habían construido por cuenta de los pequeños propietarios, y mientras estos se arruinaban, aquellos improvisaban colosales fortunas. En medio de estos grupos de miserables construcciones, se levantaban, á semejanza de islas, los fastuosos palacios de los ricos, que robaban el aire y el espacio á los pequeños edificios, como sus habitantes usurpaban al modesto ciudadano su derecho y su puesto en el Estado. Al lado de estos palacios con pórticos de mármol y con estatuas griegas, hacían pobre contraste los templos de los dioses, ruinosos por su antigüedad, con sus toscas imágenes, casi todas de madera. Apenas se podría encontrar algún vestigio de policía en las calles, en los paseos, en las construcciones y en los incendios: todos los años hacían estragos las inundaciones, el fuego y los hundimientos, y nadie se cuidaba de ello, á no ser algún sacerdote, á quien oficialmente se consultaba sobre el sentido y la trascendencia de la *señal* ó del *prodigio*. Imagínese á Londres con la población (hace poco) esclava de Nueva-Orleans, con la policía de Constantinopla, con la inmovilidad industrial de la moderna Roma y con las agitaciones políticas de París en 1848, y se tendrá el más exacto cuadro de la magni-

fica ciudad republicana, cuya ruina deploran Ciceron y sus contemporáneos en sus plañideras cartas.

*Plan y trabajos de César en Roma.*—César no se lamentaba, y buscaba el remedio en donde pudiera hallarse. Roma continuará siendo, como antes, la capital del mundo, porque habria sido cosa impracticable y contraria además á los planes del Regente, el devolverle su carácter primitivo de ciudad itálica. Así como Alejandro para su imperio greco-oriental habia encontrado un centro adecuado en Alejandría, la ciudad helénica, judía, egipcia, y en suma, cosmopolita; en concepto de César, la capital del nuevo y universal imperio romano-helénico, la ciudad de Roma, punto central entre el Oriente y el Occidente, no podia quedar reducida á la consideracion de simple ciudad de la Península: llegando á ser la capital de todas las naciones, se desnacionalizaba. Consintió, pues, César, que al lado del *Pater Jovis* se elevase el nuevo culto de las divinidades egipcias, y dentro de los muros de la ciudad-reina, dejó tambien á los Judíos la libre práctica de sus ritos particulares y extranjeros. No opuso ningun dique á aquella mezcla de Orientales, de Hebreos y demás, que afluián á Roma, rechazando con frecuencia las turbas de pársitos, y, rasgo característico, en los dias de fiestas populares, dejó representar, no solo las obras latinas y griegas, sino que en el teatro se oyó hablar en todos los idiomas, en fenicio, en hebreo, en siriaco y en español.

*El proletariado combatido y disminuido.*—Pero, aún aceptando con pleno conocimiento de causa las condiciones actuales de Roma capital, trabajó César bastante y con la energía que le era propia en el mejoramiento de un estado de cosas deplorable y ver-

gonzoso: por desgracia, á donde ménos alcanzaba el poder de César, era á las mismas bases de los vicios sociales. No podia estirpar la esclavitud con todas sus llagas, y nos preguntaríamos en vano, si, con el tiempo, habria intentado restringir al ménos la cifra de la poblacion servil de Roma, como lo hizo en otras partes. No procuró tampoco crear una industria libre; no obstante que sus inmensas obras vinieron á aliviar, en una cierta medida, la miseria del proletariado, facilitándole los medios de un salario corto, pero honroso. En cambio, luchó con todas sus fuerzas para que no se extendiesen los proletarios libres, y quiso reducir su inmenso número. La *annona* atraia á Roma una concurrencia continua; mas desde que se transformó en una tasa para los pobres y se limitó á un número determinado de personas, se vió disminuir considerable y constantemente la inmigracion (1). César combatió además al proletariado libre de una manera indirecta, ya con la ayuda de los tribunales, cuyas sentencias mermaban incesantemente su número, ya con una vasta colonizacion transmarítima, y así fué que, de los 80.000 colonos que envió fuera de Italia en algunos años de su gobierno, un gran número fueron tomados de las capas inferiores de la plebe romana: la mayor parte de los colonos de Co-

---

(1) No deja de ser interesante ver á un sabio escritor, posterior á César, al autor de las dos *Cartas políticas* falsamente atribuidas á Salustio, darle el consejo de hacer extensiva la *annona* de Roma á todos los demás municipios. El crítico aconsejaba un acto justo, y el mismo pensamiento inspirará un día á Trajano su grande organizacion municipal de los socorros á los huérfanos. (*Epist.* 2, 8. *Et frumentum id quod antea premium ignaviae fuit per municipia et colonias, illis dare convenient, etc.*)

rinto, por ejemplo, no eran más que libertos. Entiendo, sin embargo, que aquella no fué una medida transitoria. Convenció César, como todo hombre inteligente, de que el único y verdadero remedio á la miseria del proletariado consiste en un sistema bien ordenado de colonizacion, y dueño, por otra parte, dada la situacion del imperio, de practicar este sistema en una medida casi infinita, César, repito, tuvo ciertamente el pensamiento de atender al mal de una manera durable, y de abrir una salida constante á aquel oleaje de gentes, que siempre se estaba renovando. Tomó sus medidas para contener en el mercado de Roma aquellas alarmantes fluctuaciones en el precio de los artículos de primera necesidad, facilitándole para ello extensos medios de accion la hacienda pública, de nuevo reglamentada y administrada con acierto, al mismo tiempo que dos magistrados de creacion reciente, *los ediles de cereales*, quedaron encargados especialmente de la vigilancia del servicio de importacion y de la policia del mercado.

*Reforma de los clubs. Policia de las calles. La construccion en Roma.*—Mejor que hubiera podido hacerse por medio de leyes prohibitivas, se conjuraron los peligros de los clubs por el efecto mismo de la constitucion reformada. Habiendo muerto la República y con ella las elecciones y jurisdicciones republicanas, se habia puesto coto á la corrupcion, á las violencias electorales ejercidas ante los colegios de los jueces, y, sobre todo, á las saturnales políticas de la plebe. Las asociaciones restablecidas poco antes por la ley Clodia fueron disueltas, y las demás, cualquiera que fuese su objeto, quedaron, en adelante, bajo la vigilancia de la autoridad. A excepcion de las corporaciones y sociedades de los primeros tiempos

de Roma, de las asambleas religiosas de los Judíos y de otras congregaciones especialmente exceptuadas, toda corporación permanente, que tenga sus reuniones en determinados días y sus cotizaciones periódicas, había de ser autorizada en lo sucesivo por una concesion senatorial en debida forma, con la aprobacion prévia del emperador, cuando antes parece que no se necesitaba más que una simple declaracion hecha al Senado. La justicia criminal más vigilante y severa y la policia más enérgica, revelan las intenciones del jefe del Estado. Las leyes, sobre todo la dirigida contra la *violencia*, revistieron una más dura sancion penal y abolieron aquella imprudente transaccion del derecho republicano, segun la cual, el criminal convencido del delito podia librarse de la pena en que hubiera incurrido, por grave que fuese, espatriándose voluntariamente. Los reglamentos, sumamente detallados, que promulgó César sobre policia urbana, nos han sido conservados en gran parte: el que se tome el trabajo de leerlos, verá en ellos el cuidado que tuvo el grande emperador de imponer á los dueños de las casas que daban á las vias públicas, la obligacion de la buena conservacion de las calles y del empedrado de las aceras, mandando que este se hiciera con piedras labradas á lo largo de la via; cómo se ocupó tambien del paso y porte de las literas, de la conduccion de los carros, que, atendidas las condiciones de las calles romanas, no podian circular sino por la mañana y despues de entrada la noche. La policia local quedó, como antes, confiada principalmente á los cuatro ediles, cada uno de los cuales, desde la época de César y quizá desde fecha anterior, estaba encargado de una circunscripcion especial. César reunía el amor á edificar, propio de todo

buen Romano, y el talento del organizador. Bajo su gobierno, las construcciones públicas en la capital y la administracion de los establecimientos de utilidad comunal tomaron un vuelo repentino, contrastando con las deplorables obras de los últimos tiempos de la anarquía, y superando tambien en mucho á los trabajos de la aristocracia romana en su más floreciente siglo, de la misma suerte que el génio del Dictador sobrepujaba los laudables esfuerzos de los Marcios ó de los Emilios. Y no solo eclipsó á sus predecesores en la suntuosidad de los edificios y en la inmensidad de las sumas gastadas: sus monumentos públicos en Roma se distinguen entre todos por su sello exterior de gran sentido político y de utilidad general. No construyó, como sus sucesores, templos y edificios de puro lujo: se apoderó del Forum, lugar de los comicios, asiento de los altos tribunales, punto de reunion de los hombres de Bolsa, de los hombres de negocios y de todos los vagos del dia; lo desocupó de comicios y de tribunales de justicia, señalando á los primeros los *Saepta Julia*, sobre el campo de Marte, y á los otros un nuevo sitio entre el Palatino y el Capitolio, denominado el *Forum Julium*. Movido por el mismo pensamiento, destinó á los *Baños públicos* una prestacion de 3.000.000 de libras de aceite, entregadas en gran parte por el Africa, y el bañista recibió, en adelante, *gratis* en las Termas la provision necesaria para las unturas y frotaciones: sabiéndose cuál era, en la dietética de los antiguos, la importancia de los baños y de los cuidados análogos, se comprenderá que la medida adoptada por César respondia á las necesidades del aseo y de la higiene pública. Pero aquel no era más que un primer paso dado en la senda de las completas transforma-

ciones que había concebido. Ya se estaban preparando los planos de una nueva Curia, de un nuevo y magnífico *Pórtico*, de un teatro que rivalizase con el de Pompeyo, de una biblioteca pública griega y latina, á imitacion de la que poco antes había sido destruida en Alejandría, y que fuese la primera en su género en Roma; de un templo, en fin, á Marte, que, por su riqueza y magnificencia, debía exceder á todos los conocidos hasta entonces; y, concepcion más original todavía, César quiso cambiar por completo el curso inferior del Tiber, á partir del puente *Molle* actual. Entonces no bajaba el rio más que hácia Ostia, separando el *campo Vaticano* del *campo de Marte*; pero pasando por detrás de este y del Janículo habría llegado por las lagunas Pontinas al puerto de Terracina. Este gigantesco proyecto hubiera dado á la ciudad, muy limitada por aquella parte, extensos terrenos en donde construir: César, en efecto, dejando el Vaticano en la ribera izquierda, establecía allí el campo de Marte, entregando el sitio que á la sazón ocupaba á la construccion pública y privada; al mismo tiempo que desecaba las lagunas Pontinas, salubrificaba toda la costa latina, y daba á Roma un buen puerto de mar de que siempre había carecido. Cierto que había de por medio valles y montañas; pero César no retrocedía ni aún en la lucha contra la naturaleza.

Sin embargo, aunque la capital con estas nuevas reformas ganase en comodidad y en belleza, perdía para siempre, ya lo hemos dicho, su antigua supremacía política. Con el tiempo, la concentracion del Estado romano en Roma había llegado á ser cada día más funesta y contraria á la naturaleza de las cosas: queríalo así un dogma, dogma ligado por

completo con la República, y que no podía perecer sino con ella. Por primera vez se prescindió por completo de él, salvo, sin embargo, en algunas funciones legales. Desde ahora se equipara el régimen político de la capital con el de las demás municipalidades. Demostrémoslo en breves palabras. En esto como en lo demás, al propio tiempo que ordena y reglamenta las cosas, se cuida también César de darles su nombre oficial, y hace extensivas, con intención, sin duda, las disposiciones de su ley municipal itálica á Roma y á las demás ciudades. Se puede agregar también que, aunque capital, no teniendo ya Roma la capacidad de la vida comunal, estuvo en adelante, en este concepto, muy por bajo de las otras municipalidades del imperio. La Roma republicana fué un antro de gentes de mal vivir; pero era á la vez una ciudad; la Roma de la monarquía, aunque allí estuvieran concentradas todas las magnificencias de los tres continentes, por deslumbrante que estuviera de oro y mármol, no era ya más que una residencia real con su hospital de pobres, es decir, un mal necesario en el Estado.

*Italia. Economía rural.*—Mientras que en el seno de la capital del imperio se reducía la obra administrativa de César á la publicación de un simple reglamento de policía, y á la supresión de los abusos más palpables, tenía que cumplir en Italia una misión mucho más difícil: la restauración del orden económico. Dos vicios principales llamaban allí su atención, los cuales engendraban los infinitos males que se sentían: la desaparición de la clase agrícola, y el extraordinario aumento de la población comercial. El lector conoce bien, y no habrá olvidado seguramente el estado de la agricultura en Italia. Por grandes es-

fuerzos que se hubieran hecho para evitar la disolución de la pequeña propiedad, casi no había más que un sólo rincón de Italia (si exceptuamos los valles del Apenino y los Abruzos), en donde el cultivo de los campos se hiciese todavía por la mano del labrador libre, y, en lo tocante á la economía rural, no señalaremos otra diferencia esencial entre el régimen del tiempo de Catón y el que Varrón nos ha dado á conocer, sino la de que en tiempo de éste, los hábitos de la vida campestre llevan el sello invasor, en lo bueno como en lo malo, de las costumbres de la gran ciudad romana. «En otro tiempo, dice Varrón, el granero era más grande que la habitación del señor: hoy pasa lo contrario por regla general.» En los campos de Tusculum y de Tibur, al lado de las costas de Terracina y de Baia, en los campos en que habían sembrado y recogido sus cosechas los antiguos labradores latinos ó itálicos, se levantan magníficas pero improductivas, las granjas de los grandes de Roma. Se necesita el espacio de una ciudad entera para muchas de esas granjas con sus dependencias y jardines, sus acueductos, sus viveros, en donde en agua dulce y en agua salada se crían y domestican los peces del mar y de los ríos, con sus criaderos de caracoles y parques de lirones, sus madrigueras para liebres y conejos, sus reservados para ciervos, corzos y jabalíes, y sus departamentos para aves, en donde se criaban hasta el pavo real y las grullas. El lujo de estas magníficas granjas enriquecía, sin embargo, á muchos trabajadores, y alimentaba á mayor número de pobres que la caridad con su tributo de *annonas*. Las pajareras y peceras de los ricos eran muy costosos caprichos, y por dentro como por fuera tomaron las granjas tales proporciones, que hubo palomares

que se apreciaron lo ménos en 100.000 H S (7.000 thalers=25.840 pesetas); que el engordar á los animales habia pasado á la categoría de ciencia; que el escremento de las aves era contado entre los productos rurales; que un sólo mercader de éstas pudo un dia entregar de una vez 5.000 tordos vivos (tambien se les enseñaba) á 3 denarios (21 silbergros=cerca de 2 pesetas), la pieza; que un pescador pudo entregar hasta 2.000 morenas de una vez, y que, por último, se sacaron 40.000 H S (3.050 thalers=10.340 pesetas), de la venta del pescado de los viveros de Lúcio Lúculo hecha á su muerte. Ciertamente que en tales ocasiones era fácil al hombre inteligente en negocios realizar grandes ganancias empleando una cantidad relativamente pequeña. En las cercanías de Faleries se cita un pequeño criador de colmenas, propietario de un reducido jardin y de un pequeño tomillar, de ménos de una arpehta, que se proporcionaba una renta anual en miel, lo ménos de 10.000 H S (760 talentos=2.564 pesetas). Se disputaba sobre quién tenia los mejores frutos: frecuentemente, en las granjas elegantes, el *fructuarium*, con sus mesitas de mármol, servia de comedor, y el dueño presentaba más de una vez como productos de su cosecha los frutos comprados fuera. En esta época fué cuando se plantaron los cerezos traídos del Asia Menor, y crecian en los huertos de Italia gran número de otros árboles de frutos exóticos. Las huertas los jardines de rosas y violetas del Lúcio y de la Campania eran de un gran producto, y el precioso mercado (*forum cupidinis*), cerca de la *Via sacra*, en donde se vendian las frutas, la miel y las coronas de flores, tenia su importancia en la vida de los ciudadanos de Roma. En suma, la economía rural, tal como

á la sazón se hallaba, dedicada á este linage de plantaciones, habia alcanzado un grado de desarrollo difícil de superar. El valle de Rieti, los alrededores del lago Fucino, las regiones del Liris y del Volturno y toda la Italia Media, presentaban en competencia los más florecientes cultivos: inteligentes propietarios ejercían allí, por medio de sus esclavos, ciertas industrias compatibles con el régimen rural, construyendo pesadores, telares y tejares no lejos de las granjas, en los sitios que se prestaban á ello. Los cosecheros italianos de vino y aceite, sobre todo, no satisfechos con surtir los mercados de la Península, se dedicaban además á un gran tráfico de exportacion de estos productos fuera de Italia. En un tratado preciso y especial de la agricultura de aquel tiempo, compara su autor la Italia á un inmenso jardín. Leed en un poeta contemporáneo la amena descripción de las bellezas de su patria: no encontrareis allí más que praderas bien regadas, fértiles campiñas sembradas de trigo, pintorescos viñedos rodeados de sombrías líneas de olivos: allí vereis su granja, joya de la comarca, agradable y amena bajo su variado aspecto, rodeada de bellísimos jardines y oculta tras una cintura de árboles frutales. Esta pintura, imagen fiel de la naturaleza que el poeta tenía á la vista, nos transporta á las más florecientes comarcas de la actual Toscana y de la *Tierra de Labor*. A decir verdad, el régimen pastoral que, por las causas aducidas precedentemente, se iba desarrollando cada día más en la Italia del Sur y del Sur-Este, era, bajo todos los puntos de vista, un retroceso, y no participaba ménos del movimiento general de la economía rural. Se proseguía con gastos enormes el mejoramiento de las razas: algunos asnos reservados para la reproducción

se pagaban de 60.000 á 100.000 y á 400.000 H S (4.600 thalers = unas 15.600 pesetas: 7.570 thalers = 27.000 pesetas: 30.000 thalers = 102.000 pesetas). En resúmen, la agricultura itálica bien dirigida, habia alcanzado en una época en que todo la favorecia, el progreso general intelectual y el desarrollo de los capitales, resultados mucho más brillantes que en el tiempo del antiguo régimen rural, y, se desbordaba fuera de las fronteras de la Península, yendo el agricultor italiano á las provincias á explotar las vastas comarcas con su rebaño nómada ó á convertirlas en campos de labranza.

*Economía de los capitales.*—El sistema de los grandes capitales fundado sobre las ruinas del pequeño cultivo, habia progresado considerablemente contra todas las leyes económicas, y como consecuencia, á su lado habia adquirido un inusitado desarrollo la riqueza de numerario. El traficante italiano, rivalizando en sus esfuerzos con el judío, habia invadido las provincias y los Estados vasallos, y, como era natural, bien pronto refluieron á él los capitales. Después de todo lo que acabamos de decir, bastará un sólo hecho para caracterizar la situación: en el mercado de Roma el interés del dinero habia bajado al 6 por 100 al año, es decir, la mitad del tipo medio que habia tenido en todos los pueblos antiguos.

*Males sociales. Tito Pomponio Atico.*—Desde el momento en que la agricultura y la economía mercantil tuvieron por único fundamento el capital y la especulación, habian necesariamente de conducir á las más funestas desigualdades en la distribución de las fortunas. Durante esta última época de la República, realiza Roma la imagen de una sociedad compacta de millonarios y de mendigos, y tal vez ningun sistema

mereció jamás como éste la comun acusacion, de la cuál con tanta frecuencia se ha abusado; nunca se vió más de bulto aquel carácter dominante de todo Estado esclavista: el hombre rico que vive del sudor de aquellos de quienes es dueño, y que es por necesidad y siempre una persona respetable, y el pobre que vive del trabajo de sus brazos, el cuál es tenido necesariamente por persona vil en todas las relaciones de la vida pública y privada. Hay en ello como una ley fundamental que se afirma con una terrible é incontestable seguridad (1). Roma no tuvo clase media, en el

---

(1) Nada más sorprendente que las distinciones hechas por el mismo Ciceron en su tratado del *Deber* (*de offic.* 1, 42): «Entre las profesiones y las maneras de hacer fortuna, »hé aquí las que son tenidas por liberales y las que son reputadas viles. En primer término, son despreciables todos »los oficios que provocan el ódio de una tercera persona, los »cobradores del portazgo ó los usureros. Son liberales y viles »el oficio de mercenario y de cualquier otro que vende su »brazo, no su arte, porque el salario aquí no es más que la »retribucion de la servidumbre. Es necesario tener por viles »á los revendedores de mercancías, porque todas sus ganancias las realizan á fuerza de mentir, y no hay cosa más »vergonzosa que la impostura. Todo artesano hace una obra »vil, y nada puede haber de comun entre él y el hombre »bien nacido. Todavía se debe conceder ménos estima á »aquellos oficios que proveen á nuestras necesidades materiales: *despensero, carnicero, cocinero, mondonguero, pescador* »y *proveedor de aves, (Celarii, lanii, coqui, fastores, piscatores, aucupes)* como dice Terencio. Agregad á éstos los *perfumistas*, los *danzantes* y los *dueños de casas de juego*. Respecto á »aquellas artes que suponen más saber y cuya utilidad no es »despreciable, la *medicina* y la *arquitectura*, ciencias que se »refieren á cosas honestas, sientan bien á los hombres que »no son de elevada condicion. Todo pequeño comercio es »ocupacion baja; si el tráfico es grande y abundante, si se »hace con todos los paises y vende los géneros al por mayor

sentido que hoy damos á esa palabra, lo cual acontece de ordinario en toda sociedad que se funda y desarrolla con la institucion de la esclavitud: clase media son para los Romanos, no sin alguna apariencia de verdad, los ricos comerciantes, los ricos propietarios que, faltos de cultura ó con cultura suficiente, saben encerrarse en su esfera, y se mantienen alejados de los negocios públicos. Convengo que, entre los primeros, habia un gran número de libertos ó de advenedizos que se entregaban al vértigo y querian desempeñar el papel de hombres de buen tono, siendo muy raros los sábios y modestos. Citemos, sin embargo, un tipo célebre, cuyo nombre se consigna en todos los escritos de la época, á *Tito Pomponio Atico*. Enriquecido por las inmensas posesiones que tenia en Italia y en Epiro, y por un negocio de banca que iba estendiéndose por toda Italia y Grecia, por Macedonia y hasta por el Asia Menor, acumuló una enorme

»y lealmente, conviene que no lo repugnemos, y si el mercader colmado de ganancias ó simplemente satisfecho, abandona su ocupacion, y de la misma suerte que antes se habia dedicado á traer los productos de los países transmarítimos, se retira á sus campos y posesiones, tendrá ciertamente derecho á nuestros elogios. Pero de todos los medios de adquirir, la *agricultura* es, á mi juicio, el mejor, el más fecundo, el más grato y el más digno del hombre libre...» Así el *hombre honrado* por completo es el propietario de tierras: el comercio es tolerado sólo como un medio de conseguir el último fin; la ciencia no es más que un oficio, que se debe dejar á los Griegos ó á los Romanos de mediana condicion: éstos llegan á ser mediante ella admitidos hasta cierto punto en los círculos de la alta sociedad. ¿No encontramos aquí en toda su fuerza la aristocracia del *colono agricultor*, con un tinte marcado de espíritu comercial, bajo el ligero barniz de una general cultura?

fortuna, continuando sus especulaciones como antes. Jamás se dejó seducir por la vida pública; no fué funcionario, ni siquiera banquero del fisco. A igual distancia de los perniciosos extremos de la sórdida avaricia y del lujurioso y sensual desenfreno de la época (consagraba 100 sestercios, 7 thalers y medio = 25 pesetas, diarios al gasto de su mesa) se creó una existencia fácil y cómoda, gozando, á la par, de los placeres de la ciudad y del campo, sosteniendo relaciones con lossábios de Roma y Grecia, y saboreando los gozes de la literatura y del arte. Mas numerosos y más sólidos eran, por el contrario, los propietarios rurales de la antigua roca: los libros de aquel tiempo nos han conservado el retrato de *Sexto Roscio*, que pereció en las proscripciones del año 673; este era también el tipo acabado del habitante de la campiña, del *pater familias rusticanus*, y su fortuna, evaluada en 6.000.000 H S (457.000 thalers = 1.553.600 pesetas), consistía casi toda en sus trece posesiones; practicaba por sí mismo y con gran pasión la agricultura; no hacía viajes á Roma, ó los hacía muy de tarde en tarde, y cuando se presentaba en la capital, sus rudas maneras contrastaban con la elegancia del senador, y su acompañamiento de groseros esclavos de labranza con el enjambre de esclavos ciudadanos. Estos bravos campesinos y las rústicas aldeas (*municipia rusticana*) por ellos formadas, conservaron la disciplina, las antiguas costumbres y la lengua noble y pura de sus pádres mucho mejor que los círculos brillantes y cosmopolitas de la nobleza romana, ó que la gente del comercio que tenía domicilio en todas partes y en ninguna estaba domiciliada.

La clase de los propietarios de tierras formaba el nérvio de la nación: cuando el especulador ha reali-

zado su fortuna, procura ser contado entre la gente notable del país, y si no puede llegar á ser un caballero romano, piensa en este título para su hijo. Esta clase rústica se manifiesta en toda agitacion política en que el pueblo toma parte y en todo movimiento intelectual, de donde sale alguna produccion literaria y se pronuncia sobre ella un veredicto. De ella saca la oposicion contra la monarquía sus más medradas fuerzas, y ella es tambien quien excita á Varron, Lucrecio y Catulo. Quizá no encontraremos nunca imágen más viva y animada de esta sana vida de los campos que la bellissima descripcion de Arpino, al principio del segundo libro del *Tratado de las Leyes* de Ciceron (*de Legib.*, 2, 1-3), pasaje encantador, verde oasis perdido en el terrible Sahara de voluminosos escritos, por lo comun insustanciales.

*Los pobres.*—Sin embargo, todos estos mercaderes cultos, y todos estos robustos labradores desaparecian oscurecidos por las otras dos clases que dominaban en Roma, el populacho que mendigaba y la alta sociedad propiamente dicha. No existe ninguna estadística que nos dé á conocer las cifras relativas de la miseria y de la riqueza; pero se recuerda, no obstante, el testimonio de un hombre político que vivió cincuenta años antes. Segun él, en la poblacion de Roma, solo se podian contar 2.000 familias que tuviesen una gran fortuna bien asegurada, y aunque desde entonces aquella poblacion ha cambiado, ¿habremos de creer por eso que la desproporcion entre los ricos y los pobres haya dejado de ser la misma? Séríos indicios nos llevan á afirmar lo contrario. El creciente empobrecimiento se mostraba muy á las claras en aquellas muchedumbres, que acudian presurosas á las distribuciones de la *annona* y á las ofi-

cinas de los reclutadores, y en cuanto al aumento correspondiente de la opulencia de los ricos, lo atestigua expresamente un escritor contemporáneo cuando, al hablar de la época de Mário, declara que, «entonces, un capital de 2.000.000 H S (152.000 thalers = 516.800 pesetas) se llamaba una fortuna.» Esto mismo nos prueba lo que sabemos de la riqueza de algunos hombres. El gran propietario *Lúcio Domicio Ahenobarbo* prometió á 20.000 soldados cuatro yugadas de tierra á cada uno, tomadas de sus propiedades; la fortuna de Pompeyo estaba evaluada en 70 millones H S (5.300.000 thalers = 18.020.000 pesetas); la del actor Esopo en 20 millones (1.520.000 = 5.168.000 pesetas), y Márco Craso, el príncipe de los ricos, empezó su carrera con 7 millones H S (530.000 thalers = 1.802.000 pesetas), y á su muerte, despues de haber repartido fabulosas cantidades al pueblo, todavía le quedaban 170 millones de H S (13.000.000 de thalers = 45.200.000 pesetas). Una tal riqueza al lado de tanta pobreza, engendraba por ambos lados un mal económico y moral de todo punto diferente en la apariencia, pero en realidad absolutamente idéntico. No pudiendo el hombre de las bajas clases sustraerse al hambre de otra suerte que recibiendo su pan del Estado, la mendicidad, efecto y causa á la vez de su miseria, le sumergía en la corrupcion y en la holganza del proletariado pordiosero. En vez de ir á trabajar, el plebeyo romano se hacia papanatas del teatro, y tal era la afluencia de ellos en las tabernas y lupanares, que los demagogos procuraban ante todo interesar en sus proyectos á taberneros y rufianes: tal era el resultado de los combates de gladiadores, síntoma y alimento de la desmoralizacion más desenfadada que se ha conocido en el mundo antiguo.

Tambien es de estos tiempos una innovacion abominable. Ya no es la ley del duelo ó la libre voluntad del vencedor quien dispone de la vida ó la muerte del vencido, sino que, en adelante, decide de ellas el capricho de los espectadores, á cuya señal el vencedor perdona ó mata al infeliz que yace en tierra. El oficio de gladiador está en alza cuando la libertad está en baja. Mientras que en los campos de batalla se echan de ménos la intrepidez y la emulacion, se las encuentra en la arena del circo, donde la ley profesional manda al gladiador recibir el golpe mortal sin exhalar un grito y sin hacer el más ligero estremecimiento, y se ve hasta hombres libres venderse á los empresarios como esclavos de combate, mediante un sueldo y la manutencion. Tambien los plebeyos del siglo V habian sufrido y experimentado el hambre; pero no traficaron con su libertad, haciendo de ella un oficio, ni mucho ménos los legisladores de aquel tiempo, so pretesto de una vergonzosa práctica, habrian declarado lícito y produciendo accion en justicia el contrato inmoral é ilegal, por el que el nuevo gladiador se obligaba «á dejarse encadenar, azotar, quemar ó matar» si lo ordenaba la ley.

*Lujo de los ricos. Lujo en la mesa.*—En la alta sociedad, no se presenciaban escándalos de esta índole; pero en el fondo, aunque las cosas pasaban de otra manera, no por eso pasaban mejor. El desocupado aristócrata rivalizaba en holgazanería con el proletario: el uno se acostaba en el suelo; el otro se estaba hasta muy entrado el día sumergido en su colchon de plumas. La prodigalidad reinaba allí sin medida y sin gusto, é iba ostentándose en la política y en el teatro con grave daño de ambas clases sociales. El consulado se compraba á precios enormes, y,

en el estío del año 700, se vió pagar por solo una primera *division* de votos, 10.000.000 H S (760.000 thalers = 2.584.000 pesetas). Por otra parte, el lujo exorbitante de las decoraciones del teatro ahogaba el interés artístico de la escena. Los alquileres en Roma eran por término medio cuatro veces mayores que en las otras ciudades: un día se vendió allí una casa en 15.000.000 H S (1.150.000 thalers = 3.910.000 pesetas). La de Marco Lépido (cónsul en 676), que era la más bella de Roma cuando murió Sila, treinta años más tarde, no habria podido ponerse ni aún en el centésimo lugar entre los palacios de los ricos. Ya hemos referido el lujo que se desplegaba en las casas de campo: podría citar alguna granja, que se vendió en 4.000.000 H S (300.000 thalers = 1.020.000 pesetas) á causa de su magnífico vivero. Un hombre de buen tono no podía tener ménos de dos granjas; una, cerca de la capital, en la Sabina ó sobre el monte Albano, y la otra cerca de los baños de la Campania, y necesitaba además tener un jardín á las mismas puertas de Roma. Y no eran solo las granjas: las tumbas, que eran también verdaderos palacios, y de las cuales nos quedan algunas, atestiguan lá enorme cantidad de piedra que necesitaba un rico romano para morir como hombre de buen tono. No faltaban tampoco aficionados á los perros y á los caballos: un caballo de lujo se pagaba comunmente en 24.000 H S (1.830 thalers = 6.222 pesetas). Se buscaban con interés los muebles de maderas finas, y se vendió en 1.000.000 H S (76.000 thalers = 258.400 pesetas) una mesa de ciprés de Africa. Habia un gran refinamiento de lujo en trajes de púrpura y de trasparente gasa, y se hacia un estudio especial en arreglarse delante del espejo los pliegues de la toga. Un día el orador Hortensio demandó á su colega

por injuria, porque le habia arrugado y desordenado la toga en una apretura. Tambien habia un gran refinamiento en las joyas y en las perlas, que reemplazaron en breve á las antiguas alhajas de oro, en extremo más bellas y de más delicado gusto. ¿No era, en efecto, magnificencia propia de bárbaros el presentar, cuando Pompeyo venció á Mitrídates, el retrato del vencedor rodeado de perlas, adornar los comedores con sofás y aparadores incrustados de plata y la cocina de utensilios del mismo metal? No bastaba ya á los coleccionadores de la época tener cubiletes de plata con medallones artísticamente engastados, sino que rompieron los cubiletes para incrustar los medallones en vasos de oro. El mismo lujo se desplegaba en los viajes: «cuando el pretor va de marcha, dice Ciceron, refiriéndose á un gobernador de Sicilia, lo que, como es natural, no se verifica en invierno, sino al principio de la primavera, y no es la primavera del calendario, sino cuando se abren las primeras rosas, hace que, á semejanza del rey de Bitinia, su litera sea conducida por ocho hombres; y allí, reclinado en blandos cogines, guarnecidos de gasa de Malta y llenos de hojas de rosa, con una corona en la frente y otra en el cuello, y una finísima almohadilla, también llena de rosas, en la nariz, se hace conducir á su posada.» Y todavía este excesivo lujo no llega ni con mucho al más desenfrenado, al más grosero de todos, al de la mesa. En las granjas, todo el orden interior y la vida que allí se hacia nó tiene más que un objeto, el comer; hay en ellas comedor de verano, y comedor de invierno, y, como si esto no fuese bastante, se come en la galería de los cuadros, en el frutero, en la pajarera, ó tambien en un estrado elevado que hay en la conejera; y además un orfeon

asalariado se presenta en traje de teatro, toca su fanfarria, y acuden al punto los gamos y jabalies domesticados. Esto, por lo que hace á la decoracion: el fondo respondia á ella. El cocinero habia adquirido sus grados en gastronomia, y el gefe se hallaba muchas veces en disposicion de dar lecciones á los auxiliares. El asado clásico habia cedido, tiempo há, el puesto á los pescados de mar y á las ostras; pero ahora los pescados de agua dulce italianos son desterrados de las mesas elegantes, y los manjares delicados y los vinos de la Peninsula son tenidos en poca estima. En las fiestas populares se dá á beber á la concurrencia, además del *Falerno*, el *Sicilia*, el *Lesbos* y el *Chios*, mientras que, unos treinta años antes, habia bastado en las grandes solemnidades hacer circular una vez el ánfora de vino griego. En la bodega de Hortensio, se contaban hasta 10.000 ánforas (de 33 cuartillos berlineses) de vino extranjero. ¿Qué naturalista ha recorrido nunca las tierras y los mares en busca de nuevas especies de animales y de plantas con un celo igual al de los artistas gastronómicos en busca de manjares delicados? (1) Cuando los comensales se

---

(1) Macrobio (*Saturn.* 2, 9) nos ha conservado la lista del banquete dado por *Mucio Léntulo Niger* (antes del 691) á su advenimiento al pontificado, á cuyo festin asistieron los demás pontífices, entre ellos César, las vírgenes vestales, muchos otros sacerdotes y algunas damas, próximas parientes: «Manjares de entrada: erizos de mar; ostras frescas á placer; palurdos (mariscos) y espondilos; zorzales; pollas cebadas y engrasadas sobre empanadas de ostras y de otros mariscos; los llamados bellotas de mar, negras y blancas; repitiéndose los espondilos; glicomarides y erizos; becáfigos; solomillos de corzo; costilla de cerdo; pájaros engrasados y rebozados en

habían hartado de tantos manjares diversos, necesitaban, para no tener una indigestion, tomar algun vomitivo, cosa que no chocaba á nadie. Muy pronto fué erigido en sistema el desarreglo en todo y se extendió considerablemente: habia profesores que enseñaban á la juventud elegante la teoría y la práctica del vicio. ¿A qué conduce que insistamos por más tiempo en esta monótona variedad de innobles cualidades? Y por otra parte, tampoco los Romanos dieron pruebas de originalidad en esto, limitándose solo á copiar monstruosa y groseramente el lujo del mundo oriental helénico. Pluton devora á sus hijos lo mismo que Saturno.

*El exceso de deudas.*—La concurrencia en la demanda de todos estos objetos estériles destinados á las necesidades de los grandes, dió por resultado la inaudita subida de los precios; bien pronto se disiparon las colosales fortunas de estos pródigos arrastrados por el torrente de la moda, y aquellos mismos que no hacían más que seguir por necesidad ó conveniencia la corriente, perdieron tambien en poco tiempo su bienestar, fundado sobre un sólido patrimonio. La candidatura consular llegó á ser para las

---

harina; otra vez los becáfigos; los *mureæ* y las púrparas. Servicio principal: uvre de cerda; cabezas de puerco; empanadas de pescado; empanadas de uvre de cerda; ánades; cerqueta estofada; liebres; aves asadas, etc., etc.» Tales son los festines de los colegios sagrados de los que dice Varron: «*Colligiorum cæna que tunc innumerabilis excandefaciebant annonæ macelli.*» En una sátira enumera tambien los manjares delicados y exóticos más buscados, de la manera siguiente: «Pavos reales de Samos; pollas de Frigia; grullas de Melos; corzos de Ambracia; atunes de Calcedonia; morenas del Estrecho de Gades; ostras y almejas de Tarento, etc., etc.»

casas grandes el camino ordinario de la ruina, y lo mismo podemos decir del juego, de las locas construcciones y otros despilfarros de la vida de los placeres. Las riquezas eran propias de príncipes; pero las deudas, propias de príncipes tambien, las excedieron. En 692, tenia César, deducido todo el activo, un pasivo de 25.000.000 H S (1.900.000 thalers=7.125.000 pesetas); Marco Antonio, á la edad de 24 años, debia 6.000.000 H S (460.000 thalers=1.564.000 pesetas) y 14 años después 40.000.000 H S, (3.000.000 thalers=10.200.000 pesetas): Curion debia 60 millones de H S (4.500.000 thalers=15.300.000 pesetas), y Milon 70 millones H S (5.500.000 thalers=18.700.000 pesetas). Esta vida de disipacion en el primer jefe del mundo elegante de Roma, descansaba toda en el crédito, y es un hecho que la atestigua, que un dia los candidatos consulares se hicieron tal competencia en levantar empréstitos, que el interés se elevó en Roma de una sola vez desde el 4 al 8 por 100. En lugar de presentar á tiempo un arreglo ó una liquidacion cualquiera, en virtud de la cual quedase claramente determinada su situacion, ocultaba y prorogaba el deudor hasta el último momento su insolvencia: en vez de enajenar sus bienes, y sobre todo sus bienes raíces, continuaba levantando empréstitos, y dándose aires de rico, hasta el dia en que la ruina se manifestaba ruidosamente, ó se abria un escandaloso concurso, como el de Milon, cuyos acreedores no cobraron más que el 4 por 100 próximamente de sus créditos líquidos. Aquellas rápidas perturbaciones, llegándose de un salto, de la riqueza á la bancarota; aquel espíritu de vértigo erigido en sistema; todo aquello, en fin, no aprovechaba más que al banquero astuto y frio, que sabia dar y negar á tiempo los

créditos que se le pedían. La angustia financiera llegó pronto al extremo, en que ya la hemos visto en el momento más peligroso de la crisis social del siglo V. Hallándose empeñados, los propietarios de tierras, solo poseían sus fincas á título precario y nominal respecto á sus acreedores, y los deudores ordinarios llegaban á ser, propiamente hablando, los esclavos de los tenedores de títulos; y una de dos, ó siendo de mediana condicion se presentaban al punto entre los libertos y, si eran de noble cuna, hablaban y votaban en el Senado con un signo, ó conspiraban contra la propiedad, atemorizando al acreedor con terribles amenazas, y buscando el finiquito de sus cuentas en los complots y en la guerra civil. Así se explica la riqueza y el poder de un Craso; así se ven estallar á la voz de «bórrense los registros de créditos» los tumultos, de los cuales han sido héroes los Cinas, los Catitinas, los Celios y los Dolabelas; así, un siglo antes, se había librado en el mundo helénico la batalla de todo punto semejante entre los que poseían y los que no poseían nada. Minado tan profundamente el terreno económico, se concibe cuán terribles desórdenes llevaba consigo la más ligera nube política ó financiera: no tengo necesidad de enumerar los desastres políticos, la desaparicion del capital, la repentina depreciacion de la propiedad agraria, las innumerables bancarotas y las suspensiones de pagos; calamidades todas que se habian sufrido durante la guerra social y la lucha contra Mitrídates, y que se sufrieron tambien durante la guerra civil.

*Desorden en las costumbres.*—Dichose está que las buenas costumbres y la honrada vida de familia no eran, en todas las clases de la escala social, más

que cosas despreciables. La pobreza no solo había llegado á ser el peor de los vicios y una gran vergüenza, sino que se la proclamaba á la sazón el único vicio; por dinero vendía su patria el hombre político y su libertad el ciudadano; por dinero se obtenían grados en la milicia y se conseguían los votos de los jurados; por dinero se entregaba la noble dama como la prostituta pública: las escrituras falsas y los perjurios eran muy frecuentes, y un poeta popular llama al juramento judicial «un emplasto para ponerlo á las deudas». No se conocía el sentido de la palabra honor, y aquel que hubiera pretendido rechazar la corrupción no habría sido estimado como hombre digno, sino más bien como enemigo. La estadística criminal de todos [los tiempos y de todos los países no presentará fácilmente, que yo sepa al ménos, el cuadro de crímenes dobles, odiosos y contra naturaleza, que presenta á nuestra vista el proceso de *Aulo Cruencio*, en el seno mismo de una de las familias notables de una pequeña aldea agrícola de Italia.

*Las amistades.*—Mientras que en el fondo de la sociedad romana iban acumulándose diariamente espesas y envenenadas capas de lodo, en la superficie sólo aparecían un barniz brillante y delicado, distinguidas maneras y un concierto universal de amistades. Todo eran idas y venidas y visitas recíprocas, de modo que, en las casas de los grandes, todas las mañanas, al levantarse el señor, era menester disponer, ó por éste mismo ó por su ayuda de cámara, el arreglo, el orden y la marcha de lo más urgente. Las personas de distincion eran generalmente admitidas solas en audiencia particular; á los demás, se les admitía por grupos, y despues, para terminar, entraban los restantes todos juntos. Cayo Graco, el primer

fundador de la Monarquía, como sabemos, fué el que introdujo esta costumbre. Al mismo tiempo que las visitas de cumplido, estuvo muy en boga el cambio de esquelas de cortesía, y entre gentes que no tenían ni relaciones personales, ni negocios, estuvo de moda dirigirse por tierra y por mar «misivas amistosas.» Por el contrario, no se escribían ya cartas serias sobre asuntos reales, á ménos que la carta se dirigiese á alguna corporacion. De igual manera, las invitaciones á un banquete, las felicitaciones usuales de los cumpleaños y las fiestas domésticas, no tenían ya nada de su carácter íntimo, y todo llegó á ser solemnidad pública; la muerte misma no libraba de la innumerable muchedumbre de «allegados;» y si el rico romano quería tener un fin digno, debía dejar á cada uno de ellos un recuerdo. Como acontece en ciertas regiones de nuestra sociedad de la alta banca, la vida doméstica con sus discretas costumbres y sus familiaridades íntimas y escogidas, se habia perdido totalmente en la Roma de aquel tiempo; aquello no era más que un tumulto de gentes de negocios, de simples conocimientos; que se cambiaban forzadas reverencias y forzadas palabras galantes de todo punto insustanciales, y en vez del génio vivo de la *Amistad*, se levantaba su espectro, que era, en mi juicio, uno de los más terribles que habia evocado del infierno el siglo de las preocupaciones y de la guerra civil.

*Las mujeres.*—La emancipacion de las mujeres ofrece otro aspecto característico de aquella harto manifiesta decadencia de la época. Hacia ya muchos años que la mujer habia adquirido la libre facultad de sus bienes; en este tiempo encontramos los *procuradores* especiales, que ponen todo su celo en el servicio de las damas ricas, que viven independientes, ad-

ministran su fortuna, siguen sus procesos, las dominan por su práctica en los negocios y su conocimiento en la jurisprudencia, y sacan de sus aflicciones muchas propinas y muchos legados, que los hacen más ricos que lo son los corredores de Bolsa. Pero no es bastante para la mujer el haberse librado de la tutela económica del padre ó del marido; las *Mimas* (*Mimæ*) y danzarinas, con su conocimiento de la música y otros varios, se ponen al nivel de lo que han llegado á ser en nuestras modernas capitales; y las *Prima-donnas*, las *Citereas* y otras, cualesquiera que sean sus nombres, se presentan en cada página del libro de la historia. A decir verdad, las artistas libres de la clase aristocrática vienen á hacer competencia y á ocasionar perjuicios á las comediantas de oficio. En las primeras casas de Roma, no se toman ya en consideracion los enlaces ilegales; es menester, para que un acontecimiento produzca escándalo, que sea muy enorme, y era en extremo ridiculo acudir á la justicia. Cometióse un dia un escándalo sin igual: Publio Clodio, en 693, penetró en la casa del Gran Pontífice, en donde se celebraba la fiesta de las matronas; cincuenta años antes, por un crimen mil veces ménos odioso, fueron condenados á muerte muchos culpables; esta vez puede decirse que no se instruyó causa, y Clodio quedó impune. Llegado el mes de Abril, cuando se paralizaban en Roma los negocios, y la escogida sociedad acudia á Baía y á Puzzoli, se abria la estacion de los baños. Su principal atractivo consistia en la facilidad de las relaciones lícitas ó ilícitas, en los paseos en góndola ó por la playa, animados por la música, el canto y los festines espléndidos. Allí las mujeres reinaban sin rival, pero bien pronto no les bastó el ser sobera-

nas en su imperio, y lanzándose á la política, se presentaron en los conciliábulos de los partidos, y con su oro y sus intrigas influyeron en el movimiento de las pandillas. Al ver estas *mujeres de Estado* agitarse en el teatro de los Escipiones y Catones; al ver á aquellos hermosos jóvenes con la barba afeitada, de atiplada voz, andando á saltitos, con la gasa sobre la cabeza y el pecho; que llevaban adornos en las bocas-mangas y sandalias de mujer en los piés, imitando, en fin, á las rameras, nos habremos de lamentar de aquél mundo trastornado, en el que los dos sexos parecían querer cambiar sus papeles. Veamos lo que se pensaba del matrimonio, áun en los círculos aristocráticos: uno de los hombres mejores y más puros de su tiempo, Marco Caton, no vaciló en divorciarse de su mujer, por solicitud de un amigo que la queria, y cuando despues murió éste amigo, lá recibió de nuevo y se casó con ella por segunda vez. El celibato y las uniones estériles se hacian cada dia más frecuentes en las altas clases; antes se consideraba el matrimonio como una carga que habia que sufrir en interés del Estado, y en este tiempo Caton el joven, y todos sus discípulos, profesan la máxima, de la cual decia Polibio un siglo antes, que era una de las causas de disolución de la sociedad griega: «Es deber del ciudadano conservar las grandes fortunas, y para ello, no tener muchos hijos.» ¿Qué habia sido de aquellos tiempos en que llamarse *proletarius* era para todo romano un título de honor?

*Despoblacion de Italia.*—Un estado social de esta índole habia tenido por consecuencia la espantosa disminucion de la raza latina, no encontrándose en las fértiles campiñas de Italia más que parásitos inmigrantes y áridos desiertos, por haberse marchado

al extranjero una parte considerable de la población indígena. Para que pudieran sostenerse el personal de funcionarios y las guarniciones itálicas diseminadas todo alrededor del Mediterráneo, había sido necesario sacar de la Península una suma de capacidades y de brazos, que seguramente excedían á las fuerzas productoras de la Italia, sin tener en cuenta que toda esta población enviada al extranjero, era para siempre perdida para el pueblo romano. A medida que la República se había ensanchado y asimilado al imperio las otras naciones, la poderosa aristocracia había perdido cada vez más la costumbre de ver en la Italia su única patria; gran número de los hombres reclutados ó alistados en el ejército habían desaparecido en las frecuentes guerras extranjeras y en la terrible guerra civil, que fué en extremo sangrienta; y los otros, retenidos en el servicio durante largos años, con frecuencia durante toda una generación, llegaron á ser por completo extranjeros en Roma. Las especulaciones mercantiles, lo mismo que la profesión militar, entretenían fuera de la Italia, durante su vida, ó al ménos por espacio de muchos años, á los propietarios de fincas y á casi todos los comerciantes; estos últimos, sobre todo, en el curso de su carrera de viajes, habían perdido las tradiciones de la vida de ciudadanos de la ciudad madre y hasta de la vida de familia, ya demasiado estrecha para ellos. Para reemplazarlos, no quedaban en Italia más que los esclavos, los libertos proletarios, y los artesanos y mercaderes, que habían venido en gran número del Asia Menor, de Siria y de Egipto, los cuales crecían y se multiplicaban en Roma, y más aún en las plazas marítimas de Ostia, de Puzzoli y de Brindis; y ni siquiera se procuraba el reemplazo de los emigrados por

aquel otro elemento impuro en las mayores y más importantes regiones de la Península; la población se veía desaparecer de todas partes. El mal estaba indefectiblemente en las comarcas en donde todos se dedicaban al pastoreo. Apulia, aquella tierra floreciente en ganados, era señalada ya por sus contemporáneos como el país más despoblado de toda Italia; la campiña de Roma se cambiaba por instantes en un desierto por la influencia y la reacción recíproca de la marcha de los labradores y el inficionamiento progresivo de la atmósfera. *Labici*, Gabies y Bovilles, en otro tiempo preciosas aldeas, quedaron hasta tal punto desiertas, que era muy difícil encontrar en ellas los representantes necesarios para las ceremonias de las fiestas latinas. *Túsculum*, que fué siempre uno de los lugares más deliciosos del Lácio, no se componía ya más que de algunas notables familias, establecidas en Roma, pero que conservaban en ella el derecho de ciudadanía, y contaba ménos electores que gran número de aldeas del interior. La población masculina en estado de llevar las armas, que fué en otro tiempo sosten y salvaguardia de Roma, se había reducido tanto, que, comparando los acontecimientos pasados con el estado presente, las relaciones de las guerras de los Equos y de los Volscos parecían otras tantas fábulas, y no se leían sin cierta admiración mezclada de espanto. Y aunque aquello no sucedía en todas partes, especialmente en las regiones de la Italia central y de la Campania, todavía puede decirse con verdad con Varrón que, «las ciudades de Italia, en otro tiempo muy pobladas, habían quedado desiertas.»

*Italia bajo la oligarquía.*—Ningun cuadro más triste que el que nos ofrece la Península bajo el gobierno de la aristocracia: entre la clase de los men-

digos y la de los ricos hay, como antes, un antagonismo amenazador, sin que se haya verificado la conciliación ni hayan dado tregua á sus ódios, ántes por el contrario, han enconado sus rencores los sufrimientos recíprocos de ambas clases. A medida que las riquezas han llegado á ser más colosales, se abría más el abismo de la miseria, y con más frecuencia también se veía en ese torbellino cambiante de la especulación y de los azares de la suerte, precipitarse en una completa ruina á los individuos que de repente se elevaron desde una modesta clase á las más altas posiciones; y mientras más profunda es la separación entre las dos clases sociales, mayor es también la competencia que se hacen en una igual relación de las costumbres de la familia, gérmen y lazo de toda nacionalidad, en una igual depravación y en un análogo libertinaje: las dos corren parejas en la ruina económica, en el vil servilismo, en la venalidad, salvo la diferencia del precio, en la criminal desmoralización y en sus apetitos de guerra á la propiedad. La riqueza y la miseria, aliadas para el mal, arrojan á los Italianos de Italia, y hacen que reine aquí una bulliciosa turba de esclavos, allí un silencio de muerte. Cuadro aterrador, lo repito, pero que no tiene nada de excepcional: en todo Estado esclavista, tan pronto como se establece y reina el capital, arruina y destruye, como sucedió en Roma, el mundo que salió espléndido de la mano de Dios. Mientras las ondas de los rios revisten los colores del arco iris, las fangosas marismas toman un tinte uniforme; y de este modo es como la Italia de la época de Ciceron se parece á la Helada de Polibio, ó mejor, á la Cartago del tiempo de Annibal, en donde, reinando el capital como soberano, destruyó las clases medias, hizo que llega-

ran á su apogeo el comercio y las plantaciones y cubrió de un falso barniz aquella ciudad gangrenada en sus costumbres y en sus instituciones políticas. Cualesquiera que sean las acusaciones de lesa nacion y de lesa civilizacion que se hayan hecho en nuestros dias al sistema capitalista, son poca cosa si se comparan con los crímenes de otras épocas; así como el hombre libre, por pobre que sea, está siempre muy por encima del esclavo. Cuando madure la semilla de dragon arrojada en las tierras de la América del Norte, se verá en ella igual cosecha.

*Reformas de César.*—En el fondo, no era posible curar las heridas económicas que mataban á Italia; y allí donde el remedio sólo en parte era posible, debia venir juntamente del esfuerzo del pueblo y del tiempo. No es dado al más sábio gobierno ni al más hábil médico devolver la primitiva fuerza al sistema de una circulacion corrompida: cuando el mal ha atacado hasta las raíces, todo lo que se puede hacer es evitar los accidentes que podrian oponer un obstáculo á la accion bienhechora de la naturaleza. En interés de la tranquilidad, empleó el nuevo gobierno estos medios preservativos, y al punto desaparecieron por sí mismas algunas de las más peligrosas llagas del cuerpo social, tales como el acrecentamiento artificial del proletariado, la impunidad de los criminales, la venalidad de los empleos y algunas otras. Se podia hacer otra cosa mejor que no obrar mal. César no era de esos hombres, sin duda demasiado sábios, que no quieren poner diques á la mar, porque ningun dique puede desafiar á las olas del equinocio en la barra de un rio. Seguramente que será mejor para un pueblo y para la economía política nacional seguir el camino mismo trazado por la naturaleza; pero en Roma el

pueblo estaba fuera de ese camino, y obligado le fué á César emplear su inmensa energía personal en volverle á la tradicion del patriotismo y de la familia, debiendo imponerse su reforma económica á fuerza de leyes y de decretos.

*Medidas contra la emigracion.*—Era necesario, ante todo, detener el movimiento de emigracion de los Italianos, y para evitar las prolongadas ausencias, obligar á la clase distinguida y á los comerciantes á que trasladasen, lo más pronto posible, su residencia al suelo de la patria. César acortó la duracion del servicio militar, y prohibió á todos los ciudadanos del órden senatorial residir fuera de Italia, no siendo por razones de interés público, y á los demás Italianos de edad nubil (de 20 á 40 años) les prohibió tambien que estuviesen más de tres años consecutivos en el extranjero. En el curso de su primer consulado, ya César, movido por iguales motivos, cuando estableció una colonia en Cápua, habia tomado en consideracion muy particularmente á los colonos que tenian muchos hijos. Siendo emperador, otorgó recompensas extraordinarias á los que tenian una numerosa prole, al mismo tiempo que, como juez supremo, trató el divorcio y el adulterio con un rigor que desconcierta todas las ideas romanas.

*Leyes suntuarias.*—Descendió hasta los detalles de una ley suntuaria, atacando además la pródiga manía de las construcciones en sus más insensatos excesos, las construcciones sepulcrales: limitó á ciertas condiciones de tiempo, de edad y de rango el uso de los vestidos de púrpura y el de las perlas, prohibiéndolo á los hombres adultos; fijó, en fin, un *máximum* á los gastos de la mesa y prohibió ciertos lujosos platos. Ninguna de estas ordenanzas era nueva: lo

que si era nuevo en ellas es que el censor estaba encargado de hacerlas cumplir, teniendo agentes pagados que vigilasen los mercados, y dependientes que fuesen á las casas de los grandes para inspeccionar su mesa, y de confiscar, cuando llegara el caso, los platos servidos de contrabando. De esta enseñanza teórica y práctica de templaza impuesta á la sociedad distinguida por la policia del nuevo monarca, no habia ciertamente regeneracion que esperar: el lujo solamente iba á ocultarse; pero, si puede decirse que la hipocresía es el homenaje que el vicio rinde á la virtud, convenia áun no desdeñar, en tal momento, las apariencias de decoro oficial. Despues de todo, éste era un paso de hecho hácia el mejoramiento de las costumbres.

*La crisis de las deudas.*—Más sérias parecian, y prometian mayores resultados, las reformas intentadas al mismo tiempo en los sistemas financiero y agrícola. La crisis de dinero y las deudas exigian, sin duda, medidas transitorias. No hago más que recordar la ley arrancada á César por un grito de justicia contra los capitales que se ocultaban: aquella ley disponia que nadie pudiese guardar en caja, en oro ó en plata, más de 60.000 H S (4.600 thalers = 15.640 pesetas), calmando de esa suerte la cólera del irritado pueblo, á quien la usara agobiaba: en la fórmula de promulgacion, se decia con oportunidad que solo se trataba entonces de poner en vigor una antigua ordenanza que habia caido en desuso, pero esto no era verdad; atestigüando esta precaucion tomada por César, tenia reparo en cargar con la responsabilidad de la medida, y creo que esta no fué cumplida. Una cuestion mucho más grave era la referente á los créditos y á las deudas: el partidó que se decia cesa-

riano, reclamaba violentamente la abolición pura y simple, y ya hemos visto más arriba cómo César no accedió á esto; pero concedió, sin embargo, á los deudores, á partir del año 705, dos importantes ventajas. Por una primera ley, les perdonó los intereses atrasados y se descontaron del capital los réditos satisfechos: por una segunda, el acreedor quedaba obligado á recibir en pago todos los bienes muebles é inmuebles del deudor, al tipo de su valor real antes de la guerra civil, y antes de la depreciación que hubieren sufrido á consecuencia de aquella guerra. Prescripción que no era injusta en sí, porque, siendo el acreedor considerado como el propietario de los bienes del deudor hasta donde alcanzase la cantidad debida, era justo que soportase su parte en la pérdida que hubieran experimentado los bienes en garantía. En cuanto á la anulación de los intereses, ya satisfechos, ya atrasados, la medida hacia de hecho perder al acreedor el 25 por 100 próximamente del capital que se le debía al tiempo de la promulgación de la ley, no comprendiendo los intereses. Esta medida era una satisfacción dada á las ruidosas exigencias de los demócratas, y equivalía á la abolición parcial del crédito del prestamista; que, por inexorable que se hubiera mostrado al hacerse pagar las usuras, su rigor no habría justificado nunca la pérdida completa y retroactiva de su derecho al interés estipulado. Tal ley no tiene explicación posible, sino dándose exacta cuenta del punto de vista del partido democrático. Considerado esto, la prohibición del interés, arrancada á la fuerza por los plebeyos, en el año 412, no había subsistido ante los esfuerzos de la nobleza, garantida por la pretura, y árbitra de las jurisdicciones civiles; pero, en la forma de derecho, aquella adquisi-

cion de los plebeyos era todavía ley escrita, y los demócratas del siglo VII, que se llamaban continuadores de la antigua revolucion social, habian afirmado en todo tiempo que, al satisfacer los intereses, se pagaba una cosa indebida, y, en medio de las turbulencias de la época de Mário, consiguieron poner en práctica por algun tiempo su doctrina. No es creible que César haya participado de estas groseras ideas; y, cuando en sus comentarios toca al incidente relativo á la liquidacion de las deudas, solo menciona su ordenanza, que prescribe la entrega al acreedor de los bienes del deudor para que se verificase el pago directo, guardándose de hablar de la condonacion de los intereses devengados, cuyo silencio equivale quizá á un secreto reproche. Pero como jefe de partido, dependia éste del suyo, y no podia ponerse abiertamente en oposicion con el dogma democrático, sobre todo, en la época en que se agitaba esta candente cuestion; y además que, disponiéndose entonces á marchar al Epiro, no era todavía el vencedor omnipotente de Farsalia. Parece que dejó hacer, mas bien que dar por sí mismo este golpe al derecho, á la justicia y á la propiedad, y tuvo al ménos el mérito de contemporizar con las monstruosas pasiones que querian la abolicion de todos los créditos, debiendo tenerse presente este hecho, que, despues de todo, le honra: los deudores estimaron de todo punto ineficaces sus concesiones, y se manifestaron mucho más irritados que los capitalistas, á quienes la ordenanza perjudicaba. Se les vió, como hemos referido más arriba, con Celio y Dolabela á la cabeza recurrir locamente á vias de hecho, al punto reprimidas, é intentaron arrancar por medio del tumulto y de la guerra civil la liberacion gratuita que no les había concedido su jefe.

*Nuevo reglamento de las bancarotas. Leyes contra la usura.*—Pero no considerando suficiente este alivio á las necesidades actuales, quiso César todavía, como legislador, poner un dique permanente al poder abusivo del capital, y ante todo, proclamó el santo principio que considera la libertad como un bien no asimilable á la propiedad, que la proclama un derecho inalienable del hombre, y que quiere que solo el Estado pueda privar de ella á un culpable, y jamás un acreedor. Inspirándose quizá en las más humanas leyes de Egipto y de Grecia, y señaladamente en las leyes de Solon, fué el primero en introducir en el derecho comun este gran principio, en plena y directa oposicion con las antiguas leyes de la bancarota, y que nadie ha combatido despues. Se sabe que, por la ley civil, el deudor insolvente era adjudicado á su acreedor: más tarde, cuando el primero hallaba dificultad para pagar, sin encontrarse en el caso de una insolvencia absoluta, le habia concedido la ley *Petilia*, como medio de salvar su libertad personal, el recurso de abandonar todos sus bienes, y despues, hasta el mismo ciudadano insolvente obtuvo ciertos arbitrios accesorios; pero cualquiera que hubiera sido la práctica, el principio subsistió inmutable durante cerca de quinientos años, y de ordinario, no se entablaba procedimiento contra los bienes, sino en el caso en que el deudor hubiera muerto ó hubiera perdido el derecho de ciudad, ó no pudiese ser habido. César fué el primero, lo repito, que concedió al insolvente la facultad que todavía hoy sirve de base á todas las liquidaciones de bancarota; en lo sucesivo, fuera ó no el activo bastante para el pago del pasivo, el deudor, por el abandono de sus bienes, y salvo la limitacion de sus derechos honoríficos ó pó-

líticos, conservó al ménos su libertad, y pudo comenzar de nuevo la vida de los negocios, sin que se extinguiera de su pasivo anterior, no cubierto por la liquidacion de la bancarota, sino la cantidad que pudiera pagar, sin arruinarle segunda vez. Al emancipar de esta suerte la libertad individual de la servidumbre del capital, conquistaba el gran demócrata una gloria imperecedera. Todavía fué más lejos: quiso con el auxilio de sus *leyes usurarias* refrenar el poder abusivo de este mismo capital en el orden político, con lo cual permaneció fiel á las antipatías de su partido contra los créditos con interés en los contratos pecuniarios. En Italia, el préstamo con interés se limitó, con respecto al prestatario, á una cantidad *máxima*, calculada sobre la importancia de sus inmuebles itálicos, no pudiendo pasar, á lo que parece, de la mitad de su valor. Toda infraccion constituye un delito, perseguido en la forma prescrita por las leyes republicanas sobre la usura y ante una comision del jurado. Suponiendo que se pusiera en práctica aquel sistema, debia tener por efecto obligar á los hombres de negocios á hacerse sin demora propietarios de fincas en la Península, ó iba á desaparecer aquella plaga de capitalistas, que no vivian más que del interés de sus capitales colocados, y mientras, para poder continuar su tráfico, compraban éstos, de grado ó por fuerza, las fincas en su propio nombre, disminuia el número y la clase de los prestatarios arruinados y de los propietarios nominales, que solo explotaban ya las posesiones por cuenta de los acreedores. Es evidente, por otra parte, que César no tuvo nunca el pensamiento de renovar simplemente la prohibicion del interés en el sentido en que lo entendia el antiguo partido popular; antes al con-

trario, quiso asegurar la práctica de los préstamos usurarios, pero dentro de ciertos límites. ¿Se limitó á poner en vigor solamente en Italia estas medidas, sobre todo la ley del *máximum* aplicada al capital prestado? La cosa me parece inverosímil, y estimo que debió establecer igualmente al mismo tiempo para las provincias un tipo *máximum* de interés. Ya regían en el imperio, en el Asia Menor, algunas disposiciones en esta materia, tales como la prohibición del interés mayor del 1 por 100 al mes, la interdicción del *anatocismo* de ó la demanda en justicia de una suma de intereses devengados que excediese al total del capital primitivo, disposiciones todas tomadas también probablemente de las legislaciones griega y egipcia (1), y consignadas primeramente en las ordenanzas de Lúcio Lúculo ó de sus sucesores, que también se habían ocupado de esto: los pretores hicieron bien pronto extensivas estas medidas á muchos otros gobiernos, y por último, un Senado-consulta del año 704 les había dado en parte fuerza de ley en todas las provincias. Quizá deba atribuirse á César la completa aplicación de estas ordenanzas de Lúculo que encontramos más tarde transformadas en leyes generales, llegando á ser la base de toda la legislación romana, y, puedo añadir, de las legislaciones modernas en esta materia.

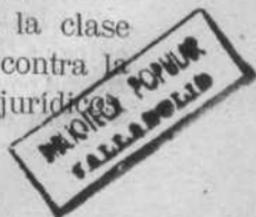
*Fomento de la agricultura.*—De estas medidas, tomadas para corregir los abusos del capital, á las que tendían á hacer entrar la agricultura en las vías

---

(1) La última, al menos, se encuentra en las leyes reales egipcias (Diod. 1-79). La legislación de Solon, por el contrario, no pone ninguna restricción al tipo del interés, y aún autoriza expresamente su arbitraria elevación.

más favorables á la prosperidad del Estado, no habia más que un paso. Una primera y esencial necesidad se hacia sentir; la de la reforma del sistema judicial y de la policía, pues, en esta época, nadie en Italia tenia seguridad para su persona y sus bienes muebles ó inmuebles. ¿No hemos visto á los jefes de partidas en Roma, cuando sus gentes no estaban ocupadas en la capital en revueltas políticas, irse á ejercer el oficio de ladrones en los bosques de Etruria, ó á conquistar en otras regiones nuevos dominios en provecho del patrono que los tenia á sueldo? César puso fin á este reinado de la fuerza y de la violencia, y todas las clases de la poblacion rural sintieron inmediatamente el beneficio. No se limitaban á Roma los trabajos públicos emprendidos por el nuevo monarca, sino que quiso que aprovecharan tambien á Italia: hizo construir una ancha carretera que, partiendo de la capital y yendo á parar al Adriático, por las gargantas de los Apeninos, debia facilitar el tráfico interior, y preparó la desecacion del lago Fucino en provecho de la agricultura del país de los Marsos. Por otra parte, puso tambien mano directamente en el sistema económico, obligando á los ganaderos de Italia á elejir la tercera parte, por lo ménos, de sus pastores, entre los hombres libres y adultos, con lo cual daba al mismo tiempo un golpe rudo al bandidismo y abria una carrera al proletariado libre.

*Distribuciones de tierras.*—Venía ahora la cuestion agraria, de la cual se habia ocupado ya en el tiempo de su primer consulado. Más prudente, en este punto, que Tiberio Graco, se guardó de intentar el restablecimiento á cualquier precio de la clase agrícola, aun á costa de una revolucion contra la propiedad, disculpándose con pretextos jurídicos.



Para él, como para cualquier político sério, la primera y más inviolable de las máximas del Estado, reclamaba, ante todo, la seguridad de la propiedad, ó de lo que es considerado como tal por la opinion pública. Sobre esta base, claramente determinada, se esforzó tan solo en preparar el desarrollo de las pequeñas posesiones itálicas: aquí estaba, á su entender, la vital cuestion, y á ella se consagró activamente. Respetó indistintamente todas las posesiones particulares, fuesen á título de propiedad ó de señorío hereditario, ó se remontasen á los tiempos de Cayo Graco ó de Sila; pero no hizo lo mismo con los dominios itálicos de la República, y con los numerosos inmuebles, que pertenecian de derecho al Estado y eran poseidos por las corporaciones sagradas: respecto á éstos, procedió de una manera severa y sencilla, y que no consiente ni retraso ni negligencia, áun en los más pequeños detalles. Mandó hacer la revision general de todos los títulos de los poseedores ante la comision de los *Veinte*, expresamente organizada al efecto, y dispuso despues las asignaciones parcelarias de tierra, segun el método de los Gracos, en lo que era aplicable á la agricultura. Por lo que hace á los pastos de verano de la Apulia, y á los de invierno del Samnium, que pertenecian al Estado, los conservó bajo el dominio público. Decidió que, si no bastaban las tierras que habian de distribuirse, se comprase á los propietarios italianos, á expensas del Tesoro, los terrenos que fueran necesarios. Siendo preciso escojer los nuevos agraciados, como le daban prisa, los eligió entre los soldados á quienes estaba reorganizando, con lo cual consiguió aliviar, en cuanto le fué posible, las cargas del alistamiento, cambiar el mal en bien, y devolver á la patria, con-

vertidos en propietarios agrícolas, los proletarios que le había arrancado en forma de reclutas. Notemos de paso, que parece que César envió al principio á sus improvisados colonos, con preferencia, á las ciudades latinas despobladas, á Veyes y á Capena. Dispuso que los colonos no pudieran deshacerse de sus tierras sino veinte años despues de tomar posesion de ellas; afortunada transaccion entre la absoluta libertad de enagenar, la cual habria hecho pasar en breve los lotes asignados á las manos de los grandes capitalistas, y las restricciones permanentes y vanas, imaginadas antes por Tiberio Graco y por Sila, para poner estas tierras fuera del natural movimiento de la propiedad.

*Renovacion del sistema municipal.*—La mano del enérgico *imperator* de Roma se ha manifestado benéfica al pueblo de Italia, remediando los males de su vida económica, y dando fuerza á los mejores elementos que allí habia. Los municipios pedian á su vez una reorganizacion: habiendo salido de la crisis de la guerra social, y siendo una parte integrante y vasta del sistema económico y político del imperio, comunicaron á la monarquía absoluta los elementos de su vida social, y renovaron y activaron la circulacion, hoy suspendida, de los mejores jugos del organismo público. Hagamos resaltar aquí las principales disposiciones de las dos leyes municipales de César, promulgada la una en 705 para la Gália Cisalpina, y la otra, en 709, para toda la Italia, la última de las cuales continuó siendo el derecho comun y fundamental. Rigorosa depuracion de los colegios locales, descartando de ellos los elementos corrompidos, sin que en estas eliminaciones influyera ni una sombra de preocupacion de partido; restricciones puestas en

el límite posible á la excesiva centralizacion; libre desenvolvimiento del municipio con la facultad de elegir sus magistrados y con la jurisdiccion civil y criminal dentro de ciertos límites; y, al lado de esto, algunas precauciones de interés público, como, por ejemplo, las restricciones puestas á las asociaciones, tales son las principales disposiciones de estas leyes: al redactarlas, aspiraba César á la reforma social del pueblo itálico. Fácil será á la crítica censurar la insuficiencia de estas disposiciones, enumerar los vicios que dejaban perpetuar, y hacer ver tambien los puntos en que eran un sensible obstáculo á la libertad de las transacciones; y más fácil todavía será decir que el mal era de todo punto incurable: no obstante esto, el hombre práctico admirará la obra y el obrero. Cuando el mismo Sila habia desesperado, y no habia intentado más que una reorganizacion en la forma, ¿no era meritorio para César atacar la hidra en su nido y luchar con ella cuerpo á cuerpo? Es evidente que éste ha hecho cuanto era posible á un hombre de Estado, á un Romano: no esperaba, no podia esperar tampoco que sus reformas rejuvenecieran á Italia, cuya obra emprendió por otro diferente camino; pero antes de referir su tentativa, conviene que expongamos aquí el cuadro de las provincias y la situacion en que las habia encontrado.

*Las provincias.*—Al advenimiento de César, habia en el imperio catorce provincias: siete en Europa; las dos Españas, Citerior y Ulterior; la Gália Transalpina, la Gália Italiana con la Ilírica, la Macedonia con la Grecia, la Sicilia y la Cerdeña con la Córcega: cinco en Asia; el Asia propia, la Bitinia y el Ponto, la Cilicia con Chipre, la Siria y la Creta: dos en Africa; la Cirenáica y el Africa propia: agregando á éstas los tres

gobiernos de nueva creacion instituidos por César, las dos Gálias Lionense y Bélgica y la Iliria, separada de la Cisalpina, formaban un total de diez y siete provincias (1).

*Su administracion por la oligarquía.*—Puede afirmarse que la administracion de las catorce provincias de la República bajo la oligarquía excedió en todo linage de abusos á cuanto se habia visto hasta entonces, al ménos en el Occidente, en donde por lo mismo se señalan tan numerosos ejemplos de arbitrariedad, que la imaginacion no podria concebir nada más horrible y odioso. Hagamos constar, sin embargo, que los Romanos no son los únicos responsables de aquel estado de cosas: antes que ellos, las dominaciones griega, fenicia y asiática habian desterrado del corazon de los pueblos, en casi todos los países, los sentimientos más elevados, la idea del derecho, y los recuerdos de la libertad de otros mejores tiempos. Todo provinciano acusado tenia el deber de presentarse en persona en Roma, si era requerido, para responder allí á la acusacion. Todo procónsul ó pretor se mezclaba arbitrariamente en los asuntos de justicia y en la administracion de las ciudades tributarias, pronunciaba sentencias de pena capital, derogaba los actos de los Consejos locales, y, en tiempo de guerra, disponia á su arbitrio, y Dios sabe de qué manera tan escandalosa, de las milicias: así fué como

---

(1) Al ver á César instituir en las provincias diez y seis propretores anuales y dos proconsulados, siendo por dos años el cargo de los dos procónsules, se podria inducir de aquí que entraba en sus planes elevar á veinte el número de las provincias; pero esta conclusion careceria de fundamento, toda vez que tenia el propósito de reducir el número de oficios y aumentar el de candidaturas.

en el sitio de Heraclea Póntica las colocó Cotta en los puestos más peligrosos para ahorrar la sangre de los suyos, y no marchando las operaciones á su gusto, hizo decapitar á los ingenieros. Ni las leyes morales ni las criminales se habian hecho para el gobernador romano y sus gentes, los cuales cometian diariamente todo género de crímenes, coacciones, profanaciones y muertes con ó sin forma de proceso; y, sin embargo, aquel no era un espectáculo nuevo: ¿qué region, en efecto, no estaba acostumbrada á un régimen de esclavitud? Los goces materiales, únicos que se disfrutaban todavía en las provincias al lado de estos numerosos y crueles señores, eran turbados frecuentemente por los acontecimientos, y con todo, por frecuentés que fueran los cambios de fortuna no afectaban sino á individuos aislados. Pero pesaba sobre todo un afrentoso yugo, el yugo de una explotación financiera sistemática, implacable sin ejemplo en la antigüedad, en lo cual los Romanos continuaron ensayando su génio positivista. Hemos ya expuesto, en otro lugar, el sistema del impuesto provincial con sus condiciones moderadas y sábias en un principio, y despues el aumento de sus exigencias y sus destructores efectos: ya se comprende que sólo éstos fueron progresando. Los impuestos ordinarios eran más irritantes por la desigualdad de la reparticion y los vicios de la percepcion que por lo elevado de las cuotas. Los políticos romanos eran los primeros en confesar que la obligacion del alojamiento militar, cuando las legiones acantonaban en una ciudad en cuarteles de invierno, equivalia para ésta á un ataque y asalto dados por el enemigo. El impuesto tenia, en su origen, el carácter de una compensacion aceptada por la República en cambio de las cargas

de la guerra, teniendo por consecuencia la ciudad contribuyente el derecho de reclamar la inmunidad del servicio militar ordinario; más, hé aquí que, un día, en Cerdeña, por ejemplo, obligó Roma á las tropas provinciales á cubrir casi todas las guarniciones de las plazas, y despues no tardó en someterlas á un impuesto más oneroso, á la provision de toda la caballería de los ejércitos regulares. En cuanto á las prestaciones irregulares, tales como suministro de trigo, gratuito ó poco ménos, en beneficio exclusivo del proletariado de la capital; armamentos diarios, y siempre costosos, de escuadras; defensa de las costas contra los piratas; contribuciones enormes en trabajos de arte y en fieras de toda especie, anticipos de todo género para subvenir al desenfrenado lujo del teatro y de las luchas de fieras, y requisas militares en caso de guerra, todas estas cargas eran con frecuencia tan humillantes como incalculables. Un ejemplo nos hará ver sus resultados. Durante los tres años del gobierno de Verres en Sicilia, el número de agricultores se redujo de 84 á 32 en *Leontini*; de 187 á 86 en *Motyka*; en *Herbita* de 252 á 120; en *Agyrion* de 250 á 80; y además en cuatro de los más fétiles distritos de la isla hubo 59 propietarios entre 100, que prefirieron dejar sus tierras de eriales á continuar cultivándolas, sometidos á tal régimen. Y estos propietarios no eran, como lo indica su cortísimo número y lo atestiguan documentos fehacientes, pequeños y pobres labradores, sino que todos pertenecian á la clase de los grandes agricultores y casi todos eran ciudadanos romanos.

Si en los Estados aliados variaba la forma, el impuesto en sí mismo, pesaba sobre ellos aún más rudamente: al mismo tiempo que los Romanos, opri-

mia á sus vasallos el príncipe indígena. En Capadocia y en Egipto estaba el labrador tan arruinado como el rey: el uno no podia pagar al colector de impuestos, ni el otro su tributo á Roma. Agréguese á esto las exacciones del pretor y las de sus amigos, cada uno de los cuales obraba como si tuviera sobre el contribuyente un título legítimo y el derecho de no volverse á Roma sin haber aumentado considerablemente su peculio. La oligarquía romana, parecida á una gran partida de ladrones, se consagraba, por vocacion y por oficio, al saqueo de las infortunadas provincias. No se ponía tampoco gran cuidado en ser hábil en la mencionada profesion: ¿para qué? ¿No seria menester repartir un dia el botin con los abogados y los jueces? Se robaba con más seguridad, robando más, y aquel que lo hacia se preciaba de hombre de honor: el gran bandido no tenia más que desprecio para el ladrón en pequeño, y éste á su vez despreciaba al ratero: y si por una rara casualidad uno de ellos llegaba á ser condenado, ¡cuánta era su vanagloria por las muchas concusiones de que habia sido convencido! Así se portaban en esta época en las magistraturas provinciales los descendientes de aquellos grandes hombres que, en otro tiempo, acostumbraban volver á Italia con el reconocimiento de los pueblos vasallos, y la aprobacion de sus conciudadanos.

*Los capitalistas en las provincias. Guerras y latrocinios.*—Y no era esto todo, sino que habia caido sobre las provincias otro azote mucho más terrible: el de los traficantes italianos, ménos vigilados áun que los gobernadores, y en cuyas manos se habian concentrado la mayor parte de los terrenos, todo el comercio y todo el dinero. En las provincias transmarítimas, todos los bienes raíces pertenecian á las

familias notables de Italia, y abandonados á la lepra de los administradores, estaban amenazados de una ruina, y jamás eran visitados por sus dueños, excepto aquellos que estaban convertidos en parques de caza, cada uno de los cuales se extendia en esta época, en la Gália Cisalpina, á una superficie de cerca de una milla alemana cuadrada. La usura florecia como en los tiempos pasados. Los pequeños propietarios rurales de Iliria, del Asia y del Egipto en la época de Varron no eran ya otra cosa, en su mayoría, que esclavos por deudas de sus acreedores romanos ó no romanos, como antes los *nexi* plebeyos con relacion á sus prestamistas. Hasta en las ciudades se veía colocar los capitales al 4 por 100 al mes. De ordinario los traficantes activos é influyentes, con objeto de facilitar sus especulaciones fuera de Roma, conseguían que les diese el Senado un título de encargados de negocios, ó un título de oficial el *propretor*, con una buena escolta, si era posible. Tenemos el siguiente relato de fuente muy autorizada. Uno de estos honrados y belicosos banqueros tenia un dia, no sé qué crédito contra Salamina de Chipre; exigió el pago y bloqueó al consejo de tal suerte, que cuatro consejeros murieron de hambre. Al suplicio de esta doble opresion, igualmente insufrible una y otra, y cuyos medios combinados habian llegado á ser la norma de conducta, se agregaban los sufrimientos generales imputables tambien á la República, al ménos indirectamente. Las numerosas guerras costaban á las provincias enormes cantidades, unas veces siendo presa de los bárbaros y de los ejércitos romanos, y otras siendo totalmente desangradas. Ni por mar ni por tierra tenian seguridad, quedando á merced de los salteadores y piratas que se enseñoreaban de todo y

por todas partes: en Cerdeña y en el interior del Asia Menor, era el bandolerismo una enfermedad endémica; en Africa y en la España Ulterior, fué menester rodear de murallas y de torres todos los edificios situados fuera del recinto fortificado de las ciudades. En uno de los capítulos precedentes hemos descrito los horribles estragos de los piratas. Habíase recurrido á la panacea del sistema prohibitivo, á prohibir la exportacion del oro y de los cereales, ordinario recurso de los pretores romanos para evitar las crisis de dinero y las hambres; pero la situacion no habia mejorado por esto; y en fin, casi en todas partes, como si no bastara la universal angustia, caían las ciudades en la disolucion á causa de los desórdenes locales y de las concusiones de sus propios magistrados.

*Resúmen de la situacion.*—Cuando, lejos de ser pasajeros, se perpetúan durante siglos los sufrimientos, haciendo sentir á las comunidades é individuos su inevitable pesadumbre que va creciendo de año en año, por bien organizada que esté la administracion pública ó privada, no puede por ménos de sucumbir bajo estos vicios. Una indecible miseria se extendia sobre todas las naciones, desde el Tajo al Eufrates. «Todas las ciudades han perecido», se lee en un escrito publicado en el año 684. De ello tenemos un testimonio expreso en lo concerniente á España y á la Gália Narbonense, las dos provincias que relativamente habian sufrido ménos. En el Asia Menor, estaban despobladas ciudades como Samos y Halicarnaso: en consideracion á las crueldades de que era víctima la poblacion libre, la esclavitud ordinaria parecia un puerto de salvacion, y hasta el sufrido Asiático, nos dicen los hombres de Estado romanos, se hallaba cansado de la vida. El que tenga curiosidad

de medir las profundidades á que puede descender el hombre en la práctica del crimen, ó en su resignacion no ménos culpable, á la desenfrenada iniquidad, que eche una mirada sobre los procesos de este tiempo, y en ellos se verá lo que fueron los magnates de Roma y lo que los Griegos, los Fenicios y los Sirios han podido soportar. Más de un magistrado romano confiesa claramente y sin rodeos que el nombre de Roma era profundamente aborrecido en toda el Asia y en toda la Grecia: un dia los Heracleotas-Pónticos dieron muerte á todos los aduaneros: hecho sensible, se dirá; pero lo que hay que sentir es que hechos de esta índole no se repitiesen con mas frecuencia.

*César y las provincias. Magistrados de César.*— Los optimates se burlaban de su nuevo soberano, que iba á visitar una tras otra todas sus posesiones. Y en verdad que el estado de las provincias reclamaba toda la séria actividad y toda la sabiduría de uno de estos raros hombres, en quienes el oficio de reinar debe no ser para los pueblos un manifiesto ejemplo de la insuficiencia humana. Solo el tiempo podia curar las heridas abiertas, tocando á César velar porque la accion de aquél no fuera, estéril y no se abriesen de nuevo estas. Para ello cambió la administracion de todo en todo. Los procónsules y propretors de Sila habian sido, en sus gobiernos, verdaderos soberanos sin limitacion de poder y sin que se ejerciera sobre ellos vigilancia alguna: los de César, por el contrario, no fueron más que servidores disciplinados de un jefe severo, jefe que, por la unidad y por la duracion de su poder vitalicio, era para sus vasallos una mejor y más natural garantía que el mudable capricho de muchos tiranos anuales. Como antes, las provincias fueron repartidas entre los dos

cónsules salientes y los diez y seis pretores; pero de estos, nombraba directamente ocho el emperador, y además pertenecía á él la designacion de todos los gobernadores: de suerte que gobiernos y magistrados estaban bajo su dependencia; y, al mismo tiempo que organizó los primeros, se dedicó á limitar el poder de los segundos, á los cuales dejó la administracion de justicia y la direccion administrativa de las ciudades, á la vez que puso por encima de su *imperium* el mando supremo centralizado en Roma, y á su lado las atribuciones de los lugartenientes: confirió, segun todas las apariencias, el poder efectivo á los agentes imperiales, de tal suerte, que el gobernador de provincia se vió desde entonces rodeado y necesariamente estorbado por un personal auxiliar, que dependia directamente del emperador, ó por virtud de la ley de la gerarquía militar, ó por la más severa aún de la clientela palaciega. Poco antes, cuando se presentaba el pretor ó el cuestor, podian considerarse como dos ladrones que se habian separado de la cuadrilla para sacar por fuerza la contribucion; en lo sucesivo estuvieron allí los oficiales de César para proteger al débil contra el fuerte: á la comprobación más que nula de los tribunales de caballeros ó senadores romanos, habia sucedido la responsabilidad real del funcionario ante un justo y vigilante monarca. En tiempo de su primer consulado, puso en vigor y aumentó las penalidades de la ley de las concusiones, la cual fué aplicada á los mandos de las provincias con un rigor inexorable, que á veces excedia á las mismas prescripciones del texto, y cuando los agentes del fisco cometian algun acto inícuo, los castigaba César como el jefe de una casa castiga á sus criados y libertos cuando han cometido alguna falta.

*Reglamentacion de los impuestos.*—Los impuestos públicos extraordinarios volvieron á bajar á su justa medida, nivelándose con las necesidades reales, sufriendo tambien notables rebajas los ordinarios. Nos hemos extendido bastante ya en la reforma del sistema de impuestos: ¿no eran, en efecto, otras tantas reformas, otros tantos beneficios acogidos con gozo por las provincias, la ampliacion de los casos de inmunidad, la rebaja, en grande escala, de las contribuciones directas, las restricciones en el régimen de los anticipos de Africa y de Cerdeña, y la completa supresion de los agentes intermediarios de la percepcion del impuesto directo? Y, ¿habria pretendido tambien César, como su gran precursor democrático Sertorio, librar á los pueblos de la carga del alojamiento militar? ¿Intentaria que sus tropas se construyesen en lo sucesivo campamentos permanentes, á manera de una ciudad militar? No tenemos pruebas de ello; pero es lo cierto que jamás, ni aún en la época misma en que trocó por la soberanía su papel de pretendiente, dejó al ciudadano á merced del soldado, y vemos además á los continuadores de su política ejecutar su pensamiento, edificando numerosos *campamentos permanentes*, que se trasformaron en verdaderas ciudades, en focos de civilizacion situados en las fronteras de los bárbaros.

*Reaccion contra el sistema capitalista.*—Corregidos los vicios administrativos, quedaba que combatir, y esta era tarea mucho más difícil, á los capitalistas romanos y su poder avasallador, para cuya destruccion era menester emplear remedios más peligrosos que el mal mismo. César debió contentarse, por el momento, con la correccion de algunos abusos, ya prohibiendo las *misiones libres* senatoriales,

que eran verdaderas credenciales dadas á la especulacion usuraria, ya reprimiendo enérgicamente la violencia pública y la usura flagrante, con el auxilio de la ley penal comun unas veces, y otras con leyes especiales aplicables á las provincias. La total curacion sólo podia esperarse cuando, á la larga y bajo un régimen mejor, reapareciera el bienestar general. En los últimos tiempos se habian tomado muchas medidas transitorias, que tenian por objeto venir en auxilio de una situacion apurada. En 634, siendo pretor en la España Ulterior, habia asignado César, á los que tenian créditos pendientes las dos terceras partes de la renta de sus deudores, para que se cobraran con esta garantía; y de la misma manera, Lúcio Lúculo, procónsul en Asia algun tiempo antes, habia declarado nulos parte de los atrasos de interés que habian aumentado considerablemente, y, para la parte válida, asignó en pago la cuarta del producto de las tierras que pertenecian á los préstamos, ó una cuota equivalente sobre el producto de las casas alquiladas y del trabajo de los esclavos. Nada nos dicen los autores contemporáneos sobre si César, despues de la guerra civil, arregló por medios análogos la liquidacion general de las deudas en las provincias; pero de todo lo que dejamos expuesto y de lo que hizo en Italia se desprende, sin que pueda cabernos duda alguna, de que tocó la cuestion fuera de la Península, ó tuvo la intencion de tocarla.

Resumamos: en la medida de las fuerzas humanas, habia César librado á las provincias de la tiranía de los funcionarios y de los capitalistas, y podian esperar confiadamente que el nuevo gobierno, rejuvenecido y fortificado, llegaria tambien á ser el terror de las vecinas hordas salvajes y sabria dispersar á

los piratas y salteadores, como al elevarse en el horizonte disipa el sol las nubes. Aún estaban frescas las antiguas heridas, pero ya los vasallos de Roma entreveían la aurora de una era mejor; veían elevarse el primer gobierno inteligente y humano, que les fué concedido despues de muchos siglos de sufrimientos, y la primer política de paz, apoyándose, no en la influencia, sino en la fuerza; y no será más que un acto de justicia, si el dia de la muerte de su gran libertador se le vé con los mejores Romanos llorar sobre su cadáver.

*Principio del imperio italo-helénico.*—Las reformas del sistema provincial no habian tenido, sin embargo, por principal objeto la estirpacion de los abusos existentes. Bajo la República, no habian sido las provincias, así para los aristócratas como para los demócratas, otra cosa que lo que con frecuencia se las llamaba, «los dominios del pueblo romano,» y como tales, se habia usado y abusado de ellas; pero su explotacion tocaba á su término. Iban, sin duda, á perder poco á poco su propia existencia al convertirse en provincias; pero la raza italo-helénica vivificada se preparaba en ellas una nueva y más estensa pátria, en donde, entre cien pueblos diferentes, no se encontrará ni uno solo que deba sacrificarse por los otros; en donde, todos para uno y uno para todos, van á confundirse en adelante en el seno de una nacionalidad llena de vida y de grandeza, llamada á curar los males y las llagas del pasado, para lo cual habia sido de todo punto impotente la vieja Italia. Desde siglos atrás, la emigracion italiana habia invadido, sin detenerse un punto, todos los países de fuera, y, sin que los emigrantes tuvieran conciencia de ello, habia preparado la actual extension. Por lo de-

más, Cayo Graco, el fundador de la monarquía democrática, fué el primero que abrigó el pensamiento de la gran fusión, cuando ponía por obra la conquista de la Transalpina, y el envío de colonias romanas á Cartago y á Narbona, y arrojaba á los italianos fuera de su península. También tuvo este pensamiento Quinto Sertorio, el segundo político de génio que ha producido la democracia romana, el cual habia llamado á los bárbaros de Occidente á participar de los beneficios de la civilización latina, dando el traje romano á la juventud noble de España, y obligándola á hablar en latin y á recibir en la Universidad de Osca los rudimentos de la cultura y educacion itálicas. Al advenimiento de César, una considerable poblacion italiana, aunque no fija ni concentrada, se hallaba esparcida ya en todos los territorios provinciales y aliados; y sin hablar aquí de las ciudades que se habian fundado al otro lado de los Piríneos y en la Narbonense, á imitacion de las de la Península, nos bastará, por ejemplo, hacer mencion de los numerosos contingentes de soldados ciudadanos levantados por Sertorio en España, por César en las Gálias, por Juba en Numidia y por los constitucionales en Africa, en Macedonia, en Grecia, en el Asia Menor y en Creta. Inútil es, despues de esto, recordar aquella lira latina, mal afinada aún, en que los poetas de Córdoba cantaban las guerras de Sertorio y las alabanzas del héroe romano, y aquellas traducciones de los poetas griegos, estimadas por la elegancia de la diction, que fueron publicadas poco despues de la muerte de César por el transalpino *Publio Terencio Varron del Aude*, el más antiguo poeta latino natural de países extra-itálicos, que se ha conquistado un nombre.

De otro lado, parece que Roma y Grécia se compe-

netraban, desde que la primera habia brotado, por decirlo así, de la tierra; pero si, al unificarse Italia, los Latinos victoriosos se habian asimilado los pueblos vencidos, no habian hecho más que explorar la nacionalidad griega, sin absorberla ni aún exteriormente. A todas partes donde fuera el legionario, iba seguido del preceptor helénico, que conquistaba tambien á su manera. A este preceptor se le encuentra, desde mucho tiempo atrás, en las riberas del Guadalquivir, enseñando la lengua de los Griegos: en Osca aprende la juventud española lo mismo el griego que el latin: los estudios superiores no eran en Roma nada más que la predicacion, en lengua itálica, del gran evangelio del arte y de las costumbres de los Helenos, y éstos habrian hecho mal en protestar enérgicamente contra la modesta audacia de los conquistadores civilizadores latinos, que llevaban á los bárbaros de Occidente aquel mismo evangelio, disfrazado con el traje del idioma romano. Desde largo tiempo, Roma no era para los Griegos más que la espada y el escudo del helenismo: invocaban éstos á Roma en todos los países, y principalmente en aquellos mismos en que el sentimiento nacional se mantenía más puro y vivo; sobre las fronteras de los bárbaros, en donde la nacionalidad corria peligro; en Massalia; sobre las costas septentrionales del Mar Negro, y sobre el Eufrates y el Tigris. Y, al edificar ciudades en las regiones del Oriente, ¿no habia reanudado el mismo Pompeyo, la obra de Alejandro de Macedonia, interrumpida durante algunos siglos? El pensamiento de un imperio italo-greco; doble por la lengua y uno por la nacionalidad, no era nuevo: de otro modo habria sido una falta; pero convertir en una concepcion real aquel pensamiento vago toda-

vía, y reunir sin vacilaciones todos los débiles ensayos dispersos, era una obra grandiosa, la cual fué realizada por el tercero y el más grande político de la democracia romana.

*Las nacionalidades predominantes. Los Judíos. Su posición en el imperio.*—Había una primera y esencial condición para la nivelación política y nacional del mundo, y esta condición era nada menos que el mantenimiento y la extensión de los dos pueblos á quienes pertenecía en común el imperio, y por consiguiente el rechazar tan rápidamente como fuera posible, las razas bárbaras, ó llamadas bárbaras, situadas al lado de ellos. Además de los Romanos y los Griegos, quizá conviene hacer mención de un tercer pueblo, su rival en ubicuidad en el mundo de entonces, el cual está llamado á desempeñar un importante papel en el nuevo Estado creado por César: me refiero al pueblo Judío. Raza notable, flexible y pertinaz á la vez, se encuentra en todas partes y ninguna es su patria; en todas partes es poderosa, y en ninguna ejerce su poder. En tiempo de César, eran para ellos los sucesores de David y Salomón exactamente lo mismo que es Jerusalem en nuestros días; y si ellos se unen al pequeño reino Hierosolimitano como al centro visible de su unidad religiosa é intelectual, su nacionalidad, lejos de circunscribirse al pueblo vasallo de los Hasmoneos, iba, por el contrario, estendiéndose sobre todas las comunidades judías esparcidas por los imperios parto y romano. En Alejandría, lo mismo que en Cirene, se había formado en el seno de la gran ciudad otra más pequeña, con su gobierno propio, separada y limitada, pareciéndose bastante al «cuartel judío» de nuestras ciudades, aunque más libre, y obedeciendo á un alcalde, que

era á la vez juez sin apelacion y administrador. Ya antes de César era en Roma lapo blacion judía numerosa y muy unida por el vínculo de su nacionalidad, de lo cual tenemos la prueba en la asercion de un contemporáneo, segun cuyo testimonio, imprudente seria el pretór que, en su provincia, agraviase á algun judío, porque podia tener por cierto que, á su regreso á Roma, el populacho habia de silbarle. Tambien en esta época era el comercio la principal ocupacion de los Judíos: el traficante judío seguia al mercader y al conquistador romano como siguió más tarde al Veneciano y al Genovés, y al lado del capital de los comerciantes italianos, afluia el de los Judíos á todos los países. En fin, entonces como hoy, abrigaban los occidentales una particular antipatía contra esta raza, oriental en el fondo, contra sus opiniones y sus insólitas costumbres. De cualquier manera que sea, y por poco animada figura que haga el judaismo en el triste cuadro de la época, no por eso deja de ser un elemento histórico importante, encontrando la ley de su desenvolvimiento en el curso natural de los sucesos, que el verdadero político no podia ni desconocer ni combatir. César, á ejemplo de Alejandro su predecesor, prefirió, en cuanto le fué posible y con perfecto conocimiento de causa, prestarles proteccion y ayuda. Con la fundacion de la comunidad de los Judíos en Alejandria, el héroe Macedónico habia hecho en beneficio de la nacion casi tanto como su rey David edificando el templo de Jerusalem: César, los llamó á su vez á Alejandria y á Roma, concediéndoles ventajas y privilegios especiales, y protegió notablemente su culto contra la intolerancia de los sacerdotes locales griegos y romanos. Y no es que estos dos grandes hombres tratasen

nunca de considerar á la nacionalidad judía como igual á las helénica ó italo-helénica; pero el Judío no es un occidental, y no ha recibido el don de Pandora del génio político: indiferente á la forma de gobierno, abandona tan difícilmente lo que constituye el fondo de su carácter nacional, como acepta sin pena el traje de otra nacionalidad y se liga, hasta cierto punto, á todos los pueblos extranjeros. Dadas estas condiciones del pueblo judío, ¿no estaba expresamente formado, si así puede decirse, para tener su asiento en el imperio, en aquel Estado fundado sobre las ruinas de cien otros Estados diferentes que tuvieron su vida propia en aquella nueva nacionalidad, en cierto modo abstracta, cuyos más culminantes caracteres se habian gastado de antemano? El judaismo en el antiguo mundo llevaba tambien en sí un fermento activo del cosmopolitismo y de la disgregacion de los pueblos, y por tanto entraba con justicia en la órbita de la ciudad de César, ciudad universal por su principio político, ciudad de la humanidad por su principio nacional.

*El helenismo.*—Sea de ello lo que quiera, la civilizacion latina y la helénica quedan siendo los elementos exclusivos del nuevo régimen. El Estado itálico puro habia muerto con la República, y la nobleza romana maldecia á César, proclamándole un insensato, por haber destruido con deliberado propósito á Roma y á Italia, por haber pensado trasladar al Oriente griego el centro del imperio, y su capital á Lyon ó á Alejandría. En realidad, el elemento latino conservó la preponderancia en la organizacion cesariana, siendo en todas partes el idioma del Lacio el oficial en los decretos, que si eran dados únicamente para los paises en donde se habla la lengua griega,

se adicionaba con otro griego el texto latino. De ordinario las relaciones de los dos grandes pueblos son reguladas, en la nueva monarquía, como lo habian sido bajo la República en la Italia unida: se dispensa protección á la nacionalidad helénica donde quiera que se halla; pero cuando es posible, se procura el desarrollo de la italiana, designada heredera de las razas que están en disolucion: así lo disponia la fuerza de los acontecimientos. Poner en condiciones de absoluta igualdad los elementos latino y helénico, habria sido, segun toda apariencia, preparar en un breve plazo la catástrofe cumplida en los tiempos bizantinos. La Grecia no solamente aventajaba al mundo romano en todo género de autoridad moral, sino tambien en la extension y en el número: en la misma Italia habia gran muchedumbre de Helenos y semi-Helenos, inmigrantes obligados ó voluntarios, ejército de oscuros apóstoles, cuya influencia no se sabia apreciar debidamente. Y para no referir aquí más que uno de los más graves síntomas, ¿no es cierto que el régimen de los esclavos griegos, servidores y preceptores del monarca, tuvo su origen en la misma monarquía? El primer nombre que figura en la larga y repugnante lista de estos individuos es el de *Teofano de Mitilene*, el servidor y confidente de Pompeyo: tal fué la influencia y el poder que alcanzó con su débil señor, que quizá contribuyó más que nadie á la ruptura entre éste y César. A su muerte sus compatriotas le concedieron los honores divinos, y no sin razon, porque fué el primero en abrir la era de los *mayordomos de palacio* del imperio, lo cual era, bajo una forma extraña, la dominacion de los Griegos sobre los Romanos. Además, ningun motivo solicitaba al gobierno imperial á excitar desde arriba

la expansion del helenismo, bastándole con protegerla y ayudarla allí donde la encontrase. Y cuando los oráculos políticos movieron á César á derribar en Occidente y en Egipto las dos columnas del *Grecismo*, *Massalia* y *Alejandro*, se guardó de destruirlas y desnacionalizarlas para siempre. Cuando descargó á Sicilia de la obligacion de los antiguos, y cuando concedió el derecho latino á las ciudades sicilianas con la próxima perspectiva de la completa igualdad civil, no es porque quisiera latinizar la isla, sino porque siendo, por naturaleza, vecina y una de las más bellas regiones de Italia, importaba anexionarla al sistema italiano, exactamente lo mismo que Nápoles y Rhegium, sin perjuicio de su tradicion griega.

*La latinizacion en la Gália Cisalpina.*—Las colonizaciones y latinizaciones se llevaban, sin embargo, á cabo en todos los puntos del imperio en beneficio del elemento romano. En las provincias, todo terreno que no se concedia por una disposicion expresa á una ciudad ó á un particular, era considerado como dominio del Estado, y el poseedor actual no obtenia la posesion hereditaria sino por tolerancia y á título precario. Esta máxima, nacida de la extraña combinacion del derecho formal y del derecho de la fuerza, tenia, con todo, su necesaria razon de ser, y en virtud de ella disponia Roma libremente en los pueblos sometidos: César la mantuvo en vigor, y por disposicion suya pasó de la teoría democrática al catecismo fundamental jurídico de la nueva monarquía. En esta cuestion de la extension de la nacionalidad romana, se presentaban, como era natural, en primer término las Galias: en la Cisalpina, en donde desde hacia muchos años la democracia tenia preparada la revo-

lucion, no tuvo César más que perfeccionarla y terminarla, proclamando de una vez la admision de todas las ciudades transpadanas al derecho pleno de ciudadanía romana y á la igualdad política absoluta, concesion que ya habia sido hecha tiempo há á gran número de habitantes: gozando desde cuarenta años antes los derechos latinos, la provincia se habia latinizado de hecho por completo. Ciertos exclusivistas se burlaron del idioma céltico-latino por su acento rudo y gutural: faltaba no se qué de la melodía del habla romana á todos los Insubrios y Vénetos, á aquellos viejos legionarios de César que con la punta de su espada se habian conquistado un puesto en el Forum y una silla en la Curia. No es ménos cierto que, desde antes de César, la Cisalpina con su densa poblacion rural se habia convertido en territorio italiano, y que durante siglos, fué el asilo de las costumbres y de la cultura itálicas, de tal suerte, que en ninguna parte, si se exceptúa en Roma, han encontrado los profesores de bellas letras latinas tan benévola acogida, y tanta proteccion como en esta provincia.

*La Narbonense.*—Mientras que la Cisalpina llegaba á ser parte integrante de la Italia, ocupaba su lugar la antigua Transalpina, toda vez que las conquistas de César habian trocado en una provincia interior la que antes era fronteriza, y cuya provincia, por su proximidad y por su clima, parecia llamada más que ningun otro territorio á ser tambien con el tiempo un país itálico. Conforme al antiguo programa democrático, en materia de colonizacion transmarítima, la corriente de la emigracion habia sido dirigida principalmente por aquel lado; la ya antigua Narbona habia recibido nuevos emigrantes; á *Beterra* (Beziers),

no lejos de Narbona, á *Arelate* (Arlés), á *Arausio* (Orange), cerca del Ródano y á *Forum Julii* (Frejus), plaza marítima recientemente fundada, se habían enviado cuatro nuevas colonias, cuyos nombres perpetúan el recuerdo de las valientes legiones á que Roma debía la conquista de las Gálias (1). En cuanto á las localidades donde no había colonos, parece que todas, ó casi todas al ménos, fueron atraídas á las costumbres romanas por la concesion de los derechos latinos, exactamente lo mismo que antes se había hecho en la Gália Cisalpina: *Nemausus* (Nimes), por ejemplo, capital del distrito arrancado á Massalia á consecuencia de su hostilidad contra César, de villa massaliota que era, se había convertido en municipio de derecho latino, había recibido un extenso territorio y áun la facultad de acuñar moneda. Lo repito, al mismo tiempo que la Cisalpi-

---

(1) Narbona era la colonia de la *Decima* (*Decumani*); *Beterra* la de la *Setima* (*septimani*); *Forum Julii*, de la *Octava* (*octavani*); Arlés, y con Arlés la colonia latina de *Ruscico* (*la Tour de Rosellon*) de la *Sexta* (*sextani*), y *Arausio* de la *Segunda*. Falta la Novena legion, cuyo número había sido deshonorado por la sedición de Placencia. Que los colonos de estas diversas ciudades hayan sido sacados exclusivamente de las legiones epónimas, no se dice si hay motivos para creerlo, habiéndose establecido la mayor parte de los veteranos en Italia. Cuando Ciceron se quejaba de que César confiscase en masa provincias y regiones enteras (*de offic.* 2, 7: *cf Philipp.* 13, 15, 31, 32), se desprende que estas quejas (como se ha probado por la estrecha relacion que guardan con la parecida censura relativa al triunfo sobre los Massaliotas), se referian á las incorporaciones de territorio en la Narbonense, y sobre todo á las confiscaciones territoriales impuestas á Massalia en presencia misma de las colonias aquí mencionadas.

na franqueaba la barrera de la igualdad civil, le sucedía la provincia Narbonense en la condición de elemento preparatorio, y, como había sucedido antes en la Cisalpina, las ciudades más importantes recibieron todos los derechos romanos, y las demás solo los latinos (1).

En los otros territorios del imperio que no eran griegos ni latinos y que distaban más de la influencia italiana y del movimiento de asimilación que partía de Italia, se limitó César á crear algunos focos de civilización, como lo había sido Narbona en la Gália, con el objeto, sin duda, de preparar allí también la igualdad futura. En todas las provincias encontramos ensayos de esta índole, á excepcion de la más pequeña y más pobre, la Cerdeña.

*Gália Septentrional.*—Hemos descrito en otro lugar la organización dada por César á la Gália del Norte. Estendióse allí la lengua latina por todas partes como lengua oficial, aunque no en todas las relaciones de la vida común, y se edificó á las márgenes del Lemán, dotándola del derecho latino, la ciudad más

---

(1) La tradición no nos da á conocer expresamente quién concedió el derecho latino á las ciudades no colonizadas de la Narbonense, *Nemausus*, entre otras; pero César (b. civ. I, 25) expresa claramente que *Nemausus*, hasta el 705, era una villa masaliota, y, según Tito Livio (Diod. 41, 25; Flor. 2, 13; Oros. 6, 15), esta fué la región sobre que recayeron las confiscaciones ordenadas por César. Por otro lado, de las monedas anteriores á Augusto y de la afirmación de Estrabón resulta que *Nemausus* era ciudad de derecho latino, de lo cual se deduce que César fué quien le concedió aquel derecho. Y en cuanto á Ruscino (Rosellon, cerca de Perpignan) y á las demás ciudades latinas de la Gália Narbonense, puede conjeturarse que también lo recibieron en la misma época que *Nemausus*.

septentrional del imperio, la colonia de *Noviodunum* (*Nyon*).

*España.*— España era la provincia más poblada. Los colonos romanos solo fueron conducidos (que nosotros sepamos al menos) á la importante localidad marítima de Ampurias, ciudad greco-ibérica, en donde se instalaron al lado de la antigua poblacion. Por el contrario Gades, ciudad comercial, antigua y rica, en la que César, en tiempo de su pretura, habia ya reorganizado todo el sistema interior, recibió del emperador todos los derechos de municipio itálico (705) y, como antes *Tusculum* en Italia, es Gades la primera ciudad extraitálica, que, no debiendo su fundacion á Roma, fué admitida en la asociacion cívica romana. Algunos años despues (709), se concedieron á algunas ciudades españolas los derechos de ciudadanía romana, y probablemente tambien á otras muchas el derecho latino.

*Cartago.*— En Africa, se realizó al fin la obra que Cayo Graco no habia podido terminar: al lugar mismo en donde floreció la capital del hereditario enemigo de Roma, mandó conducir César 3.000 colonos italianos y además un gran número de poseedores á título locativo ó precario de las tierras situadas en el territorio cartaginés. Gracias á su incomparable situacion, la nueva «colonia de Venus» (que tal era el nombre de la Cartago romana) se estendió con una rapidez sorprendente. Utica, que habia sido hasta entonces capital administrativa y comercial de la provincia, parece que fué dotada primero del derecho latino en justa compensacion de la competencia que iba á crearle la resurreccion de su muy poderosa vecina. En el país Numida recientemente anexionado al imperio, la importante Cirta y las otras ciudades,

cuya fundacion se atribuye al *condotieri* romano Publio Sicio, para sí y para los suyos, fueron contadas en el número de las *colonias militares*. En cuanto á las grandes ciudades provinciales, que por el furor insensato de Juba y de los desesperados prosélitos del partido constitucional habian sido reducidas á un monton de escombros y cenizas, no se reedificaron tan pronto como habian sido destruidas, y muchas ruinas que todavía existen allí nos traen á la memoria el recuerdo de aquellos desastrosos tiempos. Las dos ciudades Julias, Cartago y Cirta, fueron en adelante los focos principales de la colonizacion romana en Africa.

*Corinto. El Oriente.*—En la arruinada region de la Grecia propia, aparte de otras empresas accesorias, como por ejemplo, el establecimiento de una colonia romana en *Buthrotum* (*Butrinto*, en frente de *Corfú*), se ocupó César muy particularmente de la reconstruccion de Corinto, á donde no solo mandó colonos ciudadanos en considerable número, sino que tambien concibió la idea de abrir un canal en el Istmo, con el fin de evitar á la navegacion el peligroso rodeo del Peloponeso, y de abrir al comercio italo-asiático un paso directo por los Corintiaco y Sarónico. En fin, en las más apartadas regiones del oriente helénico, el monarca romano llamó á la vida civil á diferentes inmigraciones italianas, entre otras á Sinope y á Héraclea, en donde los inmigrantes entraron, como en Ampurias, en comunidad con los habitantes, á *Beryto* (*Beirout*), importantísimo puerto en la costa de Siria, cuya ciudad fué dotada de una constitucion parecida á la de Sinope. Estableció tambien una estacion en la isla de Faró, que dominaba el puerto de Alejandría en Egipto.

*El sistema de las ciudades itálicas estendido á las provincias.*—Estas medidas tuvieron por resultado que las provincias entraran á participar de las franquicias municipales de las ciudades italianas. Todas las poblaciones que gozaban de los derechos romanos, es decir, todas las de la Cisalpina, todos los municipios y colonias de ciudadanos diseminados en la Transalpina y en otras partes, hallándose desde entonces en igualdad de condiciones con las ciudades de Italia, administraron, como éstas sus propios asuntos y tuvieron su derecho de jurisdicción, aunque, en verdad, era un derecho limitado (los más graves procesos dependían del magistrado romano, y los casos ordinarios del jefe de la provincia (1). En

---

(1) Es cierto que las ciudades de derecho romano no tenían más que una jurisdicción limitada; pero, cosa que sorprende, y que, sin embargo, resulta indudablemente del texto mismo de la ley municipal dada para la Cisalpina: los procesos, que estaban fuera de la competencia local en esta provincia, eran avocados, no ante el gobernador provincial, sino ante el pretor de Roma; y, no obstante, el gobernador en su provincia ocupa de derecho el lugar del pretor que en Roma falla los litigios entre los ciudadanos romanos y del otro pretor que juzga entre ciudadanos y extranjeros. En las reglas de derecho, se habrían debido conocer las causas de que entendía el magistrado superior, y esta anomalía se explica como un resto de la organización anterior á Sila. Recuérdese que entonces los dos magistrados de Roma (el pretor de la ciudad y el de las afueras) tenían jurisdicción sobre todo el territorio continental hasta los Alpes, y que, por consiguiente, cuando los procesos salían fuera de los límites de la competencia municipal, eran devueltos á los pretores. Por el contrario, en Narbona, Gades, Cartago y Corinto el conocimiento de estas mismas causas pertenecía al jefe de la provincia: es probable, por otra parte, que hubiera dificultades prácticas sobre cuando había de instruirse y despacharse en Roma.

cuanto á las ciudades latinas que eran autónomas en la forma, y en cuanto á las ciudades libres, que eran en esta época todas las de la Narbonense y de la Sicilia que todavía no habian alcanzado los derechos de ciudadanía romana, comprendiendo en ellas tambien gran número de ciudades de las otras provincias tenian, no solamente su administracion propia, sino tambien un derecho ilimitado de jurisdiccion, y el propretor ó procónsul no intervenia jamás sino en virtud de su poder de registro, poder que era en verdad muy arbitrario. Mucho antes de la época de César se encontraban sin duda, en ciertas provincias, ciudades de derecho romano, como Aquilea, Rávena y Narbona, y alguna provincia entera como la Cisalpina, cuyas ciudades estaban ya dotadas de la constitucion itálica; pero donde se producía una grande innovacion en la política, ya que no una completa novedad en el derecho público, era en el fenómeno de una provincia poblada única y exclusivamente por ciudadanos de igual condicion que los de Italia (1), y en el hecho averiguado de que otros gobiernos se hallaban en vías de poblarse de la misma manera.

---

(1) No sé por qué se ha querido ver una antinomia inconciliable en el hecho de concederse á toda una comarca el derecho de ciudadanía romana, manteniendo á la par en esta misma comarca el régimen provincial. ¿No es un hecho notorio que la Cisalpina ha recibido de una vez el derecho romano, en 705 lo más tarde; que, no obstante, continuó siendo provincia romana mientras vivió César, que no fué reunida á Italia hasta que murió éste (Diod. 48, 12), y que en fin, hasta el 711 se ha hecho mencion de los magistrados que la administraban? ¿Era posible el error en vista de la ley municipal de César, donde no se encuentra jamás la palabra Italia, y que designa siempre la Gália Cisalpina?

*Igualdad progresiva de las provincias y del derecho itálico.*—Iba á desaparecer de una vez la primera de las dos grandes causas de antagonismo entre Italia y las provincias, y tambien tendia á desaparecer la segunda, ó sea la prohibicion de que se estacionaran los ejércitos, en épocas normales, en otra parte que en las provincias, siendo, por lo tanto, Italia una especie de país privilegiado. En el actual estado de cosas, las tropas se hallaban allí donde habia una frontera que defender, y por lo que hace á los gobernadores cuyas provincias no eran fronterizas, como las de Narbona ó Sicilia, por ejemplo, no tenian de militar más que el nombre. Puede añadirse que, entre Italia y las provincias, habia existido en todos tiempos y bajo otros aspectos otra division, esta vez de pura forma. La justicia civil era administrada para los pueblos de la Italia por los pretores-cónsules en Roma, y en las provincias, conservando la jurisdiccion su carácter militar, pertenecia á los procónsules y propretors; pero en el fondo, el procedimiento, ya fuese aquí civil y allí militar, no ofrecia tiempo há gran diferencia en la práctica, y poco importaban ya los títulos de los magistrados, cuando sobre todos ellos estaba el emperador.

En todas estas instituciones y en esta organizacion municipal, cuya primera concepcion, si es que no la ejecucion completa y hasta los detalles, es de César, se revela un sistema vasto y determinado. Ya no será Italia la reina de los pueblos vencidos, sino la vivificada metrópoli de la nacion italo-helénica. Fué admitida la Cisalpina á la absoluta igualdad civil, y esta concesion justifica y autoriza la esperanza de que un dia en la monarquía cesariana, como en los siglos de florecimiento de la jóven República, será dado á

toda region latinizada colocarse en igualdad de derechos y de condicion, al lado de la provincia hermana más antigua que ella, al lado de la misma ciudad metropolitana. Ya los países vecinos, la Sicilia griega y la Gália meridional, rápidamente transformadas, han tomado la delantera y caminan á su nivelacion política y nacional. Detrás de ellas, y por cierto muy detrás todavía, marchan las otras provincias. Allí, desempeñando igual mision que la colonia romana de Narbona, se encuentran las grandes ciudades marítimas de Ampurias, Gades, Cartago, Còrinto, Heráclea, Sinope, Beryto y Alejandría, poblaciones á la sazón itálicas ó heleno-itálicas, puntos de apoyo de la civilizacion italiana en el Oriente griego, ó columnas ya levantadas del futuro edificio político y nacional del imperio unido. Esto ha ocurrido con la dominacion de Roma sobre el litoral del Mediterráneo. A Roma ha sucedido el gran Estado Mediterráneo, cuyo primer acto es la reparacion de los dos grandes crímenes de lesa-civilizacion cometidos por la metrópoli. Las ruinas de Cartago y de Corinto, los dos dos más vastos centros comerciales del territorio de la República, habian marcado el momento crítico de la transicion del protectorado romano á la tiranía política y á la excesiva explotacion financiera de las provincias sometidas. El restablecimiento inmediato y solemne de Cartago y de Corinto marca la era de la fundacion de una nueva y gran sociedad, que abraza, bajo la misma ley de igualdad política, á todas las regiones del Mediterráneo, y las llama á gozar de los beneficios de la verdadera unidad nacional. Con perfecto derecho añadió César al antiguo nombre de la ciudad de Corinto el moderno de *Laus Julia*.

*Organizacion del nuevo imperio.* — El nuevo impe-

rio no toleraba más que una nacionalidad, necesariamente destituida del carácter individual de sus pueblos; era una obra constructiva sin vida propia, más bien que un producto espontáneo y activo, y había necesidad, en primer término, de unificar estas diversas instituciones, en el seno de las cuales se mueve la vida de los pueblos: constitucion y administracion, religion y justicia, moneda, pesas y medidas, dejando subsistir prudentemente en los diversos países las diferencias y particularidades compatibles con la unidad. Por otra parte, aquí sólo podía tratarse del comienzo, siendo obra del porvenir la terminacion del edificio monárquico, del cual César solamente ha echado los cimientos para el trabajo de los siglos; pero nosotros hallamos en el suelo la mayor parte de las líneas trazadas por el grande hombre, y al examinarlas, siente el historiador un placer más intenso que al recorrer el templo lleno de ruinas de las nacionalidades.

*El censo imperial.*— En lo concerniente á la constitucion y administracion del imperio, hemos señalado los más importantes factores de la nueva unificacion, á saber: la traslacion de la soberanía del Senado romano al monarca, rey del mundo Mediterráneo; la conversion de este mismo Senado en un consejo supremo del imperio, representando á la vez á Italia y á las provincias, y, sobre todo, el sistema cívico de la antigua Roma y de Italia en vías de extenderse á todas las ciudades provinciales. Esta extension del derecho latino primero, y despues, del romano á todas las localidades que tenían aptitud para alcanzar la igualdad política, debia conducir insensiblemente á una organizacion comunal homogénea; pero había una necesidad á la que era me-

nester dar inmediata satisfaccion: habia que crear una institucion que pudiese proporcionar al gobierno central su base administrativa, y presentarle á la vista el cuadro exacto de la poblacion y de las fortunas en cada ciudad: me refiero al censo corregido y mejorado, cuya reforma emprendió César primeramente en Italia. Antes de él, cosa increíble, no se habia formado jamás el censo sino en Roma, con gran perjuicio de los ciudadanos recargados y de los negocios públicos. Por una ordenanza de César (1) se disponia que, en lo sucesivo, al mismo tiempo que se hacia el censo en Roma, se hiciera tambien en todas las ciudades de Italia bajo la direccion de la autoridad local, y que las listas indicasen el nombre de cada ciudadano, el de su padre ó de su patrono manumisor, su tribu, su edad y sus bienes, y se remitieran, en tiempo útil, al funcionario del Tesoro romano, teniendo éste á su vez la obligacion de formar, en una época determinada, el estado general de los ciudadanos y de su riqueza. César pensaba hacer extensiva esta medida á todas las provincias, lo cual se prueba, independientemente del hecho mismo de la reorganizacion del censo itálico, porque habia mandado ya que se hiciera una medicion y un catastro generales (710). Estaba dada la fórmula que permitia practicar en las ciudades extra-itálicas, así como en las de Italia, todas las operaciones necesarias para que funcionara ordenadamente la administracion central. Se comprueba tambien fácilmente que César queria apoyarse en la tradicion de los tiempos repu-

---

(1) ¿Cómo se ha podido dudar que esta innovacion data de César y que no es de época posterior á la guerra social? Ciceron lo afirma (*in Verr. Act.* 1, 18, 54, etc).

blicanos, y calcar sus listas del censo sobre las de la antigua Roma: debe, en efecto, recordarse que la República, como César lo hacia ahora respecto de toda Italia, habia aplicado la institucion propia de la ciudad romana, su período quinquenal y todas sus otras disposiciones fundamentales, á las numerosas ciudades sometidas de la Península y de Sicilia. El censo habia sido una de las primeras columnas del edificio antiguo, que una aristocracia inmóvil y fria habia dejado que se derrumbase: sin él, no podria la suprema autoridad darse cuenta de los contingentes cívicos de que disponia y de la cantidad de materia imponible, ni tampoco llevar un eficaz registro administrativo. Allí están los vestigios, y el conjunto de los hechos lo demuestra hasta la evidencia, de que César preparaba el replanteamiento, en todo el imperio, de la institucion caida en desuso hacia tantos siglos.

*La religion del imperio.*—No tenemos necesidad de decir que la religion y la justicia no podian sufrir una completa nivelacion, y, sin embargo, cualquiera que fuese la tolerancia del nuevo Estado para las creencias y los reglamentos locales, se dejaba sentir la necesidad de un culto comun, que respondiese á la nacionalidad italo-helénica y de una legislacion general que estuviese por encima de todas las diversas leyes municipales: el imperio necesitaba el uno y la otra, y de hecho los tenia ya. Hacia muchos siglos que se habia producido en la esfera religiosa un trabajo activo de asimilacion de los cultos italiano y griego, así en la forma exterior por la recepcion, como en el fondo por la fusion de las nociones divinas que se comunicaban. Prestándose á ello, como se sabe, los dioses amorfos de Italia, no habia sido nunca difícil asociar Júpiter á Zeus, y Vénus á Afroditi-

ta, y ligar cada una de las ideas y creencias latinas á su antetipo griego. La religion italo-helénica estaba ya fundada, ó al ménos estaban echados sus principales cimientos: el mundo latino tenia conciencia de que, despues de haber pasado por la nacionalidad romana pura, entraba en la cuasi-nacionalidad compleja de los dos pueblos fusionados; y Varron, por ejemplo (él nos dá la prueba de ello), en su obra mencionada más arriba, distingue los dioses «comunes,» es decir, los venerados á la vez por los dos pueblos, de los que eran propios de la ciudad de Roma.

*La legislacion imperial. El nuevo derecho civil ó el edicto.*—Vengamos ahora á la legislacion. En este punto se ejercia la accion del Estado más inmediatamente sobre los asuntos de derecho criminal y de policia, tratando, por otra parte, una ley sábia de satisfacer las necesidades jurídicas; y por lo tocante á la mision del legislador, ninguna sería dificultad impedia alcanzar el grado de uniformidad material, que la unidad del imperio reclamaba. En materia civil, al contrario, allí donde la iniciativa se desprende del comercio recíproco, y donde la legislacion no tiene más que dar la fórmula, el derecho comun, que el legislador habria sido impotente para crear, se hallaba, en efecto, hacia ya tiempo, bajo la influencia que hemos señalado, habiéndose desenvuelto naturalmente en el sentido mismo de la uniformidad deseada. El derecho civil de Roma descansaba todavía sobre los principios tomados del antiguo derecho latino, tales como los habia reproducido la ley de las XII Tablas. Las leyes posteriores habian introducido sucesivamente en él cierto número de reformas exigidas por la experiencia del tiempo, una de las cuales, la más importante con seguridad, consistia en suprimir la an-

tigua é incongruente incoacion de un proceso por el cambio de las frases sacramentales impuestas á los partidos, conservándose la *instruccion* redactada por escrito, que el magistrado director hacia entregar al juez jurado único (la *fórmula* propiamente dicha). Pero, despues de todo, la legislacion popular no habia hecho más que acumular sobre este fondo de antiguos principios un intrincado caos de leyes especiales, anticuadas, casi todas echadas en olvido y comparables al molesto fárrago de los estatutos de Inglaterra. Muchas afortunadas tentativas de redaccion científica y sistemática habian abierto una senda más fácil y despejado el antiguo laberinto; pero no era dado á ningun jurista romano, aunque fuera un *Blackstone*, llenar las enormes y capitales lagunas que allí existian. ¿Cómo se habia de pensar en convertir en legislacion de un gran Estado aquella *costumbre* civil, escrita más de cuatrocientos años antes, con la natural confusion y difusion? El movimiento social se encargó de este trabajo. Ya hacia muchos siglos que, de las cuotidianas relaciones entre Romanos y no Romanos, habia resultado un *Derecho internacional privado*, es decir, un conjunto de reglas que se imponian por sí mismas á las relaciones recíprocas, y segun las cuales, el juez fallaba, en Roma en todas las causas en que no podia aplicarse ni la ley civil ni la ley extranjera, y en que, sin tener que sujetarse á tal ó cual derecho particular, romano, helénico, fenicio ú otro, se referia á las nociones generales que estaban en uso en el comercio humano de cualquier naturaleza que fuera. La nueva jurisprudencia encontró su punto de apoyo: árbitra al principio de las relaciones jurídicas entre los romanos, reemplazó la antigua ley, á la sazón vigente é

inaplicable en la práctica, con un derecho civil prudente y nuevo, verdadera transacción entre la ley nacional de las XII Tablas y el derecho internacional, ó el *derecho de gentes*, como se le llamaba. En su aplicación, entendía el juez, salvo las modificaciones introducidas con el tiempo en las disposiciones de la ley civil sobre el matrimonio, la familia y las sucesiones; en todas las causas relativas á asuntos comerciales, y en todas las cuestiones de propiedad ú obligaciones nacidas de contratos, decidía conforme al derecho de gentes, y aún se le vió recurrir con frecuencia á tal ó cual importante estatuto del derecho local provincial, por ejemplo, en materia de usura ó de hipotecas. La revolución era grande; pero, ¿se hizo de una vez ó por ensayos sucesivos? ¿Por quién y en qué tiempo? ¿Tuvo un solo autor ó muchos? ¿Hasta dónde penetró en las relaciones de la vida social? Cuestiones son estas á las cuales es imposible responder: lo que sabemos únicamente, es que la reforma, como debe suponerse, salió de los pretorios de Roma, y que, al principio, fué escrita en la *Instrucción* que el pretor anual publicaba al tomar posesión de su cargo para que sirviera de regla á los partidos, y en la cual consignaba de antemano las principales máximas jurídicas que él iba á aplicar en el curso de su jurisdicción (*edictum annuum* ó *perpetuum praetoris urbani*): sabemos también que esta misma reforma, largo tiempo preparada por los edictos de los funcionarios anteriores, esperaba seguramente su complemento en la época actual. Teóricamente hablando, era todavía abstracto, si así puede decirse, el pensamiento jurídico romano, despojado de su carácter exclusivo y nacional, en cuanto, al menos, tenía conciencia de él; pero esta jurisprudencia

era al mismo tiempo práctica y positiva en el sentido de que no iba á perderse en el crepúsculo nebuloso de la justicia general ó en el simple vacío de un pretendido *derecho natural*. Puesta en las manos de un magistrado constituido, que tenia sus reglas prefijadas para la aplicacion concreta á los casos determinados, no solo era susceptible de recibir una fórmula legal, sino que en parte ya la habia recibido en el *Edicto anual* publicado para la ciudad, y respondia en realidad á las necesidades del momento, entonces que ofrecia al procedimiento, á las adquisiciones de la propiedad y á los contratos un campo más ancho y seguro, tal como lo demandaban los progresos de la vida civil: habia llegado á ser, en fin, en toda la extension del territorio romano, el *derecho comun* esencialmente *subsidiario*, porque mientras los innumerables estatutos locales vinieron á ser la regla de todas las relaciones jurídicas fuera del comercio general ó de los litigios que se referian á los usos de la vida civil local entre habitantes del mismo distrito judicial, la jurisdiccion officiosa, basada en Italia y en las provinciãs sobre el edicto de la ciudad, no aplicable evidentemente por sí mismo, evacuaba las instancias pecuniarias ó reales entre litigantes que pertenecian á diferentes distritos. El edicto del pretor tenia entonces la misma significacion é importancia que el derecho romano ha conquistado en nuestras instituciones alemanas; en efecto, entre nosotros, el derecho romano es á la vez abstracto y positivo, en cuanto estas dos palabras pueden conciliarse, y tambien, comparado á nuestra antigua legislacion, se nos impuso muy pronto por sus textos de una adaptacion cómoda á todas las formas de la vida jurídica, y vino á ser el *derecho comun auxiliar* de las leyes civiles

locales. Solo una ventaja esencial tiene sobre la nuestra la jurisprudencia romana: mientras que entre nosotros el derecho subsidiario es preconcebido y construido artificialmente, en Roma, el movimiento desnacionalizador de la jurisprudencia, lleva consigo su fórmula natural y oportuna.

*Proyectos de codificación.*—En esta situación encontró César las cosas, y parece que concibió el proyecto de dar un nuevo código. Si el hecho es cierto, creo es cosa fácil decir lo que entendía por esto. Su código debía comprender únicamente el derecho de la *gente civil* ó de los ciudadanos romanos, y no podía ser un código general más que en un sentido, á saber: en el de que, conteniendo el cuerpo de las leyes de la nación dominante, leyes conformes con el tiempo, debía imponerse por sí mismo en todo el Imperio á título de *Derecho subsidiario comun*, y, aunque el proyecto se estendía á los asuntos criminales, bastaba para ellos una revision y reforma de las ordenanzas de Sila. En materia civil, entónces que se trataba de un Estado cuya nacionalidad se llamaba la *humanidad*, la fórmula necesaria, la sola admisible, se encontraba escrita en aquel edicto del pretor urbano, edicto que habia salido libremente del movimiento jurídico de las relaciones sociales, y sólo faltaba darle la garantía y precision legales. La ley *Cornelia* del año 687 habia dado el primer paso en este camino, prescribiendo al pretor sujetarse fielmente á las máximas que hubiese proclamado al tomar posesion de su cargo, y prohibiéndole aplicar cualquier otro principio, prescripcion sabia que es necesario poner al lado de la ley de las XII Tablas, y que, para la fijacion del nuevo derecho civil, tenia toda la importancia que ésta tuvo para fijar el anti-

guo derecho. Pero sí es cierto que desde la publicación del plebiscito Corneliano, el edicto no estuvo ya sujeto al juez; si es éste, por el contrario, el que estaba legalmente por bajo del edicto, y si en la práctica y en la enseñanza de la jurisprudencia, el código del pretor derogaba el antiguo Derecho civil, cada pretor, á su entrada en la judicatura, tenía ámpias facultades para derogar por completo y arbitrariamente el edicto de su predecesor: por consiguiente, la ley de las XII Tablas con sus adiciones tenía, aún en la forma, la supremacía sobre el Derecho pretoriano, si bien, en caso de autonomía, siendo desatendida por la intervencion arbitraria del magistrado la antigua disposicion del derecho civil, resultaba, tomando las cosas al pié de la letra, una violacion del derecho escrito.

En cuanto á la aplicacion subsidiaria del edicto en el pretorio de los extranjeros en Roma y en los diversos tribunales de las provincias, dependia absolutamente de la voluntad del magistrado supremo. De aquí la necesidad en que se encontraba César de derogar definitivamente la antigua ley civil en todas aquellas disposiciones que no habian pasado á la nueva ley: de aquí la necesidad de poner un justo límite al abuso de las modificaciones arbitrarias de hecho del magistrado anual, y de establecer, en fin, una regla para la aplicacion subsidiaria del código cesariano al lado de los estatutos locales. Entiendo que éste ha debido ser seguramente el plan de César, y que no podia ser de otra manera. Faltó tiempo para poner en ejecucion dicho plan, y todavía durante seis siglos se vió perpetuarse en la jurisprudencia un enojoso estado transitorio hasta el dia en que la indispensable reforma salió, aunque incompleta, de las

manos de uno de los sucesores de César, del emperador Justiniano.

*Pesas y medidas. Monedas.*—La equivalencia del sistema de monedas y de pesas y medidas iba también progresando desde hacia tiempo entre los Griegos y Latinos. En punto á las pesas y las medidas de sólidos y superficies, sin cuyas determinaciones no podia pasar el tráfico comercial, eran casi tan antiguas como este mismo tráfico (T. I, pág. 303); pero en cuanto á las monedas, no se remontaban más que á la fabricacion de las piezas de plata (T. IV, pág. 150). Sin embargo no bastaban ya las equivalencias establecidas otras veces, porque en Grecia se habian fijado los más variados sistemas métricos y monetarios. Imperaba todavía la necesidad, y César meditaba, sin duda, para el nuevo imperio unido una reforma no intentada ántes de él en tan grande escala: queria que las monedas, las pesas y las medidas romanas tuviesen curso legal en todos los paises, y que fuesen en todas las relaciones mercantiles la única base oficial de la contabilidad, y pensaba limitar al uso local todo lo que no entrase en el sistema romano ó establecer, con relacion á este sistema, una escala comparada, pero invariable. Sin embargo, no intervino efectivamente más que en la moneda de oro y en el calendario.

*La pieza de oro es la moneda normal.*—El sistema monetario de Roma reconocia los dos marcos de los dos metales preciosos admitidos en la circulacion general, segun una relacion determinada: el oro evaluado y recibido al peso (1), y la plata apre-

---

(1) Las piezas de oro que Sila y Pompeyo, en la misma época, habian mando acuñar, por cierto en corto núme-

ciada, según su cuño. En realidad, desde la extensión del comercio transmarítimo, el oro, como agente monetario, había aventajado con mucho á la plata. ¿Tenía ya la plata romana curso forzoso en el imperio, aún antes de esta época? No es posible asegurarlo: en todas ocasiones y sobre todo el territorio, el oro no acuñado hacía principalmente el oficio de moneda oficial, mucho más, cuando los Romanos habían prohibido la acuñación en todas las provincias y en todos los Estados tributarios. El *denario* se había extendido legalmente y de hecho, sin contar la Italia propia, en la Cisalpina, en Sicilia, en España y en muchos otros países occidentales principalmente. Con César comienza la moneda del imperio. Como Alejandro, entendía el emperador romano que la fundación de la nueva monarquía, que abarcaba el mundo civilizado, llevaba también, á título distintivo y en primer orden monetario, el uso del metal convertido en agente universal del comercio. Hizo, pues, acuñar una pieza de oro, nueva también (que valía 7 *thalers*, 18 *silbergros*, unas 25 pesetas), y la hizo circular en tales cantidades, que un día se encontró en un tesoro escondido, unos siete años después de su muerte, un enorme depósito de cerca de 80.000 piezas; por lo demás, ha podido y debido mezclarse en esto la especulación financiera (1). Respecto á la moneda de plata,

---

ro, no contradicen esta opinión; probablemente eran recibidas al peso, de la misma manera que los Filípos de oro, que todavía se hallaban en circulación en tiempo de César. Aquellas piezas tienen de notable que anteceden á la moneda de oro cesariana, como la regencia de Sila antecede á la nueva monarquía.

(1) Parece seguro que, otras veces, las cantidades debidas en moneda de plata á los acreedores del Estado, no podían

en todo el Occidente, en donde ya el denario era generalmente admitido, estableció César en definitiva el curso legal y predominante, al mismo tiempo que cerraba la casa de moneda de Massalia, única que en estas regiones acuñaba todavía en competencia con los talleres de Roma. Las monedas de cobre, plata ó acero fueron toleradas en una multitud de localidades occidentales; y así se encuentran *tres cuartos de denario* en ciertas ciudades latinas del Sur de las Gálias, *demi-denarios* en algunos cantones celtas del Norte, y despues de César, todavía circulaban en gran número de localidades del Oeste muchas pequeñas piezas de bronce; pero, nótese bien, toda esta moneda fraccionaria es acuñada bajo el tipo de la unidad romana, y es de creer que no fuera obligatoria su circulacion sino en las transacciones locales. En cuanto á la regularizacion y unificacion del sistema monetario en Oriente, parece que César no ha pensado en ello más que el precedente gobierno, y sin embargo, en Oriente circulaba en grandes cantidades una tosca moneda de plata, siendo, la mayor parte, del tiempo en que el relieve y la aleacion estaban poco adelantados. Alguuvas veces se encontraba en Egipto, por ejemplo, una moneda de bronce de un uso análogo á nuestro papel moneda, y en otras partes, en las plazas de comercio sirias, se experimenta-

---

serles entregadas, aunque lo quisieran, en oro ó en valores de referencia legal entre el oro y la plata. A partir de César, por el contrario, la pieza de oro tiene circulacion en todas partes por valor de 100 H S de plata. Y el hecho tiene tanta más importancia, cuanto que, á consecuencia de las enormes cantidades de oro puestas por César en circulacion, este metal bajó en pocos años un 25 por 100 del valor de su curso legal.

ba bastante escasez de la antigua moneda del país calculada sobre el tipo de la Mesopotamia. De cualquier manera que sea, encontraremos más tarde, en todas estas regiones, circulando el *denario* por su valor legal; en denarios se arreglaban oficialmente las cuentas (1), continuando también la circulación de las monedas locales dentro de su estrecho círculo, las cuales tendrán igualmente curso legal, pero perdiendo de su valor sobre el denario (2); usos todos, que no se establecieron en un solo día, y que en parte son quizá de época anterior á César. En todo caso, completaron la organización monetaria del imperio cesariano: la nueva pieza de oro había tenido su tipo en la moneda, de peso casi igual, de Alejandro, y se adaptaba muy particularmente á la circulación en el Oriente.

*Reforma del calendario.*—La reforma del calendario va ligada á un mismo orden de ideas. El calendario republicano, cosa increíble, se hallaba todavía en el estado del antiguo trabajo de los Decemvros, torpe reforma de la *Octaeteria* anterior á *Meton*. Por el efecto combinado de cálculos matemáticos detesta-

---

(1) Bajo la era imperial, no se encuentra inscripción alguna, en que los valores se cuenten de otra manera que en moneda romana.

(2) Así, la *dracma ática*, aunque era sensiblemente más pesada que el denario, no se recibía sino por el mismo valor: la *tetradracma* de Antioco, que por término medio pesaba más de 15 gramos, valía solo que tres denarios romanos, cuyo peso era de 12 gramos. Así el *cistóforo* del Asia Menor, cuyo valor de plata excedía de tres denarios, no era recibido legalmente más que por dos y medio: la *demidracma rodia*, que valía tres cuartos de denario en plata, era recibida también por cinco octavos, y así las demás.

bles y de una más detestable administracion, los *fastos* se habian adelantado al *tiempo verdadero*, en 67 dias completos: por ejemplo, la *fiesta de flora* (las *Floralia*), que cae en 28 de Abril, estaba inscrita en 11 de Julio. César quiso corregir estos enormes errores: llamó en su auxilio al matemático griego *Sosígenes*, y adoptó para el uso religioso y oficial el cómputo del año agrícola itálico ordenado segun el calendario egipcio de *Eudoxio*, haciendo en él sábias intercalaciones (1). Al mismo tiempo, abolió el nuevo año del antiguo calendario que comenzaba el 1.º de Marzo, sustituyendo esta fecha con la del 1.º de Enero, primer dia del año en lo sucesivo. Este cambio ya fijado para la renovacion de las grandes magistraturas, fue aceptado desde entonces para los usos de la vida civil. Estas dos reformas comenzaron el 1.º de Enero del 709, y con ellas empezó á regir el *Calendario Juliano*, llamado así del nombre de su autor, y cuyo *Calendario* ha tenido la fortuna de quedar en uso en todo el mundo civilizado despues de la destruccion de la monarquía fundada por César, sobreviviendo hasta nuestros dias, al ménos en sus elementos principales. A él se añadió, á título de aclara-

---

(1) El año 708, llamado de la *confusion* (*Macroñ. I, 16*), se alargó de manera que quedasen reparados los errores pre-existentes, y para hacer que comenzasen en 1.º de Enero de 709 el primer año de la *era Juliana*, aumentó César 90 dias á este año 708 del antiguo calendario, los cuales fueron distribuidos del modo siguiente: se intercaló un mes de 23 dias entre el 23 y 24 de Febrero; dos meses á fin de Noviembre, el uno de 29 y el otro de 31 dias, y además 7 dias contados aparte, componiendo estos dos últimos meses con el suplemento, un total de 67 dias. A partir del año 709, se añadió cada cuatro años un dia intercalado entre el 23 y el 24 de Febrero.

ciones, por medio de un edicto detallado, un *calendario astronómico*, tomado de la astronomía egipcia, y acomodado, muy torpemente por cierto, á la Italia, en el que se consignaba día por día la hora de la salida y ocaso de las constelaciones más importantes (1). También en este terreno se realizó la igualdad en el mundo griego y latino.

*Resúmen. La obra de César.*—Tales fueron las bases puestas por César á su monarquía Mediterránea. Por segunda vez, habia venido á parar en Roma la cuestion social á una crisis, en que, dada la situacion, los antagonismos parecían, y eran en efecto, irreconciliables, y en donde hasta en su expresion y su lenguaje, toda conciliacion era y parecia imposible. En tiempos anteriores, la República habia debido su salvacion á la absorcion de Italia en Roma y de Roma en Italia; y en la nueva patria ensanchada y transformada, si los elementos hostiles sobrevivian aún, habian sido al ménos rechazados. En esta época era Roma de la misma suerte salvada por la absorcion consumada ó preparada de las provincias del Mediterráneo; y la guerra social que en la península

---

(1) La identidad de este edicto, redactado quizá por Marco Flavio (*Macrob. Saturn.* 1, 14-16), y del escrito sobre las constelaciones, atribuido á César, me parece probada por el sarcasmo de Ciceron (*Plut., Cæs.* 59): «Hoy sale la *Lira* por órden.» Por lo demás, se sabia antes de César que el año solar de 365 dias y 6 horas, admitido por el calendario egipcio, excedia un poco en duracion al verdadero. Segun el cálculo más exacto del año trópico que ha conocido la antigüedad, el de Hiparco, el año verdadero duraba 365 dias, 5 horas, 52 minutos y 12 segundos; y segun los cálculos exactos de nuestros tiempos, su duracion real es de 365 dias, 5 horas, 48 minutos y 48 segundos.

Itálica no podía terminar sino con el aniquilamiento de la nación, no tenía ya objeto ni campo de batalla en la nueva Italia, estendida sobre un triple continente. Las colonias latinas habían colmado al abismo que amenazaba sepultar la sociedad romana en el siglo V, y las colonias transalpinas y transmarítimas fundadas por Graco en el siglo VII, la libran del precipicio más profundo á la sazón. Solo para Roma ha hecho la historia un milagro, que despues ha repetido en beneficio de la misma Roma, porque al rejuvenecer dos veces al Estado, la ha librado también dos veces de una crisis interior, en el momento mismo en que el mal llegaba á ser incurable. Hay sin duda mucho de corrupcion en este rejuvenecimiento: de la misma manera que la unidad de Italia se consumó sobre las ruinas de las nacionalidades etrusca y samnita, la monarquía Mediterránea se levanta á su vez sobre las ruinas de razas y de Estados innumerables, que un día tuvieron vida propia y fueron poderosos. ¿No han salido también de la corrupcion Estados jóvenes y vigorosos, que están hoy en vías de florecimiento? Los pueblos que sucumbieron, y sobre los cuales se asentaba el nuevo edificio, no eran sino de un orden secundario, y estaban destinados á desaparecer y nivelarse en el seno de la civilizacion. Cuando César destruye, no hace más que ejecutar la sentencia de la Historia, que decreta el progreso, y donde quiera que ha encontrado gérmenes de civilizacion, en su propio país ó en el país hermano de los Helenos, les ha prestado su proteccion decidida. Preservó y reservó la sociedad romana, y no solamente perdonó á la sociedad griega, sino que se dedicó á regenerarla, llevando á esta obra las mismas miras y la misma seguridad de génio que á la reconstitucion de Roma,

reanudando, en fin, el interrumpido trabajo de Alejandro, cuya imagen tenia siempre presente á los ojos del alma. No sólo realizó estas dos obras, una al lado de otra, sino la una por la otra: los dos factores esenciales de la humanidad, el progreso general y el progreso individual, Estado y civilizacion, unidos en gérmen en los primitivos greco-italianos, aquel pueblo pastor que vivió al principio lejos de las costas y de las islas del Mediterráneo, estos grandes factores, repito, se habian separado un dia cuando el tronco matriz se dividió en las ramas de Itálicos y Helenos; y habia continuado esta separacion en el trascurso de muchos siglos. Pero, hé aqui, que se presenta el nieto del príncipe troyano y de la hija del rey latino, y de un Estado sin cultura propia y de una civilizacion cosmopolita sabrá sacar un todo nuevo, en donde Estado y cultura reaparecerán y se unirán todavía en el desarrollo de la vida humana, en la madurez fecunda de una dichosa edad, y llenarán cumplidamente el inmenso cuadro proporcionado á un tal desenvolvimiento.

Preséntanse allí, ante nuestros ojos, tales como César las ha trazado para su edificio, las líneas sobre las que él mismo ha edificado, y sobre las que, siguiendo atentamente y durante siglos las miras de este grande hombre, procurará la posteridad edificar á su vez, si no con el mismo génio y energía, al ménos con la devocion y las intenciones del maestro. Aunque se ha preparado mucho, se ha terminado muy poco: pero, ¿era completo el plan? Para contestar á esta pregunta se necesitaria la audacia de un pensamiento rival; porque, en efecto, ¿dónde encontrar, en lo que tenemos á la vista, una falta de alguna importancia? Cada piedra colocada es bastante elocuente

para inmortalizar el nombre del obrero, y las fundaciones presentan un conjunto lleno de armonía. César no ha reinado más que cinco años; la mitad ménos que el grande Alejandro: de ese tiempo, no ha residido en la capital sino 15 meses, durante los intérvalos de sus siete grandes campañas (1), y en ese corto plazo ha sabido organizar los destinos presentes y futuros del mundo, poniendo aquí las fronteras entre la civilización y la barbarie, ordenando allí la supresion de los canalones que vertian las aguas á las calles de la ciudad, y teniendo bastante tiempo y libertad de espíritu para seguir los concursos poéticos del teatro, y para poner por sí mismo la corona al vencedor, cumplimentándole con una improvisacion en verso. La rapidez y la seguridad de la ejecucion dan testimonio de un plan largamente meditado, completo y ordenado en todos sus detalles, por cuyo motivo no nos admira la ejecucion ménos que el plan. Echados los cimientos, confi6 el nuevo Estado al porvenir, que sólo y sin limitacion alguna podia concluir la obra comenzada. En este sentido, César tenia razon al decir que él habia realizado su fin, y quizá fuera aquel su pensamiento, cuando muchas veces salieron de sus lábios estas palabras: *Bastante he vivido*. Pero como el edificio no estaba terminado, mientras vivió el arquitecto, no cesó de poner en él

---

(1) César fué á Roma en Abril y en Diciembre del 705, no deteniéndose allí cada vez más que algunos dias: residió en la misma capital desde Setiembre hasta Diciembre del 707: estuvo tambien allí como unos cuatro meses durante el otoño del año 708 (año de 15 meses); y en fin, permaneció en Roma hasta su muerte, desde Octubre del 709 hasta Marzo del 710.

piedra sobre piedra, siempre igual en la flexibilidad y en el esfuerzo, no precipitando los acontecimientos, pero no aplazando tampoco cosa alguna, como si para él no tuviera el hoy un mañana. César ha trabajado y ha edificado más que ningun mortal de los que le han precedido ó sucedido: hombre de accion y creador á la vez, vive después de dos mil años en la memoria de los pueblos, y es el primero y el único *César Imperator*.

## CAPÍTULO XII.

**RELIGION, CULTURA, LITERATURA Y ARTE.**—Religion del Estado.—Las religiones orientales. El culto de Mithra. El culto de Isis. El Neo-Pitagorismo. Nigidio Figulo.—Educacion. Ciencias generales en materia de educacion.—Estudios griegos. El Alejandrismo.—Estudios latinos.—Instruccion pública Primeros establecimientos.—La lengua.—Vulgaridad en Roma. Reaccion. La escuela de Rodas. Ciceronianismo.—La poesía neo-romana.—La gramática.—Movimiento literario. Las letras griegas en Roma.—Movimiento literario entre los Romanos.—Clásicos y moderados.—El Alejandrismo griego.—El Alejandrismo en Roma.—Literatura del teatro. Decadencia de la comedia y de la tragedia. El Mimo. Laberius.—Representacion escénica. Crónicas en verso.—Lucrecio.—Poesía griega de moda.—Catulo.—Poemas en prosa. La novela.—Obras satiricas. Varron. Sus modelos. Ensayos semi-filosóficos y semi-históricos.—Las sátiras Menipeas. Sisena. Valerio Anticus.—La historia general. Cornelio Nepote.—Accesiones históricas. Memoria militar de César.—Correspondencias.—Diarios.—Las arengas. Decadencia de la elocuencia política.—Aparicion de la literatura forense. Ciceron.—Oposicion al género ciceroniano. Calvo y sus compañeros.—El diálogo científico. Diálogos ciceronianos. Ciencias. Filología latina. Varron.—Las otras ciencias.—El Arte. Arquitectura.—El baile y la música.—Influencia ya manifiesta de la monarquía.—Conclusion.

*Religion del Estado.*—Ningun nuevo elemento se produjo en la esfera de la religion y de la filosofia. La religion del Estado romano-helénico y la filosofia oficial del pórtico indisolublemente unida con ella, constituian para todo gobierno, oligarquía, democra-

cia ó monarquía, un instrumento cómodo, y más que cómodo, indispensable. Construir de nuevo el Estado sin el elemento religioso, habria sido cosa tan impracticable como inventar una religion nueva que reemplazára al antiguo culto, tan apropiado á la vieja Roma. A veces se habia visto detenerse repentinamente el huracan revolucionario ante las predicciones de los augures, y el aparato corrompido y dislocado que habia sobrevivido al cataclismo en que pereció la República fué todo entero trasportado, con su falsa magestad y vanos ritos, al campo de la nueva monarquía; pero se comprende fácilmente que, para los espíritus libres, habian caido en desgracia aquellas formalidades. Respecto á la religion del Estado, la opinion pública manifestaba una gran indiferencia: nadie queria ver en ella más que un instrumento de mando y de conveniencia pública, ni interesaba gran cosa, como no fuera á algunos eruditos de la política y á algunos partidarios de la tradicion. En su hermana la filosofia, que tuvo muy diferente acogida áun entre las gentes ménos avisadas, no encontró más que hostilidad, justo é infalible efecto de sus vanas doctrinas y de su pérfido charlatanismo. Y la misma escuela que parecia tener conciencia de su nulidad, hace tambien un esfuerzo hácia el sincretismo, é intenta de esa suerte recibir un soplo vivificador. *Antioco de Ascalon* (floreció hácia el año 675), que se vanagloriaba de haber sabido fundir en una sábia unidad el estoicismo de Zenon con las ideas de Platon y de Aristóteles, alcanzó en Roma más de un triunfo. Su filosofia, bastante mal recibida en un principio, estuvo de moda entre los conservadores de entónces, y los *diletanti* y los letrados del gran mundo la estudiaron con ardor. El que aspiraba á un campo

más libre para el pensamiento, ó desconocía el pòrtico ó le era hòstil. Eran mal mirados estos fariseos de Roma, estos fanfarrones de huecas palabras enfiadas: se prefería, abandonando los senderos prácticos de la vida, entregarse los unos á la enervada apatía, los otros á la ironía que todo lo niega: de aquí los progresos del epicureismo en los grandes círculos de Roma; de aquí el derecho de ciudad conquistado por los cínicos de la secta de Diógenes. Condenada como estaba á la aridez y á la infecundidad, cuando, léjos de buscar el camino de la sabiduría en la renovacion de las doctrinas tradicionales, se contentaba con el presente, y no prestaba fe sino á las sensaciones materiales, esta filosofía valia ménos aún que la algarabía de palabras y que las nociones vacías de la ciencia estóica, y el cinismo tenía la ventaja sobre todos los sistemas filosóficos de entónces, de que, despreciándolo todo, hombres y sectas, se contentaba con no ser un sistema, cuya ventaja era en verdad inmensa, pues entre las dos sectas, el epicureísmo y el cinismo, habia una acalorada contienda, en que el pòrtico llevaba la peor parte. Aquí, predicando para los hombres sérios el epicúreo *Lucrecio* con el poderoso acento de una conviccion profunda y de un santo celo, se atacaba á los dioses, á la providencia divina de los estóicos, sus doctrinas y la teoría de la inmortalidad del alma humana: allí, ante el grosero público que prefería la burla, Varron el cínico aguzaba los ligeros dardos de sus sátiras por todos alabadas, y lograba más seguramente su objeto. Y mientras que los mejores de la antigua generacion se mostraban hostiles al pòrtico, los hombres de la generacion nueva, Catulo, por ejemplo, se mantenian alejados del palenque, y

su sátira era más cáustica por lo mismo que ignoraban y querían ignorar.

*Las religiones orientales. El culto de Mithra. El culto de Isis. El Neo-Pitagorismo. Nigidio Figulo.*—Sin embargo, al lado de la incredulidad mantenida por las solas conveniencias políticas, se hacían muchos prosélitos. La incredulidad y la superstición, estos dos prismas diversos del mismo fenómeno histórico, corrían parejas y se daban la mano en el mundo: no faltaban tampoco entes que, reuniendo estos dos vicios, negaban los dioses con Epicuro y hacían sacrificios delante del altar más insignificante. Naturalmente sólo se trataba de los dioses orientales: á medida que de las provincias griegas acudían á Italia multitud de gentes, éstas, en número siempre creciente, inundaban, á su vez, las regiones occidentales. Ya sabemos la importancia que habían adquirido los cultos de Frigia: atestiguanlo con sus ataques los hombres de edad avanzada, tales como Varrón y Lucrecio, y lo mismo aseguran los jóvenes del día: testigo de ello son las glorificaciones del poético Catulo, que terminó por una plegaria característica: «Diosa, aleja de mí tus furores, y lánzalos sobre los demás.» Al lado de los dioses de la Frigia vinieron á colocarse los de la Persia: estos habían tenido por propagadores á los piratas del Este y del Oeste, que se encontraban sobre las olas del Mediterráneo, y su más antiguo santuario se dice que estaba al occidente del *Olimpo* de Siria. Pero, en el curso de su emigración hácia el Oeste, había perdido el culto oriental todos los elementos morales y de elevado espiritualismo que encerraba primitivamente, y lo que lo prueba es que, la mayor divinidad de la pura doctrina de *Zarathustra*, *Ahouramazda*, fué

desconocida á los Occidentales. Sus adoraciones se convirtieron hácia el dios, que, en la antigua religion de los Persas, ocupaba el primer lugar, *Mithra*, hijo del *Sol*. Con más rapidez que las deidades del cielo persa, figuras más espirituales y más dulces, se propagaron en Roma las cohortes misteriosas y rudas de las grotescas teogonías egipcias: *Isis*, madre de la Naturaleza y de todas sus obras; *Osiris* que muere y resucita todos los años; el sombrío *Serapis*, el *Horus-Harpocrate*, severo y silencioso y *Anubis Cinocéfala*. El mismo año en que Clodio dejó en libertad á las asociaciones y conventículos, y sin duda por efecto de aquella emancipacion popular, amenazó este enjambre de dioses con instalarse hasta en la antigua ciudadela del Júpiter romano, en el Capitolio, y no poco trabajo costó evitarlo. Aquellos dioses necesitaban á toda costa un templo, y se les asignaron los arrabales. Ningun culto ha alcanzado tanta popularidad como éste entre las bajas clases: cuando un dia el Senado mandó destruir el santuario de Isis que estaba en el recinto de las murallas, no se encontró ni un obrero que se atreviera á poner allí su mano, y se vió obligado el cónsul *Lucio Paulo* á arrancar la primera piedra. Es bien seguro que no había una jóven de libertinas costumbres que no fuera devota de la diosa en proporcion de su libertinaje. Dicho se está que los sortilegios, la *oneirocricia* y todas las artes libres del mismo linaje eran oficios lucrativos: tambien se profesaba la ciencia de los horóscopos. *Lucio Tarucio* de *Firmum*, hombre respetable, erudito en su arte y grande amigo de Ciceron y de Varron, determinaba muy seriamente despues de muchos cálculos, la fecha del nacimiento de Rómulo y Numa y hasta la de la fun-

dacion de Roma, y, auxiliado de la sabiduría cáldea y egipcia, confirmaba las relaciones de la leyenda romana con grande edificacion de los creyentes de ambos partidos. Y, fenómeno más notable todavía, se vió producirse por primera vez en el mundo romano un ensayo de fusion entre la fé grosera y el pensamiento especulativo, manifestacion no desconocida de la tendencia á que llamamos *Neoplatonismo*. Tuvo por primero y más antiguo apóstol á *Publio Nigidio Figulo*, distinguido romano, que pertenecia al más rígido partido de la aristocracia, pretor en 696, y el cual murió desterrado de Roma por causas políticas en 709. Verdadero prodigio de erudicion, y más admirable todavía por la obstinacion en sus creencias, fundó con los más disparatados elementos un sistema de filosofia religiosa, cuyos principios enseñaba en sus lecciones orales, más bien que en sus libros consagrados á las materias teológicas y á las ciencias naturales. Rechazando léjos de sí los principios y las abstracciones de los sistemas que estaban en boga, sacó, hasta de debajo de los escombros, las fuentes de esta filosofia anti-socrática, cuyo pensamiento se habia revelado á los sábios de los tiempos antiguos bajo su forma más viva y sencilla; y dicho se está que, en esta filosofia, las ciencias físicas transcendentales habian de desempeñar un papel importante. ¿No se las ve también entre nosotros ofrecer diariamente, dirigidas en ese sentido, un poderoso apoyo al charlatanismo místico y á los piadosos escamoteos? Con más razon habia de suceder esto mismo en la antigüedad, en que se ignoraban más las verdaderas leyes de la naturaleza. Respecto á la teología de Figulo, no era otra cosa que aquella extraña confusion en que se hallaban sumidos por

sus correligionarios griegos, y que resultaba de la union de la ciencia órfica y de otros antiguos principios con los nuevos dogmas inventados en la Italia y con los misterios de la Persia, de la Caldea y del Egipto. Además, como si no fuera ya bastante grande la confusion, so pretesto de perfeccionar la armonía del sistema, agregó á él nuestro filósofo los principios de la ciencia etrusca hijos de la nada, y la ciencia indígena del vuelo de las aves. Hecho esto, fué puesta la doctrina bajo la invocacion política, religiosa y nacional del nombre de Pitágoras: de aquel ultra-conservador cuya máxima era, «fundar el orden, é impedir el desorden;» de aquel Pitágoras, el milagroso, el conjurador de los espíritus, el antiguo sábio, natural de Italia, cuya leyenda se entrelaza con la de Roma, y cuya estatua se hallaba levantada en el Forum. El nacimiento y la muerte tienen su afinidad: como Pitágoras habia asistido á la fundacion de la República, y fué amigo de Numa y colega de la *Mater Egeria* de divina prudencia, era tambien, en la hora suprema, el último refugio del sagrado arte de los augurios de las aves. El sistema de Nigidio no era sólo una maravilla, sino que tambien hacia prodigios: el dia en que nació Octavio predijo á su padre la futura grandeza del hijo. Para los creyentes, los profetas evocaban á su vez los manes, y, lo que es más aún, indicaban el sitio en donde se ocultaban los tesoros perdidos. Esta ciencia, vieja y nueva á un tiempo, habia producido en los contemporáneos una impresion profunda, y los hombres más respetables, más sábios y más valientes de todos los partidos, Apio Cláudio, cónsul en el año 700, y el erudito Marco Varron y Publio Vatinio, oficial de los más bravos, se dedicaron tambien á la nigromancia: parece

que la policía debió intervenir para evitar estos extravíos de la sociedad romana, últimos y tristes esfuerzos que no bastaron á salvar la religion, y que parecidos á los honrados esfuerzos que hizo Caton en el orden político, se nos ofrecen bajo su aspecto lamentable y cómico á la vez. Por mucho que mueva á risa el Evangelio y el Apóstol, no deja de ser grave en extremo que hombres de temperamento vigoroso se dejaran tambien arrastrar al absurdo.

*Educacion. Ciencias generales en materia de educacion.*—La educacion de la juventud continuaba moviéndose en el programa, expuesto en otro lugar de la época precedente, en las *humanidades*, que comprendian el estudio de las dos lenguas. A medida que el tiempo avanza, el mundo romano, en su cultura general, se va sujetando más á las formas instituidas por los Griegos: se abandonaron los ejercicios del baile, las carreras y la esgrima, para dedicarse á la gimnástica perfeccionada de la Grecia; y, si es cierto que no existían aún establecimientos públicos de esta clase, tambien lo es que no habia ya una granja elegante que no tuviera su *Palestra* al lado de las Termas. Pero si se quiere ir más lejos y preguntar qué trasformacion se habia operado en este siglo en toda la educacion, compárese el programa de la *Enciclopedia* de Caton con el del libro análogo de Varron sobre las *Ciencias escolásticas*. En la obra de Caton, el Arte oratorio, la Agricultura, la Jurisprudencia, la Guerra y la Medicina, no constituyen los elementos de una educacion científica especial; y en la de Varron, como puede inducirse con algun acierto, el programa de los estudios comprende la Gramática, la Lógica ó la Dialéctica, la Retórica, la Geometría, la Aritmética, la Astronomía, la Música, la

Medicina y la Arquitectura. De suerte que, en el curso del siglo VII, el Arte militar, la Jurisprudencia y la Agricultura, pasaron de la categoría de ciencias generales á la de ciencias profesionales. Además, segun Varron, para la educacion de la juventud se adoptaba el programa griego en toda su integridad, y al mismo tiempo que las lecciones de gramática, de retórica y de filosofia introducidas en Italia desde épocas anteriores, se abrieron cursos de geometría, de aritmética, de astronomía y de música, que por mucho tiempo habian sido enseñanzas propias de las escuelas de la Grecia (1). La astronomía, por ejemplo, dando la nomenclatura de las estrellas, entretenia la ociosidad de los eruditos del tiempo, y, asociada á la astrología, alimentaba las piadosas supersticiones, muy poderosas entonces, siendo tambien para la juventud un conjunto de estudios regulares y profundos, como lo prueba el que fuesen los poemas didácticos de Arato las primeras obras que, entre todas las de la literatura alejandrina, hallaran benévola acogida, cerca de los jóvenes romanos, ávidos de instruirse. A la série de los cursos griegos, se unia la medicina, rama antigua del programa de la educacion indígena, y por último, la arquitectura, arte indispensable á los Romanos, que se habian aficionado á edificar palacios y granjas, mientras que abandonaban el trabajo de los campos.

*Estudios griegos. El Alejandrinismo.*—Pero si la

---

(1) Estas siete ciencias constituian, como se sabe, las siete artes liberales que, salvo la distincion que hay que hacer, en cuanto á las épocas, entre las tres artes que primero fueron recibidas en Italia y las cuatro que se introdujeron más recientemente, se han perpetuado en las escuelas de la Edad Media.

educacion griega y latina habia ganado en extension y en rigor de escuela, en cambio perdió mucho en pureza y delicadeza. La ciencia griega, estudiada con irresistible ardor, ha dado, sin duda, un barniz más sábio á la cultura; pero explicar á Homero ó á Eurípides, no es, despues de todo, un arte. Dedicáronse á la poesía alejandrina discípulos y maestros, porque, dada la situacion del mundo romano, se acomodaba aquella al espíritu de todos mucho mejor que la antigua y verdadera poesía nacional de la Grecia. Su antigüedad era por lo ménos tan remota como la de la Iliada, y en opinion de los profesores, los Alejandrinos eran verdaderos clásicos. Las poesías eróticas de *Euforion*, «*Las Causas*» de *Calimaco* y su *Ibis* y la *Alexandra* cómica y oscura de *Licofron*, encerraban un caudal de palabras raras (*glossæ*) á propósito para las crestomatías y los comentarios de los intérpretes: en estas obras se encontraban frases y sentencias rebuscadas, oscuras y de difícil explicacion, giros confusos, un conjunto intrincado y misterioso de olvidados mitos, y, en fin, una copia de erudicion en extremo pesada. Se exponian cada dia en la Academia los trozos más difíciles, y todos estos productos de la literatura alejandrina, obra maestra de la industria de los profesores, llegaban á ser temas excelentes para los buenos escolares, viéndose á los Alejandrinos invadir fijamente los gimnasios itálicos á título de modelos y de textos de enseñanza. Ellos hicieron, sin duda, progresar la ciencia, pero á costa del gusto y del buen sentido. Apodolóse muy pronto de toda la juventud romana esta sed de peligrosa cultura, y quiso aquella acudir, en cuanto le era posible, á la misma fuente de la ciencia helénica. Los cursos de los profesores griegos

de Roma, solo eran buenos para los primeros ensayos; mas luego se deseaba hablar con los Griegos mismos, y la juventud acudia á Atenas á escuchar las lecciones de los filósofos griegos y á Rodas á oír á los retóricos, y hacian viajes literarios y artísticos al Asia Menor, en donde se encontraban y eran estudiados sobre el terreno mismo los antiguos tesoros del génio de los Helenos, y donde se continuaban, como oficio, por cierto, las tradiciones del culto de las musas. En cuanto á la capital del Egipto, siendo considerada como el santuario de las más austeras disciplinas, como lo habia sido antes, era visitada con ménos frecuencia por la juventud ávida de saber.

*Estudios latinos.*—Al mismo tiempo que el programa de los estudios griegos, se amplió tambien el de los latinos, lo cual era, en parte, puro y simple resultado del movimiento del helenismo. En el fondo, recibian los Latinos de los Griegos el impulso y el método: en breve, bajo la influencia de las ideas democráticas, se abrió la tribuna del Forum á todas las clases y atrajo una gran concurrencia, no contribuyendo poco las condiciones políticas de la nueva Roma á que se aumentara el número de los oradores: «á donde quiera que dirijais la vista, encontrareis »abundancia de oradores,» decia Ciceron. Añádase á esto el culto que se rendia á los escritores del siglo VI, los cuales, á medida que se remontaban al pasado, se rodeaban más de la aureola clásica y componian la edad de oro de la literatura latina: en ellos se concentra el esfuerzo del trabajo pedagógico, y le proporcionan el más poderoso contingente. Despues, inmigra de todas partes la barbarie, penetra en el imperio y se latinizan populosas regiones, como las Gálias y España, ganando mucho en

ello la lengua romana y las letras latinas. ¿Habria sucedido lo mismo si el idioma indígena hubiera permanecido estacionado en el Lácio? En Como y en Narbona, el preceptor era un personaje mucho más importante que en Ardea ó en Preneste, y, sin embargo, bien mirado, la cultura bajaba en vez de ir en progreso. La ruina de las ciudades provinciales itálicas, la enorme afluencia de hombres y de elementos extranjeros, la decadencia política, económica y moral de la nacion, y por encima de todo, los estragos de las guerras civiles, hacian á la lengua un daño que no podrian remediar todos los maestros de escuela del mundo, al mismo tiempo que el estrecho contacto con la civilizacion griega de la época y las más directas influencias de la ciencia locuaz de Atenas y de la retórica de Rodas y del Asia Menor, infestaban á la juventud de los más deletéreos miasmas de helenismo. Así como la importacion de éste en Oriente habia perjudicado al idioma de Platon, de la misma manera la propaganda latina entre los Galos, los Iberos y los Libios, llevaba consigo la corrupcion de la lengua romana. Aquel público que aplaudia los períodos sábiamente redondeados, cadenciosos y rimados del orador, que hacia pagar caro al comediante la menor falta de gramática ó de prosodia; aquel público, repito, poseia la lengua madre, que habia sido estudiada á fondo, y que por estudio llegó á ser el comun bien de todas las clases. Segun los escritores contemporáneos, aún aquellos que son más benévolos en sus juicios, no era ménos cierto que la cultura helénica de los Italianos en el año 690, estaba muy en decadencia comparada con lo que era un siglo antes, y tambien esos mismos escritores deploraban la corrupcion del hermoso y puro

latín de otros tiempos, que solo era cultivado por muy escasos personajes: todavía se oye en los labios de algunas ancianas matronas de la alta sociedad romana; pero las tradiciones de la verdadera elegancia, el vigor y la gracia del antiguo latín, la delicadeza de Lucilio y los giros literarios de los Escipiones, todo esto se había perdido ya. No se podía hablar de urbanidad (*urbanitas*), á pueblos para quienes esta palabra y la idea que representa eran nuevas. Lejos de reinar en las costumbres la cortesanía, va desapareciendo por completo, y en la ruina de aquellas y de la lengua entre los bárbaros latinizados ó entre los latinos convertidos en bárbaros, se echa de ver claramente la ausencia de la urbanidad. Las sátiras de Varrón y las cartas de Cicerón nos dan el modelo de la conversacion elegante y son el eco de las antiguas costumbres, vivas aún en Rieti y en Arpino; pero en Roma no quedaba nada de ellas.

*Instrucción pública. Primeros establecimientos.*

—El sistema de educación de la juventud era, en el fondo, el mismo; solo que, siendo allí el bien, por efecto de la decadencia nacional antes que por vicios del sistema, más raro que en otros tiempos, se mostraba con más frecuencia el mal: sin embargo, también llevó César sus reformas á este punto. Mientras que el principio romano había combatido la cultura literaria y después no había hecho más que tolerarla, el nuevo imperio Italo-Helénico, cuya esencia era la humanidad (*humanitas*), la tomó por su cuenta y ejerció la dirección. César concedió el derecho de ciudad á todos los profesores de artes liberales y á todos los médicos de Roma: este primer paso anuncia la creación futura de grandes establecimientos, en los

cuales se dará la instrucción superior en las dos lenguas á la juventud romana, y que serán la expresión completa y poderosa de la cultura nueva en el Estado nuevo. Poco después decidió el regente la fundación de una biblioteca griega y latina en la capital, y nombró para dirigirla al más erudito de los romanos, á Marco Varrón, haciendo ver también por este medio que abría á la literatura universal este reino de Roma que se extendía sobre todo el mundo.

*La lengua.*—Respecto á la lengua misma, su evolución se refiere á los elementos opuestos de todo punto: al latín clásico de los elementos cultos, de una parte, y de otra, al latín vulgar de la vida común. El primero es el producto de la cultura italiana: en efecto, ya en el círculo de los Escipiones fué una regla favorita hablar el latín; allí no tenía la lengua patria toda su primitiva sencillez y tendía á distinguirse del idioma que hablaba la muchedumbre; pero desde principios del siglo se manifiesta una notable reacción contra el clasicismo de las altas clases y de su literatura, reacción que se relacionaba estrechamente, por dentro y por fuera, con otra análoga que en el mismo período se efectuaba en la Grecia. Ya, en efecto, *Hegesias* de Magnesia, retórico y poeta, y todos los retóricos y literatos del Asia Menor, se habían armado en seguida contra el aticismo ortodoxo, pidiendo el derecho de ciudad para la lengua vulgar, ya vinieran las palabras ó las frases de Atenas, de la Caria ó de la Frigia, y hablaron y escribieron, no para las reuniones de las gentes elegantes, sino á gusto de las muchedumbres. El proyecto era bueno de seguro; pero, en rigor, tanto valía el público del Asia Menor, como la práctica que se quería introducir; porque, entre los Asiáticos de este tiempo,

se había perdido por completo el sentido de la pureza severa y sóbria, y no se preciaban más que de la vana hojarasca y de los halagos. Sin estenderme aquí sobre los géneros bastardos y las producciones de esta escuela, romances, historias y otras de este linage, diremos solamente que el estilo de los Asiáticos era muy cortado, sin cadencia ni períodos, flojo y pesado, lleno de hojarasca y de vanas imágenes, trivial por añadidura y en extremo amanerado. «Quien conozca á Hegerias, dice Ciceron, no necesita ir muy lejos á buscar un fátuo.»

*Vulgaridad en Roma. Reaccion. La escuela de Rodas. Ciceronianismo.*—Y no obstante, este género de literatura hizo progresos en el mundo latino. Habiendo invadido, como se ha visto, la *retórica*, que estaba de moda entre los Griegos, los programas de la educacion latina al fin de la época precedente, había alcanzado todo su desarrollo al principio del siglo actual, y con *Quinto Hortensio* (640-704), el más ilustre abogado del tiempo de Sila, había ocupado la tribuna de las arengas, viéndosela entonces, con el uso del idioma latino, acomodarse servilmente al depravado gusto importado de la Grecia. El público no tenía ya aquel oído delicado y puro del tiempo de los Escipiones, y aplaudía muy naturalmente al nuevo orador, si se mostraba hábil en cubrir sus vulgaridades con un barniz exterior. Este acontecimiento tenía una alta importancia. De la misma suerte que en Grecia se habían contratado los pugilatos literarios en la escuela de los retóricos, dió en Roma el lenguaje forense, mucho más que la literatura propiamente dicha, la regla y la medida del estilo; y el «príncipe de los abogados» tuvo, por decir así, jurisdiccion sobre el tono del lenguaje y sobre la manera de escribir

según la moda de la época. La *vulgaridad asiática* de Hortensio desterró la forma clásica de la tribuna romana y en parte de los otros géneros literarios. Pero bien pronto la moda cambió en Grecia y en Roma: primero los maestros ródios, sin volver por completo á la austera pureza del estilo ático, intentaron abrirse un nuevo sendero entre la forma antigua y la nueva, y, sin sujetarse rigurosamente á la exacta corrección de la expresión y del pensamiento, atendieron, sin embargo, á la pureza de la lengua y de la frase, poniendo cuidado en la elección de las palabras y de los giros, y buscando la cadencia en el período. En Italia se presentó *Marco Tulio Cicerón*, y guiado por las lecciones de los Ródios y su gusto, más maduro ya, á mejores preceptos, fué en lo sucesivo y mientras vivió, celoso defensor de la pureza de la lengua, y se consagró á los períodos y cadencia de la oratoria, buscando sus modelos favoritos con preferencia en la alta sociedad romana, que no se hallaba contaminada en el gusto de la *vulgaridad* moderna, pues como hemos dicho más arriba, algunos, aunque pocos, se habían librado de la corrupción general.

Cierto que la antigua literatura latina y la buena literatura griega, cualquiera que, por otra parte, haya sido la influencia de ésta en el movimiento de la frase, ocupaban un puesto muy secundario y, en la tan preconizada depuración del lenguaje, era forzoso ver más bien que la revolución del lenguaje escrito contra el idioma vulgar, la de la lengua hablada, tal como se usaba por las gentes instruidas, contra la jerga del falso ó del mediano saber. Todavía en esto se presentó César como el maestro más grande de su tiempo: se hizo la expresión viva del clasicismo romano y de su dogma fundamental, y, evitando en

sus discursos y en sus escritos, con la solicitud propia del marino que navega entre escollos, las palabras extranjeras, rechaza lo mismo las expresiones puramente poéticas, que las olvidadas en la antigua literatura, que los términos del idioma rústico, que los giros tomados del lenguaje familiar y que aquella multitud de frases y de palabras griegas, que en tan gran número habian invadido el lenguaje usual, como lo atestiguan las correspondencias del tiempo. De cualquier manera que sea, el clasicismo de Ciceron se salia fuera de todos los recursos artificiales de la escuela: dicho clasicismo era al de los Escipiones lo que la falta confesada es á la ignorancia, lo que son los clásicos del tiempo de Napoleon á los Moliere y á los Boileau del gran siglo de oro de los franceses. En tiempo de los Escipiones se habia acudido á la misma fuente del idioma, mientras que Ciceron tuvo que recoger lo mejor que pudo, el soplo espirante de una generacion insensiblemente perdida. Pero tal como era, se propagó pronto el nuevo clasicismo. Con el reinado de la tribuna, la dictadura de la lengua y del gusto pasa de Hortensio á Ciceron, y éste en sus múltiples y vastas obras de todos los géneros, dá á la literatura lo que la faltaba hasta entonces, los textos modelos en prosa. Ciceron es, en efecto, el verdadero creador de la moderna prosa latina: á él, artista hábil del estilo, se liga estrechamente la escuela clásica, y al *estilista*, más que al gran escritor y mucho más que al hombre de Estado, se dirige aquel elogio, excesivo sin duda, pero que no es una vana frase, que le consagran los mejores representantes de la nueva forma, César y Catulo.

*La poesía neo-romana.*—No se detuvo aquí el progreso; lo que hizo Ciceron en la prosa lo realizó

tambien en la poesía una pléyade de jóvenes, siendo Catulo el más brillante campeón de la poesía neoromana. Los Griegos Alejandrinos no habían abandonado aún los modismos; pero tambien entre ellos la lengua usual de la alta sociedad repudiaba las reminiscencias arcaicas aceptadas poco antes sin medida, y como la prosa buscaba á la sazón el ritmo del período ateniense, la poesía latina se sujetó poco á poco á la regla métrica estrecha, y con frecuencia difícil, de la escuela alejandrina. A partir de Catulo, ya no fué permitido comenzar el verso por un monosílabo ó por un disílabo que no fuese de una particular medida, ni cerrar en este mismo lugar la frase comenzada en el verso precedente.

*La gramática.*—Tratemos ahora de la ciencia que determina las leyes de la gramática y desenvuelve sus preceptos, ciencia que no obedece ya, como antes, á los azares del empirismo, sino que tiende, por el contrario, á dar reglas á las cuales se sujete la gramática. En la declinacion de los sustantivos, las desinencias, que hasta entonces habian sido inciertas, quedaron de una vez determinadas; y así para el *genitivo* y dativo de la cuarta declinacion (según nuestras escuelas), empleó César exclusivamente la forma contracta *us* y *u*, en lugar de la antigua forma, hasta entonces igualmente aceptada (1). En la ortografía se introdujeron parecidas modificaciones y la escritura fué puesta en completo acuerdo con la lengua hablada: César fué el primero que reemplazó la vocal aspirada *u* de las raíces por la *i* (2).

---

(1) Ejemplo: *genitivo senatus* y *senatus*, dativo *senatui* y *senatu*.

(2) *Macumus* por *Maximus*.

Dos consonantes del alfabeto romano, la *k* y la *g* fueron en adelante inútiles: el uso de la primera fué abandonado, y se propuso la supresion de la segunda. En fin, aunque la lengua no habia alcanzado aún toda su pureza, estaba en vias de conseguirlo, y si bien es cierto que todavía no se sujetaba á las reglas, ya tenia conciencia de ellas. La gramática latina tomó de la griega su espíritu y método general, y, más aún, el latin se modificó hasta en sus detalles, segun el idioma helénico, como lo prueba la *s* final que, hasta los últimos años del siglo, tuvo valor de consonante ó de vocal *ad libitum*, y de la cual los poetas de la nueva escuela, á imitacion de los Griegos, no hicieron de ella más que una desinencia consonante. Toda esta reforma lingüística es del dominio propio de los clásicos, y en todos los casos y por los más diferentes medios, lo que por otra parte demuestra la importancia del hecho, la nueva regla hace ley entre los corifeos literarios, Ciceron, César y el poeta Catulo, condenándose por ellos toda infraccion; y compréndese bien que, en este tiempo, la vieja generacion habia de rechazar la innovacion gramatical, como habia luchado contra la revolucion política, en que sucumbió (1). Pero mientras que el clasicismo nuevo, ó por mejor decir, mientras que el latin regular, marchando á la par, en cuanto era posible, con el griego modelo, y, convertido él tambien en modelo, abandona la resistencia intentada de veras contra los *vulgaristas* de las altas clases y de la literatura, mientras que este idioma reformado se fija por la li.

---

(1) Citemos á Varron: (*de re rust.* 1, 2): *In aedem Telluris veneram, rogatus ab aeditimo, ut dicere dicimus a patribus nostris, ut corrigimur a recentibus urbanis, ab aedituo.*

teratura y las fórmulas gramaticales, su adversario no le abandona el campo; y no solo busca un asilo en las obras de escritores subalternos ó en la Memoria sobre la segunda guerra española, continuacion de los *Comentarios* de César, sino que tambien lo encontramos en la literatura propiamente dicha, imponiendo su sello al romance y hasta á las obras estéticas de Varron. Cosa característica es que se sostenga perfectamente en los géneros populares, al propio tiempo que los hombres que se convierten en sus campeones son, como Varron, conservadores puros. De la misma manera que la monarquía fué edificada sobre las ruinas de la nacionalidad, el clasicismo se apoyó en la espirante lengua de los italianos, y era lógico que aquellos en quienes encarnaba todavía la República persistiesen tambien en mantener los derechos del antiguo idioma, y cerrasen los ojos ante sus lagunas y defectos bajo el punto de vista artístico por aficion al sabor popular y á la vitalidad relativa del mismo idioma. Entonces fué cuando se manifestó esta extraña divergencia de opiniones y de tendencias: de una parte Lucrecio, el antiguo poeta franco; de otra Catulo, el poeta moderno: de un lado, Ciceron con su período cadencioso; de otro, Varron, que desdén el número y divide la frase. Cuadro fiel de las discordias de este tiempo.

*Movimiento literario. Las letras griegas en Roma.*—En la esfera propia de la literatura, comparada la época actual con la que precede, se señala en Roma por un marcado y creciente movimiento. Desde hacia tiempo, la actividad literaria de los Griegos no se movía ya en la ancha esfera de la independencia civil, y necesitaba, por lo tanto, los establecimientos científicos de las grandes ciudades, y sobre todo,

las córtes de los reyes. Condenados al favor ó á la proteccion de los grandes, y luego arrojados sucesivamente de los santuarios de las musas, cuando vienen á extinguirse las dinastías de Pérgamo (621, de Cirene (658), de Bitinia (679 y de Siria (690) y desaparece el esplendor de la córte de los Lágidas (1), habiendo vivido en forzoso cosmopolitismo despues de la muerte de Alejandro el Grande, las letras griegas, verdaderamente extranjeras, así entre los Egipcios y los Sirios como entre los Latinos, tienden cada vez más hácia la capital del imperio. Al lado del cocinero, de la desenfrenada prostituta y del parásito; en medio del enjambre de esclavos griegos de que se rodeaba entonces el Romano de las clases ricas, se encuentra en primer término al filósofo, al poeta y al historiógrafo. Literatos distinguidos aceptan esta humilde condicion, como por ejemplo, el epicúreo Filodemos, filósofo doméstico de L. Pison, consul en

---

(1) Citemos la dedicatoria muy característica de esta clientela, tomada de la descripcion poética de la tierra, conocida en el mundo erudito con el nombre de *Periegesis de Scymnos*. Despues de manifestar su designio de escribir en el metro favorito de Menandro una especie de reseña geográfica, útil á los alumnos, y fácil de aprender de memoria (lo mismo que Apolodoro habia dedicado su *Manual* parecido al rey Atalo Filadelfo de Pérgamo, «para quien será eterna gloria que este libro de historia lleve su nombre»), el autor de la *Periegesis* dedica el suyo al rey\* Nicomedes III de Bitinia (663-679):

«Puesto que solo, dice, entre los reyes de este tiempo, tú sabes repartir los dones del favor real, yo me he decidido á experimentarlo: procuro y quiero ver lo que es un rey. El oráculo de Apolo me anima á ello, y me acerco gustoso á tu morada, que casi ha llegado á ser, á una señal tuya, el comun asilo de los sábios.»

696, cuyos ingeniosos epigramas edificaban á los iniciados en el grosero epicureismo del fundador de esta escuela. De todas partes y á todas horas acudían á Roma en número creciente los más notables representantes del arte y de la cultura helénica: allí prósperaba más que en ningún otro punto el mérito literario, distinguiéndose entre todos, el médico *Asclepiades*, á quien Mitrídates intentó en vano atraer á su servicio, el erudito en todos los ramos *Alejandro de Mileto*, llamado *Polyhistor*, el poeta *Parthenius*, de Nicea de Bitinia (1), *Posidonio* de Apamea, ilustre á la vez por sus viajes, como profesor y como escritor, el cual vino, siendo ya anciano, de Rodas á Roma (en 703).

Una casa como la de Lúcio Lúculo, parecida al *Museum* de Alejandría, era á la vez un asilo para la cultura helénica y un centro de comunicación para las letras griegas. En estos salones, consagrados á la riqueza y á la ciencia, habían reunido el poder de Roma y el refinamiento griego un incomparable tesoro de esculturas y pinturas de los maestros antiguos y contemporáneos, y una biblioteca cuidadosamente escogida y magníficamente dispuesta. Cualquier hombre de cultura, cualquier Griego, era allí bien recibido,

---

(1) *Parthenios* de Nicea, hecho prisionero en las guerras contra Mitrídates, vivió, se dice, hasta la época de Tiberio, que hizo poner sus obras y sus estatuas en las bibliotecas. Había tenido el honor de enseñar el griego á Virgilio (*Macrob. Saturn.* 5, 17), que le imitó en el *Moretum*: sus poemas eróticos ó mitológicos la mayor parte, dicese que se distinguían de los alejandrinos y asiáticos por su claridad. Se ha conservado de este autor un fragmento en prosa sobre las *desdichas amorosas*, dedicado á Cayo Galo, que también fué su discípulo.

y allí también se encontraba el dueño, paseando bajo los espléndidos pórticos, conversando y en comunicación de ideas filológicas y filosóficas con sus sábios huéspedes. Pero los Griegos no llevaron á Roma solamente las maravillas de su espléndida civilización, sino que importaron allí sus vicios y su servil condescendencia. Un día, uno de estos sábios vagabundos, *Aristodemo de Nisa* (700), autor de una retórica *de la lisonja*, se recomendaba á su señor, demostrando esta proposición, «que Homero había sido romano.»

*Movimiento literario entre los Romanos.*—Por lo demás, el amor á las letras y la actividad literaria fueron progresando en Roma con la afluencia y el movimiento de los sábios que vinieron de Grecia. La manía de escribir en griego, desterrada en otro tiempo por el gusto severo del siglo de los Escipiones, se despertó de nuevo, llegando á ser este idioma la lengua universal; los escritos griegos eran mucho más leídos que los libros redactados en latín, y así como antes se había visto á los reyes de Armenia y de Mauritania dedicarse á las composiciones en prosa, y hasta en verso, en la lengua de la Hellada, de la misma manera se dedicaban ahora los ilustres romanos Lúcio Lúculo, Marco Ciceron, Titó Atico, Quinto Escévola (tribuno del pueblo en 700) y otros que no menciono. Por otra parte, para los verdaderos romanos, todo este trabajo de pluma era un puro pasatiempo y una mera diversion; en el fondo, los partidos políticos y literarios se mantenían todos obstinadamente en el terreno de la nacionalidad itálica, más ó ménos minada por el helenismo, y habría injusticia en quejarse de la falta de actividad de los escritores latinos, pues abundaban los libros, los folletos

de todos géneros, y sobre todo, las poesías. En Roma abundaban también los poetas, tanto como antes en Tarso ó en Alejandría; las publicaciones en verso llegaron á ser el pecado en que incurrian de ordinario los jóvenes todos de viva imaginación, y se tenía por dichoso aquel cuyos primeros ensayos eran protegidos contra la crítica por un olvido afortunado. Todo el que ejercía la profesión, presentaba al certámen, sin reparo alguno, sus quinientos exámetros, irreprochables á juicio del maestro, pero sin mérito para el lector, y hasta las mujeres tomaban parte en estas lides; no contentas con dedicarse al baile y á la música, ostentaban en la conversacion las dotes de su inteligencia y de su espíritu, y producian obritas de literatura griega y latina; y cuando la poesía inflamaba el corazón de la joven, prorumpia en hermosísimos versos. Los ritmos eran el entretenimiento diario más noble de los jóvenes de ambos sexos de las familias distinguidas, y á todas horas se cambiaban esquelas en verso, se hacian en comun ejercicios poéticos, y se celebraban lides de la misma índole entre los buenos compañeros; á fines de esta época, se abrieron en Roma muchas escuelas, en donde los poetas latinos, aún en la edad de la pubertad, aprendian, mediante estipendio, las reglas de la versificación. Hizose entonces un enorme consumo de libros; se perfeccionó la edicion de las copias manuscritas, y la publicacion de ellas fué relativamente rápida y más barata; el comercio de obras llegó á ser una profesion considerada y productiva, y las gentes instruidas se citaban en las librerías. El leer estaba de moda, era una verdadera manía; en la mesa misma, á ménos que en ella se entregasen los comensales á los más groseros pasatiempos, se leía de ordinario, y

cualquiera que iba de viaje, no olvidaba llevar en su equipaje una biblioteca portátil. En el campamento, bajo la tienda de campaña, el oficial superior tenía en su cabecera algún folleto griego de lúbrica moral, y en el Senado, al lado del hombre público, solía verse algún tratado filosófico. En suma, en el imperio romano sucedía lo que ha sucedido y pasará siempre en todo imperio en donde los ciudadanos lean «desde el portal hasta el retrete,» y el Visir de los Partos tenía razón, cuando, al mostrar á los habitantes de Silúcia los libros hallados en el campamento de Craso, les preguntaba si podían ser terribles adversarios los lectores de tales libros.

*Clásicos y modernos.*—Las inclinaciones literarias del siglo no eran ni podían ser sencillas, cuando la literatura misma se dividía entre la ciencia antigua y la moderna. Lo mismo que en la política, se hallaban en lucha abierta y libraban también sus batallas las tendencias nacionales é italianas de los conservadores y las helénicas é italianas, ó sí se prefiere, cosmopolitas de los nuevos monárquicos: los unos se apoyan en la antigua latinidad que reviste decididamente el carácter clásico en el teatro, en la escuela y en las indagaciones de los eruditos. Si el gusto ha decaído, el espíritu de partido es más enérgico que en tiempo de los Escipiones, y se ensalza hasta las nubes á Ennio, á Pancuvio y, sobre todo, á Plauto. Las tablas Sibilinas adquirían un gran valor á medida que eran más raras, y los poetas del siglo VI, con su nacionalismo relativo y su fecundidad relativa también, no alcanzaron jamás tanto favor como en este siglo de sus refinados Epígonos: para éstos, en literatura como en política, la época de las guerras de Annibal es la edad de oro de Roma, la era del pa-

sado ya irrevocable. Nadie duda, que á esta admiracion de los antiguos clásicos, no iba unida para muchas gentes la misma profunda devocion que se echaba de ver en el fondo de las ideas conservadoras de entonces; y además no faltaban hombres que sostenian opiniones medias: Ciceron, por ejemplo, el principal campeon de las nuevas tendencias en la prosa, profesaba á la antigua poesía nacional el mismo respeto que le inspiraba la constitucion democrática y la ciencia augural: «el patriotismo lo quiere,» exclamaba; «leed, con preferencia al original, tal traduccion de Sófocles notoriamente mala.» Y mientras que la nueva escuela, afiliada á las ideas de la monarquía democrática, contaba tambien gran número de partidarios mudos entre los admiradores fieles de Ennio, no faltaban tampoco censores más audaces mal avenidos con la literatura indígena y con la política senatorial, los cuales hacian una severa crítica de la escuela de los Escipiones: solo Terencio salia bien parado de sus censuras, siendo Ennio y sus discipulos condenados sin apelacion: los jóvenes y temerarios, traspassando todo razonable límite en esta herética impugnanacion á la ortodoxia literaria, se atrevian á calificar á Plauto de grosero bufon, y á Lucilio de mal versificador. En este punto, la moderna escuela se aparta de la literatura nacional y se dedica á los nuevos griegos, al Alejandrinismo, como se le llama.

*El Alejandrinismo griego.*—Vémosnos obligados á dar algunos detalles de este curioso invernadero de la lengua y del arte helénicos, y sin embargo, nada diremos que no sea útil para la inteligencia de la literatura romana en la época de que nos ocupamos y en los tiempos posteriores. La literatura alejandrina se ha

formado sobre las ruinas del idioma puro de la Grecia, reemplazado, despues de la muerte de Alejandro el Grande, por una jerga bastarda, mezcla informe que resultó del contacto de los dialectos macedónicos con los numerosos idiomas de las razas griega y bárbaras, ó para hablar con más exactitud, la literatura alejandrina salió de los escombros de la nacion helénica que, en el momento de fundar la monarquía de Alejandro y el imperio del helenismo, estaba condenada á desaparecer, y desapareció en efecto como individualidad nacional. Si se hubiera mantenido el trono que levantó Alejandro, en vez de la literatura helénica y popular de los primitivos tiempos, se habria formado otra que no tuviera de griega más que el nombre, sin pátria verdadera, cuya literatura recibiria la vida é inspiracion de arriba, y que, siendo cosmopolita, habia ejercido un dominio universal. Pero no sucedió así; el imperio de Alejandro se desmembró á su muerte, y al punto cayeron los fundamentos del imperio literario. La Hélada, no obstante, solo pertenecia al pasado, y con ella, todo lo que habia poseido, nacionalidad, lengua y arte: el círculo relativamente estrecho, no de hombres cultos, que ya no los habia, sino de letrados, dió todavía asilo á una literatura muerta, de cuya rica herencia se hace el inventario con triste curiosidad por parte de unos, con un refinamiento de áridas investigaciones por parte de otros; y en la febril agitacion que todavía reina, y bajo aquella corriente de erudicion sin vida, se encontraba una apariencia de fecundidad, cuya fecundidad póstuma constituia el Alejandrinismo, parecido, en verdad, á la culta literatura que floreció en el trascurso de los siglos XV y XVI, y que, rehaciendo y depurando los idiomas vulgares y buscando

su sustancia en el fondo de las nacionalidades romanas todavía vivas, se ha implantado en el círculo cosmopolita de los eruditos en filología, á los cuales se ofrecia como la delicada flor de la extinguida antigüedad. Entre el griego clásico y el griego vulgar del siglo de los Diadoques, la diferencia, aunque más corta en el tiempo, es la misma que entre el latín de *Manucio* y el italiano de *Maquiavelo*.

*El Alejandrismo en Roma.*—Hasta entonces, se habia Italia defendido realmente contra los Alejandrinos. Relativamente, habia tenido su florecimiento literario en el tiempo que precede y que sigue á las guerras púnicas; pero Nevio, Ennio, Pacuvio y toda la escuela de los escritores romanos puros, hasta Varron y Lucrecio, habian distado mucho, en todos los géneros de la produccion poética, incluso el mismo poema didáctico, de sus contemporáneos griegos ó de sus predecesores inmediatos, y todos, sin excepcion, habian acudido á las fuentes de Homero, de Eurípides, de Menandro y de los otros maestros de la viva y popular literatura de la antigua Grecia. Nunca las letras romanas tuvieron la sávia de la nacionalidad, y sin embargo, puede decirse que, mientras ha habido un pueblo romano, los escritores de Roma se han inspirado en los modelos vivos y nacionales, y que sin copiar con perfeccion los mejores, han procurado imitar en lo posible el original. Los primeros imitadores que ha tenido en Roma la literatura griega post-alejandrina, sin contar los pequeños ensayos del tiempo de Mário, se encuentran entre los contemporáneos de Ciceron y de César, y desde este momento se precipita la innovacion irresistiblemente, consistiendo en parte la causa de este fenómeno en hechos exteriores. Las relaciones cada dia más fre-

cuentos con la Grecia, los viajes de los Romanos que acudían en masa á los países helénicos y la afluencia de letrados griegos en la capital, formaron naturalmente hasta en la misma Italia un público para la literatura griega contemporánea, para los poemas épicos y elegiacos, para los epigramas y para los cuentos milesios que circulaban en la Hélada: llega despues la hora en que, como hemos dicho, la poesía de los Alejandrinos se introduce tambien en las escuelas frecuentadas por la juventud italiana, y adquiere allí de una vez tan grande influencia, que en todos los tiempos el sistema de educación fué y continuó siendo modelado por los programas que se usaban en Grecia, relacionándose estrechamente bien pronto la nueva literatura de Roma con la nueva de los Griegos. Uno de los más famosos elegiacos alejandrinos, Parthenio, ya citado más arriba, abrió en Roma, hácia el año 700, una cátedra de literatura y de poesía, y de él nos quedan algunos *extractos*, verdaderos temas escolares de elegia y de mitología segun la fórmula heleno-egipcia, destinados, sin duda, á sus nobles discípulos. Y no fué solamente una causa fortuita la que suscitó el alejandrino romano y le dió vida, sino que tambien es necesario considerarle como el resultado inevitable del desarrollo político y nacional del imperio. De la misma suerte que la Hellada se habia fundido en el *helenismo*, se funde el Latium en el *romanismo*, y desbordándose de sus fronteras, se extiende Italia en la monarquía cesariana del mundo Mediterráneo, como habia hecho el helenismo en el mundo oriental del Gran Alejandro. De otro lado, habiendo absorbido el nuevo imperio las dos poderosas corrientes de las nacionalidades latina y griega, confundidas en lo su-

cesivo despues de haber llenado durante tantos siglos sus dos lechos paralelos, no fué bastante á la literatura italiana buscar su punto de apoyo en la nacion hermana, sino que necesitó presentarse al nivel del Alejandrinismo, representante literario de la Grecia en aquel tiempo. La escuela latina popular, estaba agonizando y parecia con el latin escolar del último siglo, con sus pocos iniciados clásicos y con la sociedad exclusiva de los lectores fieles á la *urbanidad*: en su lugar nacia una literatura imperial verdaderamente *epigónica*, artificial en su desarrollo, sin fundamentos populares fijos y anunciando en las dos lenguas su evangelio universal de *humanidad*, inspirado en un todo, con plena conciencia de ello, en el génio de los antiguos maestros griegos, y recibiendo su lengua, en parte de estos, y en parte de los antiguos maestros romanos nacionales. ¿Fué acaso esto un progreso? Ciertamente que aquel era un edificio grandioso y una creacion más necesaria que la monarquía Mediterránea de César; pero no recibiendo sino de arriba el soplo de vida, no tenia nada de la lozana vitalidad popular, nada de la vigorosa sávia nacional, atributo ordinario de las sociedades más jóvenes, más limitadas y más próximas al estado de naturaleza, atributo glorioso, en fin, del Estado Italiano en el siglo VI.

La extincion de la nacionalidad latina, absorbida en el gran imperio cesariano, destruyó el fundamento de la literatura latina. Cualquiera que tenga el sentimiento de las afinidades íntimas del arte de la nacionalidad, dejará á Ciceron y Horacio por Caton y por Lucrecio; y solo una crítica histórica y literaria igualmente pervertida por las rutinas de escuela pudo conceder el título de edad de oro á la época artís-

tica que comienza con la nueva monarquía: no obstante, aunque el Alejandrinismo romano-helénico de los tiempos de César deba ceder el puesto á la antigua literatura de Roma, por imperfecto que haya llegado á ser, es muy superior al del tiempo de los Diadoques, lo mismo que el sólido edificio cesariano lleva una gran ventaja á la efímera obra del rey macedonio. Ya demostraremos en su lugar que si la literatura que lleva el nombre de Augusto se compara con la de los sucesores de Alejandro, que tiene con ella un próximo parentesco, se echa de ver que la primera es inferior á la segunda como obra de filología y muy superior como instrumento de dominación, y por lo tanto, entre las altas clases sociales tiene una duración y un campo de influencia más vastos que los ha tenido nunca el Alejandrinismo helénico.

*Literatura del teatro. Decadencia de la comedia y de la tragedia. El mimo.*—En el género dramático observamos la esterilidad más lamentable. Desde antes de la época actual, agonizaban en Roma el drama, la tragedia y la comedia: en tiempo de Sila, aún acudía el público á la escena, como se prueba por las frecuentes representaciones de las comedias de Plauto, cambiados solo los títulos y los nombres de los personajes; pero los directores literarios tenían cuidado de decir que era preferible presenciar la representación de una antigua y buena comedia que de una mala pieza moderna: de esto á no abrir la escena sino á los poetas muertos, no había más que un paso, y este paso se dió en tiempo de Ciceron, sin que intentasen luchar los Alejandrinos, cuyas producciones teatrales eran tan malas, que valia más pasar sin ninguna. En efecto, la escuela alejandrina

jamás ha conocido la poesía dramática; pero ensayándose en bastardas obras, escritas únicamente para ser leídas y no para ser representadas en escena, consiguió que obtuvieran en Italia carta de naturaleza, y en breve las dió al público en Roma como las había dado antes en Alejandría. Entre los vicios de civilización de la capital, llegó á ser manía crónica el escribir tragedias; y lo que tales producciones serian, puede conjeturarse, sabiendo que Quinto Ciceron, para distraerse en sus cuarteles de invierno en las Galias, acabó cuatro en diez y seis días. La única rama fresca todavía de la literatura nacional, va á perderse en lo sucesivo en el *mimo* ó «*cuadro vivo*», que era la *farsa atelana* con los diferentes vástagos etológicos (*Mimi ethologici: Cic. de orat., 59*) de la comedia griega, á los cuales se consagraron exclusivamente los Alejandrinos, cuyo estro poético y sus triunfos brillaron más en este género de composiciones.

El mimo toma su origen en la danza de carácter con acompañamiento de flauta, que estaba en uso desde mucho tiempo atrás en los convites, por ejemplo, y más frecuentemente en los entreactos, para divertir al público que ocupaba el patio de los teatros. Por necesidad se introdujo el discurso en esta clase de espectáculos, lo que condujo fácilmente á colocar la pantomima en el desarrollo de una fábula medianamente desenvuelta, razonándole con un diálogo acomodado: entonces se cambió en un corto drama cómico, que se diferenciaba de la antigua comedia ó de la Atelana en que el baile, con sus inseparables obscenidades, hacia en él, como antes, el principal papel. A decir verdad, el *mimo* era, más bien que espectáculo de teatro, un pasatiempo acomodado á la

gente del patio, y desechó la ilusion escénica, la máscara y el coturno (*plano pede*), pero introdujo la grande innovacion de admitir á las mujeres en la escena para representar papeles femeninos. Hacia el año 672, apareció en Roma este nuevo género, absorbiendo muy pronto al bufo populacho, al cual imitaba por más de un concepto, y sirvió de intermedio ó de pequeña pieza despues de la tragedia de los antiguos poetas (*exodium*). Poco importaba allí la fábula: sin nudo y más liviana aún que la Atelana, con tal que hubiera mucho movimiento y confusion, y que el mendigo se convirtiese repentinamente en Creso ó *viceversa*, no se contaba para nada con el poeta, que cortaba el nudo que no podia desatar. El asunto era, de ordinario, amoroso, y muy frecuentemente de la peor índole y por extremo imprudente: los maridos, por ejemplo, tenian contra ellos al autor y al público sin excepcion, y la moral del poema consistia en mofarse de las buenas costumbres. Como las Atelanas, el *mimo* hacia consistir todo su encanto en la pintura de la vida de las más humildes y bajas clases: los cuadros rústicos son reemplazados allí por las escenas populares, por los hechos y proezas de los modestos ciudadanos, y el buen público de Roma, á imitacion de lo que hacia el de Alejandría en las piezas griegas análogas, acude á aquellas representaciones á aplaudir su propio retrato. Buen número de personajes escénicos pertenecian á la clase artesana: allí encontraremos al inevitable *batanero*, al *cordonero*, al *tintorero*, al *salinero*, al *tejedor* y al *criado que cuidaba los perros*: en otra parte hallamos los papeles de carácter: el *olvidadizo*, el *charlatan* y el *hombre de los cien mil sestercios* (1):

(1) Se recordará que cualquiera que poseia 100.000 H S,

otra vez el autor va al extranjero en busca de sus tipos, y trae á la *mujer etrusca*, á la *gala*, á la *cretense* y la *alejandrina*: despues toca su turno á las fiestas y reuniones populares, las *Compitales*, las *Saturnales*, la *Anna Perenna* y las *Termas*; y áun en algunas ocasiones, en *El viaje á los infiernos* y en *El lago Averno*, parodia el *mimo* á la mitología. Las injurias y las palabras picantes son las que más aceptación tienen, como tambieu los proverbios vulgares y las sentencias cortas, fáciles de retener en la memoria y de fácil aplicación, y en suma, los más absurdos propósitos reciben allí carta de naturaleza. Aquel era el mundo al revés: mientras á Baco se le pedia agua clara, se queria que diese vino la ninfa de las aguas; y, cosa que hasta entonces habia estado severamente prohibida en la escena, el poeta se permite hacer alusiones políticas, de lo cual tenemos más de un ejemplo (1). Respecto á la métrica, los auto-

---

entraba *ipso facto* en la *primera clase* de electores, y su heredad caia bajo el dominio de la ley *Voconia*. Gracias á este *censo*, quedó franqueada la barrera que separaba al hombre de condicion de las personas humildes (*tenuiores*). Por esto *Furio*, el cliente pobre de *Catulo*, pedia sin cesar á los dioses 100.000 sestercios.

(1) En el *Viaje á los infiernos*, de *Laberius*, se ve pasar á toda clase de individuos, que han presenciado prodigios y signos: á uno de ellos se ha aparecido «un marido de dos mujeres.» A lo que un vecino exclama que «este es un prodigio más admirable todavía que los «seis ediles vistos en sueño por un adivino». A dar crédito á las hablillas de la época, César tenia la pretension de establecer la poligamia (*Suet. Cæs.* 52); y se sabe que, en realidad, elevó el número de los ediles de cuatro á seis. Dedúcese tambien de aquí que si *Laberio* aludia al papel de «loco del príncipe», César, á su vez, le dejó en plena libertad.

res de mimos no se cuidaban, como ellos mismos lo declaran, de la medida del verso, y en sus pequeñas piezas, escritas sin consideracion al juego escénico, abundaban las expresiones vulgares y las más triviales formas; pues el *mimo*, como se ve, no era otra cosa, en el fondo, que la antigua *farsa*, sin la máscara de carácter, sin la localizacion ordinaria de la escena en Atela, sin la pintura exclusiva de las costumbres rústicas, y que, usando de una libertad que excede todos límites y desafía todo pudor, sustituye la Atelana con el cuadro de las costumbres de la ciudad.

*Laberio*.—Nadie duda que las obras mímicas han sido casi siempre las más efímeras, y que no han podido aspirar á un puesto cualquiera en la literatura; sólo las obras de *Laberio*, notables por el vigor de los caractéres, y tenidas en su género por obras maestras de estilo y versificacion, han pasado á la posteridad; es una desgracia para el historiador el no poder comparar con el gran prototipo ateniense el drama de los últimos días de la República agonizante.

*Presentacion escénica*.—En el momento en que desaparece la literatura dramática, el aparato teatral y el aparato escénico se desarrollan y crecen en magnificencia. En Roma y en las ciudades de provincia los espectáculos tienen una regular importancia en la vida pública. Pompeyo dió á la capital su primer teatro permanente. Antes, las representaciones tenían lugar al aire libre, pero en la época de que nos ocupamos, se pedía á la Campania el inmenso *velum*, que protegía á la vez á actores y espectadores (676). Lo mismo que en Grecia se abandonó antes la pléyade, más que pálida, de los dramaturgos alejandrinos, y el teatro se sostuvo con el auxilio de las piezas clásicas, de las de Eurípides, sobre todo, representa-

das con un riquísimo aparato escénico; en Roma, en tiempo de Ciceron, no se representaban más que las tragédias de Ennio, de Pacuvio y de Accio, ó las comedias de Plauto. Se recordará que en el período anterior, Terencio, que era poeta de ménos inspiracion, pero de un gusto más delicado que Plauto, obtuvo el triunfo sobre éste; mas aparecen luego *Roscio* y *Varron*, el arte dramático y la filosofía reunidas, los cuales preparan el renacimiento de la antigua comedia, como harán un día *Garrick* y *Johnson* con *Shakespeare*. Y aún el mismo Plauto, á pesar de su justa fama, tuvo que sufrir por el gusto extragado y por las turbulentas impacencias de un público halagado por la fábula ligera y desordenada de las Atelanas y otras bufonadas; y los directores, á su vez, deseando que se les perdonase la extensión de las obras del antiguo autor, hacen en ellas muchas supresiones y reformas. A medida que el repertorio es más escaso, más se esfuerzan empresario y actores para volver el interés hácia el decorado escénico. Por lo demás, ignoro si habia entonces oficio más productivo que el de actor de profesion ó de primera bailarina. Ya hemos hablado de la colosal fortuna del autor trágico Esopo; pues su contemporáneo y rival, *Roscio*, más célebre aún que él, evaluaba su renta anual en 600.000 H S (46.000 thalers=156.400 pesetas) (1). Dionisia, la bailarina, estimaba la suya en 200.000 H S (15.000 thalers=51.000 pesetas). Se gastaban enormes sumas en decoraciones y en trajes; se vieron desfilan en el tea-

---

(1) El Senado, en sus fiestas, le daba por cada representacion 1.000 denarios (300 thalers=1.020 pesetas), no comprendiendo á la cuadrilla, que era igualmente costeadá. Más tarde renunció á todo honorario personal.

tro hasta 600 mulos enjaezados, y en otra ocasion, teniendo que presentarse el ejército de los troyanos, se aprovechó la ocasión para mostrar al público los tipos de todos los pueblos asiáticos vencidos por Pompeyo. La música, acompañando á las canciones intercaladas en las piezas dramáticas, se abrió tambien un más ancho y más libre horizonte; «como el viento agita las olas, dice Varron, de la misma suerte el hábil flautista, á cada nota melodiosa, arroba el alma del auditorio.» La ejecucion adopta con preferencia los movimientos rápidos y obliga al actor á hacer su papel más animado. Los *dilettanti* de la música y del teatro van siendo cada vez en mayor número, y desde la primera nota, reconoce el aficionado la composicion, cuya letra sabe de memoria, notando al punto el público la menor falta en el canto ó en el recitado, y siendo inexorable con ella. En suma, las costumbres teatrales de Roma en la época de Ciceron nos recuerdan de una manera exacta el teatro francés de nuestros dias. De la misma suerte que el *mimo* romano responde á la licencia de los cuadros y de las piezas modernas, para las cuales no hay tampoco cosa alguna que sea muy buena ó muy mala, encontramos tambien en los dos pueblos la misma tragedia y la misma comedia tradicionalmente clásicas, que todo hombre de buen tono se cree obligado á admirar, ó por lo ménos á aplaudir. En cuanto á la muchedumbre, halla su distraccion en las piezas bufas, en las cuales se vé retratada, y en los espectáculos de grande aparato escénico, en donde se extasia, dejándole la vaga impresion de un mundo ideal, y el buen *dilettanti* de esta época se cuida poco del drama, y sólo está atento á la ejecucion. Muy pronto el arte dramático en Roma, en sus diversas esferas, oscila, como

el arte francés, entre la choza y el salon; nada más frecuente, con efecto, que ver al final de un espectáculo á las bailarinas despojarse repentinamente de sus vestidos y entretener á los espectadores con una danza de balladeras medio desnudas; por otra parte, el *Talma* romano tenia por ley suprema del arte, no la verdad y la naturaleza, sino simplemente la *simetria*.

*Crónicas en verso.*—En el género histórico, fueron numerosas las Crónicas en verso, á imitacion de Ennio; su mejor crítica la encontramos en Catulo, en un gracioso voto que hace una jóven enamorada.

«¡Oh diosa santa, vuelve á mis brazos á este amante, á quien han trastornado el juicio esos condenados versos políticos, y arrojaré al fuego la más escogida de sus tristes heroidas!»

*Lucrecio.*—En realidad, la antigua escuela nacional y romana no tiene más que un representante entre los poetas historiadores de la época; pero éste bien vale la pena de que se le nombre, siendo su obra una de las más importantes de toda la literatura latina: me refiero al poema «de la Naturaleza.» Su autor, *Tito Lucrecio Caro*, (655-693), pertenecía á los círculos distinguidos de la sociedad de Roma; pero fuese por su constitucion enfermiza, fuese por repugnancia, se mantuvo alejado de la vida pública y murió en la flor de la edad (á los 44 años), poco antes de estallar la guerra civil. En sus versos, permaneció fiel á la escuela de Ennio, y á la clásica griega, despreciando el superficial helenismo de su tiempo, y declarándose con toda su alma y de todas veras discípulo de los «griegos austeros,» hasta el punto que el delicado y suave acento de Tucidedes encontró un eco digno en uno de los más célebres episodios del poema romano. Ennio se inspiró en Epicarmo y en

Evemeris, mientras que Lucrecio tomó las formas de su exposicion filosófica de Empédocles, preciosa joya de la fecunda isla de Sicilia, y para el fondo de sus obras fué recogiendo y conciliando «las palabras de oro de las producciones de Epicuro, cuyo esplendor oscurece á todos los demás sábios, de la misma manera que el sol oculta á las estrellas» (1). Lucrecio siente, como Ennio, verdadera repugnancia por la erudicion mitológica de que se reviste la poesía Alejandrina, y sólo exige de sus lectores el conocimiento de las leyendas más corrientemente aceptadas (2). A pesar del moderno puritanismo, que desechaba las palabras exóticas, nuestro poeta, á imitacion de Ennio, abandona la expresion latina que es vulgar ú oscura, sustituyéndola por la voz griega de preciso sentido. En la estructura de su metro, encontramos con frecuencia la antigua aliteracion: no admitia la transicion del verso ni de la frase, y su sigmo obedecia á la antigua forma oratoria ó poética. Mas armonioso que Ennio, sus exámetros no se desarrollan como los de la nueva escuela, que se deslizan ligeros y juguetones á semejanza del susurro del cristalino arroyo; sino que, por el contrario, marchan lentos y

---

(1) *Qui genus humanun ingenio superavit, et omnes  
Præstinavit, stellas exortus, uti ætherius sol.*

(3, 1056.)

(2) Parece, sin embargo, que hay que hacer algunas excepciones. Habla, en efecto, del *país del incienso*, Panquea (2417). Pero estas excepciones tenian su aplicacion. Encuéntranse ya estas mismas indicaciones en el *viaje* de Evemeris, de donde han podido pasar á las composiciones poéticas de Ennio, y en todo caso en las profecias de Lúcio Manlio. Por otra parte, aquellas no eran nuevas para el público de Lucrecio.

magestuosos parecidos á un río de líquido oro. Bajo el punto de vista filosófico y material, todavía Lucrecio se acerca á Ennio, único maestro á quien celebra en sus cantos. La profesión de fé del poeta de Rudia, es tambien todo su catecismo religioso: «Para mí no ofrece duda que hay dioses en el cielo; pero entiendo que no se cuidan para nada del género humano.»—Esto era, en efecto, lo que se anuncia como confirmado en sus versos.

«Los cantos de nuestro Ennio, que es el primero »que lleva la corona de verde follage del alegre Heli- »con, la cual le da una brillante aureola entre todos »los pueblos de Italia.»

Aún se manifiesta por última vez en esta extraña poesía el orgullo y la vanidad de los maestros del siglo VI; y como si el poeta se encontrase en frente del terrible Cartaginés ó de los terribles Escipiones, ante tales visiones, se cree trasportado á aquellos antiguos tiempos, y parece que no vive en esta época de decadencia (1). El canto «que brota gracioso de su rica fantasía,» comparado con los versos de los otros poetas, resuena en su oído como «el fugitivo canto del cisne al lado del chillido de las grullas. Tambien él, al escuchar las melodías que inventaba, sentia henchirse su corazón de una esperanza de gloria, y á semejanza de Ennio, que prometia la inmortalidad á aquellos sobre quienes derramaba los inflamados versos

---

(1) Nada, en efecto, más natural que aquellas pinturas guerreras: las escuadras destrozadas por las tempestades, los furiosos elefantes destruyendo á sus mismos soldados, imágenes todas copiadas de las guerras púnicas. Lucrecio habla de ellas como si hubiera sido testigo ocular:—*Cf.* 2, 41; el, 1226, 1303, 1333.

que brotaban de su inspiracion,» prohibió que llo-  
rasen sobre la tumba del inmortal poeta.

Por un extraño fenómeno, este raro génio, cuya  
inspiracion poética se remonta á las primitivas fuen-  
tes y oscurece á todos ó á casi todos sus anteceso-  
res, nació en un siglo, en el que aparecia como per-  
dido y extranjero, y de aquí su completo desden  
en la eleccion del asunto de sus cantos. Se hizo sec-  
tario de Epicuro, que transforma el mundo en un in-  
menso torbellino de átomos, lo cual intentó explicar  
por la casualidad puramente mecánica y el principio  
y fin de las cosas, así como los problemas de la Na-  
turaleza y la vida, sistema que era mucho ménos in-  
sensato que el grosero y frio sincretismo histórico y  
rústico ensayado por Evemeris y despues por Ennio.  
Pero querer poner en verso tales especulaciones cósmi-  
cas era malograr el arte, empleándolo en el más  
ingrato objeto y esterilizar la inspiracion más fecun-  
da; aparte de que, quien lea con los ojos del filósofo el  
poema didáctico de Lucrecio, echará de ver que en él  
no se tocan los puntos más importantes del sistema,  
y observará, con disgusto, la más superficial exposi-  
cion de las controversias, las repeticiones y la distri-  
bucion defectuosa de las materias; y aquellos que sólo  
busquen en él la poesia, se fatigarán pronto de aque-  
llas disertaciones matemáticas, sujetas á la medida  
del verso, que hacen verdaderamente ilegible una  
buena parte del libro. Sin embargo, á pesar de estos  
gravísimos vicios, los cuales habrian hecho fracasar  
á un escritor ordinario, pudo Lucrecio con justo títu-  
lo vanagloriarse de haber conquistado en esta Arabia  
Petrea de la poesia una palma que las musas no ha-  
bian dado á otro antes que á él. Y no se diga que la  
debe solamente á algunas felices comparaciones,

á algunas poderosas descripciones; á los asombrosos fenómenos físicos y á las pasiones luminosas que se consignan en diferentes pasajes de su obra; porque la originalidad de sus apreciaciones sobre las cosas de la vida y sobre lo ideal, tiende en el fondo á su misma *incredulidad*, y no creyendo, es como camina y puede caminar con victorioso paso, poseyendo la verdad, armado de todas las fuerzas vivas de la poesía, contra la falsa devoción y las grandes supersticiones de la sociedad romana.

«Du hideux fanatisme esclaves consternés  
 Les mortels dans ses fers gemissaient prosternés:  
 La tête de ce monstre, aux plaines du tonnerre,  
 Horrible, d'un regard épouvantait la terre.  
 Noble enfant de la Grèce, un sage audacieux  
 Le premier vers le ciel osa lever les yeux.  
 Le péril l' enhardit: en vain le foudre gronde:  
 Il brise, impatient les barrières du monde:  
 Aux champs de l' infini par l' obstacle irrité  
 Son génie a d' un vol franchi l'immensité!» (1).

(1) Qué diferencia entre el verso latino, tan elevado por su grandiosa armonía y el brillo de sus colores, y la pálida imitación de M. Pomgerville. *Traductore, traditore!*

«Humana ante oculos fæde cum vita jaceret  
 In terris, oppressa gravi sub Religione,  
 Quæ caput à cœli regionibus ostendebat,  
 Horribili super aspectu mortalibus instans,  
 Primus Graius homo mortales tollere contra  
 Est oculos osus, primus que obsistere contra.  
 Quem nec fama Deum, nec fulmina, nec minitanti  
 Murmure compressit cœlum; sed eo magis acrem  
 Virtutem inrritat animi, confringere ut arcta  
 Naturæ primus portarum claustra cupiret.  
 Ergo vivida vis animi pervicit, ex extra  
 Procesit longe flamantia mœnia mundi  
 Atque omne immensum peragravit mente animoque.

Lucrecio califica exactamente la *religion*, los *dioses* y el *cielo*, contra quien se levanta su filósofo (*de nat. rer.*, l. 63.)

Así, pues, el poeta quiere derribar á los dioses como Bruto habia derribado á los reyes: «quiere romper la estrecha cárcel que se cierra sobre la Naturaleza;» pero no es contra el trono de Júpiter, hacia mucho tiempo derribado, contra el que lanza el dardo de sus versos, sino que, á semejanza de Ennio, ataca en realidad á aquellos dioses importados del extranjero, y á la supersticion del populacho, como por ejemplo, al culto de la *Magna Mater*, y á los agoreros estúpidos de la Etruria, que leian en el relámpago y en el trueno. Lucrecio sólo siente horror y disgusto hácia aquel mundo espantoso en que vivia y para el que eran sus escritos, y allí encontraba su inspiracion: compuso su poema en aquellos tiempos de desesperacion en que la oligarquía estaba fuera del poder y César no habia conquistado todavía el trono; en aquellas horas supremas y terribles, en que el temor de la guerra civil se habia apoderado de todos los espíritus. Ciertas desigualdades y ciertas dificultades en la ejecucion descubren, sin duda, la ansiedad de un hombre que á cada momento cree ver desencadenarse contra él y contra su obra los tumultos y convulsiones de una revolucion: no se olvide, por lo tanto, al ver el juicio que le merecian los hombres y las cosas, qué cosas y qué hombres tenia presentes. Antes del siglo de Alejandro, era una máxima generalmente admitida en Grecia y sinceramente proclamada por los mejores ciudadanos, que seria una suprema felicidad no haber nacido, y que despues de esto, lo mejor que hay es la muerte: de la misma manera, en el siglo por tantos conceptos semejante de César, las nociones morales sobre la naturaleza del mundo conducian fácilmente á las almas delicadas y poéticas á la opinion, relativamente más noble, de que era

una dicha para el hombre el perder la fé en la inmortalidad del alma, y al mismo tiempo el temor de la muerte y de los dioses, temor perjudicial que embarca nuestro sér, y que es muy parecido al miedo que se apodera de los niños cuando están en un lugar oscuro; y asi como el sueño de la noche es más reparador que la fatiga del dia, de la misma manera la muerte, ese reposo eterno, exento de esperanza y de solicitud, vale mucho más que la vida. Los mismos dioses del poeta son nada, y sólo gozan de un eterno y saludable reposo: no hay penas del infierno, con las cuales sea castigado el hombre despues de esta vida; las penas las sufren los vivos, y son hijas de esas pasiones sin freno que agitan nuestro corazon continuamente. Luego el fin del hombre es establecer el equilibrio y la calma de su espíritu; no estimar la púrpura más que un vestido de abrigo; mantenerse entre la muchedumbre de los súbditos antes que confundirse en el número de los candidatos al poder, y permanecer tendido junto á un arroyo, mejor que ir á sentarse bajo los dorados artesones del rico junto á las mesas de convite cargadas de manjares numerosos. En estas doctrinas de filosofia práctica encontramos la idea bastante exacta del poema de Lucrecio, la cual, aunque á veces se oculta bajo las nebulosidades de sus demostraciones fisicas, no por eso es ahogada, y esa idea es el fundamento de todo lo que de sabiduría y de verdad contiene dicho poema. En cuanto al mismo Lucrecio, que, lleno de veneracion hácia sus grandes antecesores, puso en la predicacion de su doctrina un celo desusado en su tiempo, y fortificó sus lecciones con el atractivo de la musa, puede decirse de él que fué un excelente ciudadano y un gran poeta. Cualesquiera que sean las censuras que merezca el

poema de *La Naturaleza*, fuerza es colocarle entre los más brillantes astros del poco estrellado cielo de la literatura romana: también el maestro más grande de la lengua alemana le escogió un día para su último y perfecto trabajo, procurando proporcionar lectores á Lucrecio.

*Poesía griega de moda.*—Aunque recibió de sus más esclarecidos contemporáneos el justo tributo de admiración debido á su génio y á su talento de poeta, Lucrecio, hijo póstumo de otra escuela, fué siempre un maestro sin discípulos. Por el contrario, la poesía griega, que estaba de moda, tuvo muchos prosélitos que trataban á porfía de rivalizar con los más distinguidos poetas alejandrinos: los que reunían mejores dotes entre éstos, dieron pruebas de gran prudencia, guardándose de imitar las grandes obras y de cultivar los géneros puros de la elevada poesía, tales como el drama, la epopeya y la oda. Sus más felices producciones, como también las de los neo-latinos se reducían á trabajos de escasa importancia, y con especialidad á los géneros mixtos, que están en las últimas esferas del arte, y entre otros, aquel término medio entre la historia y el poema lírico. No se contaba ya con las poesías didácticas, y las composiciones favoritas eran los pequeños poemas amorosos, y más particularmente la elegía erótica y erudita, sazonado fruto del Saint-Martin de la poesía griega. No inspirándose sino en las fuentes filológicas, única Hippocrène del autor, cuenta de ordinario en sus obras sus aventuras y sufrimientos, más ó menos entrecortados por digresiones y por relatos épicos, recogidos *ad libitum* en los cielos legendarios griegos, y entonces también se ordenaban *cantos de fiesta*, artística y asiduamente trabajados. En fin, á falta del libre senti-

miento poético, cultivaban los Alejandrinos con preferencia á todo la *poesía de costumbres* y el *epigrama*, géneros literarios en los cuales se distinguieron mucho. En cuanto á la aridez del asunto y á la falta de vigor en la lengua y en el ritmo en esta llaga incurable de literaturas sin raíces populares, eran defectos que se disimulaban más ó ménos bajo lo alambicado del tema, bajo los giros rebuscados, bajo las palabras extrañas y raras, bajo la versificación más sutil, y en fin, bajo la completa apariencia de la erudición del anticuario ó del filólogo unida á la extremada habilidad del poeta.

Tal era el evangelio literario que los maestros predicaban á la juventud romana y que ésta acudía en masa á oír para aprenderlo y practicarlo: desde el año 700, los poemas eróticos de Euforion y de toda aquella pléyade de Alejandrinos parecidos á él, constituían la habitual lectura y el arsenal constante de las piezas de declamación de que se servían los jóvenes de educación esmerada (1). La revolución literaria estaba hecha, pero salvo una ó dos excepciones, no dió más que frutos asoleados sin madurez ni sabor. Muchos eran los poetas de esta nueva escuela; pero, ¿dónde encontrar la poesía? Como sucede siempre que en el Parnaso abundan los cultivadores de las musas,

---

(1) «Verdaderamente, dice (*Tuscul.* 3, 19) á propósito de Ennio, nuestros recitadores á la moda de los versos de Euforion, tienen en menosprecio al gran poeta.» Y en otra parte, en una carta á *Atico* (7, 2): «He llegado felizmente; el viento que sopla de Onquesino no ha podido sernos más favorable, y nos ha trasladado aquí desde Epiro (*ita belle nobis flavit lenissimus Onchesmites*). ¿Pero no he incurrido yo aquí en un *espondaico*? Véndelo como si fuera tuyo al que quieras de nuestros jóvenes.»

Apolo despide á las gentes sin miramiento alguno: en los poemas largos, jamás [se encuentra cosa ninguna que valga, y en los pequeños, es tambien raro encontrarla. Verdadero azoté de este siglo literario, la poesía corriente se difunde por todas partes y en toda ocasion, y bien pronto fué objeto de distraccion entre los amigos mandarse, á título de regalo, algun paquete de malos versos, recientemente comprados en la librería, y cuya elegante encuadernacion y finisimo papel revelaba á distancia su procedencia y su valor. Público real, ese público que sirve de cortejo á la literatura nacional, no tuvieron nuaca los Alejandrinos ni en Grecia ni en Roma: todas sus obras son poesías de reunion, ó mejor dicho, poesías de un cierto número de círculos, cuyos miembros se reúnen, reciben mal á cualquier intruso, leen y critican entre ellos mismos toda obra nueva, saludan á su manera y en verso, como verdaderos Alejandrinos que son, tal ó cual produccion más ó ménos afortunada, á la que dispensan una falsa y efimera gloria, si es de alguno de sus camaradas. *Valerio Caton*, renombrado profesor de literatura latina y fecundo partidario de la nueva poesía, parece que ejerció por entonces una especie de patronato de escuela sobre los más distinguidos miembros de estós círculos, y fué erigido supremo juez del mérito relativo de las composiciones de la época. Todos estos versificadores romanos se hacen imitadores de los modelos griegos y, con frecuencia, sus serviles copistas, y la mayor parte de sus composiciones no han sido, á lo que parece, otra cosa que frutos prematuros ó abortados de una poesía de estudiantes, que todavía no conocen las reglas del arte y que en mucho tiempo no han de obtener la autorizacion del maestro. Si embargo, si en la gramática y

en la métrica se ajustaban más estrechamente que los antiguos nacionales á la tradicion de sus predecesores en Grecia, no se puede negar que, haciendo esto, manifestaron en alto grado el espíritu de imitacion y gran correccion en la lengua y en el ritmo, progreso que compraron al precio de la flexibilidad y amplitud del antiguo idioma. Respecto al fondo, los temas eróticos, tan poco á propósito para la alta poesía, tomaron un increíble vuelo bajo la influencia de sus afeminados modelos ó de la inmoralidad de los tiempos; y despues se empezaron á traducir los resúmenes métricos que entonces tenian más aceptación entre los Griegos. Ciceron se ensaya en los *Astronómicos* de Arato; y al fin de este período ó al principio del siguiente, *Publio Varron del Aude* puso en latin el *Tratado geográfico de Eratóstenes*, haciendo otro tanto *Emilio Macer* con el manual fisico-medicinal de *Nicandros*. No nos causa sorpresa ni afliccion que hayan sobrevivido tan pocos nombres de toda esta turba de poetastros; pues todavía estos pocos que se citan es sólo á título de curiosidades literarias ó por la importancia de los personajes: tal fué, por ejemplo, *Quinto Hortensio* el orador, con sus «quinientos mil versos» tan pesados como licenciosos; tal fué tambien *Levio*, del cual se hace más frecuente mencion: sus *pasatiempos de amor* despertaron algun interés por la complicacion del metro y el giro de la frase (1): preséntase luego *Cayo Helvio Cinna* (murió en 710) con su pequeña epopeya de la

---

(1) Nació el año 640 este mediano poeta, del cual nos quedan tres pequeños fragmentos (v. Weichert, poet. lat.) Había publicado *Anacreónica* (Gell. 2, 21, 19, 9). (Anson. *Cento nupt.*, 13) en yámbicos dimetros.

*Smirna*, y cuyo poeta, muy elogiado en todos los círculos, atestiguan no ménos la depravacion de la época, tanto por la eleccion del asunto, el incestuoso amor de una hija para su padre, como por los nueve años que empleó en pulimentar semejante poema. Sólo pueden exceptuarse de esta general corrupcion un reducisimo número de poetas, en los cuales tenemos el gusto de encontrar verdadera originalidad, sobriedad y flexibilidad en la forma, unidas al fondo nacional y sólido de la tradicion republicana y agreste. Sin hablar de Liberio y de Varron, conviene recordar aquí los nombres de tres poetas del campo republicano, de los cuales ya hemos hablado antes: Marco Furio Bibáculo (652-691), Cayo Licinio Calvo (672-706), y Quinto Valerio Catulo (667-700 próximamente).

*Catulo*.—Respecto á los dos primeros, cuyos escritos se han perdido, sólo podemos hacer conjeturas; mas en cuanto á Catulo, tenemos materia para formular nuestro juicio. Este poeta, así por el asunto como por la forma de sus composiciones, es tambien de la escuela alejandrina: en su coleccion hallamos algunas traducciones de piezas de Calímaco, y no en verdad de las mejores, sino de las más oscuras; y entre sus obras originales se encuentran algunas poesias contorneadas y del género á la moda, como las *Galiambas*, de un precioso estilo, en alabanza de la *Phrygia Mater*. Hasta en las *Nupcias de Tetis*, obra excelente por otra parte, el autor, discípulo fiel de los Alejandrinos, intercaló en la accion principal el episodio de mal gusto de las *Lamentaciones de Ariadna*; pero dejando aparte estos trozos, en el resto de sus obras nos hará oír Catulo la melodiosa queja y la verdadera alegría, y sus «cantos festivos» brillan con los más vivos colores

de la poesía y son de un movimiento casi dramático. ¿Qué mas completo y delicado que sus descripciones de los círculos elegantes? ¿Qué más bello que sus relaciones, un poco libres en verdad, de aventuras amorosas? De cualquier manera, proporcionan un rato de solaz sus frívolas charlatanerías, sus confidencias poéticas y sus secretos amorosos. En otros pasajes, nos cuenta la agradable vida de la juventud, siempre apurando la copa y siempre disipando su fortuna, los goces del viajero y del poeta, las anécdotas locales de Roma y más frecuentemente de Verona y el ameno pasatiempo de sus reuniones de familiares y amigos. Su Apolo no solamente hace vibrar las cuerdas de la lira, sino que también maneja el arco; y la ligera flecha del sarcasmo de Catulo no perdona ni al rudo poeta, ni al provincial asesino de la lengua, y hiere, sobre todo, á los poderosos, á los hombres que han puesto en peligro la libertad del pueblo. Sus cortos ritmos, sus pequeños versos, animados á veces de preciosos proverbios, atestiguan la perfección del arte, sin descubrir jamás un ligero barniz de fábrica. El poeta nos lleva de pronto desde las riberas del Pó á las del Nilo; pero donde se muestra incomparable y en su propio terreno, es en el valle del río Cisalpino: no se puede negar que el arte alejandrino es su guía; mas no por esto es su inspiración ménos libre y ménos personal. Se mantuvo ciudadano de su ciudad provincial, oponiendo Verona á Roma, y el leal y franco habitante del municipio, al noble senador de la capital, que de ordinario trataba con desden á sus amigos de más baja esfera social. La Gália Cisalpina, pátria de Catulo, estaba floreciente aún y llena de vigor y sávia: ¿qué de extraño, pues, que el poeta haya recibido en

ella la inspiracion de su canto mejor que en parte alguna? Los alegres paisajes del lago de Garda se reflejan en sus más hermosas poesías, y no sé si en estos tiempos habria sabido algun ciudadano de Roma escribir con tan profundo acento una elegía *sobre la muerte de un hermano*, ó el epitalamio de tan propio y tan sencillo colorido de las bodas de *Manlio y de Aurunculeya*. Aunque como partidario del nuevo género y como familiar de los círculos literarios marchaba detrás de los Alejandrinos, Catulo era algo más que un buen discípulo entre tantos medianos y malos, y bien pronto aventajó á sus maestros, así como el ciudadano de una ciudad libre italiana aventajaba al *dilettanti* griego cosmopolita; pero no busquemos, sin embargo, en él eminentes facultades creadoras ni elevadas miras: es sólo un poeta festivo de rica fantasía, no un gran poeta, y su obra, como él mismo lo declara, no contiene más que *bagatelas y puerilidades*. Y si á pesar de eso, fueron sus contemporáneos los primeros que se sintieron electrizados por sus pequeños poemas, y si más tarde los críticos de la época de Augusto le pusieron al lado de Lucrecio como el lírico más eminente de su siglo, posteridad y contemporáneos, todos tuvieron razon al juzgarlo así. Desques de Catulo no ha producido Roma poeta alguno en el que se encuentren tan perfectamente asociados la forma y el fondo en el arte, y la coleccion poética que lleva su nombre es seguramente la produccion más perfecta de la poesia latina propiamente dicha.

*Poemas en prosa. La novela.*—En esta misma época apareció tambien la prosa poética. Al principio, una ley inmutable y siempre obedecida del arte natural y verdadero, del arte que tenia conciencia de

sí mismo, prescribía que se correspondiesen el asunto poético y el metro: el uno llamaba al otro; pero en la mezcla y confusión de los géneros que caracterizan el siglo, cedió esta ley. Y no tengo nada que decir de la novela, sino que el más notable historiador de la época, *Sisenna*, no creyó rebajarse, traduciendo para la muchedumbre los *Cuentos Milésios* de Aristides, aquellas novelas de moda, en extremo licenciosas y obscenas.

*Obras estéticas de Varron. Sus modelos. Ensayos medio-filosóficos y medio-históricos.*—Ofrécense luego los escritos estéticos de Varron, aparición más feliz y original, y que puede ser considerada como el precedente de la prosa poética. No satisfecho con haber llegado á ser el principal representante de los estudios latinos históricos y filosóficos, fué también Varron uno de los más fecundos y más interesantes autores en las puras bellas letras: descendiente de una familia plebeya, originaria del país sabino, que había sido admitida hacia doscientos años en el Senado de Roma, Marco Terencio Varron, natural de Rieti (638-737), era de edad avanzada al comenzar este período; y habiéndose puesto, como puede suponerse, al lado de los constitucionales, tomó enérgica y honrosa parte en sus hechos y también en sus sufrimientos. Hombre de letras, luchó en sus escritos contra la primera coalición *el monstruo de las tres cabezas*; como soldado, le hemos visto ejerciendo el mando de la España ulterior al frente de un ejército pompeyano; y cuando sucumbió la república, obtuvo la gracia del vencedor, el cual le nombró director de la biblioteca que quería fundar en Roma: siendo ya muy anciano le vemos todavía, una vez más, envuelto en el torbellino de las contiendas civiles que se su-

ceden, y murió diez y seis años después del asesinato de César, á la avanzada edad de noventa y nueve años. Las obras estéticas que, sobre todo, ilustran su memoria, no son otra cosa que cortos ensayos, así de asuntos en prosa como de trozos de fantasía, cuyo bosquejo igualmente prosáico estaba salpicado de fragmentos en verso. Los primeros consistían en breves ensayos filosóficos é históricos (*logistórica*); y los segundos fueron las famosas *Sátiras Menipeas*. En los unos como en las otras, no son los antiguos maestros latinos los que le sirven de modelos, y, en sus sátiras especialmente, se aparta del sendero de Lucilio. Se ha visto que la sátira romana no constituía un género especial y determinado, y la misma palabra (*satura*) sólo tiene un sentido negativo; puesto que es la «poesía variada,» no se refiere á ningún género ántes conocido, y cambia de forma y de carácter según el talento del poeta que la maneja. En obras ligeras ó serias, escoge Varrón siempre sus modelos en la filosofía griega anterior á los Alejandrinos: en sus ensayos estéticos, imita los diálogos de *Heraclides*, de Heráclea Póntica, que murió hácia el año 450, y en la sátira siguió la escuela de *Menipo*, natural de Gadara en Siria, que floreció hácia el año 475. Esta elección lo expresa todo. Heraclides se había inspirado en los diálogos filosóficos de Platón; pero ciego admirador de la forma del maestro, había prescindido del valor científico, y no había pensado más que en revestir con el ropaje poético sus elucubraciones de fabulista, y aunque era un autor ameno y muy leídas sus obras, no fué, sin embargo, un filósofo. Otro tanto debemos decir de Menipo, verdadero corifeo de una secta, cuya única sabiduría consistía en renegar de la misma filosofía, en burlarse de sus

adeptos y en practicar, en fin, el cinismo de Diógenes. Profesor burlón de una doctrina, severa despues de todo, habia enseñado este mismo Menipo por medio de ejemplos llenos de satíricos arranques, que fuera de la vida modesta, no hay más que vanidad aquí abajo y allá arriba, y que nada hay más vano que las disputas de los pretendidos sábios. Tales fueron los verdaderos modelos de Varron, aquel romano de los antiguos tiempos, indignado de las miserias de su época, saturado tambien del humor chocarero de sus antepasados, y no ajeno, por otra parte, al sentimiento plástico; pero por lo mismo insensible á todo lo que no era hecho material ó acontecimiento realizable, á todo lo que era idea ó sistema, y, en una palabra, el hombre más antifilosófico de todos los romanos (1). No obstante ser sectario, conservó su libertad, y si toma de Heráclides y de Menipo la inspiracion y la forma general de su obra, es demasiado celoso de su independencia personal y demasiado Romano para no dar á sus reproducciones un carácter esencialmente libre y nacional. Véanse sus escritos del género sério, sus *Ensayos* consagrados al desenvolvimiento de un pensamiento moral ó á un objeto cualquiera de interés comun: en ellos no va á perderse, como Heráclides, en las mo-

---

(1) ¿Qué más infantil que el cuadro de Varron sobre las diversas filosofias? Comienza este autor por eliminar todo sistema que no se proponga como último fin el bienestar del hombre, y despues de hacer esta distincion no enumera ménos de 288 sistemas filosóficos diversos; sin embargo, era demasiado hábil y erudito para declarar que él mismo no podia ni queria ser filósofo. Tambien se le ve durante su vida vacilar constantemente entre el Pórtico, el Pitagorismo y el Cinismo (*de Philosophia*).

ralejadas de los *Cuentos Milésios*, ni á ofrecer al lector historietas pueriles como las *Aventuras de Abaris* ó de la jóven resucitada al sétimo dia de su muerte; y es muy rara vez cuando cubre su *Moralidad* con el ropaje de los nobles mitos griegos, como en el ensayo titulado: *Orestes ó la Alucinacion (Orestes, de insania)*. De ordinario le ofrece un cuadro la historia contemporánea de su pátria, lo que da á sus ensayos el carácter de *Elogios* (este es el nombre que llevan) consagrados á los Romanos notables, y, sobre todo, á los corifeos del partido constitucional. Así, el pasaje *sobre la paz (Pius de pace)* no era otra cosa que una manifestacion hecha á *Metelo Pio*, el último de la brillante cohorte de los grandes generales senatoriales: el opúsculo *sobre el culto de los Dioses* celebra la memoria de un venerable optímate y pontífice, Cayo Curion; el capítulo *sobre la fortuna* trata de Mário; el de la *manera de escribir la historia* está dedicado al primer historiógrafo de la época, á *Sisenna*; *Scaurus*, el fastuoso empresario de juegos, figura en el trabajo *sobre los orígenes del teatro en Roma*, y el famoso *dilettanti* banquero ático, en el estudio sobre los números. Véanse los dos escritos de Ciceron, medio históricos y medio filosóficos, titulados tambien *Lelius ó de la amistad* y *Caton de la antigüedad*, imitaciones, á lo que parece, del gusto de Varron, y se tendrá una idea cabal de lo que eran estos ensayos, á la vez didácticos y narrativos.

*Las sátiras Menipeas.*—No se mostró Varron ménos original en el fondo y en la forma de sus Menipeas. Por un arranque audaz que jamás tuvieron los Griegos, hizo jugar en sus sátiras la prosa y el verso, y todo su pensamiento estaba impregnado de una sávia puramente romana y áun me atrevería á decir

de un gusto propio del rústico sabino. Como los Ensayos, tienen las Menípeas por asunto un objeto moral ó un tema cualquiera de los que agradaban á la muchedumbre; hé aquí sus títulos: *Las Columnas de Hércules ó de la Gloria: La Marmita tiene su covertera ó los deberes del marido: al jarro su medida ó de la embriaguez: Turlututu ó del Elogio.*

Fuerza es convenir en que la representacion plástica era necesaria en estas sátiras; pero Varron no la toma de la historia nacional sino muy rara vez, como por ejemplo, en la sátira titulada *Serranus ó de las elecciones*, siendo el mundo de Diógenes el que presenta al lector: *perro de caza, perro retórico, perro caballero, perro bebedor de agua y catecismo de los perros* son sus habituales temas, en los cuales se pone á contribucion la mitología para producir el efecto cómico. Hallamos en el repertorio un *Prometeo libertado*, un *Ajax de paja*, un *Hércules socrático* y un *Ulises y medio*, cuyos errantes viajes por tierra y por mar, no sólo han durado diez años, sino quince. A veces, para embellecer su obra, la inserta nuestro autor, á juzgar por los restos que hasta nosotros han llegado, en una narracion dramática ó romántica, como hace en su *Prometeo libertado*, en su *Sexagenario (Sexageris)* y en su *Madrugador*. Aunque no siempre, refiere algunas veces su fábulá á los incidentes de su existencia personal: los personajes del *Madrugador*, por ejemplo, se acercan á él como un «bien reputado escritor,» y le refieren sus narraciones. Imposible seria decir hoy cuál era el valor poético de estas composiciones diversas; pero en los escasos fragmentos que nos ha sido dado leer, ¡cuán bellisimos rasgos encontramos! ¡cuánto vigor y cuánta animacion! Prometeo es desencadenado, y

al punto abre el héroe «una fábrica de hombres,» á donde «*Zapato de Oro*, el rico,» va á encargár una jóven toda de leche y cera fina, como la «que saben »extraer del jugo de mil flores las abejas de Miléto; »una doncella sin hueso ni nérvios, sin cabellos ni »piel, pura, elegante y esbelta, de delicado tacto, tier- »na y adorable.» Sus composiciones se hallan animadas de un espíritu de polémica; pero no de aquella polémica política y de partido que emplearon Catulo y Lucilio, sino de una moral general más austera. La antigua Roma censura allí la juventud indisciplinada y corrompida; el erudito, que vivia en medio de sus clásicos, apostrofa la nueva poesía tan floja y pobre y tan vituperables tendencias (1), y el ciudadano de la antigua roca vé allí á la nueva Roma, en donde el Foro se ha convertido, valiéndonos de su frase, en *un establo de puercos*, y en donde Numa, si resucitase

---

(1) «Ponte á tartamudear (*gargaridans*), dirá él, las bellas imágenes y los versos de Clodio, el esclavo de Quincio, »y á exclamar con él: «¡oh, suerte! ¡oh destino! (*Epistol. ad Rufinum*).»—Y en otra parte: «Puesto que Clodio, el esclavo »de Quincio, ha sabido hacer tantas comedias sin el auxilio »de las musas, ¿no podía yo *fabricar* también, como dice »Ennio, un pequeño poema? (*Bimarcus*).»—Este Clodio, que nos es desconocido, parece que sería algun pobre imitador de Terencio. En efecto, no sé en qué comedia de éste se halla la exclamacion de que Varron se burla: «¡oh, suerte! ¡oh, destino!»—En el *Asno tocador de laud*, Varron pone en boca de un poeta este rasgo:

«Soy discípulo de Pacuvio, que fué á su vez discípulo de »Ennio, el discípulo de la musa, y me llamo Pompilio.»

¿No hay aquí una parodia de la introduccion del poema da Lucrecio? Varron habia abandonado el epicureismo y héchose su enemigo, y por lo tanto, debió sentir poca inclinacion hácia Lucrecio, al cual no cita, que nosotros sepamos, en ninguna parte.

y contemplara su ciudad, no encontraría vestigio de sus sábias leyes. En la batalla reñida á causa de la Constitucion, siguió Varron la que estimaba línea del deber; y, no obstante, sus aficiones eran otras que la contienda de los partidos. «¿Por qué, exclamaba, hacerme abandonar mi vida tranquila y pura por las inmundicias del Senado? Pertenece á los antiguos buenos tiempos, en que la palabra era licenciosa, pero el corazon estaba sano; y la guerra que hace contra el enemigo hereditario de la tradicion antigua, contra los sábios cosmopolitas de la Grecia, no era más que uno de los aspectos de su oposicion de viejo Romano contra el espíritu de los nuevos tiempos. Por otra parte, estaba en su terreno, y representaba su papel de cínico, cuando, al atacar con preferencia á los filósofos, hacia silbar en sus oidos el látigo de Menipo y los trataba con dureza; y no sin grandes temores mandaban los poetas del día sus pequeños libros, editados la víspera, á este hombre de ojos de lince. Filosofar no es ciertamente un arte. Tomándose diez veces ménos trabajo que el que necesitaba para hacer de su esclavo un buen pastelero, podia un caballero romano educarle á lo filósofo, y además que poniendo á pública subasta á un pastelero y á un filósofo, el primero obtenia cien veces más alto precio que el segundo. Extraños personajes eran estos sábios: pretendia uno «que se sumerjan los cuerpos en miel; pero afortunadamente no es atendido su precepto, porque, en este caso, faltaria el vino dulce;» otro estima «que el hombre ha brotado como el berrero;» y un tercero «inventa una máquina para perforar el mundo. (*Cosmotorine*: por ella la tierra perecerá el mejor día.»

«Ciertamente que no se ha producido ninguna de-

»lirante extravagancia que no hayan enseñado ya los  
»filósofos.»

¿Qué cosa hay más entretenida que ver al hombre de *hocico belludo* (el estóico, que escribe Etimologías) «pesando cuidadosamente sus palabras en una balanza?» Pero nada es comparable á una buena disputa entre filósofos: en efecto; «¿qué lluvia de bofetones entre atletas puede ni siquiera aproximarse á una pelea estóica á puñetazos?» En la sátira titulada *La ciudad de Marcus ó del Gobierno (Marcopolis)*, *Marçus* se ha construido una *Nefelococygia* segun su deseo: todo sale bien al campesino, como en la antigua comedia; todo tambien se conjura contra el filósofo: el hombre *diestro—en—la—prueba—por—un—sólo—miembro*, Antipatros, hijo del estóico, derribó de un azadonazo la cabeza (*rutro caput displanat*) á su adversario, el *bimembre filosófico* (el hombre evidentemente del dilema). A estas tendencias morales y polemistas á la vez; á este don de la expresion cáustica y florida, que jamás le abandonó, ni áun en los dias de la extrema vejez (como de ello son la prueba las personificaciones y el diálogo del *Tratado de agricultura—de re rustica*,—escrito á los 80 años). Varron reunia del modo más feliz el conocimiento incomparable de las costumbres y de las lenguas nacionales. Esta ciencia, que sólo se manifiesta bajo la forma de *especilegas* en los escritos puramente filológicos de los últimos tiempos de su vida, se despliega aquí, por el contrario, directamente en su plenitud y lozanía primera. Varron, en el más recto y más completo sentido de la palabra, es el príncipe de la erudicion local: conocia admirablemente su país por haberle estudiado durante muchos años, lo mismo en las particularidades y tradi-

iones exclusivas de otras épocas, que en las disipaciones y decadencia de los tiempos actuales, sabia directamente las costumbres y la lengua nacionales, y habia completado y profundizado su saber por infatigables indagaciones en los archivos de la historia y de la literatura, supliendo lo que le faltaba de erudicion y de clara y verdadera conexion, segun nuestras ideas modernas, á fuerza de un estudio penetrante y del vivo sentimiento de la poesía. No fué tras las denominaciones de los anticuarios ni tras palabras arcaicas y poéticas (1), sino que continuó siendo el hombre antiguo de pura raza, casi un rústico, amante por largo hábito de conversar todos los dias con los clásicos nacionales. De otro lado, no se podia impedir que muchas veces se extendiese en sus escritos sobre las costumbres de sus antepasados, á quienes amaba sobre todas las cosas y le eran familiares, ni que su discurso estuviese lleno de giros y de adagios griegos y latinos, de antiguas palabras usadas aún en el lenguaje vulgar de los Sabinos y de reminiscencias de Ennio, de Lucilio y de Plauto principalmente. Los escritos estéticos, en prosa, de Varron acusan una más florida edad, y su estilo no podremos hallarlo en el tratado filológico del autor, obra de los últimos años de su vida, tal vez inacabada en el momento de su publicacion, y en donde, «como los zorzales enredados en el lazo del cazador,» los miembros de la frase se refieren mejor ó peor al sentido general, al hilo del asunto. Pero ya hemos manifestado más arriba

---

(1) Dice él mismo en cierto pasaje, con un alto sentido por cierto, que «sin agradarle mucho las antiguas palabras, las usaba con bastante frecuencia, y que, agradándole mucho las poéticas, no las usaba nunca.»

que nuestro autor, con premeditada intencion, habia desechado el aparato del estilo estudiado y del período ático, y sus *Ensayos* morales, despojados de la comun hinchazon y de la falsa hojarasca de la vulgaridad, afectaban el movimiento y la vida más bien que la frase artísticamente trabajada. Rara vez dejaba de escribir en estilo clásico, abandonándose con frecuencia. En cuanto á las largas tiradas de versos intercaladas en sus obras, atestiguan el conocimiento de lá variedad métrica, tal como no se encontraria en ninguna de las obras de los maestros más favorecidos de la época, salvo quizá uno sólo; atestiguan, en fin, que podia Varron., con justo título, contarse entre aquellos á quienes «el Dios ha concedido el privilegio de desterrar las penas del corazon de los hombres por medio de los cantos y del sagrado arte de la poesia (1).»

---

(1) Tomamos los siguientes versos de su «*Esclavo de Marcus*» (*Marcipor*:)

- »Repente noctis circiter meridie
- »Cum pictus aer fervidis late ignibus
- »Coeli choream astricem ostenderet,
- »Nubes aquales, frigido vel leves
- »Coeli cavernas aureas subduxerant
- »Aquam vomentes inferam mortalibus.
- »Venti frigido se ab axe eruperunt
- »Phrenetici septentrionum filii,
- »Secum ferentes tégulas, ramos, syros.
- »At nos caduci naufragi ut ciconice
- »Quarum bipennis fulminis plumeas vapor
- »Perussit alte, mœsti in terram cecidimus.»

«De repente, hácia la media noche, cuando á lo lejos el cielo, iluminado por fuegos centelleantes, presenta las constelaciones de los astros, al punto las cargadas nubes vuelven á cubrir la bóveda de oro con su velo frio y húmedo, y

Los trozos morales de Varron tampoco formaron escuela, como el poema didáctico de Lucrecio, debiendo agregarse á las causas generales de este re-

»derraman á torrentes el agua sobre los mortales que habitamos aquí abajo; y los vientos, furiosos hijos del septentrion, desencadenándose del polo glacial, lo arrastran todo, »las tejas, las ramias y los restos. Mientras tanto, anonadados, náufragos, á semejanza de bandada de cigüeñas, con »el ala quemada por el relámpago de doble punta, caemos »tristemente en tierra.»

En otra parte, en la *Ciudad humana* (Anthropopolis), exclama:

«Ni el oro ni todos los tesoros darán libertad á tu pecho:  
»las montañas de oro del Persa dejan al mortal expuesto á  
»los cuidados y al temor, de los cuales no le libran ni los  
»pórticos del opulento Craso.»

«Non fit thesauris, non auro pectus solutum:

»Non animis demunt curas ac religiones

»Persarum mōntes, non divitis atria Crassi.»

Nuestro poeta no es ménos feliz en los versos ligeros. En la sátira titulada *Al jarro su medida*, leemos un precioso elogio del vino:

«...Vino nihil jucundius quisquam bibit:

»Hoc œgritudinem ad medendam invenerunt;

»Hoc hilaritatis dulce seminarium,

»Hoc continet coagulum convivã.»

«El vino es para todos la más agradable bebida; es el remedio que cura las enfermedades; es la dulce causa de la alegría; es el lazo que une á los convidados.»

En otro lugar, en fin, en la *Máquina para perforar el mundo*, el viajero que vuelve á su país natal, termina con estas palabras su arenga á los marineros:

«Detis habenas animæ leni,

»Dum ventus vos flamine sudo

»Suavem ad patriam perducit.»

«Dejad correr al céfiro dulce, mientras que sus ligeras alas nos lleven á la patria querida.»

sultado el carácter en extremo individual de estas composiciones, carácter inseparable de la edad avanzada de su autor, de su rudeza y de la naturaleza misma de su erudición; pero no sucedió lo mismo con las sátiras Menipeas, al parecer muy superiores por el número y la importancia á sus más sérios escritos; en ellas el gracejo y la fantasía del poeta subyugaron á aquellos de sus contemporáneos y de las generaciones posteriores que estimaban la originalidad y el númen pátrio; y nosotros mismos, á quienes no ha sido dado leerlas, podemos todavía, examinando los escasos fragmentos que nos quedan, formarnos una idea de su mérito real. «Varron supo reir y chancearse con medida:» última emanación del honesto y puro génio de los ciudadanos romanos, último vástago floreciente de la poesía nacional latina. Varron, en su testamento poético, ha legado con justicia sus hijas las Menipeas á todo aquel que «en su corazón abrigue el sentimiento de la floreciente Roma y del Lacio.» Las sátiras ocupan un lugar distinguido en la literatura y la historia del pueblo itálico (1).

---

(1) Las sátiras de Varron tienen tan alta importancia histórica y hasta poética; son conocidas de tan corto número de eruditos, á causa del incompleto estado en que han llegado hasta nosotros los escasos fragmentos que nos permiten juzgar de ellas; y es, por último, tan árdua tarea llegar á descifrarlas, que nos vamos á permitir dar aquí algunos pasajes de ellas relacionando los unos con los otros, y haciendo las restauraciones indispensables para su inteligencia.—La sátira del *Madrugador* (Manius) nos ofrece el cuadro de una casa rústica. El Madrugador «se levanta y hace que su gente se levante con el sol, y la conduce al trabajo. Los jóvenes hacen ellos mismos su cama, que la fatiga se la vuelve blanda, y preparan el cántaro de agua y la lámpara.

*Sisenna.*—Roma no ha poseído jamás la historia crítica y nacional de los tiempos clásicos de Atenas, la historia universal como fué escrita por Polibio, y aún en un terreno más favorable, la relacion de los acontecimientos contemporáneos ó recientes no se

»Su bebida sale de la fuente fresca y clara; por alimento  
 »tienen pan, y cebollas por condimento. En la casa y en el  
 »campo to'lo marcha admirablemente. La casa no es una  
 »obra de arte; pero un arquitecto admiraria su simetría.  
 »Respecto á los campos, se cuida de que estén bien dispues-  
 »tos y labrados, y de que no se esterilicen por abandono ó  
 »por mal cultivo. Céres, agradecida, protege los frutos con-  
 »tra todo daño, y los hacinados y abundantes haces lle-  
 »nan de alegría el corazon de los labradores. Todavía reina  
 »allí la más franca hospitalidad, y cualquiera que llega es  
 »bien recibido. La despensa del pan, los toneles de vino, los  
 »salchichones, colgados en abundancia en las vigas, las lla-  
 »ves y la cerradura, todo se pone á disposicion del viajero,  
 »al cual se sirven platos abundantes; y cuando se ha has-  
 »tiado, sigue sentado el huésped frente al fuego de la cocina,  
 »sin mirar atrás ni adelante, alegre, y aprobando con la  
 »cabeza; y cuando va á acostarse, se le extienden las mejo-  
 »res pieles de ovejas de doble yellon. Allí se obedece, como  
 »buenos ciudadanos, á la justa ley de no hacer sinrazon. al  
 »inocente ni perdonar por gracia al culpable; allí no se mur-  
 »mura del prójimo, ni se profana con los piés el hogar sagra-  
 »do; pero se honra á los Dioses con el recogimiento y los sa-  
 »crificios; se ofrece á los lares su parte de vianda en el pe-  
 »queño plato que les está destinado, y cuando muere el se-  
 »ñor se acompaña su féretro con preces, entonadas ya en los  
 »funerales de su padre y de sus antepasados.»

En otra sátira se presenta un *maestro de los antiguos* (*Gerontodidascalus*): la depravacion de los tiempos hace sentir la necesidad más que de un maestro de la juventud, cuyo maestro enseña «cómo en otras épocas todo era en Roma casto y piadoso,» mientras á la sazón habian cambiado por completo las cosas. «¿Me engañarán mis ojos? ¿No veo, por ventura, esclavos en guerra contra sus señores? En

ensayó nunca sino de una manera más ó ménos incompleta. Desde los tiempos de Sila hasta los de César, apenas encontramos una obra que pueda compararse con las poco importantes, por cierto, del anterior período: con los trabajos de Antipater y de Ase-

---

» otro tiempo, el que no se presentaba al alistamiento de las  
 » milicias, era vendido como esclavo: al presente, el censor  
 » de la aristocracia, que consiente toda clase de indignida-  
 » des, y que deja que todo se pierda, es llamado un grande  
 » hombre (*magnum censorem esse*), y recibe el elogio, cuando  
 » no se cuida de adquirir una reputacion, poniendo en órden  
 » á sus conciudadanos. Antes, el labrador romano hacia que  
 » le afeitasen una vez por semana; ahora el siervo del terru-  
 » ño jamás se halla dispuesto á ello; antes se encontraba en  
 » la casa un granero capaz de contener diez recolecciones,  
 » inmensas bodegas para los toneles y prensas por si fuesen  
 » necesarias; actualmente, el señor tiene manadas de pavos  
 » reales é incrusta las puertas de su casa con madera de ci-  
 » prés de Africa: antes, la mujer arreglada hilaba la lana  
 » con sus propias manos, teniendo á su vez fija la vista en el  
 » fuego y en la marmita para que no se pegasen las viandas;  
 » hoy (y esto lo tomamos de otra sátira) la hija pide al padre  
 » una libra pesada de joyas y la mujer al marido una caja de  
 » perlas: antes, en la noche de boda, el hombre se estaba  
 » quieto y encogido, y ahora la mujer se entrega al primer  
 » cochero que se presenta: antes, los hijos eran el orgullo de  
 » la mujer, y ahora, cuando el marido desea prole, aquella  
 » le contesta: no sabes tú lo que dice Ennino: «que vale más  
 » exponer su vida en tres batallas que engendrar una sola  
 » vez:» en otro tiempo, era una completa felicidad para la mu-  
 » jer que el marido la llevase al campo una ó dos veces al  
 » año en un carro sin cogines (*arcera*).» Ahora, añadía sin  
 » duda Varron (*cf. Cic. pró. Mil. 21, 55*), la dama se incomo-  
 » da cuando su marido sale sin ella, y se hace acompañar por  
 » el camino hasta la ciudad por su elegante servidumbre de  
 » Griegos y por su capilla de música.—En un *ensayo* moral  
*Catus ó de la educacion de los hijos (Catus. vel de liber é educand.)*  
 Varron dá á conocer al amigo que le pide consejo las divi-

lio, por ejemplo. La sola producción que, en este género merece ser citada, es la *Historia de la guerra social y de la guerra civil* de Lúcio Cornelio Sisenna, pretor en 676. Atestiguan los que leyeron esta obra que había en ella más animación é interés que

---

nidades á las cuales, según la antigua costumbre, convenia consagrarsacrificios para la prosperidad de los hijos: hace además una alusión al sistema inteligente de los antiguos Persas y á su juventud, educada fuertemente, y prohíbe el exceso de la alimentación y del sueño, el pan de flor y los manjares delicados: los pequeños perros, dice el anciano, no están hoy más prudentemente alimentados que nuestros hijos. «Y luego, ¿á qué conducen tantos hechiceros y tantas pantomimas, cuando lo que se necesita á la cabecera del enfermo son médicos?» Que las jóvenes no dejen los bordados para que un día sepan bordar y hacer tejidos, y que no desechen demasiado pronto el traje de la infancia. No llevad á estos niños á los combates de gladiadores, porque en ellos se endurecerá pronto su corazón y aprenderán á ser crueles.»

En el *Sewagenario* (*Sewageris*) se convierte Varron en Epiménides, durmiéndose á la edad de diez años y despertando al cabo de medio siglo. Se admira de encontrarse con la cabeza calva en vez de su infantil cabeza de corta cabellera, con su hocico horroroso y con el pelo erizado; pero lo que más le asombra es el cambio que ha sufrido Roma. Las ostras del Lucrino, que antes era un manjar propio de bodas, se sirven en todas las mesas; en cambio, el libertino cargado de deudas se iba insensiblemente arruinando (*adest fax involuta incendio*). En otro tiempo, el padre perdonaba á su hijo; hoy es el hijo el que perdona al padre... envenenándole. Los comicios electorales no son más que una bolsa, y el proceso criminal una mina de oro para el Jurado. No se obedece más que á una ley, sólo á una: no dársele á uno nada por nada. Las virtudes han desaparecido, y nuestro hombre, al despertar, es saludado por los nuevos huéspedes (*ingullinae*), la blasfemia, el perjurio y la lujuria. «¡Oh, mal hayas tú, Marcus, mal haya tu sueño y tu despertar!» Al

en las áridas crónicas de otros tiempos; pero que su estilo, absolutamente falto de pureza, degeneraba en un amaneramiento pueril: por los cortos fragmentos que de dicha obra nos quedan, se ve que el autor se complacia en describir horribles detalles (1) y que empleó deliberadamente neologismos y palabras sacadas de la lengua familiar (2); autor de una biografía de Alejandro el Grande, mitad historia y mitad fábula, en un todo semejante al cuento publicado más tarde bajo el nombre de *Quinto Curcio*; y no hemos de vacilar en afirmar que esta muy elogiada narración de la *Guerra social* no fué ni una obra de jui-

---

leer este trozo se acuerda uno de las turbulencias catilina-rias; y en efecto, poco tiempo despues de Catilina (hácia el año 697) lo escribió nuestro anciano, y el amargo desenlace de la sátira no carece de un fondo de verdad. Marco, maltratado como se merecia por sus acusaciones intempestivas y sus reminiscencias de pasados tiempos (*ruminaris antiquitatis*), es arrojado al Tiber desde el puente como un viejo inútil. Esta es la parodia de una primitiva costumbre de Roma. De hecho no había ya lugar en la ciudad para tales hombres.

(1) He aquí un pasaje de una arenga: «Tú te apoderas de estos inocentes, cuyos miembros están temblando, y haces que sean sacrificados sobre la alta ribera del río.» Se encuentran en este escritor, como cosa corriente, frases parecidas, buenas á lo sumo para emplearlas en un cuento del *album* de año nuevo.

(2) Clitarco, contemporáneo de Alejandro de Macedonia, le acompañó á Oriente, y escribió la *Historia de sus guerras* en doce libros (Cic. *Brut.* 11.—*de legib.* 1, 2). Quintiliano (10, 11, 74), dice que si fué habil, en cambio no merece crédito (*fides improbat*). Algunos fragmentos nos quedan de él, mezcla de fábula y de maravilloso, y por ellos se viene en conocimiento de su estilo pesado y enfático (Sainte Croix, *Exam. crit. las hist.* de Alej. p. 41).

ciosa crítica ni una obra de arte, debiendo ver en ella simplemente un primer ensayo hecho en Roma en este género bastardo á que tan aficionados eran los Griegos, y en el cual, sobre el bosquejo de los hechos, el autor, creyendo aumentar el interés y el movimiento, consigna toda clase de hechos ficticios, que trasforman su libro en un tejido de falsedades y mentiras. Y no habrá de extrañarnos tampoco encontrar al mismo Sisenna entre los traductores de cuentos griegos á la moda.

*Crónicas de Roma.*—Como era natural, la *crónica* general ó local alcanzaba peor suerte todavía. El movimiento impreso al estudio de las antigüedades habria podido hacer esperar del exámen de los títulos y de la indagacion de las fuentes históricas dignas de fé, la rectificacion de los relatos corrientes; pero no se realizó tal esperanza. Cuanto más se desvolvian los documentos antiguos, más se echaba de ver la dificultad de intentar escribir la historia crítica de Roma. Inconmensurables eran los obstáculos que se oponian á los estudios y á la exposicion científica, y entre los mayores no podian contarse tan solo los puramente literarios. La historia convencional de los primeros tiempos de Roma, tal como era referida, y á la que se habia prestado entera fé durante diez generaciones, habia nacido y ensanchádose á la par de la ciudad; pero cualquiera que haga de ella un atento é imparcial estudio, comprenderá que no era tan solo tal ó cual detalle el que convenia modificar, sino que se necesitaba trastornar por entero el edificio, como entre los Francos para la historia de Faramund, y como entre los Ingleses para la del rey Artus: que si un crítico, Varron, por ejemplo, pertenecia á la escuela de los conservadores, no po-

dia abrigar el pensamiento de emprender tamaña tarea, y si hubiese habido un espíritu bastante fuerte y atrevido que la hubiera intentado, al punto los buenos ciudadanos habrían promovido terrible guerra al insensato revolucionario que arrebatava su pasado al partido constitucional. Así, la erudición filológica y anticuaria, en vez de empujar á la historia nacional hácia aquel fin, la detenía. Varrón y los demás críticos sagaces reconocían con sinceridad que faltaba la crónica de Roma; y todo lo más que intentó uno de ellos, *Tito Pomponio Atico*, fué el formar, sin grandes pretensiones por cierto, el cuadro de los magistrados y de las familias, por cuyo trabajo terminó el sincronismo del cómputo greco-romano, tal como los siglos posteriores lo han admitido convencionalmente.

Entre tanto menudeaban las crónicas romanas: á la ya extensa coleccion de los pesados y empalagosos escritos de este género se añaden diariamente nuevas producciones del mismo linaje, ya en prosa ya en verso, sin que los escritores, que eran en su mayor parte libertos, se cuidasen nada de remontarse á las fuentes. De estos libros, de los cuales solo se nos han conservado algunos títulos (no habiendo llegado hasta nosotros ninguno de aquellos) puede decirse que todos eran de un mérito ménos que secundario, y que casi todos estaban impregnados del espíritu corriente de las falsas tradiciones. ¿Tendremos que citar la crónica de *Quinto Cláudio Cuadrigario* (hácia el año 676), escrita en anticuado estilo, bastante bueno, sin embargo, cuya crónica se distinguía al ménos por una laudable brevedad en la exposicion de los hechos fabulosos? ¿Habremos de citar á *Cayo Licinio Macer* (que murió siendo pretor en 688),

padre del poeta Licinio Calvo? Nadie como este celoso demócrata y cronista ha fijado tales pretensiones á la profundidad de la crítica y á la sábia investigacion de los caracteres, y, sin embargo, sus *Libros de lienzo*, como todo lo que á él personalmente se refiere, no pueden por ménos de sernos en alto grado sospechosos. Estos libros no han sido, á mi entender, más que una evolucion operada en grande escala, con un fin y tendencias democráticas, del conjunto de las anteriores crónicas, y los analistas posteriores se han apropiado las intercalaciones.

*Valerio Antio.*—Aparece á continuacion *Valerio de Antium*, que excedió á todos sus antecesores en lo prolijo y pueril de la fábula, prosiguiendo sistemáticamente hasta la época contemporánea las falsedades cronológicas: la historia primitiva de Roma, tomada de las patrañas de la tradicion antigua, abundaba en mil géneros de falsedades, y en ella se leía cómo el sábio Numa, aconsejado por la ninfa Egeria, habia emborrachado á los dioses Fauno y Pico, y más adelante, el alegre pasatiempo del mismo Numa con el dios Júpiter. Tales narraciones se recomendaban con eficacia á todos los partidarios de la historia legendaria de Roma, creyendo que por este medio se las afirmaba en su creencia, cuando en rigor habria habido motivo para maravillarse de que los autores de novelas y cuentos griegos se hubieran mantenido alejados de aquellos materiales acopiados expresamente para ellos, y así vemos que más de un literato griego se puso á componer en forma de cuento la historia de la ciudad. Alejandro Polihistor, por ejemplo, nombrado ya más arriba entre los maestros helénicos establecidos en Italia, publicó cinco libros *sobre Roma*, mezcla extravagante de tradiciones histó-

ricas vulgares y de triviales invenciones, exóticas en su mayor parte. Conjetúrase que fué este el primero que hizo una lista de reyes holgazanes, como las que encontramos en gran número en los cronógrafos egipcios y griegos, y el primero también que, intentando restablecer la concordancia cronológica que la leyenda de los dos pueblos reclamaba, quiso llenar la laguna de 500 años entre la destruccion de Troya y la fundacion de Roma; y, segun todas las apariencias, este autor fue quien inventó los reyes *Aventino* y *Tiberino* y la *Gens* de los *Silvios* de Alba, habiéndose encargado la posteridad de añadir los nombres, la época y el tiempo de los diferentes reyes y hasta los caractéres propios de cada uno de ellos para la mayor edificacion de todas las gentes; toda vez que el cuento griego influye en diferentes direcciones en la historiografia romana, fuerza es creer que en todo lo que llamamos hoy la tradicion de los primitivos tiempos de la ciudad, no es el menor contingente de datos el que suministran fuentes tan seguras y fidedignas como las de Amadís de Gaula ó los libros de caballería de la *Motte-Fouqué*. Este magnífico resultado no sabríamos recomendarlo bastante á todo aquel que tenga el sentido de las ironías de la historia, á aquel que sepa estimar en todo su valor la piadosa fé de los cómicos adoradores del rey Numa, todavía vivo entre ciertas gentes en pleno siglo XIX.

*La historia general. Cornelio Nepote.*—Al lado de la historia crítica, comienza á manifestarse en la literatura latina la historia universal, ó mejor dicho, la compilacion de la historia romano-helénica. Empezó *Cornelio Nepote*, publicando, allá por el año 700 (entre el 650 y el 725), una *crónica general*, y despues escribió una especie de biografía universal, or-

denada segun ciertas categorías, en la cual aparecen los *hombres ilustres* de Roma y de Grecia, políticos ó literarios, ó aquellos que se distinguen por su influencia en ambos Estados. Estas composiciones se ligan con la historia general, tal como desde hacia mucho tiempo la entendian y realizaban los Helenos, al mismo tiempo que los cronistas griegos hacian entrar la historia romana, hasta entonces descuidada por ellos, en el cuadro general de sus obras, de lo cual dá testimonio el libro de *Castor*, hijo del rey gálata Deyotaro, terminado en 698. A imitacion de Polibio, quisieron sustituir la historia puramente local con la de la region del Mediterráneo; pero lo que Polibio, con el auxilio de su poderosa y clara inteligencia, supo realizar con tan profundo sentido histórico, estos lo intentaron tan solo para satisfacer las necesidades prácticas de las escuelas ó las de su propia instruccion. ¿Pueden considerarse como historia artística todas estas crónicas universales, estos tratados escritos para el uso de los escolares, estos manuales redactados para auxiliar la memoria, y todas las demás composiciones, que en gran número é igualmente escritas en latin, se refieren más tarde á este género? Estoy dispuesto á negarlo. El mismo *Nepote* no fué más que un simple compilador, sin génio y sin habilidad de plan ó de composicion.

En resúmen: la historiografía, aunque dá muestras de una actividad notable y perfectamente característica, no se eleva por encima del bajo nivel de la época: en ningun género se manifiesta como en éste la completa fusion de las literaturas griega y romana, que desde luego se identifican en el fondo y en la forma, y en ambos pueblos, recibe de sus maestros el Niño una enseñanza uniforme, comun á las dos

naciones, y segun el método adoptado por Polibio mucho tiempo antes. Pero si es cierto que el Estado Mediterráneo ha encontrado su historiador áun antes de tener conciencia de su propia vida histórica, hemos de convenir tambien en que, en el momento de reconocerse formado, le faltó en Italia y en Grecia el hombre que habria debido darle su verdadera expresion. «No conozco una historia de Roma,» dice Ciceron, y en verdad, que tuvo razon al decirlo. La erudicion abandonó la composicion histórica, y esta á su vez desechaba la erudicion, quedando reducida la historiografia al manual del estudiante y al cuento. Todos los géneros del puro arte literario, epopeya, drama, lirica é historia, están muertos en esta época de total decadencia, y solo en ella podemos encontrar el triste cuanto evidente reflejo de la decadencia intelectual de la era en que vivió Ciceron.

*Accesorios históricos. Memoria militar de César.*—Sea como quiera, en medio de las innumerables obras de escaso mérito y olvidadas, la pobre literatura histórica cuenta al ménos una produccion de primer órden: me refiero á las *Memorias de César*, ó, mejor dicho, á la *memoria militar* dirigida por el general demócrata al pueblo cuyos poderes tenia. La parte más acabada de estas memorias, la única que su autor publicó directamente, el *Comentario sobre la guerra de las Galias*, que alcanza hasta el año 702, tiene visiblemente por objeto la posible justificacion de la empresa de conquistar un gran país, comenzada violando la constitucion, sin encargo formal de la autoridad competente, y al propio tiempo, justificarse tambien de los continuos reclutamientos que hacia para aumentar el ejército conquistador: este *Comentario* fué escrito y publicado en 703,

en el momento mismo en que, estallando la tempestad en Roma, se le exigía á César que licenciase sus tropas y que viniera á responder de su conducta (1). El autor de estas memorias, como él mismo confiesa, escribió en estilo propio del soldado, evitando encubrir su relato puramente militar bajo digresiones tal vez peligrosas que se relacionaran con la organización política y administrativa. En su forma espe-

---

(1) Hace tiempo que, por vez primera, se emitió la opinión de que el comentario sobre la guerra de las Gálias se publicó de una vez, y la prueba de ello es que desde el primer libro se ve á los Boios y á los Eduos en igualdad de condiciones, aunque en el sétimo se indica que los primeros eran todavía súbditos y tributarios de los segundos: tan solo por la conducta de los Boios y la de los Eduos en la guerra con Vercingetorix, fueron igualados aquellos á sus antiguos señores. De otro lado, para el que preste atención á los acontecimientos, una alusión hecha en otro lugar á la empresa de Milon, muestra bien á las claras que este libro ha sido publicado antes de estallar la guerra civil; y no ciertamente porque César alabase en él á Pompeyo, sino porque allí aprueba las leyes de excepción del año 702, lo cual podía y debía hacer mientras abrigara la esperanza de llegar á un arreglo con su rival. Después de la ruptura, cuando derogó las condenas impuestas según los términos de estas mismas leyes, las cuales habían llegado á ser en extremo perjudiciales á su causa, el elogio no tenía ya razón de ser: puede referirse, pues, la publicación del comentario al año 703. Por lo tocante al objeto y á las tendencias del libro, se manifiestan claramente en los constantes esfuerzos de César para cohonestar con especiosos motivos las diversas expediciones militares. Según él, esas expediciones no eran más que actos defensivos exigidos por la necesidad de los acontecimientos; esfuerzos frecuentemente infortunados, como se sabe, sobre todo en lo concerniente á la irrupción en Aquitania. Sabido es que, por el contrario, los enemigos de César censuraron aquellos ataques contra las naciones celtas y germanas, considerándolos en absoluto no provocados (Suet. *Cæs.* 24).

cial, esta obra de circunstancias y de partido es igual, en cierto modo, á los boletines de Napoleon; no siendo por lo tanto ni pudiendo ser una obra de Historia en el sentido real de la palabra: el autor tiene allí su objetivo, que no es el objetivo histórico. De cualquier manera, dados los modestos límites en que se encerraban, los Comentarios están redactados de mano maestra, y alcanzan un grado de perfeccion como ninguna otra obra de la literatura latina: la narracion es siempre sencilla sin pobreza, siempre fácil sin negligencia, siempre animada y clara sin amaneramiento ni afectacion: el lenguaje es puro sin arcaismos ni palabras vulgares, llevando el sello de la urbanidad moderna. En los libros relativos á la *Guerra civil*, se echa de ver que el autor quiso pero no pudo evitar el conflicto, y tambien se nota que en el alma de César, como en las de sus contemporáneos, las esperanzas eran más puras y más bellas que el fin al presente alcanzado; pero los Comentarios sobre la guerra de las Gálias se distinguen por su alegre serenidad y por su sencillez encantadora: son una obra única en las letras, como César es un hombre único en la historia.

*Correspondencias.*—Las correspondencias cambiadas entre los políticos y los literatos de la época, constituyen un género inmediato al anterior, y fueron cuidadosamente recogidas y publicadas en el curso del siglo siguiente, pudiendo citarse como modelos las *cartas familiares* de César, de Ciceron, de Calvo y de otras. Seria hacerles injusticia colocarlas entre las producciones literarias propiamente dichas, y sin embargo, son una preciosa mina para los estudios históricos y otros, y á la vez, fiel espejo de una época en que iban perdiéndose y disipándose en pequeñas ten-

tativas tantos tesoros acumulados en el pasado, tanto génio, actividad y talento.

Los Romanos no conocieron el *Periodismo* en el sentido que hoy tiene: la polémica literaria había recurrido al folleto, auxiliándose siempre de la práctica, muy generalizada á la sazón, de las noticias escritas ó grabadas en los lugares públicos para conocimiento de las gentes que por allí pasaban: se daba, además, encargo á algunos subalternos de informar de los acontecimientos del día y de las novedades de la ciudad á los personajes notables que se hallaban ausentes, y por último, durante su primer consulado, dió César disposiciones para que se publicaran los extractos de los debates del Senado (Suet. *Cæs.* 20).

*Diarios.*—Las informaciones privadas de estos noticieros de Roma y estas noticias oficiales corrientes, dieron bien pronto origen á una especie de diario (*acta diurna*), en el cual podían leer los curiosos el resúmen de los asuntos tratados ante el pueblo ó en la Cúria, los nacimientos, las defunciones y otros mil detalles: estas actas fueron importantísimos documentos históricos, pero no tuvieron jamás significacion política ó literaria.

*Las arengas. Decadencia de la elocuencia política.*—La elocuencia y las arengas escritas pertenece á los auxiliares históricos. La arenga, buena ó mala, siendo efímera por su naturaleza, no es en sí una obra literaria; no obstante, como un manifiesto, ó como una correspondencia, puede tambien, con más facilidad que estos documentos, ya por la gravedad de las circunstancias, ya por el génio poderoso del orador, ser colocada entre las joyas de la literatura nacional. Los discursos pronunciados ante el pueblo ó ante los jurados y las explicaciones que contenian.

sobre los asuntos políticos, habian alcanzado en Roma, desde hacia tiempo, una grande importancia en la vida pública. Recuérdese que las arengas de Cayo Graco, para no citar más que este nombre, se contaban con justo título entre las obras maestras clásicas. En el siglo de que nos ocupamos se operaba, por todas partes un extraño cambio: la arenga política popular y hasta la arenga deliberativa del hombre de Estado, iban degenerando: la primera habia llegado á su apogeo en las demás ciudades antiguas, y en Roma, sobre todo, en el seno de la Asamblea del pueblo: allí nada detenía al orador; ni las consideraciones debidas á los colegas, ni el obstáculo de las formas senatoriales, ni, como ante los pretorios, el interés de la acusacion ó del acusado, cosa extraña por lo comun, á la política: allí, por lo tanto, sólo se oía la voz del sentimiento que tenia encadenado al grande y poderoso auditorio del Forum romano. Aquellos buenos tiempos habian pasado ya, y no porque faltasen oradores ó porque hubiesen dejado de publicarse los discursos pronunciados ante los ciudadanos; antes por el contrario, empiezan á pulular los escritos políticos de todas clases, y el anfitrión mortifica á los convidados leyéndoles en la mesa el último discurso que ha terminado. Publio Clodio publica en folletos sus alocuciones populares como habia hecho Cayo Graco; pero de qué hicieran lo mismo estos dos hombres, no se sigue que sus obras sean iguales. Los principales jefes del partido de oposicion, sobre todo César, hablaron muy pocas veces al pueblo, y jamás publicaron sus arengas, y dando á sus folletos políticos otra forma que la de los tradicionales discursos, aparecieron los elogios de Caton y las críticas anticatonianas, notables variedades de este género. Cayo

Graco habia hablado al pueblo, mas ahora dirige la palabra al populacho: á tal auditorio tales discursos. No nos cause extrañeza que en adelante el escritor político de reputacion evite en sus discursos todo adorno, que á nada condujera, obligado como se hallaba á hablar ante las muchedumbres apiñadas en el Forum.

*Aparicion de la literatura forense. Ciceron.*—Sin embargo, en el momento mismo en que la elocuencia, bajo el punto de vista de su importancia literaria y política, decae y languidece como todas las otras ramas de las bellas letras, florecientes en otro tiempo bajo la inspiracion de la vida nacional, aparece un nuevo género, la elocuencia forense, género singular, y extraño por lo comun á la política. Hasta entonces no se habia pensado que los discursos de los abogados se pronunciasen para otros que los jueces y las partes, y que debieran aspirar á la educacion literaria de los contemporáneos y de la posteridad. Jamás un abogado habia hecho recoger y publicar sus discursos forenses, salvo en los casos excepcionales en que, tratándose de asuntos que se relacionaran con negocios de Estado, habia un interés de partido en su divulgacion. Al comenzar este período, Quinto Hortensio (640-704), el más ilustre abogado de Roma, no habia terminado más que un pequeño número de estas publicaciones, cuando el asunto era en su totalidad ó en parte político; pero su sucesor en el principado del foro, Marco Tulio Ciceron (648-711), al propio tiempo que hablaba diariamente ante los tribunales, era no ménos fecundo escritor: el primero de estos oradores tuvo cuidado de coleccionar sus alegatos, áun los de aquella época en que no intervenia en ellos la política ó se relacionaba de lejos. Ciertó que en ello

no habia progreso, y á mi entender era esto, por el contrario, una decadencia y una cosa contra naturaleza. De la misma suerte, la entrada del género de los alegatos en la literatura fué en Atenas un fatal síntoma, y en Roma el mal era mucho mayor. En la primera de éstas, puede decirse que habia salido de la exaltacion de la retórica el alegato como una necesidad de aquel estado de cosas; pero en Roma, la desviacion se produjo por la fantasia del enfermo, y no era más que una importacion extraña, absolutamente contraria á las sanas tradiciones nacionales. Sin embargo de esto, el nuevo género fué en breve aceptado, ya fuera que obedeciese á la influencia de su contacto con la arena política, ya que los Romanos, pueblo sin poesía, ergotistas y retóricos por instinto, ofreciesen á la tal semilla un terreno fecundo. ¿No vemos hoy mismo florecer todavía en Italia una especie de literatura de tribunales y de alegatos? A Ciceron se debe el que la elocuencia, despojándose de su ropaje político, obtuviera carta de naturaleza en la república de las letras romanas. Con bastante frecuencia hemos hablado ya de este personaje bajo diferentes aspectos: hombre de Estado sin penetracion, sin grandes miras y sin objetivo, Ciceron es indistintamente demócrata, aristócrata é instrumento pasivo de la monarquía: no es, en suma, más que un egoista miope; y cuando se muestra enérgico en la accion, es porque la cuestion ha sido ya resuelta. El proceso de Verres lo sostiene la ley *Manilia*, y cuando fulmina los rayos de su elocuencia contra Catilina, ya estaba resuelta la marcha de éste: es grande y poderoso contra un falso ataque y alcanza grandes triunfos contra fortalezas de carton; pero, bien ó mal, ¿qué asunto sério se ha resuelto ja-

más por su iniciativa? En la conjuración de Catilina no ha hecho otra cosa que dejar hacer. Ya he manifestado en otro lugar que, en literatura, es Cicerón el verdadero creador de la prosa latina moderna: su arte de estilo es su mejor gloria y lo que le ha dado toda su importancia, y solo como escritor es como tiene segura conciencia de su fuerza. Bajo el punto de vista de la concepción literaria, no le reconozco más importancia que como político: se ensayó en los más diversos trabajos, cantando en innumerables exámetros las grandes empresas de Márcio y todos los hechos por él realizados, queriendo vencer en la elocuencia á Demóstenes y á Platon en los diálogos filosóficos, y si no le hubiera faltado el tiempo, habría vencido también á Tucídides en la historia. Ante todo, estaba poseído de la pasión de escribir, y poco le importaba el asunto con tal de cultivarlo. Teniendo naturaleza de periodista en el peor sentido de la palabra, y siendo rico en expresiones, según él mismo declara, y en extremo pobre de pensamiento, no había género literario en que con el auxilio de algunos libros, traduciendo ó compilando, no improvisase una obra de agradable lectura. Su fiel retrato lo hallamos en sus epístolas, que son generalmente alabadas por su interés y facundia, y yo no tengo inconveniente en asentir á la común opinión en tanto que las dichas epístolas sean consideradas como el diario de la ciudad y de la campiña y el espejo del gran mundo; pero si consideramos al autor abandonado á sí mismo, en el destierro en Cilicia, después de la batalla de Farsalia, le veremos frío é insustancial, como un folletinista á quien se sacara de su elemento. Creo, además, de todo punto inútil aducir pruebas de que un tal político y un tal literato no pudo ser sino un

hombre superficial y de apocado ánimo con una capa exterior de brillante barniz. ¿Habremos de ocuparnos ahora del orador? Todo gran escritor es de hecho un grande hombre; y en el eminente orador es sobre todo en el que las convicciones y la pasión se desbordan á torrentes claros y sonoros desde las profundidades del corazón: muy otra cosa sucede con la muchedumbre de insustanciales charlatanes, muchos en número y de escasa importancia: en Ciceron no encontramos ni convicción ni pasión: no es más que un abogado, y me atrevo á decir, un mediano abogado. Expone bien los hechos, los reviste de picantes anécdotas, excitando, si no la emoción, el sentimentalismo de su auditorio, y anima la aridez del asunto jurídico por medio de su ingenio y del giro, con frecuencia personal, de sus agudezas: sus buenos discursos, en fin, son de una fácil y amena lectura, aunque no alcancen, ni con mucho, la libre animación ni la seguridad de las descripciones de las obras maestras del género, de las memorias de *Beaumar-chais*, por ejemplo; pero á los ojos del juez severo, allí no hay más que cualidades de muy dudoso mérito; y cuando se echa de ver en Ciceron la completa ausencia del sentido del hombre de Estado en sus escritos políticos y de la deducción lógica y jurídica en sus escritos forenses; cuando se contempla sin cesar aquella presunción del abogado, que pierde de vista su causa para no pensar más que en sí mismo, y, en fin, aquella absoluta carencia de pensamiento, no se puede acabar la lectura sin que se subleve el corazón y el espíritu, y, en este punto, lo que me maravilla es la admiración que el abogado suscita. La crítica, libre de toda suerte de prevenciones, bien pronto ha derribado á Ciceron de su pedestal; más el

*ciceronianismo* es un problema, del cual no se sabría, propiamente hablando, dar la solución: se la encuentra tan solo cuando se penetra en el gran secreto de la naturaleza humana, teniendo en cuenta la lengua y la influencia de ésta sobre el espíritu. En el momento mismo en que se acerca la muerte del latín como idioma popular, aparece un estilista delicado y hábil, que recoge y resume esta noble lengua y la conserva en sus numerosos escritos; y al punto, de este imperfecto vaso, trasciende algo del poderoso perfume de la lengua, algo de la piedad que ella evoca. Antes de Cicerón, no poseía Roma grandes prosistas, puesto que César, no había escrito, como Napoleón, sino por accidente. ¿Qué de extraño, pues, que á falta de un prosista, se honre el genio del habla latina en las composiciones del artista de estilo, y que los lectores de Cicerón, á imitación de Cicerón mismo, se pregunten cómo ha escrito, y no qué obras ha producido? La costumbre y las rutinas de escuela acabaron lo que la lengua había comenzado.

*Oposición al género Ciceroniano. Calvo y sus compañeros.*—Con todo, se comprende bien que entre los contemporáneos de Cicerón no fuera esta preocupación extraña tan léjos como en las generaciones siguientes. La forma ciceroniana dominó un tercio de siglo en el mundo forense, como ántes había preponderado la escuela, muy inferior, de Hortensio; pero los más preclaros ingenios, entre ellos César, no imitaron el modelo, y en aquella generación; cuantos hombres estaban dotados de vigoroso y fecundo talento, declararon una oposición decidida á la elocuencia hermafrodita y enervada del maestro. Se reprochaba á Cicerón su ampulosidad y falta de energía, su fría gesticulación, la falta de método y la ambi-

güedad de sus divisiones y, sobre todo, la absoluta carencia de entusiasmo, condicion que constituye por sí sola al orador. Abandonando la escuela ecléctica de Rodas, se pretendía imitar á los verdaderos Atenienses, á Lysias y á Demóstenes; se quería, en fin, introducir en Roma la enérgica y varonil elocuencia. A esta escuela pertenecieron *Marco Junio Bruto*, razonador grave, pero engreido (669-712), los dos jefes de partido, *Marco Celio Rufo* (672-712) y *Cayo Escrubonio Cario* (murió en 705), oradores ambos llenos de inspiracion y de energía; *Calvo*, igualmente reputado como poeta, corifeo literario de esta pléyada de jóvenes (672-706), y, en fin, el severo y concienzudo Asinio Polion (678 á 757). No puede negarse que esta nueva escuela dió más pruebas de gusto y génio que dieron jamás los partidarios de Hortensio y de Ciceron reunidos. Desgraciadamente las convulsiones revolucionarias arrebataron bien pronto á esta jóven y brillante milicia de las letras, á excepcion de Polion, y nosotros no podemos estimar hoy qué frutos hubieran podido producir aquellos preciosos gérmenes, faltóles por desdicha el tiempo. La nueva monarquía en lo que más empeño tuvo, fué en combatir la libertad de la palabra, y en ahogar muy pronto la voz de la tribuna. Sobrevivió el muy secundario género del alegato; pero alimentándose sólo de la vida política, se extinguieron necesariamente la alta elocuencia y el lenguaje de la tribuna, y quedaron sepultados en la misma tumba.

*El diálogo científico. Diálogos ciceronianos.*— El período de César se señala, en fin, por otro movimiento en la literatura estética, por numerosas composiciones artísticas, cuyo asunto lo forman las diferentes ciencias, las cuales tomaban la forma del

diálogo para el efecto del estilo. Sabemos que este género había tenido grande aceptación entre los Griegos, y en la misma Roma, en el siglo precedente, había producido ya algunos aislados ensayos. También fué Ciceron quien, en sus numerosos escritos sobre la retórica y la filosofía, adoptó este género, esforzándose por acomodar á él el tratado didáctico y el libro. De estos escritos los principales son: el diálogo *del orador*, redactado en 699, al que conviene agregar *el Brutus* ó la historia de la elocuencia romana (escrito en 708) y algunas otras disertaciones que lo completan, y el diálogo político *del Estado* (escrito en el año 700), con el tratado «de las leyes,» su complemento (702), imitacion evidente del de Platon: grandes obras de arte, sin duda, en las cuales puestas de relieve las cualidades del autor, no se echan de ver tanto sus faltas. Los escritos sobre el arte oratorio no han alcanzado, ni con mucho, el rigor instructivo de los principios, ni la pureza de concepcion de la Retórica dedicada á Herenio, y, sin embargo, encierran un tesoro de experiencia práctica para el uso de los abogados y variadas anécdotas igualmente relativas al foro, todo con una exposicion fácil y de buen gusto, realizando el problema de hacer aquella obra de una agradable lectura. En el tratado *del Estado*, cuadro híbrido y singular, semi-histórico, semi-filosófico, no hace más que seguir el pensamiento fundamental de que la actual constitucion de Roma es el ideal de la forma política que buscan los filósofos, cuyo pensamiento no era en realidad ni filosófico ni histórico, ni estaba tampoco en las convicciones del autor; pero bien se comprende que había de obtener y conservar el favor del pueblo. En cuanto al bosquejo científico de estos escritos, lo tomó Cice-

ron de los Griegos, copiando directamente de ellos hasta los mismos detalles, de lo cual es una prueba el *sueño de Escipion*, trozo de efectos que sirve de conclusion al libro *del Estado*. No niego que, despues de todo, se encuentre en estas obras una cierta originalidad relativa: que en ellas aparece el colorido local romano y aquella conciencia del sentimiento político, por la cual se distinguen justamente los Romanos de los Griegos. Ventajas reales eran estas en las composiciones de Ciceron, quien manifiesta una incontestable independendencia con respecto á sus modelos. Por otra parte, la forma de su diálogo no se sujeta á la dialéctica socrática de preguntas y respuestas, empleada en los buenos diálogos griegos, ni el tono de conversacion que se encuentra en los de *Diderot* ó de *Lessing*; pero al reunir, como lo hace, alrededor de Craso ó del orador Antonio aquellos numerosos grupos de abogados, y al convocar para una disertacion erudita á todos los jóvenes y ancianos del círculo de los Escipiones, el autor presenta un cuadro de incontestable importancia, elocuente y viva representacion de la realidad, que se presta á las constantes alusiones históricas, lo mismo que á la anécdota, y que le proporciona un feliz argumento para la disertacion científica. El estilo es, en estas producciones, muy trabajado y tan pulimentado como en las mejores arengas, alcanzando un alto grado de perfeccion, y no en vano el autor iba en busca del aplauso.

Pero si estamos obligados á reconocer un verdadero mérito en estos escritos de retórica y de política con un baño superficial de filosofía, no podríamos decir lo mismo de las numerosas compilaciones, obra de los últimos años de Ciceron: para entretener sus obli-

gados ócios, se consagró muy especialmente á la filosofía propiamente dicha, acopiando en un par de meses, por ejemplo, una larga y enojosa série de obras, toda una biblioteca científica. El procedimiento era sencillo: imitando propiamente los escritos populares de Aristóteles, aquellos en que el *Estagirita* usa tambien de la discusion dialogada en la exposicion critica de los sistemas antiguos, Ciceron se entretiene á su vez en zurcir, á medida que se le vienen á las manos ó cuando se los ha procurado, los diferentes escritos de los epicúreos, de los estóicos ó de los sincréticos, que trataban de un mismo tema, y de esta manera quedaba terminado su pretendido diálogo, sin que él hubiera puesto nada de su cosecha, á no ser tal ó cual introduccion que iba á buscar en su gran repertorio de prefacios, preparados siempre para los libros que escribiera, ó algunas alusiones, fácil recurso para alcanzar popularidad, ó los ejemplos tomados de los romanos, ó zurcidos episodios, familiares y agradables al autor ó al lector (no creo que tenga necesidad de citar al efecto una singular digresion en la *Ética* sobre las *conveniencias oratorias*), ó, en fin, tal retoque literario, sin el cual el simple literato, ageno á todo pensamiento y saber filosófico, y sin otra ventaja que la fecundidad y la fijeza del estilo, no se aventurará jamás á reproducir una argumentacion dialéctica. De esa suerte, imagínese los libros que podian salir en un momento de una tal oficina. «No son más que trascripciones y copias,» dice el mismo Ciceron á un amigo que se admiraba de aquella sin igual fecundidad, «que me cuestan poco trabajo: en ellas sólo tengo que poner las palabras, y poseo tantas, que por muchas que gaste todavía me quedan.» Despues de esta declaracion, nada nos resta que decir; pero al

que pretenda encontrar una obra clásica en este amontonamiento de escritos, debemos darle un consejo: que guarde prudente silencio en materia de crítica literaria.

*Ciencias. Filología latina. Varron.*—En las ciencias no hubo movimiento alguno, á no ser en la filología latina. Estilon (T. VI, pág. 244) habia levantado antes un edificio notable, inaugurando la indagacion de la lingüística y de los hechos en el terreno mismo de la nacionalidad latina, y entre otros, Varron, que fué su discípulo, dió un poderoso vuelo á la obra comenzada. Viéronse luego aparecer extensos trabajos sobre el estudio de la lengua, tales como los vastos *comentarios gramaticales* de Figulo, la gran obra de Varron sobre la *lengua latina*, otras monografías gramaticales y de filología histórica, como los tratados, tambien de Varron, sobre el *latin usual*, sobre los *sinónimos*, sobre la *antigüedad de las letras alfabéticas* y sobre los *orígenes del latin*; *escolios* sobre la antigua literatura, y especialmente sobre Plauto; trabajos relativos á la historia literaria; biografías de los poetas; investigaciones sobre el antiguo teatro, sobre la division escénica de las comedias de Plauto y sobre su autenticidad por último. La filología real latina, que comprendia toda la historia de las antigüedades romanas y encerraba dentro de su esfera el derecho sagrado que no tenia nada de comun con la jurisprudencia práctica, fué depositada y abrazada por entero en el libro de Varron, considerado fundamental en todos los tiempos y titulado *Las antigüedades de las cosas humanas y divinas* (lo publicó entre los años 687 y 709). En su primera seccion se ocupaba de los tiempos primitivos de Roma, de las divisiones de la ciudad y de la campiña en cuarteles,

del conocimiento de los años, de los meses y de los días, y en fin, de los acontecimientos públicos interiores y de los hechos de la guerra: en la segunda sección, consagrada á las «cosas divinas,» se leía la exposición de la religion oficial: colegios de personas sagradas, su naturaleza y su carácter, lugares santos, fiestas religiosas, ofrendas y sacrificios piadosos, y en fin, los diversos dioses, todo se hallaba descrito en este inmenso cuadro, debiendo añadirse á esto una multitud de monografías sobre *el origen del pueblo romano*, por ejemplo, sobre las *gentes originarias de Troya* y sobre *las tribus*. Y no era esto todo, sino que Varron quiso todavía dar á su grande obra, bajo la forma de una publicacion independiente, un extenso é importante suplemento. Escribió «la vida del pueblo romano,» notable ensayo de una historia de las costumbres latinas, en la cual se describian los usos domésticos, la hacienda y la civilizacion de Roma, bajo los reyes, en la época de la primera república, en el tiempo de Annibal y en época posterior. Para tales trabajos, ha necesitado este hombre una erudicion tan colosal como variada, que excediese al saber de sus predecesores y de todos los que vinieron despues de él; ha necesitado conocer todos los hechos relativos al mundo romano y al vecino mundo griego; ha necesitado á la vez examinar los acontecimientos contemporáneos y hacer los estudios literarios más profundos. Así pues, es muy justo y merecido el elogio que le tributan los hombres de su siglo. Segun ellos, Varron ha sido un seguro guia para sus compatriotas, extranjeros y como perdidos sobre su propio suelo, mostrándoles quiénes eran y dónde estaban.

Pero no le pidamos crítica ni sistema. Lo que dice de Grecia, lo ha tomado de turbias fuentes, y aun

en lo que se refiere á Roma, se echa de ver la influencia de los cuentos históricos que á la sazón corrían. Si sienta su argumento sobre una base cómoda y simétrica, no sabe dividirlo ni desenvolverlo según la ley de un buen método, y si parece atento á armonizar, de un lado, los documentos que ha recibido, y de otro, sus personales observaciones, puede afirmarse que, en sus conclusiones científicas con respecto á la tradición, no ha sabido desligarse por completo de la fé ciega y sencilla ni de las trabas escolásticas (1). Imitando los defectos de la filosofía griega, antes que aprovecharse de sus verdaderas riquezas, se le ve seguir las etimologías fundadas en la simple asonancia, cayendo él y todos los lingüistas de su tiempo en un juego insustancial de palabras y en groseras sandeces (2). Con su seguridad y superabundancia empírica, y con su insuficiencia y falta de método, empíricas también, la filología de Varrón me

---

(1) Hállase un palpable ejemplo en el tratado de *re rústica*: en él divide la ciencia de la ganadería en nueve veces tres veces tres partes: más adelante habla de las yeguas de Ulisipo (Lisboa), á las cuales el viento hace fecundas. Todo el capítulo contiene una extraña mezcla de nociones filosóficas, históricas y de economía rural.

(2) Así, hace derivar á *facere* de *facies*, porque hacer es dar figura á una cosa: *vulpes*, la zorra, viene, dice con Stilon, de *volare pedibus*, volar con los piés. Cayo Trebacio, otro filólogo y jurista contemporáneo, deriva *sacellum* de *sacra cella*; Figulo, *frater* de *ferre alter*, etc., etc. Y no son estos hechos aislados: la manía etimológica constituye, por el contrario, el elemento principal de la filología de entonces: mucho se parece al método aún empleado á la sazón en la lingüística comparada cuando la teoría de la formación de las lenguas era todavía un misterio y no habían sido aún arrojados del templo los empíricos.

recuerda en absoluto la escuela filológica de Inglaterra, y como ésta, se detiene en el antiguo teatro como centro de sus estudios. Hemos hecho ver que la literatura monárquica, rechazando estas prácticas, se aplicó al desarrollo de los verdaderos principios; y cosa en extremo digna de consideracion, el que se puso al frente de los nuevos gramáticos fué el mismo César, que, en su tratado de la *Analogía* (editado entre el año 695 y 704), acometió el primero la empresa de someter la lengua, hasta entonces sin norma, al dominio de las reglas.

*Las otras ciencias.*—Al notabilísimo movimiento que se produjo en la filología, no correspondió una igual actividad creadora en la esfera de las otras ciencias. Algunos trabajos filosóficos, no sin importancia, la exposicion del epicureismo por Lucrecio, revestida del primitivo ropaje práctico segun la fórmula anti-socrática, y los escritos *académicos*, que eran las obras de Ciceron mejor libradas, solo se hicieron lugar y alcanzaron algun favor del público, prescindiendo del asunto, por la forma estética que afectaban. En cuanto á las innumerables traducciones de libros epicúreos; en cuanto á los tratados pitagóricos, como el voluminoso libro de Varron sobre los «principios de los números,» y en cuanto al más voluminoso todavía de Figulo «sobre los dioses,» no tuvieron, en verdad, ni el valor científico ni el mérito de la forma. De la misma suerte, las ciencias profesionales fueron pobremente cultivadas: el diálogo de Varron *sobre la Agricultura*, que guarda más método que las obras de sus antecesores, Caton y Sarsena, mereceria las justas censuras de una severa crítica; sin embargo de que revela mayor trabajo de gabinete que las demás obras mencionadas, para cuya

redaccion solo se tuvo presente la experiencia de los campos. Varron y su consular del año 703, *Sulpicio Rufo*, publicaron tambien trabajos juridicos. De ellos solo diremos que fueron un tributo pagado á la composicion dialéctica y filológica de la jurisprudencia romana. Despues de estas obras, mencionaremos los tres libros de *Cayo Mácio* sobre la *cocina*, las *sala-zones* y la *confiteria*, primer libro de este género publicado en Roma, al ménos, que nosotros sepamos, y produccion digna de ser notada si se tiene en cuenta que el autor es un hombre del gran mundo. Las matemáticas y la fisica recibieron gran impulso, merced á las tendencias cada vez más helenistas y utilitarias de la nueva monarquía, pudiéndose determinar su progreso por la parte que tuvieron en el programa de la educacion y en las aplicaciones prácticas, entre las cuales debemos enumerar la *reforma del Calendario*, el establecimiento de las primeras cartas geográficas, el mejoramiento de las construcciones navales, de la fabricacion de los instrumentos de música, de las plantaciones y edificaciones, de lo cual nos ofrecen ejemplos, el palomar descrito por Varron, el puente de estacas tendido sobre el Rhin por los ingenieros de César, en fin, las dos andamiadas semicirculares de madera, dispuestas para colocarse una en frente de la otra, formando separadas dos teatros y reunidas un anfiteatro. No era raro ver en los juegos populares exponerse ante la muchedumbre las curiosidades naturales exóticas; y la descripcion que de los animales prodigiosos hace César en sus Comentarios, atestigua claramente que si Aristóteles hubiera resucitado, habria encontrado al punto su príncipe y protector. De cualquier manera, todo lo que se refiere á la literatura de la historia natural, se mantuvo en los

límites del *neo-pitagorismo*: tal sucedió con las *Observaciones celestes griegas y bárbaras*, es decir, egipcias, recogidas por Figulo, y con sus escritos *sobre los animales*, los *vientos* y los *órganos sexuales*. Entre los Griegos, separándose los estudios físicos del método aristotélico, que indagaba el por qué de las cosas, habían degenerado en un empirismo sin crítica, en un rebuscamiento insensato de lo extraordinario y maravilloso: en la época á que nos referimos, trasformada esta ciencia en una especie de filosofía mística de la naturaleza, en vez de difundir la luz y la vida, no hacia más que ahogarlas y oscurecerlas. En vista de tales tendencias, era preferible sujetarse al necio precepto que nos da Ciceron como la última palabra de la sabiduría socrática: «El estudio de la naturaleza se ocupa de cosas que nadie puede conocer ó que nadie tiene necesidad de saber.»

*El arte. Arquitectura.*—Volvamos ahora la vista al campo de las artes. En esta, como en las otras ramas de la vida intelectual del siglo, no se ofrece nada que recree nuestro ánimo. La crisis financiera de los últimos tiempos de la República ha puesto fin á los trabajos públicos. Ya hemos dicho cuál era el lujo de las construcciones privadas que mandaban edificar los grandes: los arquitectos habían aprendido recientemente á emplear el mármol: las diversas variedades de colores, el *amarillo de Numidia* (*Giallo antico*) y otros, se ostentaban con orgullo; y por vez primera, fueron explotadas las canteras de *Luna* (*Carrara*). El pavimento de las habitaciones era de riquísimo mosaico; se cubrían los muros con tablas de mármol ó con un estuco que lo imitaba, y de esto se fué más tarde á los frescos de las habitaciones interiores: dispendiosas magnificencias que no eran de

provecho alguno para las bellas artes. Un abogado afectaba la sencillez catoniana al hablar ante los jueces de las obras maestras «de un tal Praxiteles»; pero todo el mundo viajaba y observaba. El oficio de *cicerone* ó de *exegeta*, como entonces se llamaba, producía mucho: se buscaban cuidadosamente los objetos de arte; tal vez ménos las estátuas y los cuadros que los diferentes utensilios y las curiosidades de la mesa y del mueblaje, encontrando en esto su recreo la incultura romana, que se preciaba del ornato. Se comenzó ya á escavar las antiguas tumbas griegas de Cápua y de Corinto para extraer de ellas los vasos de acero y de arcilla colocados al lado de los muertos. Por un bronce, una pequeña estátua ó una figurita, se pagaban 40.000 H S (3.000 thalers=10.200 pesetas); un par de preciosos tapices, en 200.000 H S (15.000 thalers=51.000 pesetas), y una marmita de bronce de esmerado trabajo, se pagaba al precio de una finca rústica. ¿Cuántas veces no sería estafado por los mercaderes el aficionado rico, aquel bárbaro que iba en busca de joyas de arte? Sin embargo, el saqueo y la ruina del Asia Menor, rica en obras maestras, valieron á Roma la posesion de las joyas antiguas más preciosas: Atenas, Siracusa, Cícica, Pérgamo, Chios, Samos y todas las antiguas capitales del arte, fueron despojadas de sus riquezas artísticas para trasladarlas á Roma. Todo lo que se vendía, y aún lo que no se vendía, era trasladado á los palacios y á las granjas de los grandes de Roma; y ya sabemos las maravillas que encerraba la casa de Lúculo, á quien se reprochó un día el haber abandonado sus deberes de general en jefe del ejército por su afición á los objetos de arte. Los curiosos acudían entonces como ahora, á la aldea Borghesis; y como

ahora tambien, se quejaban de que estuvieran encerrados los tesoros de arte en los palacios y en las casas de campo de los grandes, en donde la entrada era difícil y exigia de ordinario una autorizacion especial concedida por el dueño. En cambio los edificios públicos no habían adquirido ninguna de las obras de los grandes escultores y pintores de la Grecia, y en la mayor parte de los templos de Roma, se veían aún las antiguas estatuas de madera de los dioses. En cuanto al cultivo de las artes, no ha producido Roma nada que valga la pena de ser nombrado: con dificultad se encontraria en todo el siglo un solo escultor ó pintor cuyo nombre haya llegado hasta nosotros, si se exceptúa á un tal *Arelius*, cuyas obras tenian una grande aceptacion en la época, no porque fuesen de un verdadero mérito plástico, sino porque el *molido* maestro daba á sus figuras de diosas el tipo y parecido exacto de sus actuales amigas.

*El Baile y la Música.*—En el interior de las casas y en los parajes públicos, obtenian cada vez mayor favor la música y el baile. Hemos visto ya que la música escénica y el baile habian conquistado en el teatro un lugar independiente é importantísimo, y á esta indicacion debemos añadir otro hecho no ménos digno de consideracion. En épocas anteriores, el teatro público se abria frecuentemente á las representaciones dadas por los músicos, bailarines y declamadores que venian de la Grecia, parecidos á aquellos otros que desde mucho tiempo antes recorrian el Asia Menor y todas las regiones helénicas ó helenizantes. Estos mismos músicos, danzantes y bailarinas, alquilaban sus servicios para entretener á los convidados en los banquetes y en otras varias ocasiones: los hombres ricos mantenian tambien en sus

casas, para que sirviesen en su capilla, tocadores de laud y de instrumentos de viento y cantores; y no contentos con esto, las gentes de buen tono se dedicaban ellos mismos á tocar y á cantar. Así, se vió entrar, en adelante, la música en el programa universalmente admitido de los diversos ramos de la educacion; y respecto al baile, no habia una sola persona, incluso las consulares (sin contar á las mujeres), á quien no se pudiera echar en cara el haberse puesto en espectáculo en algun baile de sociedad.

*Influencia ya manifiesta de la monarquía.*—Debemos, por último, manifestar que, en los albores de la nueva monarquía, comenzó á mostrarse, al fin del período actual, el principio de una era mejor para las artes. Ya hemos dicho en el capítulo precedente el poderoso vuelo que, por impulso de César, tomó la arquitectura y debia tomarlo aún mayor, así en la capital como en todo el imperio. Lo mismo sucedió en el grabado de las monedas, el cual se trasformó hácia el año 700, reemplazando en adelante la pureza y lo delicado del relieve al sello, por lo comun grosero y descuidado, de la antigua medalla.

*Conclusion.*—Asistimos á la muerte de la república romana. La hemos visto, durante quinientos años, dominar la Italia y la region mediterránea, y precipitarse á su ruina, no bajo el rudo golpe de derrotas de los bárbaros, sino por el vicio interior de su decadencia política y moral, religiosa y literaria, dejando el campo á la nueva monarquía. En este mundo romano, tal como César lo encontró, sobrevivian aún muchas cosas venerandas, leyes de los pasados siglos, infinito cúmulo de grandezas y esplendores; pero casi no habia alma, y menos aún gusto, pensándose tan sólo en los goces de la vida.

Este mundo era verdaderamente viejo, no pudiendo rejuvenecerla el génio patriótico de César; no apareciendo la aurora hasta que la negra noche hubo invadido por entero con sus sombras aquel inmenso organismo. Con César, sin embargo, los pueblos litorales del Mediterráneo, azotados durante tanto tiempo por los huracanes del Mediodía, podían esperar una tarde más serena. Del mismo modo, al salir de las largas tinieblas de la historia, brillará la nueva era de los pueblos: rompiendo sus ligaduras, se dirigirán naciones jóvenes á realizar un fin nuevo y más alto, y entre ellas encontraremos más de una en que habrán germinado las semillas arrojadas por César, y que le serán deudas de su individualidad.

FIN DE LA OBRA (a).



(a) Habiendo resultado demasiado voluminosos los dos últimos tomos de esta obra, no hemos podido incluir en ellos dos *apéndices* que al efecto teníamos preparados, como tampoco el *Índice alfabético* de las materias tan necesario, en una obra de tales dimensiones, para poder consultar con facilidad todo lo que sobre un punto determinado exponga el autor. Estamos, pues, dispuestos á publicarlos á la mayor brevedad, en un tomito que servirá de complemento á este notable trabajo.

Además; si, como tiene prometido, publicase Mommsen la *Historia de la decadencia de Roma*, quedamos desde luego comprometidos con nuestros suscritores á darles inmediatamente la versión castellana sin reparar en ningún género de sacrificios.

## ÍNDICE

### DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.



#### CAPÍTULO IX.—*Muerte de Craso. Ruptura entre los dos regentes.*

Craso en Siria, página 7.—Resuélvese la expedición contra los Partos, 8.—Los Romanos pasan el Eufrates, 10.—Marcha á través del desierto, 12.—Sistema de guerra de los Romanos y de los Partos, 13.—Batalla de Carras, 17.—Los Romanos salen de Carras. Desastre de Sinnaca, 19.—Consecuencias de la derrota, 22.—Son rechazados los Partos, 23.—Impresión producida en Roma por la derrota de Carras, 24.—Entiabiase la concordia entre los dos triumviros. Dictadura de Pompeyo. Guerra insidiosa que éste hace á César, 25.—Las antiguas enseñanzas y los pretendientes. César y la democracia, 29.—La aristocracia y Pompeyo, 30.—Los republicanos, 32.—Su alianza con Pompeyo, 34.—Resistencia pasiva de César, 35.—Preparativos de ataque contra César. Trátase de impedir su candidatura consular, 38.—Preténdese limitar el tiempo de su proconsulado, 39.—Debates sobre el llamamiento de César, 41.—César toma sus medidas, 44.—Curion, 45.—Debates sobre el llamamiento de César y de Pompeyo. Verifícase este llama-

miento, 46.—Es declarada la guerra, 48.—*Ultimatum* de César. Últimos debates en el Senado, 50.—César entra en la Italia, 54.

CAPÍTULO X.—*Brindis, Ilerda, Farsalia y Tapso.*

Poder de los dos rivales, página 58.—César es soberano en su partido. Labieno, 58.—El ejército de César, 60.—Países que dominaba César. La alta Italia. La Italia propia y las provincias, 65.—La coalición, 68.—Italia hostil á César, 71.—El ejército de Pompeyo, 71.—César toma la ofensiva, 73.—Marcha sobre Italia. Roma es evacuada. Combates en el Picenum. Ataque y rendición de Corfinium, 75.—Pompeyo en Brindis. Los pompeyanos se embarcan para Grecia, 80. Resultado militar y financiero de la conquista de Italia. 81.—Resultado político. Temores de anarquía. Son disipados por César, 82.—Amenazas de los emigrados. Son ganadas por César las gentes de órden, 84.—Despecho de los anarquistas contra César. El partido republicano en Italia, 86.—Resistencia pasiva del Senado. Organización provisional de la administración en Roma, 87.—Los pompeyanos en España, 89.—Massalia se declara contra César, 91.—César ocupa los Pirineos. Posición del enemigo en Ilerda. Es cortado César. Restablecimiento de las comunicaciones, 92.—Retirada de los pompeyanos. Persiguelos César. Es ocupado el camino del Ebro, 95.—Capitulan los pompeyanos. Rendición de la España ulterior, 98.—Sitio de Massalia. Capitulación de esta ciudad, 100.—Expediciones de César á las provincias productoras de trigo, 102.—Curion desembarca en Africa. Queda vencedor delante de Utica. Es derrotado por Juba cerca del Bagra-das. Muerte de Curion, 103.—Plan de campaña de Pompeyo para el año 705. Derrota de la escuadra y del ejército de Iliria, 108.—Resultados generales de la campaña, 110.—Organízanse los constitucionales en Macedonia. La emigración. Los tibios. Los Ultras, 112.—Preparativos militares, 116.—Las legiones pompeyanas. La caballería, 118.—La escuadra, 120.—Los pompeyanos reunidos en la costa de Epiro, 121.—César marcha contra Pompeyo y arriba á

Epiro. Primeras ventajas, 122.—César incomunicado con Italia, 125.—Antonio llega á Epiro. Reunion de las fuerzas cesarianas, 126.—César encierra á Pompeyo en su campamento. Son cortadas las líneas de César. Es este derrotado por segunda vez, 128.—Consecuencia de estas dos derrotas, 131.—Plan de guerra de Pompeyo. Escipion y Calvino, 133.—Retirada de César. Marcha hácia la Tesalia, 134.—Batalla de Farsalia, 137.—Resultados políticos de la batalla de Farsalia, 144.—Caton, 147.—Pompeyo, 147.—Resultados militares. Dispersion de los jefes pompeyanos, 148.—Macedonia y Grecia, 149.—Italia. Asia. Egipto. 149.—España. Africa, 150.—La piratería y el pillaje, 150.—César sigue á Pompeyo al Egipto, 152.—Muerte de Pompeyo, 153.—César en Egipto, 155.—César reorganiza el Egipto, 156.—Insurreccion de Alejandria. Entrada de César, 157.—Llega del Asia Menor el ejército auxiliar. Batalla del Nilo. Es sofocada la insurreccion en Alejandria, 165.—Defecion de Farnaces. Calvino derrotado delante de Nicópolis, 165.—Victoria de César en Zie-la. Arreglo del Asia Menor, 167.—Guerra continental y marítima en Iliria. Derrota de Gabinio. Victoria naval de Vatenio en Tarsis, 168.—Reorganizase la coalicion, 170.—Movimiento de España, 175.—Pronúnciamiento militar en Campania, 177.—César en Africa. Combate de Ruspina. Situacion de César, 179.—Batalla de Tapsus, 184.—Caton en Italia. Su muerte, 186.—Muerte de otros jefes republicanos, 187.—Arreglo del Africa, 188.—Victoria de la monarquía. Fin de la República, 189.

CAPÍTULO XI.—*La antigua República y la nueva monarquía.*

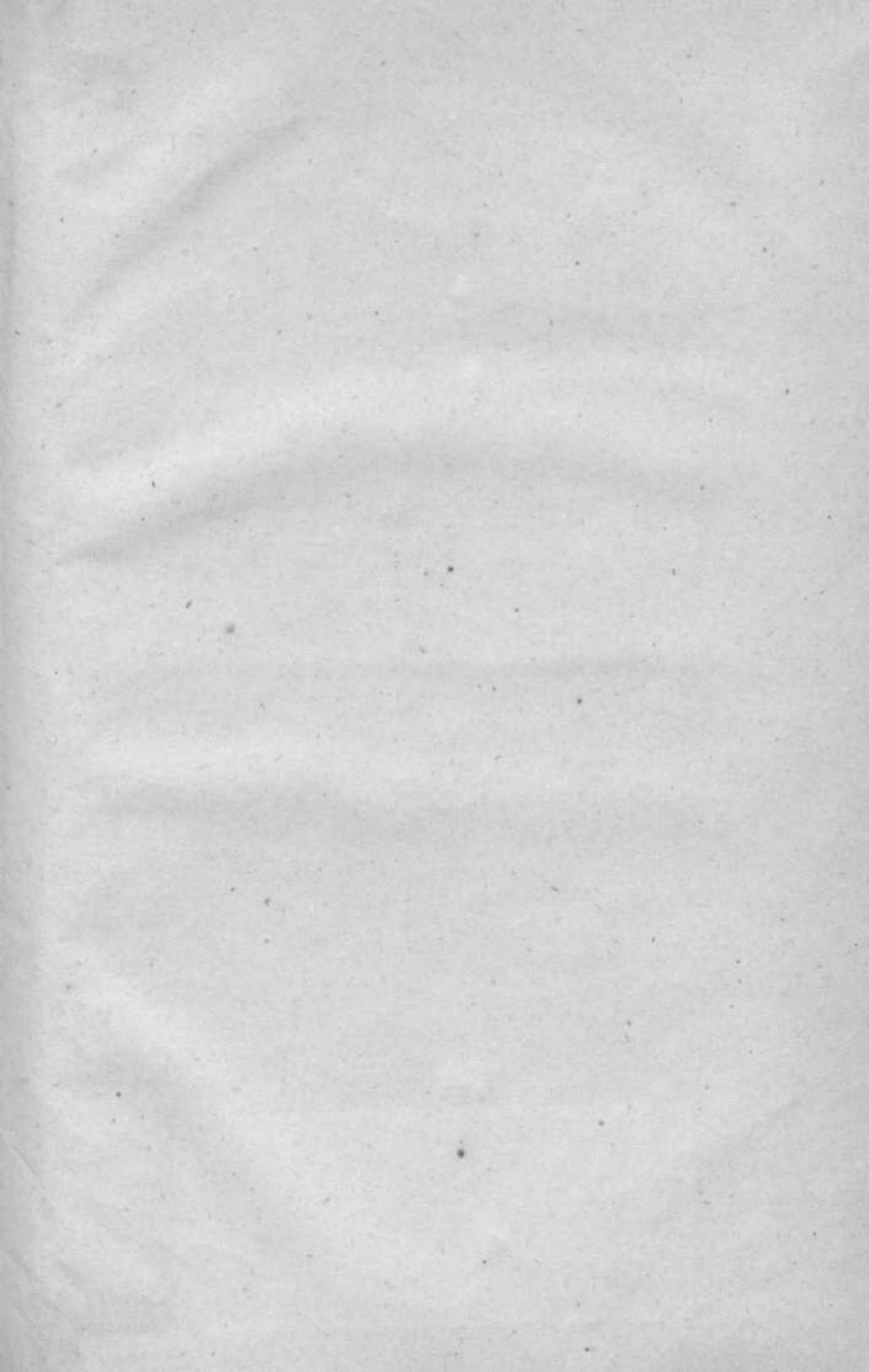
Carácter de César, página 194.—El hombre de Estado, 198.—Son rechazados los antiguos partidos, 206.—Descontento de los demócratas. Célio y Milon. Dolabela, 207.—Medidas contra los republicanos y pompeyanos, 210.—Amnistía, 212.—Actitud de César frente á los partidos, 213.—Su obra, 217.—César imperator, 224.—Restablecimiento de la Monarquía, 227.—La nueva córte y la nueva nobleza, 230.—Legislacion, 232.—Ordenanzas, 233.—El Senado convertido en Consejo de Estado monárquico, 234.—Gobierno personal de César, 236.—Gobierno personal en materia de

Hacienda, 237.—Las provincias, 238.—La metrópoli, 240.—La Iglesia del Estado, 242.—Jurisdicción real, 243.—Sostenimiento de las antiguas jurisdicciones, 244.—Apelación al monarca, 245.—Decadencia de la justicia romana, 246.—Decadencia del ejército, 248.—Reorganización por César. Mercenarios extranjeros. Lugartenientes de legión, 151.—El nuevo general en jefe, 253.—Plan militar de César. Defensa de las fronteras, 254.—Administración financiera, 259.—Reformas financieras de César, 261.—Supresión del arrendamiento de los impuestos directos, 262.—Reforma de la *annona*, 263.—Presupuesto de ingresos, 264.—Presupuestos de gastos, 266.—Situación económica, 268.—Su capital, 268.—El populacho. Conducta de la oligarquía respecto de sí misma, 269.—Anarquía y desorden material, 271.—El proletariado combatido y disminuido, 273.—Reforma de los clubs. Policía de las calles. La construcción en Roma, 275.—Italia. Economía rural, 279.—Economía de los capitales, 283.—Males sociales. Tito Pomponio Atico, 283.—Los pobres, 287.—Lujo de los ricos. Lujo en la mesa, 289.—El exceso de las deudas, 293.—Desorden en las costumbres, 295.—Las amistades, 296.—Las mujeres, 297.—Despoblación de Italia, 299.—Italia bajo la oligarquía, 301.—Reformas de César, 303.—Medidas contra la emigración. 314.—Leyes suntuarias, 304.—La crisis de las deudas, 305.—Fomento de la agricultura, 310.—Distribuciones de tierras, 311.—Renovación del sistema municipal, 313.—Las provincias, 314.—Su administración por la oligarquía, 315.—Los capitalistas en las provincias. Guerras y atrocidades, 318.—Resumen la situación, 320.—César y las provincias. Magistrados de César, 321.—Reglamentación de los impuestos, 325.—Las nacionalidades predominantes. Los judíos. Su posición en el imperio, 328.—El helenismo, 330.—La latinización en la Gália Cisalpina, 332.—La Narbonense, 333.—Gália Septentrional, 335.—España, 336.—Cartago, 336.—Corinto. El Oriente, 337.—El sistema de las ciudades itálicas extendido á las provincias, 338.—Igualdad progresiva de las provincias y del derecho itálico, 340.—Organización del nuevo imperio, 341.—El censo imperial, 342.—La religión del imperio. El nuevo derecho civil ó el edicto, 345.—Proyectos de codificación, 349.—Pesas y medidas, 351.—La pieza de oro es la moneda normal, 351.

CAPÍTULO XII.—*Religion, Cultura, Literatura y Arte.*

Religion del Estado, 361.—Las religiones orientales. El culto de Mithra. El culto de Isis. El Neo Pitagorismo. Nigidio Figulo, 364.—Educacion. Ciencias generales en materia de educacion, 368.—Estudios griegos. El Alejandrino, 369.—Estudios latinos, 371.—Instruccion pública. Primeros establecimientos, 373.—Vulgaridad en Roma. Reaccion. La escuela de Rodas. Ciceronianismo, 375.—La poesia neo-romana, 377.—La gramática, 378.—Movimiento literario. Las letras griegas en Roma, 380.—Movimiento literario entre los Romanos, 383.—Clásicos y modernos, 385.—El Alejandrino griego, 383.—El Alejandrino en Roma, 388.—Literatura del teatro. Decadencia de la comedia y de la tragedia. El mimo, 391.—Laberio, 395.—Presentacion escénica, 395.—Crónicas en verso, 398.—Lucrecio, 398.—Poesía griega de moda, 405.—Catulo, 409.—Poemas en prosa. La novela, 411.—Obras estéticas de Varron. Sus modelos. Ensayos medio-filosóficos y medio-históricos, 412.—Las sátiras Menipeas, 415.—Sisenna, 421.—Crónicas de Roma, 428.—Valerio Antio, 430.—La historia general. Cornelio Nepote, 431.—Accesorios históricos. Memoria militar de César, 433.—Correspondencias, 435.—Diarios, 436.—Las arengas. Decadencia de la elocuencia política, 436.—Aparicion de la literatura forense. Ciceron, 438.—Oposicion al género Ciceroniano. Calvo y sus compañeros, 442.—El diálogo científico. Diálogos Ciceronianos, 443.—Ciencias. Filología latina. Varron, 447.—Las otras ciencias, 450.—El Arte. Arquitectura, 452.—El Baile y la Música, 454.—Influencia ya manifiesta de la monarquía, 455.—Conclusion, 455.—Índice, 457.

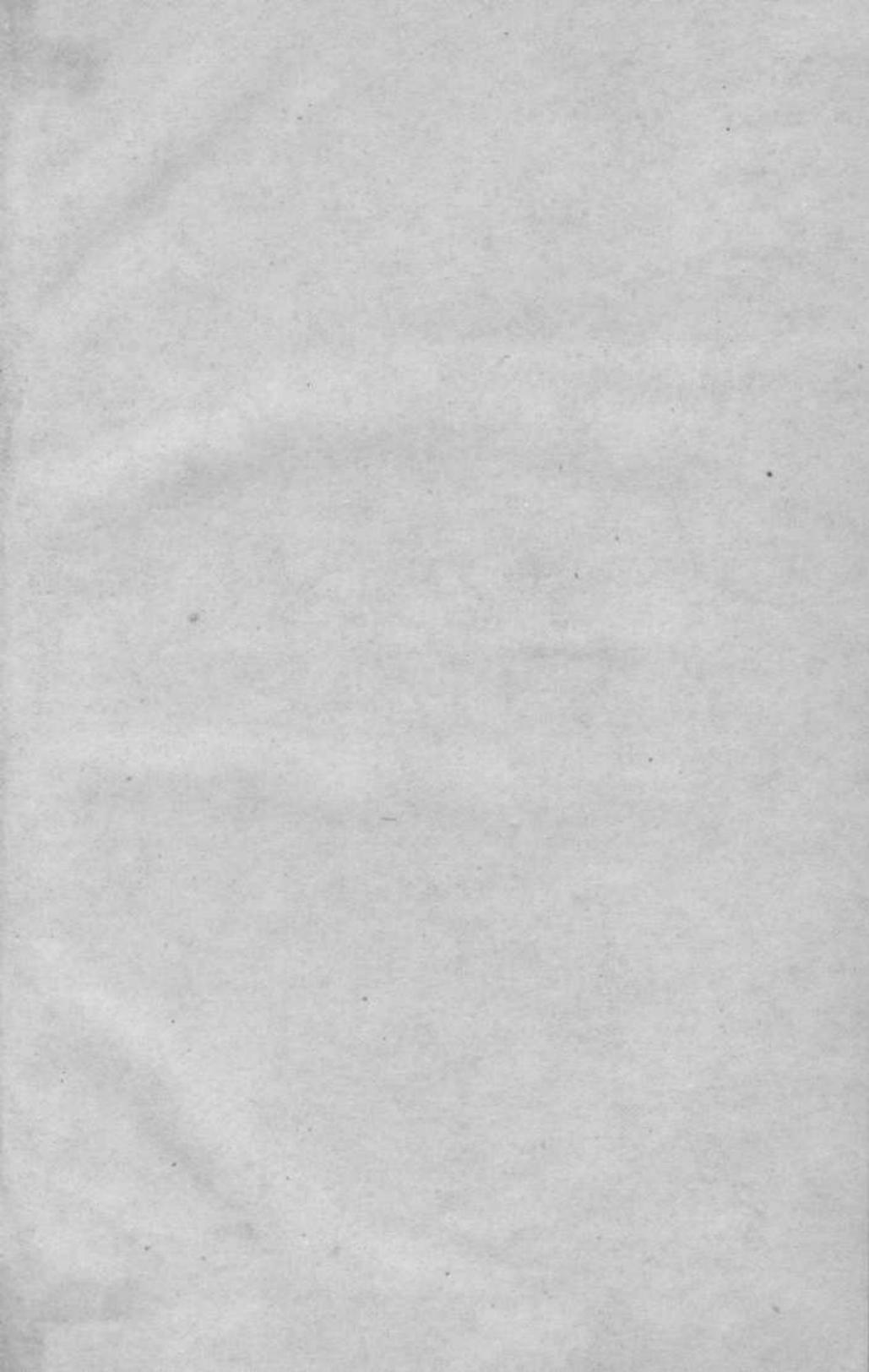
BIBLIOTECA POPULAR  
SALVADOREN



Biblioteca Pública de Valladolid

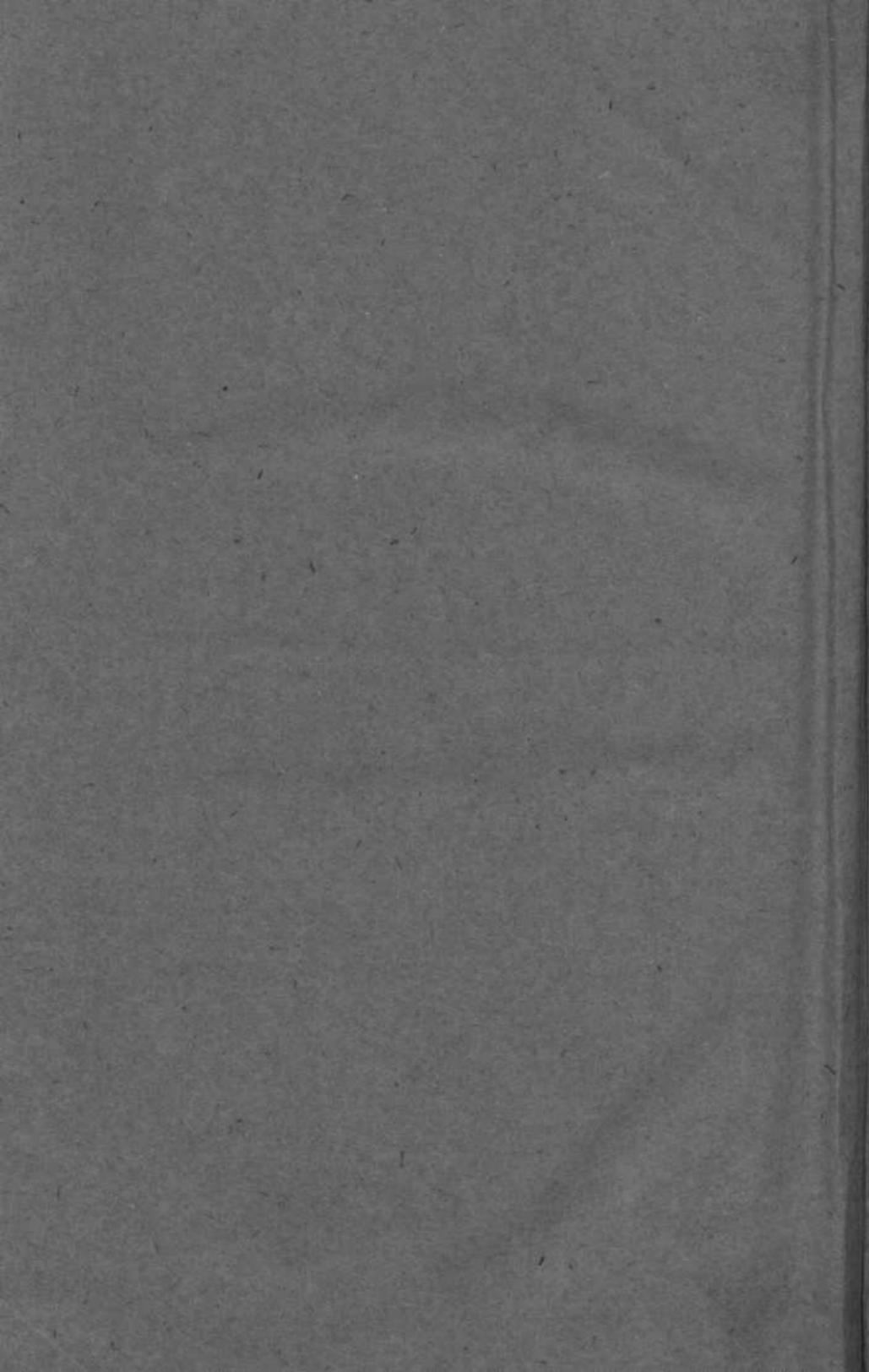


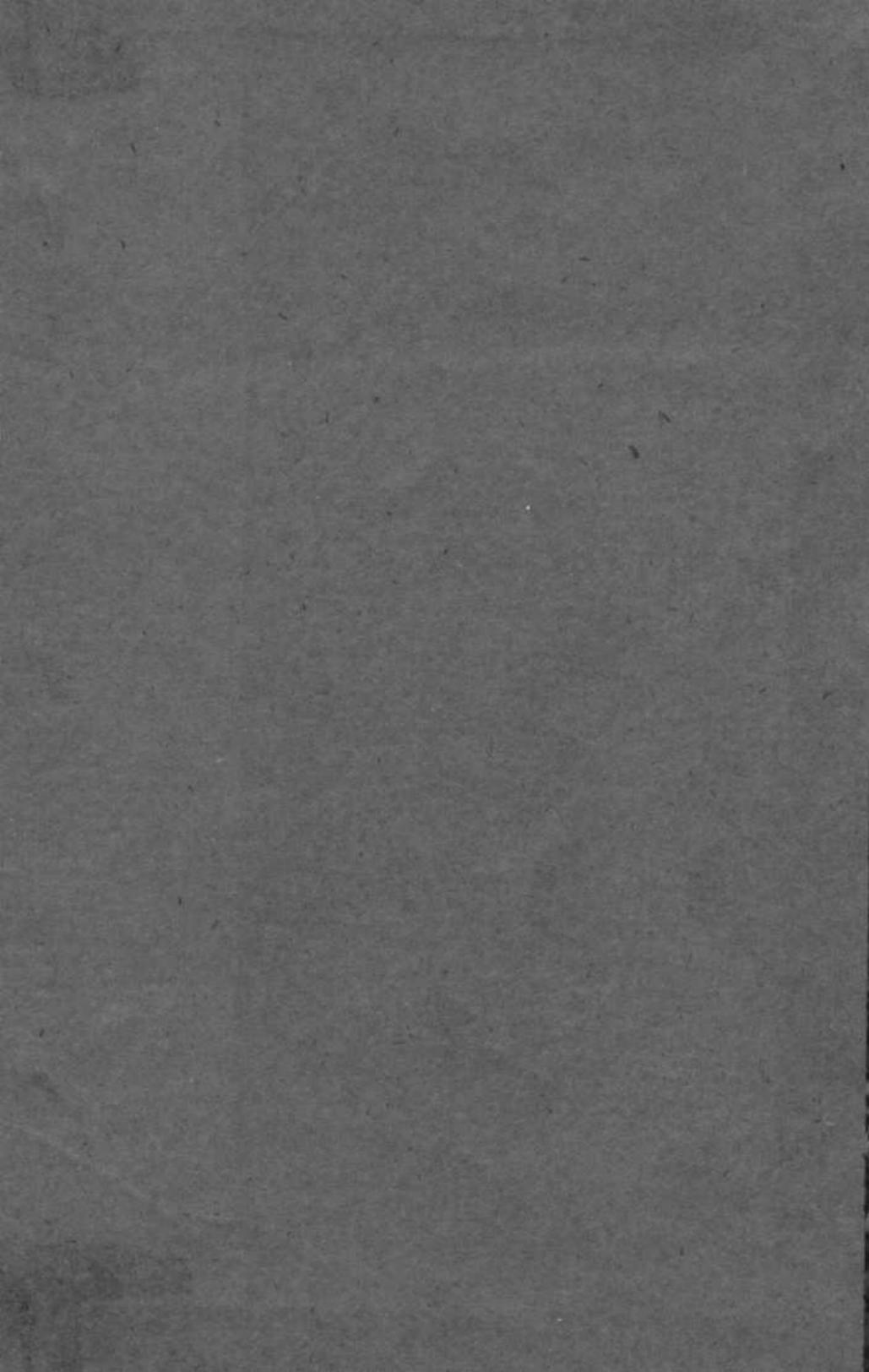
71779352 BPA 157 (V.8)













MOMMSEN  
HISTORIA  
DE ROMA

**BPA**  
**157**